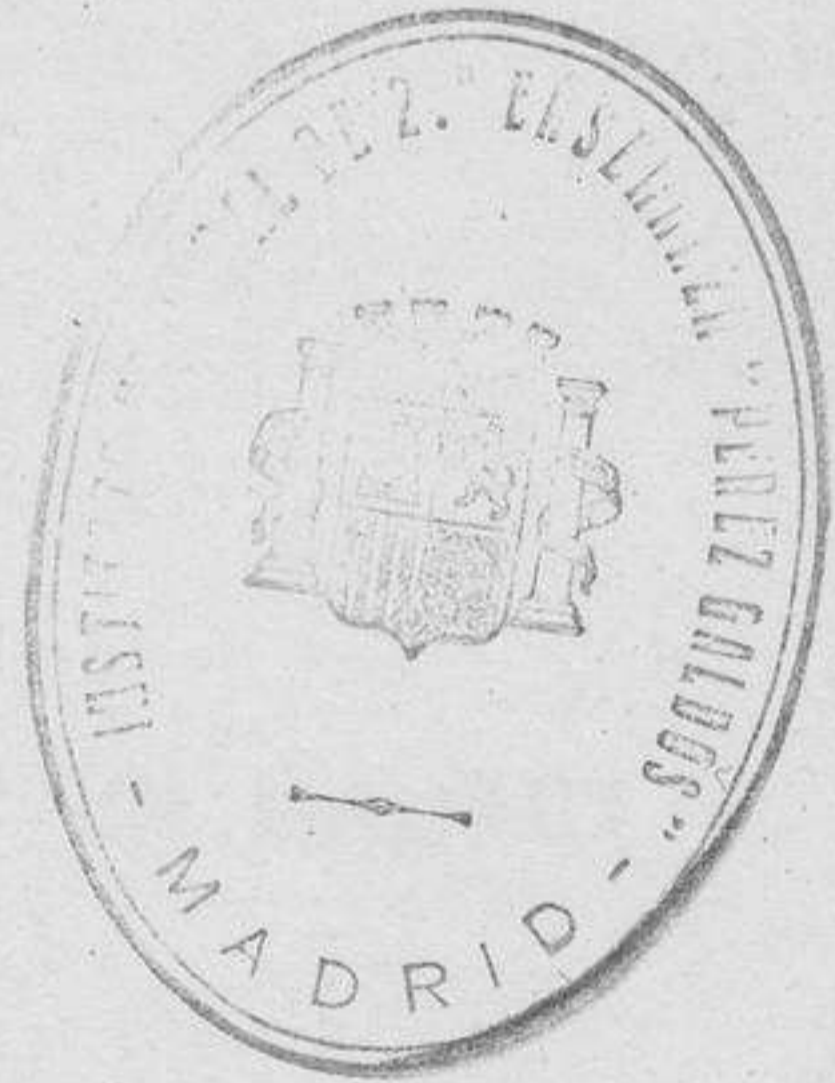




94-DAN

DAN  
PS  
12615  
V





# EL ARCHIDUQUE EN MADRID

# LAS LUCHAS FRATRICIDAS DE ESPAÑA

---

## PLAN COMPLETO DE LA OBRA

### PUBLICADO

- 1.—El testamento de Carlos II.
- 2.—La Saboyana.
- 3.—Austrias y Borbones.
- 4.—El primer Carlos III.
- 5.—Almansa.
- 6.—La Princesa de los Ursinos.
- 7.—El Archiduque en Madrid\* y \*\*.
- 8.—El Congreso de Utrecht\* y \*\*.

### EN PREPARACIÓN

- 9.—El triunfo de las lises.
- 10.—Aun hay Pirineos.



LAS LUCHAS FRATRICIDAS DE ESPAÑA

R. 12213

F.A. 203

# EL ARCHIDUQUE EN MADRID

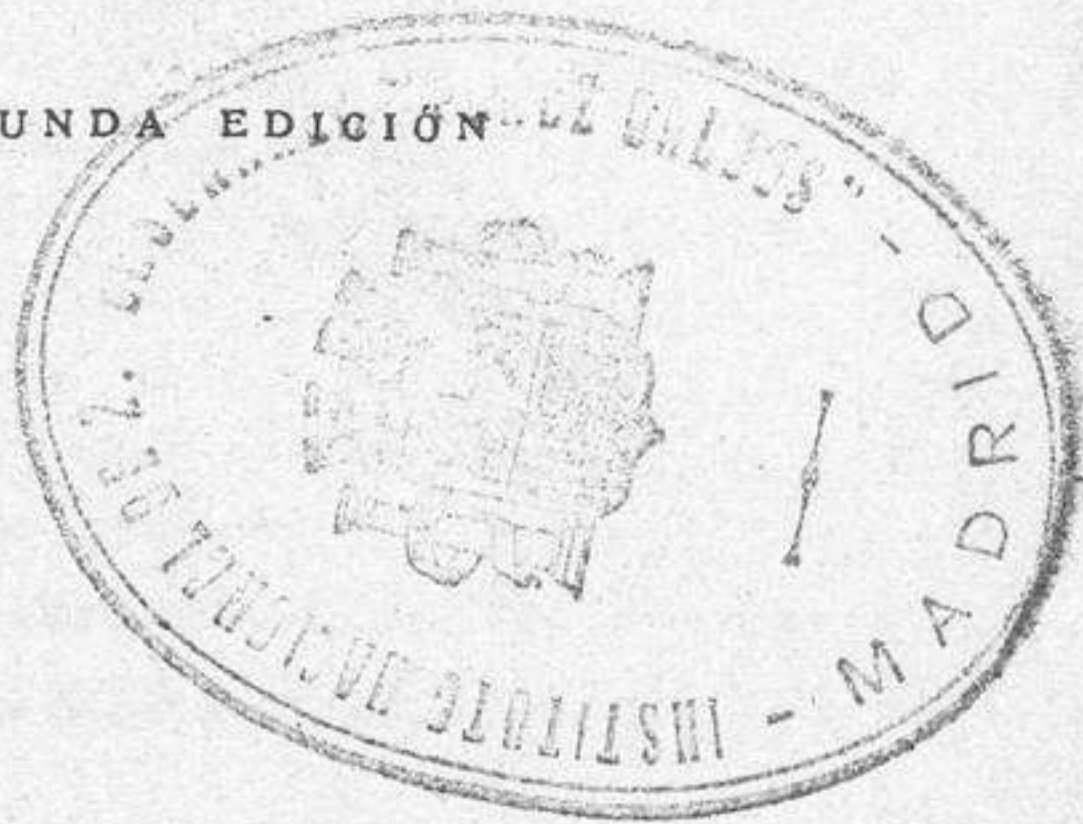
POR

ALFONSO DANVILA

\* \*

SEGUNDA EDICIÓN

M A D R I D  
ESPASA-CALPE, S. A.



---

**ES PROPIEDAD**  
Copyright by Espasa-Calpe, Madrid, 1931  
Published in Spain.

---

**Papel expresamente fabricado por LA PAPELERA ESPAÑOLA**  
**TALLERES ESPASA-CALPE, S. A., RÍOS ROSAS, 24.—MADRID**



## EL ARCHIDUQUE EN MADRID

### TERCERA PARTE

Imposible sería describir con palabras la confusión, el ardimiento y la zozobra dramática que dominaron en todas las clases madrileñas desde que se conoció en la Corte la nueva de la derrota de Zaragoza, hasta la salida de los Reyes, realizada a las siete de la mañana del día 9 de Septiembre de 1710, ante la amenaza de la inminente llegada de los ejércitos aliados victoriosos, en compañía de su Soberano y Señor Don Carlos III.

La noche que precedió a aquella fecha memorable fueron pocos los habitantes de la Coronada Villa que descansaron en sus lechos, pasando la mayoría de ellos en las calles todas las horas que faltaban para la dolorosa despedida, temerosos sin duda de no llegar a tiempo para presenciar ésta y contemplar, aunque fuese de lejos, las siluetas de Sus Majestades.

Mucho antes del amanecer encontrábase ya hrepletas de mucedumbre las famosas losas de Palacio, escenario obligado desde hacía muchos lustros de todos los acontecimientos gratos o ingratos para la monarquía española, y, a medida que albo-

reaba la mañana y la luz iba dibujando en el cielo los altaneros contornos del Alcázar de los Austrias, afluían centenares y centenares de curiosos, aumentando la expectación y la solemnidad del acontecimiento que se preparaba, con sus conversaciones, sus gritos y sus comentarios de toda especie sobre la marcha de la Familia Real.

En el interior del grandioso edificio, cuyos infinitos balcones habían permanecido iluminados en su mayoría hasta entonces, notábase el rebullicio del desorden, y el ir y venir de la alborotada servidumbre palaciega, olvidada por unas horas de la rigidez de etiquetas y del aplomo sacerdotal propio de sus semidivinos cargos, para hacerse notar del vulgo en aquellos momentos históricos, recabando su parte de gloria en lo que ellos estimaban, por extensión doméstica, como propia consagración y apoteosis.

La totalidad de los Grandes residentes aún en Madrid, acompañados de sus respectivas y dilatadas familias; los Señores de Título, los Ministros y Caballeros de los Consejos, los Prelados y Dignidades eclesiásticas de significación, la Sala de Alcaldes, los Superiores de las Ordenes Religiosas, los Gentilshombres, Mayordomos, Regidores, Guardias: cuantas personas, en fin, podían alegar un motivo para traspasar los umbrales de Palacio, apiñábanse en los inmensos salones del primer piso, que daban a la plaza, dejándose ver alguna que otra vez por grupos, detrás de las doradas barandillas de la fachada principal, para contemplar indulgentes el espectáculo de la multitud que se congregaba a sus plantas, mientras allá arriba, en las habitaciones de servicio, comenzaban a instalarse cómodamente parientes y paniaguados de los numerosísimos empleados de la Real Casa, que poco a poco

iban invadiendo cuanta ventana o hueco quedaba libre de público, incluso los de las torres laterales, hasta desbordar por terrados y azoteas en busca de satisfacción a su curiosidad exarcebada, trepidante y justificadísima.

Más abajo, casi al nivel de la plebe, resguardados como fieras detrás de las fuertes rejas que protegían la parte inferior de la residencia áulica, en lugar privilegiado, para estar en condiciones de apreciar mejor que nadie los pormenores de la escena que se preparaba, enracimábanse los empleados de las Covachuelas, alternando con Clérigos, Secretarios, Directores y Letrados, que alargaban cuanto podían sus engolillados cuellos con la curiosidad inherente y la suficiencia tradicional de cuantos consideran y resuelven los problemas del mundo desde la mesa en que generalmente no trabajan.

Unidos por un solo sentimiento y una sola ansiedad, la de hacer patentes al mundo entero sus opiniones borbónicas, confundíanse en el llano todas las clases, fraternizando e identificándose por algunos momentos la concurrencia, donde, si ya comenzaban a echarse de menos las tradicionales tapadas, excluidas casi del tinglado del mundo cortesano por las variaciones de los tiempos, no faltaban busconas ni hembras de rompe y rasga que avanzaran los culebrosos cuerpos por las apreturas de las masas, siempre capaces de resistir intromisiones de tal género, ni personas de hábito que sabían hacerse lugar dirigiendo la reposada palabra a sus vecinos o dando a besar correa y mano a párvulos y doncellas, ni paladines de la oratoria, como Plácido Fortuna, a quienes la gente terminaba por hacer corro para escuchar los autorizadísimos anatemas contra ingleses y alemanes, ni finalmente mendigos

que se desgañitaban pregonando los últimos lamentos rimados de los poetas oportunistas, o tagarotes fornidísimos que recurrían al argumento de sus puños de matarife para conquistar un buen puesto junto a la puerta por donde debía aparecer el cortejo de Sus Majestades.

Las críticas y las conversaciones de los grupos, allí donde se reunían más de dos personas, versaban indefectiblemente sobre detalles relacionados con la obligada ausencia de los Soberanos, y ora enderezábanse a referir lo sucedido la víspera en el Alcázar, cuando, convocados por Felipe V, los Grandes de España escucharan de los Augustos labios una sentida oración expresando que sería del Real agrado que el que pudiera seguirle lo ejecutara, aunque el que se hallara con impedimento estaba autorizado para quedarse, sin nota; ora a criticar la petición de aclaraciones sobre el anterior punto de parte del Marqués del Carpio y del Conde de Lemos, presentes en la Cámara y sospechosos de austriacismo ambos, así como la astucia y el equívoco de las palabras, no sólo de parte de otros magnates que quisieran preservarse de la ira de los dos Príncipes rivales, sino del propio Monarca que, en tanta declinación de su poder, rece-laba fracasase la autoridad si forzaba demasiado la obediencia.

El Decreto mandando que marcharan a Valladolid los Tribunales con sus Ministros que no se hallasen impedidos de hacerlo por enfermedad o corte-dad de medios; la orden análoga respecto de todos los Arrendadores de Rentas Reales; el nombramiento de nuevo Corregidor de Madrid a favor del Capitular Don Antonio Sanguinetta, con instrucciones de que en caso de llegar el enemigo le diese obediencia, sacando por capitulación o súplica partidos

ventajosos a la quietud y abasto de Madrid; el bando severísimo para que todos los Oficiales y Soldados rasos que se hallaran en la Corte salieran a incorporarse en sus cuerpos y el que no lo tuviera continuase hasta Valladolid; cuantas disposiciones, en suma, se encaminaban a hacer menos fácil la labor de los futuros gobernantes, eran objeto de discusión por parte de los patriotas sesudos y reflexivos, que constituían la minoría del abigarrado concurso.

Los elementos sensibles, como solteras, beatas predicadores, vejetes, agiotistas o cultipicañas por el estilo de la inspirada D.<sup>a</sup> Mayor de Flon, que pontificaba desde temprano en uno de los templetes de la Camarería de Damas, acompañada de todas sus sobrinas, enterneciáanse, en cambio, recogiendo la alarmante especie de que su Alteza Real el Serenísimo Príncipe de Asturias se había despertado con fiebre, y de que la salud de Su Majestad la Reina dejaba también mucho que desear, o divagando sobre la desolación que en la Corte del Cristianísimo debía de dominar con motivo de las últimas desdichas españolas, sin descuidar por tan altos tópicos el sabroso comadreo del traslado de los presos de Segovia a fortalezas más seguras, así como la conducta harto dudosa de bastantes personas de su conocimiento, tanto en hombres como en mujeres, que hasta entonces pasaran como incondicionales de la dinastía, y se preparaban a cambiar de opinión con diplomática frescura.

Y para que nada faltara en aquella asamblea de pasiones y atrevimientos, también abundaban los murmuradores que, bajo capa de leales, meneaban las discontentadizas cabezas, repitiendo al cído del confidente que sus inquisidores ojos habían visto salir antes del amanecer, por distintos lugares del Alcázar, infinidad de carros y acémilas car-

gados con cuantas alhajas fuera posible reunir del tesoro del Patrimonio, y que del estanco del Tabaco no había quedado mercancía que no se embanastase en docenas de carretas, amén de que el sobrino de la cuñada de una tía del hermano que servía en Palacio le había confiado muy en secreto que allá en los depósitos de la Real Tapicería quedaba un tal Bernardo Robledo empaquetando a toda prisa cajones y fardos con los ejemplares más preciosos de paños, ropas y colgaduras que pertenecieran a los opulentísimos y poderosos Austrias, para transportarlos a Valladolid.

Pero toda la anterior greguería, que aumentaba por minutos, amenazando convertirse en baránda estentórea, cesó de pronto como por encanto al aparecer en la puerta grande del Alcázar varios guardias montados que anunciaban el comienzo del desfile de coches que encabezaban el regio cortejo, y que, dado el perpetuo ahogo en que se veían las finanzas de Felipe V, y el número de vehículos necesario para el transporte de tanta gente, lejos de responder a la uniformidad y boato dignos de tan ilustre Soberano, diferenciábanse entre sí con notables desventajas, correspondiendo todavía algunos a las caballerizas de Carlos II. y figurando muchos como propiedad de particulares o de personajes subalternos.

Precedidos y acompañados de Oficiales de la Caballeriza, correos, pajes, carreristas, palafreneros, ballesteros, trompetas y otros individuos a caballo, que caracoleaban entre los carruajes, yendo de uno para otro, dando gritos a los cocheros y lacayos y pretendiendo organizar lo que no había medio de ordenar severamente, principiaron a salir carrozas y coches portadores de cuanto ilustre o representativo podía tener de algún modo atingen-



cia con la familia Real y con el alarde que aquella retirada en masa suponía contra el prestigio del Archiduque.

Autoridades superiores municipales, Ministros togados, Presidentes de los Consejos, Individuos de la Junta de Gobierno, todos iban desfilando por entre las murallas humanas que se abrían para ceder paso; y los comentarios, los chistes, los aplausos o la desconfianza de la plebe, acompañaban indefectiblemente la aparición de cada vehículo, a medida que sus ocupantes eran reconocidos o desdeñados, mientras éstos, muy entonados como quien representa el primer papel de un drama, y dándose más importancia que cualquier Generalísimo al frente de sus tropas victoriosas, aparentaban dignísimos no enterarse de la existencia de otro mundo distinto del de ellos, o saludaban condescendientes, si por acaso llegaba hasta sus atentas orejas el eco de alguna aclamación, aunque fuera tibia.

Los había que realizaban visibles esfuerzos por mantenerse a la altura de las circunstancias, aceptando con el mayor convencimiento el papel de héroes abnegados que les deparaba el destino. Otros, en cambio, mostrábase a los ojos del vulgo con el ceño fruncido y la preocupación reflejada en los semblantes, permitiendo suponer la contrariedad con que cumplían las órdenes de arriba y la complacencia con que se hubieran quedado en sus respectivos hogares, aguardando tranquilamente la confirmación de puestos por la Majestad de Carlos III.

De todos ellos, sólo el Conde de la Jarosa, el antiguo y viejo Corregidor de Madrid, consiguió reunir los sufragios favorables y unánimes del concurso, que repitió sus manifestaciones de afecto

al paso del veterano Marqués de Bedmar, el último caudillo de Flandes, y enmudeció a la vista del severísimo Presidente del Consejo de Castilla, Don Pedro Ronquillo, Conde de Gramedo, recordando la animación y el gracejo habituales cuando acertó a divisar tras los vidrios de su carroza al horroroso y maldiciente Conde de Frigiliana, padre del discutido Conde de Aguilar de Inestrillas.

Las Casas del Rey y de la Reina, que ocupaban un incalculable número de transportes, repletos todos ellos de dignidades y oficios, encabezados por la Real Capilla, ofrecía un aspecto muy distinto, gracias a la larga práctica que de tales funciones poseían sus componentes, para quienes el viaje aquel representaba únicamente un episodio más de su horrosísima servidumbre, solicitada con ansia, obtenida a fuerza de recomendaciones y desempeñada con fervor tradicional e idolátrico, transmitido preciosamente de generación en generación palatina.

La curiosidad ansiosa de la muchedumbre crecía y excitábase más a medida que se sucedían los coches de mulas, depositarios de aquel verdadero enjambre de Gentileshombres, Mayordomos, Secretarios, Físicos, Sumilleres, Confesores y Boticarios, a quienes hacía contrapeso la pajarera de Señores de Honor, Dueñas, Camaristas y Criadas de toda especie, cuya más genuina y encopetada representación parecía ostentar la Azafata Mayor D.<sup>a</sup> Matutina Fernández de Solís, instalada en la testera de una de las mejores carrozas y mostrando en su sibilítica actitud y majestuosa circunspección toda la gravedad de los momentos solemnes por que atravesaba la historia de España, en tal sazón, así como la indeclinable responsabilidad que en ellos correspondía a su insigne modelo

y maestra la Excelentísima Señora Princesa de los Ursinos.

Asustada la grey femenina por el recuerdo de las severidades impuestas a su falta de celo después del primer viaje regio a Burgos, y temiendo nuevas represalias de parte de la inflexible Camarera Mayor, si esta vez no mostraban mayor diligencia y lealtad hacia la Augusta Señora a quien servían, habíanse apresurado cuantas damas pululaban por los aposentos del Alcázar a solicitar un puesto en la abultada comitiva, y así se dejaban llevar cómodamente casi todas hacia Valladolid, llorosas algunas y creyendo llegado el último instante de su existencia, por lo que a veces sacaban fuera de las ventanillas el encorsetado busto para dirigir una postrer mirada de despedida a las amistades o a la parentela, que permanecían en los balcones del Alcázar, agitando conmovidas batistas y lienzos.

Por fin le tocó el turno a los peces gordos, a los que representaban las más altas investiduras de la diplomacia y del Alcázar. M. Blecourt, Encargado de Negocios de Francia, bastante más simpático a los españoles, por cierto, que el famoso Amelot, último Embajador de Luis XIV; los jefes de la Casa del Rey, el Duque de Medinasidonia y el Condestable de Castilla, Duque de Frías, sin asistir el Sumiller de Corps por estar nombrado para tan elevado cargo, desde la muerte del Conde de Benavente, el Duque de Alba, Representante de Su Majestad en París; los de la Casa de la Reina, Marqués de Castel Rodrigo y Conde de Santisteban del Puerto, y como coronación a tanta pompa, la Camarera Mayor de Palacio, Ana de la Trémoille, Princesa de los Ursinos, completamente sola en su coche de seis mulas, de acuerdo con los

preceptos inmemoriales de las etiquetas españolas, que sólo concedían e imponían tan señalada honra al citado cargo y al del Presidente del Consejo de Castilla, considerados uno y otro como los de mayor categoría que podían representar en la monarquía hombres y mujeres.

La presencia de la célebre Camarera suscitó, como siempre, en el pueblo, una sensación de respeto, de galante reserva, de consideración instintiva hacia la persona que todo el mundo sabía desempeñaba desde hacía tantos años las más delicadas e importantes funciones de gobierno, sosteniendo el ánimo de los Reyes en los momentos críticos y peleando en favor de ellos cual una leona cerca del Cristianísimo y de sus detestados Consejeros para mantener a Felipe V y a la Saboyana en el Trono.

Compuesta y tocada como si se dispusiese a tomar parte en una ceremonia de gala; erguida en su asiento con la misma gallardía que la hiciera famosa en su lejana juventud; considerando tranquila la agitación populachera a través de sus ojos de miope; hermética y sonriente; guardando exactamente la actitud que le correspondía; inclinándose ligeramente hacia un lado y otro para responder a los circunspectos saludos que le eran dirigidos, sin alterarse ni perder un segundo su empaque aristocrático, avanzó Ana de la Trémoille lenta, segura, acompañada de Caballerizos y correos, mientras la multitud la contemplaba inquieta, emitiendo a su paso profecías y augurios, como si de aquellos labios cerrados y pintados dependiese la solución del conflicto catastrófico a que todos se veían abocados en aquella hora.

Al cabo, y cuando ya la tensión nerviosa de los madrugadores madrileños comenzaba a hacerse

insoportable, un viva universal, estridente, atronador anunció a los más alejados la proximidad de la carroza Real, circundada de guardias, precedida del Primer Caballerizo y de otros Oficiales, y escoltada por varios escuadrones de caballos, que obscurecían el patio del Alcázar y hacían resonar con impaciencia las seculares losas de su pavimento.

El griterío ensordecedor crecía a medida que el regio carruaje, conducido trabajosamente por el cochero que ocupaba el empinado pescante, sobre el que se derramaban ampulosas las faldas de terciopelo, galoneadas de oro, traspasaba las monumentales puertas del Alcázar, protegido por lacayos de a pie, mozos de coche y Guardias de Corps, que se esforzaban inútilmente por contener a la muchedumbre, frenética de entusiasmo y decidida a exponer su vida con tal de contemplar de cerca, por última vez quizá, el rostro adorado de sus Reyes.

Atropellando cuantas barreras se les ofrecían, desatendiendo órdenes y advertencias, luchando a brazo partido con los caballos de los militares que les separaban de la Carroza Real, desbordándose por todos lados, sin cesar un segundo en sus exclamaciones hiperbólicas y en sus vítores, ondulaba el imponente gentío, siguiendo anheloso la marcha del carruaje, que, a cada vuelta de las pesadas ruedas, alejaba unas varas más del Alcázar de Madrid a Felipe V y a su familia.

Y si la expresión reconocida, verdaderamente augusta del joven Soberano, tan poco amigo de manifestar emociones en público, demostraba bien a las claras el sentimiento con que el nieto de Luis XIV se apartaba de sus fieles y desconsolados súbditos, la visión de la Reina D.<sup>a</sup> María Luisa,

de la insustituible Saboyana, sosteniendo en brazos al tierno Príncipe de Asturias, que, acostumbrado a las demostraciones clamorosas de la muchedumbre, sonreía repartiendo besos, y despidiéndose de sus incondicionales defensores con palabras ininteligibles, pero con lágrimas auténticas y evidentes, constituía un espectáculo único y digno de ser presenciado, aun a costa de la integridad de las personas.

Aquel conjunto de gracia, de voluntad y de coraje, reunido en una criatura tan delicada, tan frágil, tan abnegada como D.<sup>a</sup> María Luisa, consiguió renovar el prodigio de confundir una vez más a los Soberanos con su pueblo, ganando ante él, y esta vez definitivamente y cara a cara, la batalla que poco antes hiciera peligrar el cetro del esposo en los campos de Zaragoza.

—¡No te vayas!...

—¡Vuelve pronto!...

—¡Nosotros te guardaremos la casa!...

—¡Dios y la Virgen os bendigan!...

—¡Muera el Archiduque con su Torre de Babel y los herejes que le acompañan!...

—¡Quién pudiera acompañaros, aunque fuese descalzo!...

—¡Cuídanos bien *al chico!*...

.....

Aquellos eran los gritos de los que se quedaban, de los que no podían seguir a su Reina y a su Príncipe idolatrados, contentándose con correr detrás de los coches mientras se lo permitían sus fuerzas, o extendiendo sus brazos con heroico ademán para mostrar, cual la indomable Almudena, su desbordante maternidad, en la que se encerraba un futuro defensor de los derechos borbónicos, ofrecido antes de crecer a las Majestades fugitivas.

En cuanto a los otros, a los que se disponían a escoltar a la Familia Real, y cuyos vehículos se apañuscaban en el interior o en las cercanías de Palacio, todo eran apuros y órdenes, esfuerzos para incorporarse a la interminable comitiva, interrumpida y cortada por las manifestaciones incesantes de la multitud, voluntad de hacer ostensible su culto dinástico a los ojos de conocidos y deudos.

Y mientras los impresionables madrileños acababan de embriagarse con su propio entusiasmo, como años antes con motivo del bautizo del Heredero de la Corona, el Cortejo de los Reyes, que abandonaban su capital, acuciados esta vez por el enemigo, iniciaba su serpenteo a través de calles y caminos, emprendiendo de nuevo la ruta hacia lo desconocido, hacia la aventura, hacia lo que parecía entonces imposible, hacia el triunfo y la restauración de su poder y de su grandeza.

.....

\* \* \*

Aquel paroxismo de sentimientos monárquicos; aquella explosión de simpatía y afecto no se recordaban ni tenían precedentes en la Historia. Como si la adversidad encendiera más vivo el fuego del amor en el corazón de los habitantes de la metrópoli, ante el próximo arribo de los que ellos miraban cual invasores extranjeros, ninguno quería quedarse atrás en destacar sus opiniones.

Felipe V, y sobre todo la Saboyana y el Príncipe, magnificados al calor de la pasión popular, constituían, más que una realidad, un símbolo; representaban algo propio que nada ni nadie podría hacer olvidar. El Archiduque, en cambio, y sus

EL ARCHIDUQUE EN MADRID.—\*\*.

2

Generales, habíanse convertido, para la inmensa mayoría de los madrileños, en una imposición insoportable, que estaban dispuestos a repeler como algo incompatible con sus ideas y emociones.

Las mismas libertades forales, los principios netamente hispanistas (más genuinamente nacionales acaso que los defendidos por los castellanos), que se predicaban y sostenían desde Barcelona, perdían toda su eficacia al atravesar las fronteras, como si nada de común tuviesen con ellas; parecíanle al resto de los peninsulares, y en especial a los madrileños, mero pretexto de reivindicar jerarquías perdidas o disimular anhelos de desunión y rivalidad entre ramas del mismo tronco; no despertaban eco de ningún género. La necesidad de nuevas libertades o de restauración de las antiguas no se sentía en Castilla, tal vez por inercia, por anquilosamiento o por insensibilidad cívica de los vasallos que componían sus Reinos. La misma ignorancia que reinaba en Barcelona respecto de Madrid, dominaba en Madrid respecto de Barcelona. El desdén de unos por otros era recíproco, y, en tan trascendental conflicto de almas y de pensamientos, ni en un bando ni en otro se levantaba una sola voz de concordia y de transigencia, una sola voz razonable que colocara el problema en su justo terreno, que era el de la constitución de la soberanía sobre bases comunes y tradicionales a ambos partidos, que permitieran contemplar el porvenir sin temores ni peligros de orden interno.

De treinta a cincuenta mil personas calculábase el número de las que en aquellos días acompañaron a Sus Majestades en el éxodo, abandonando familias y hogares en la Capital. Grandes de España, Títulos de Castilla, Togados, Ministros subalternos de todos los Consejos, Sala de Alcaldes



de Corte, Escribanos de Provincia, Tenientes de Corregidor, infinitos particulares y voluntarios, que inundaban los caminos noche y día de gente, dejando desamparada la Corte, los comercios interrumpidos, los caserones cerrados, sin más Tribunal de Justicia que el del nuevo Corregidor Don Antonio Sanguinetta.

Las señoras de algunos Grandes de España decidieron continuar hasta Valladolid; otras se retiraban a diferentes Conventos de Monjas, lo mismo que muchas damas y particulares, asegurando de algún modo sus haberes en dichos recogimientos o diferentes Iglesias; y en aquel pugilato de lealtad a la Corona no faltaban ejemplares enternecedores como el de la partida del centenario Marqués de Mancera a hombros de sus criados, en silla de manos, por no poder resistir su edad los movimientos del coche, hasta recibir orden expresa de Felipe V, pasada la primera jornada, de no proseguir el viaje y regresar a la Capital; o incidentes picarescos, recogidos por la musa popular de los mentideros, como el de cierto militar que burló al conocido médico Solano en plena calle, caballero en su mula, diciéndole que subiese a visitar a una enferma de peligro, y marchando en el ínterin con el animal camino de Francia.

Requisados carruajes y birlochos, padecíanse a poco muchas necesidades por falta de transportes, saliendo a relucir pronto toda clase de vehículos extravagantes y arrumbados, que cambiaban el aspecto de la población, privando de las caballerías aun a los panaderos, y haciéndose tan difícil el tránsito de subsistencias, que, temerosas las Autoridades de algún disturbio en los barrios bajos por efectos del ocio y el entusiasmo, llegaron a encargar de las rondas de Madrid a sus gremios, quie-

nes, repartidos en cuarteles y armados hasta los dientes, vigilaban las noches enteras.

Contra lo que pudiera imaginarse, nadie se ocupaba de preparar resistencias ni defensas, porque de sobra sabían que resultarían inútiles en una ciudad abierta para un ejército aguerrido; y la actividad material de la Villa reducíase a mantener constantemente tertulias en las calles, a caza de noticias, propagando las más inverosímiles con rapidez pasmosa, mientras la inquietud espiritual de la muchedumbre se desahogaba, con mejor intención que suerte, en letrillas y romances lacrimosos que corrían de mano en mano, avivando el patriotismo de los madrileños y haciendo las delicias de los émulos de D.<sup>a</sup> Mayor de Flon, con títulos tan sonoros como el de «Amor y gritos de Madrid por la buelta de su muy amado y santo Rey Don Felipe V», o «Poesías varias hechas por una dama de esta Corte, cuya es la obra de Títulos de Comedias, mudando metros y assumptos», o, finalmente, «Carta de Magdalena la loca a Marica la tonta, en que manifiesta, con su estilo tosco, lo que pasó en Madrid estos días», etc., etc.

Mas justo es consignar, para loor de su memoria, que si en aquel caos hubo excesos y omisiones por parte de los subalternos, enceguecidos por un partidismo desenfrenado, quienes estaban al frente de los negocios supieron mantener éstos en todo momento a la altura de las circunstancias, y lograron reparar en la Corte, con habilidad suprema, la pérdida de prestigio que el Trono acababa de sufrir en los campos de batalla, distinguiéndose en tal ocasión, por su talento y admirable clarividencia, la Camarera Mayor, Princesa de los Ursinos, en quien nadie se fijaba, cegados por la aureola que rodeaba a los Soberanos, pero que en realidad era

la que manejaba todo, atravesando el instante más difícil de su vida política e intentando dar cima a ésta con una valentía, una constancia y una resolución de que se recuerdan muy pocos ejemplos.

Doña Serafina, que en los últimos días de la residencia de la Familia Real en Madrid permaneciera casi constantemente en el Alcázar, descuidada de sus propios asuntos para no pensar sino en los nacionales, y que al salir la Corte de la Capital partiera, en compañía de la Duquesa de los Cameros, para acompañar a la comitiva durante largo trecho, había tenido ocasión de admirar la resistencia extraordinaria de Ana de la Trémoille, a quien dijérase que los desastres proporcionaban nuevos alientos, sirviendo para poner al descubierto los infinitos recursos de que estaba dotado su ánimo varonil y decidido.

Sin desmayar por las noticias desalentadoras que de todas partes llegaban respecto de los progresos militares de las fuerzas aliadas; resuelta a mantener en los Reyes la fe inquebrantable en el triunfo definitivo de sus destinos; durmiendo apenas y dictando o escribiendo cartas de continuo; atenta a los menores detalles que exigía la precipitada jornada de los Reyes; disponiendo solícita cuanto al Príncipe de Asturias hacía referencia; en contacto perpetuo con las Autoridades madrileñas para conocer, hora por hora, las reacciones del pueblo; recibiendo visitas, despachando correos en todas direcciones, combinando planes a cual más atrevido, aquella maravillosa mujer mostrábase serena y digna, en posesión de todo su aplomo y su sentido práctico, viendo con claridad sorprendente las ventajas y los peligros que se le presentaban, no abrigando más temor que el del efecto que en Versalles, y sobre todo en su antigua confidente la escéptica

Madame de Maintenon, pudieran causar las nuevas de la última y tremenda derrota que venía a destruir todas las seguridades y esperanzas puestas de manifiesto por la Princesa al entregar a los nietos de Luis XIV en brazos de los españoles, contra los consejos y las veladas amenazas de la esposa morgánica del Cristianísimo.

Allí se escondía el verdadero peligro para el porvenir de Felipe V y de su hijo; allí era donde precisábase mostrar un corazón de hierro e impresionar en sus fibras más sensibles el alma y la voluntad del Rey Sol, a fin de que no desamparara su sangre y la apoyase con todo el prestigio de su glorioso nombre. Ana de la Trémoille sabía el lenguaje que había que emplear para emocionar al deprimido Soberano francés. Adivinaba que retrasados voluntariamente en su viaje a España los Duques de Vendôme y de Noailles, reunidos en Bayona, esperaban prudentemente, como buenos cortesanos, la palabra definitiva de su Señor para seguir adelante o volver atrás, dejando que se derrumbase el trono español a sus espaldas. Y sin vacilar un instante, jugándose una vez más el todo por el todo, arriesgando la suerte de los Reyes, sobreponiéndose a cualquier eventualidad y a cualquier miseria particulares, enviaba instrucciones a los Mariscales, sostenía con frases cornelianas el decaído espíritu de la Marquesa de Maintenon, solicitaba el apoyo del Gran Delfín y de sus amigos franceses, y hasta se permitía discutir de igual a igual con el absolutísimo Luis XIV, mostrándole, con candente frase, el oprobio que sobre su memoria pesaría eternamente si en un caso como aquél, en que se discutía el honor de la Casa de Borbón, renegaba de todo su pasado para seguir los mezquinos pareceres de las personas empeña-

das en privarle de la inmortalidad como árbitro de los destinos del mundo.

Sostenerse unas semanas como se pudiera; congregarse de nuevo las reliquias del desbaratado ejército castellano; dar tiempo a que el Duque de Vendôme, con su experiencia y su prestigio de viejo caudillo, desvaneciese en las tropas el espíritu de indisciplina y desorganización que las había llevado al fracaso; impedir a toda costa la unión de los ejércitos de Starhemberg con los de Portugal, a fin de aislar a Carlos III en Madrid, desprovisto de todo; preparar una ofensiva con el Duque de Noailles por la parte de Gerona para distraer las fuerzas del enemigo y asustar a la Archiduquesa Regente; mostrar confianza absoluta en la fidelidad de los pueblos con objeto de que su abnegación procurara más batallones y más recursos; sufrir con estoicismo los embates de la fortuna retirándose D.<sup>a</sup> María Luisa con la Corte a Vitoria o Pamplona, si los acontecimientos lo exigían; no renunciar por nada ni por nadie al magnífico desquite que les ofrecía la Providencia mediante el amor de los españoles. Tales eran los sentimientos y las ambiciones de la Princesa de los Ursinos, expuestos en la forma más arrogante y más deslumbradora que jamás revistió pluma femenina en épocas modernas, para discutir el futuro de una monarquía en completo desquicio y amenazada de derrumbe.

La popularidad personal, el afecto de la muchedumbre, la consagración del acierto, no las buscaba, y hasta a veces le eran completamente indiferentes a Ana de la Trémoille. Desde su entrada en España había comprendido que nunca llegaría a ser querida, ni siquiera a disfrutar de aquella simpatía con la plebe, tan necesaria para sostenerse en la cumbre del poder. Pero nada de esto

la preocupaba ni la hacía variar un ápice la conducta que por propia decisión se había impuesto. Su temperamento aristocrático, su repulsión por el vulgo, el gozo íntimo y voluptuoso que le produjeran siempre aquellas luchas de Gabinete contra Gabinete, alejábanla de las multitudes, a quienes en el fondo despreciaba. El aniquilamiento y la miseria de Francia, la descomposición y el desangre de España, el cansancio en toda Europa, dejábanla indiferente, no representaban nada para ella, con tal de que se salvaran las dinastías y se afirmaran las Coronas en las sienes queridas. Esencialmente monárquica, tal y como se comprendían las monarquías en su época, cuanto fuese en contra de los Reyes o en menoscabo de su autoridad, aunque se basara en la moral y en la justicia más evidente, parecíale pecado nefando, y, maestra en la dirección de las pasiones, aprovechábase de la violencia de éstas, azuzándolas desde su torre de marfil en provecho único de los Soberanos, excitándolas hasta el delirio en torno de la Saboyana y del Príncipe de Asturias, sin tratar de desviarlas hacia su individuo, ni siquiera de empañarlas o compartirlas aunque fuera un segundo.

Las contadas personas que constituían la intimidad de la Camarera Mayor, y en quien ésta confiaba algunas de sus preocupaciones o de sus proyectos, quedaban absortas oyendo aquella palabra relampagueante y persuasiva, que todo lo ponía en claro, no arredrándose por nada.

La Niña de Plata, a quien la de los Ursinos demostrara siempre especial condescendencia y que sentía verdadera admiración por el talento de su favorecedora, tan poco pródiga en atenciones para las Señoras españolas, participaba de todas las ilusiones de la Princesa, decidida a no claudicar

en su predilección por los Borbones, cuyas banderas defendía además Jenaro y que representaban la mayor defensa con que podía contar en caso de un conflicto con D.<sup>a</sup> Leonisa o con el Conde de Ecija.

¡Sí! ¡Sí! ¡Felipe V triunfaría! ¡No podía menos de salir victorioso de todos sus enemigos! Ana de la Trémoille tenía razón en cuanto afirmaba. ¡Gracias a su tesón, volvería la Saboyana a la Corte, para no abandonarla ya más, y su regreso traería el del valiente Pereda, uniendo a los hermanos hasta el fin de sus días y alejando indefinidamente de la presencia de ambos al ominoso Conde de Ecija!...

\* \* \*

Así pensaba la exaltada Duquesita de Sahagún al regresar a Madrid, después de seguir a los Reyes durante dos jornadas del viaje de Sus Majestades, en la carroza de la ilustre D.<sup>a</sup> Blanca, que compartía sus seguridades, infundiéndole toda clase de alientos, y así llegó a sus casas de la calle de San Bernardo, donde le aguardaban varias sorpresas y la presencia de Fray Francisco Blando, muy agitado y conversador, que se apresuró a comunicar a Su Excelencia, en medio de grandes aspavientos, apenas subida la escalera, la existencia de varias novedades desagradables, pero muy desagradables, para la familia.

—¿Pues qué ha sucedido? —interrogó la Dama—. ¿Por qué esconde su Paternidad ese papel? ¡Seguro que ha de ser alguna sátira contra el Archiduque, de las enviadas por su gran amigota Doña Mayor de Fion! ¿Ha ocurrido algo en Madrid durante mi ausencia?

—Alborotos no faltan, Señora Condesa —repuso

vacilante el Predicador —. Ayer 10, se amotinaron los presos de la Cárcel de Corte, entre los que se encuentra Don Bonifacio Manrique, aclamando a Carlos III e intentando su libertad, y se hicieron dueños de una de las puertas de la prisión, hasta que, acudiendo gente y diversos Regidores de la Villa, se remedió el daño; y esta mañana, como regresaran algunas Señoras Grandes de las que, imitando a Vucencia, acompañaran a Sus Majestades, se reunieron muchos miles de personas en la Puerta del Sol, calle Mayor y Plazuela de Palacio, a la falsa voz de que el Rey nuestro Señor se había restituído y de que las tropas francesas acababan de sorprender a Girona. Gracias que el Señor Corregidor pudo sosegar el movimiento, echando en seguida un bando en que, pena de 200 azotes, manda que todos se recojan a sus casas, no se detengan en corrillos por las calles, ni se aclamen ni celebren los sucesos prósperos o adversos...

—¡Vaya por Dios! — exclamó D.<sup>a</sup> Serafina, cortando la palabra al fraile —. ¿Y Almudena? ¡Seguro que esa loca, sin atender a su estado, habrá ido a todas partes, comprometiendo la vida de su criatura! ¿No ha vuelto por aquí?

—En su aposento está desde hace poco, y no muy sana por lo que parece, aunque sigue chillando y discutiendo con sus amigotes, como si se le diera una higa la casa donde está y del respeto que se debe a sus moradores. Pero no es eso, Señora Condesa, lo que yo quería...

—¡Bien!, ¡bien!, ¡vamos a verla y a regañarla, que eso es lo primero, Fray Francisco! — interrumpió impaciente la Niña de Plata —. Para malas noticias, siempre hay tiempo...; en seguida me dirá Vuestra Paternidad cuanto le ocurra..., que traigo muchas horas de camino y vengo rendida...



El aspecto de la famosa bordadora no podía ser, en efecto, más alarmante ni más desgraciado. Morada de tanto gritar, descompuesta la gallardía del cuerpo por razones de su estado, que no se preocupaba en disimular lo más mínimo; rodeada de su compinche Isidora y de dos o tres bravías de su amistad, que la escuchaban como un oráculo, seguía la enardecida hembra vociferando e insultando a todos los hombres, que no tenían redaños bastantes para armarse como Dios les diera a entender y salir al campo, impidiendo la entrada en Madrid de los malditos cerveceros y los condenados herejes.

—¡Y pensar — gemía desesperada la hija de los barrios bajos — que lo que tengo aquí dentro hace que no me pueda poner a la cabeza de mi gente para salir a pinchar aliados! ¡Malhaya el autor del desaguizado! ¡Catalán había de ser para fastidiar a los madrileños cuando menos falta les hacía!

La reprimenda que D.<sup>a</sup> Serafina le dirigió al escuchar tamaños dislates hizo enmudecer por un momento a la maja, que sentía por la Niña de Plata algo como adoración, obedeciendo sin chistar sus mandatos.

—Pero vamos a ver, deslenguada — repetía la gran Señora, furiosa —. ¿Te has creído que puedes escandalizar aquí como si estuvieras en el obrador o en la calle? ¿No te da vergüenza venir a recogerte así y exponer a tu hijo a una desgracia? Ahora mismo vas a acostarte, y de aquí no te mueves hasta que yo lo mande! ¡Pues no faltaría más! ¡Vaya una madre! ¡Cualquiera diría que nada se te importa de la criatura, ni de que llegue sana al mundo!

—¡Que si me importa! — contestaba más calmada Almudena —. ¡De sobra sabe Su Excelencia que sí! Y que la quiero, ¡Dios!, como si ya la

tuviera en los brazos. Pero no haya miedo de que se suelte así como así, porque está bien sujeta. Y tan y mientras, ya va aprendiendo la ley a que tiene que salir. ¡Porque como venga con las ideas del padre, aunque las recate, la mató! Madrina ya tiene, que no puede ser mejor, y en cuanto a nombre, también se lo he escogido y se lo he dicho a éstas, y no me vuelvo atrás. Si es chico, Luis María ha de llamarse, y si muchacha, María Luisa, como la Saboyana, que es el verdadero Rey de España y la única persona en Palacio que se entiende a gusto con el pueblo...

Sosegada en parte y confiada al cuidado de sus compañeras, que juraron por todos los santos de la devoción madrileña no dejarla levantar ni mover un dedo hasta que la Señora Duquesa lo consintiese, dió vuelta Serafina a su Cámara, donde, dirigiéndose al Confesor, preguntó distraída:

—Bueno, ¿y qué noticias eran esas que Vuestra Reverencia me anunciaba?

Fray Francisco carraspeó azoradísimo, como quien no sabe por dónde empezar, y balbució al fin:

—Pues ahí es nada, Señora..., yo se lo quise decir en seguida..., pero como Su Excelencia no me dejó... y el caso es que no hemos cerrado muchos los ojos en toda la noche...

—¡Bueno! ¡Acabe de una vez, Padre mío!

—Sí, sí, ahora, en seguida —repuso el fraile, secándose el sudor que le corría por la frente—. Pues que ayer de tarde... y sin que ninguno fuéramos bastante a evitarlo, la hermana del Señor Conde..., D.<sup>a</sup> Maravillas, la Señora Marquesa de Algora...

—Sí, sí, ¿qué? —interrogó alarmadísima Serafina, presintiendo una desgracia.

—¡Pues que se ha marchado de la casa en compañía del Caballerizo Don Sabas y de todas sus

joyas y dineros, utilizando el coche de camino con las cuatro mulas, y poniendo como pretexto que debía seguir a los Reyes, según órdenes recibidas de Vuestra Excelencia.

—¡Órdenes más! ¡Si yo no he dispuesto nada! — murmuró asombrada la Niña de Plata, cayendo en la cuenta de que, efectivamente, no había visto aún a su cuñada, ni ésta le había mandado saludar, como de costumbre.

—¡Claro que no! — suspiró el fraile, consternado —. ¡Ya me lo figuraba yo! ¡Y lo peor es que ninguno de la casa se ha tragado tampoco el anzuelo, comprendiendo todos que lo que quiere la Señora Marquesa, deslumbrada por quien la domina, es dar un escándalo mayúsculo que haga inevitable publicar su casamiento de concienzal! ¡Hay que ver ese presuntuoso cómo la manda ya y cómo dispone de todo, cual si fuera propio! ¡Hasta de Señor Marqués, y aun de Príncipe de Palata, pretende que se le trate, como si Su Majestad hubiera autorizado la boda! Y lo peor del caso es que D.<sup>a</sup> Maravillas anda tan ciega, que todo lo acepta y lo celebra como de un igual. ¡Hasta habla de poner pleitos al Señor Conde, su hermano! Por supuesto, que todo lo presente viene desde la famosa entrevista de Segovia, donde tanto se sintió la Señora Marquesa por lo que le dijo Su Excelencia en público, que no se lo ha perdonado ni se lo perdonará nunca. ¡Pobre Señora! ¡Sabe Dios la suerte que le estará reservada con la diferencia de años y la desigualdad de clase que la separa del marido! ¡Buena pieza es éste, por cierto!... En fin, Señora Condesa, por este papel que me entregó D.<sup>a</sup> Maravillas antes de subir al coche, verá Vuestra Excelencia las razones que da para justificar el mal paso en que se ha metido.

—¿Y por dónde andará a estas horas? — murmuró la Niña de Plata, tomando el pliego, distraída —. ¿No se tiene idea de la dirección que se proponían seguir?

—¡Sí! — afirmó amostazadísimo el panegirista de Felipe V —. ¡Esa es otra! ¿Me creerá Vuecencia si le digo que las intenciones del Don Sabas consisten en llegar a Zaragoza cuanto antes, o donde pueda encontrarse el Archiduque, para rendirle pleito homenaje y reconocer a la postiza Majestad, con la esperanza de que éste, no sólo apruebe su boda, sino que le haga cubrir como Grande de España?

—¡Qué disparate!, ¡qué disparate! — repetía Doña Serafina, pensando en otra cosa.

—Si así lo juzga Su Excelencia — atrevióse entonces a insinuar el fraile —, quizá fuera tiempo aún de mandarlos detener en nombre del Señor Conde. Yo mismo podría ir con una misiva de Vuestra Excelencia, que tal vez convencería a Doña Maravillas, dado el afecto y la consideración que desde el primer día sintió por la Señora Condesa...

—¿Y para qué, Fray Francisco? ¿Para qué? — contentóse con decir su hija de confesión —. ¿Qué sacaríamos con ello? Además, ¿tenemos bastante autoridad los que vivimos en la tierra para desunir lo que se ató en el cielo? ¿No están casados ante Dios y ante los hombres? ¡Mil veces escuché, con otros motivos, repetir esta misma sentencia a Vuestra Paternidad!

—¡Son casos muy diferentes!, ¡muy diferentes! — farfulló Fray Francisco, desviando la conversación.

—Tiene razón Vuestra Paternidad — afirmó Doña Serafina con dulzura —; ¡absolutamente distintos!...

Y, despidiendo con leve gesto al Religioso, per-

maneció la heredera de Sahagún sola en el cuarto, perdida en un mar de reflexiones, hasta que, al cabo de un gran rato, decidióse a romper el sello de la carta de su cuñada, delectando el texto pacientemente, con emoción y simpatía evidentes.

Aquellos renglones temblorosos y torpes, en que se adivinaba todo el afecto contenido y el desbordante apasionamiento de un corazón virgen que por primera vez se considera correspondido; aquella infantil ingenuidad, más frecuente aun en la madurez que en la juventud, con que una persona entrada en años cree engañarse a sí misma pintando risueña el porvenir, de que en el fondo desconfía; el egoísmo triunfante; la vitalidad refrenada por tan largo tiempo que al fin tomaba su desquite; el ansia de no perder un día, una hora de la felicidad apetecida y tardía; el placer de substraerse a todo, de renunciar a todo, aunque no pudiera apreciarlo así el ser amado a causa de su inferioridad; todas las inconexas frases de la carta impresionaron hondamente a Serafina, quien, con su generosa sensibilidad, presentía el drama que se preparaba como término de tan descabellada huída: el desencanto, las amarguras, el choque con la vulgaridad del cónyuge, los engaños que seguirían a la satisfacción pasajera, el reverso, en fin, de la medalla de la ilusión. A pesar de ello, la Mayorazga de Sahagún disculpaba el arrebató de D.<sup>a</sup> Maravillas; comprendía las razones que había tenido para obrar de aquel modo, y, al mismo tiempo que la compadecía, envidiaba su suerte al verse libre y dueña absoluta de sus actos.

La aventura de la Marquesa de Algora, enternecedora y ridícula, producíale lástima, cuando pensaba en su fin seguro, y risa cuando recordaba sus comienzos, moviéndole a evocar la extravagante

historia de la *Grande Mademoiselle* y del petulante Duque de Lauzun, que tantas veces oyera referir en el palacio de Veraguas; pero en el fondo, la Niña de Plata celebraba con toda su alma la coyuntura de no encontrarse presente el Conde de Ecija, a fin de que el sueño de su cuñada durase lo más posible.

Por lo que tocaba a ella, Serafina, ¿qué le cabía hacer en el asunto sino echar tierra encima y confesar paladinamente lo ocurrido a la parentela, restaurando de paso el honor de la Marquesa de Algora, tan traído y tan llevado en lenguas por culpa de su poco escrupuloso hermano?

Nada de reconvenciones, ni de algaradas, ni de protestas.

¡Que fuesen muy dichosos!.....

¡Y dada la campanada, la fugitiva sabía muy bien, porque al cabo era mujer, que podía contar con la ayuda de la Condesa de Ecija para cuanto le fuera necesario en el presente o en el porvenir!

\* \* \*

La conciencia de su verdadera situación, la perspectiva de su futuro nebulosísimo, no se presentó a la consideración de los madrileños sino después de la partida de los Reyes y de la turbamulta que les acompañara, cuando quedaron solos, sin tener dentro de sus muros a nadie a quien aclamar, expuestos de un momento a otro a los desmanes de las tropas invasoras, e ignorantes en absoluto, como de costumbre, de cuanto sucedía fuera de los términos de la insigne Villa.

Entonces comenzaron a recordarse por tascas y figones, mentideros y corrillos, tertulias y sacris-

tías, conventos y palacios, los incidentes de la ocupación de 1706, aquellas trágicas cinco semanas de dominación extranjera, que, con la tendencia natural de las grandes capitales a olvidar desdichas, nadie mentaba ya, y que resurgían ante las fogosas imaginaciones madrileñas, exageradas y descompuestas por el rencor, recargadas con una serie de invenciones y de anécdotas humillantes, ennegrecidas más de lo justo y haciendo nacer en el espíritu de las clases bajas un deseo feroz de represalias, un ansia de resistencia contra los nuevos invasores, que indudablemente hubiera tomado cuerpo de encontrarse en Madrid algunas milicias, o tropezar con un caudillo capaz de sugestionar a las masas, o poseer al menos armas y municiones los descontentos con que rechazar la entrada de sus enemigos.

Aquella escasez de informes, que no hacía sino aumentar el estado de nerviosidad en que vivía la Capital, persistió hasta el 19 de Septiembre, fecha en que se supo con certeza que el ejército aliado y el Archiduque se hallaban acampados entre Guadalajara y Alcalá, habiendo dado esta última ciudad obediencia entre siete y ocho de la noche anterior al Gobierno intruso. Aproximábase, por tanto, el peligro, del que nadie parecía ya capaz de salvarles; y semejante convencimiento permitió al elemento bullanguero dar rienda a su fantasía, inventando toda clase de patrañas sobre la supuesta traición de algunos personajes, o juzgando a la española, es decir, sin ninguna benignidad, la prudencia, que muchos calificaban de miedo, con que las Autoridades de la Villa impedían a los exaltados preparar la defensa de la ciudad y disponerse a luchar en sus calles hasta morir o vencer a los contrarios.

Desengañados al cabo de que nada conseguirían dentro de la Capital, pues las órdenes de Su Majestad para que se entregase sin combatir eran terminantes, a fin de evitar el saqueo, los ánimos de los patriotas netos comenzaron a dirigir todas sus esperanzas al campo, a los alrededores, a la sierra, donde, libres de prejuicios y mandatos, principiaban a señalarse ya partidas o guerrillas, auxiliadas y favorecidas incondicionalmente por lugares y poblados, de donde salían hombres a montones para engrosar sus filas. Los nombres de caudillos célebres por su audacia, como Don José Vallejo, Don Feliciano de Bracamonte, Don Juan de Cereceda, y varios más, corrían fervorosamente de boca en boca, como los de otros tantos exterminadores de infieles, y, resueltos los habitantes de los suburbios de Madrid a mantener el contacto con aquellos valientes, coadyuvando en cuantas hazañas intentarían para librarles de los intrusos, multiplicábase emisarios que recorrieran los contornos; juntábase dineros, y en cada taberna, en cada obrador, en cada tienda, en cada casa, en cada tugurio, en cada locutorio, en cada mancebía, todo eran cabildeos y cuchicheos, votos y triduos, juramentos y oraciones por el triunfo de la causa santa, mezclando a servidumbre con señores y a clerecía con hampones, en un ideal y una perseverancia: los de rechazar a los invasores, los de combatir al extranjero.

La resolución de la lucha por la lucha, de la resistencia a toda prueba, de la venganza sin escrúpulos ni blanduras, tenía indiscutible asiento hasta en el palacio de Ecija, junto a la cama en que yacía la doliente Almudena, a la que rodeaban, como vidente pitonisa, personajes tan autorizados e influyentes en las masas cual el bordador Chipito y su hermana Isidora; el Presbítero contrabandista



Don Bertrán Buendía, Laureano *el Tuerto*, Plácido Fortuna y una docena, por lo menos, de servidores de la Casa Condal, que no tardaron en introducir a varios conocidos del barrio de Maravillas, eminente cada cual por su estilo, a fin de aumentar la ilustración de la asamblea y hacer más llevadera la monotonía de las horas a la recién consagrada esposa de Nardo.

Fray Francisco Blando, cuya facundia navegaba en otras aguas y otras tertulias más acomodadas a su genio, como la de D.<sup>a</sup> Mayor de Flon, pero que, no obstante, atrevíase alguna vez a asomar los respetables espejuelos por la apartada estancia, que más parecía reñidero de gallos o senado de plazuela que cuarto de enferma próxima a aumentar la población nacional, deteníase azorado en el dintel de la puerta y terminaba la mayor parte de las veces por emprender precipitada fuga, al escuchar aquella sarta de barbaridades y de tremebundos propósitos con que cada orador se proponía contribuir al exterminio de luteranos y austriacos, apenas asomaran éstos las narices por cualquier barrio de su jurisdicción.

La baraúnda de tal aquelarre interrumpíase únicamente, durante algunos minutos, cuando la Duquesa de Sahagún, de vuelta de sus visitas cotidianas a la Condesa de Villada o al palacio de los Cameros, dignábase entrar en la habitación para informarse de la salud de la maja, o comunicar a la concurrencia alguna noticia que pudiera interesarles del campo borbónico, pues entonces todos los energúmenos poníanse en pie y mudaban de modales, demostrando con los nuevos el profundo respeto y la adhesión que sentían por aquella descendiente de sus antiguos Próceres.

Inútiles habían resultado, sin embargo, todas las

disposiciones de la Niña de Plata para que la bordadora de Puerta Cerrada se sometiera a los cuidados del médico de la familia, atendiéndose como la ciencia ordenaba en semejantes contingencias, pues, sostenida y animada por sus admiradores, había declarado Almudena desde el primer momento a Su Excelencia que a nadie consentiría que pusiera las manos en su cuerpo pecador, si no era la encargada de auxiliarla en tan delicado trance, cierta mujeruca grandemente reputada por su habilidad en sacar críos a luz, que se llamaba Gervasia, pero que respondía al apodo de *D.<sup>a</sup> Finita*, y a quien media plazuela de la Cebada debía el que no acabara la especie de sus regatonas. Esta benemérita matrona, junto con su inseparable comadre, la no menos popular Madre Lorenza, de muy dudosa reputación pero de muy buena mano para las criaturas, y de un sangrador meritísimo, pariente de Mateo Gutiérrez, eran, pues, los encargados de traer al mundo al descendiente de los payeses de San Felíu de Codina por parte de padre, padre de quien todos ignoraban el paradero en aquellas circunstancias, aunque sabían que estaba cumpliendo su deber cerca del único y legítimo Rey de España y con ello bastaba para perdonarle el origen.

Ayudada por las suplicaciones de la beata, las ofrendas de cirios de Isidora y las preces de Don Bertrán Buendía, harto sospechosas dada la imperfección del Ministro, iba soportando la esforzada chula las incomodidades de su estado, que se prolongaba fuera de lo común, sin que los espantosos dolores que a veces la acometían fueran óbice para que Almudena cesara en sus denuestos y amenazas contra los sicarios del Archiduque, a quienes, por achacarles las culpas de todo cuanto sucedía en España, echaba incluso en ros-

tro el estado calamitoso por que ella misma atravesaba.

Los rumores que acerca de la marcha de los ejércitos victoriosos comenzaban a circular no eran, por otra parte, como para apagar aquel incendio y congraciar la simpatía de los castellanos hacia Carlos III, pues las personas que venían de las afueras apresurábanse a propalar toda clase de horrores, asegurando que los Aliados robaban cuanto tropezaban al paso; que en Arganda no habían dejado dinero ni objeto de valor; que al cura de otro lugar le habían dado de palos y cuchilladas hasta hacerle confesar dónde tenía guardado su tesoro; que las mujeres tenían que esconderse o huir para no ser ultrajadas por la soldadesca a la vista de sus familias, y que los herejes comenzaban a hacer de las suyas por templos y casas de religión, robando los vasos sagrados y apoderándose de cuanto tenía algún valor.

¿De qué valían entonces todos los ofrecimientos y las promesas del Arquiduque respecto de su paternal gobierno y la restauración de las libertades holladas por los Borbones? ¿Era aquella la manera de venir a tomar posesión de la Capital de sus mayores, que decía corresponderle por derecho? ¿No comprendía el buen señor que las tropas extranjeras que le acompañaban y desacreditaban su nombre constituían precisamente la mayor razón de que los castellanos le negaran la calidad de español a él y la de nacional a su causa? ¡Ningún Rey que pretendiera hacerse amar y respetar podía, bajo ningún pretexto, llamar en su auxilio a las armas de otro país para emplearlas contra sus propios vasallos!

La vigilancia y el dominio de los contornos por parte de los defensores de Carlos III no debía, sin

embargo, ser muy grande, pues el 17 salían del Alcázar 38 carretas y 17 acémilas, dirigidas a Valladolid, o donde Felipe V se hallara, con las tapicerías más ricas de Palacio, en el que sólo quedaron «algunas cosas de madera y ninguna ropa de consecuencia», comprendiendo el total del convoy 144 fardos liados y 41 cajones cerrados y clavados; y tres días después, el 20, entraba en Madrid el Coronel Amézaga con su Regimiento, observando los movimientos del ejército enemigo, con la novedad de que éste se encontraba ya numeroso de 23.000 ó 24.000 hombres, y en marcha para la Corte.

Aquella noticia impresionó de tal suerte el espíritu de Almudena, que en la mañana del día siguiente, casi a la misma hora en que hacían su entrada en la Capital 500 caballos de los austriacos, para pedir la obediencia de las Autoridades madrileñas a Su Majestad Don Carlos III, daba a luz con toda felicidad la heroína de Puerta Cerrada el esperado retoño, que, por su tamaño y bríos, justificaba ampliamente todos los tormentos ocasionados a la valerosa madre antes del nacimiento.

\* \* \*

Serafina, que se encontraba ausente al ocurrir el suceso, a causa de un recado urgente de D.<sup>a</sup> Catalina Ventura, Condesa de Villada, sólo pudo enterarse de él mucho tiempo después de ocurrido, al regresar al palacio de la calle de San Bernardo, donde todo era agitación y discusiones entre los dos bandos de la servidumbre, partidario uno, como su amo el Conde de Ecija, de la Casa de Austria, y decidido otro, como su Señora, la Condesa-Duquesa, en favor de los errantes Borbones.

Verdad es que los sucesos eran como para apasionar los ánimos más contemplativos, pues entre once y doce habían todos podido ver salir de las Casas Consistoriales a varios Regidores en un coche de tiro entero, otro de recámara, y diferentes criados en un carromato de prevención, cubierto con reposteros y armas de la Villa, que caminaban a Alcalá para besar la mano del nuevo Rey; y a la tarde se aparecía en Madrid el propio General Don Diego Stanhope, al mando de sus ingleses, impulsado por el irresistible anhelo de distinguirse y ser siempre el primero en ponerse en evidencia, como si fuera el fautor de todos los triunfos, sin preocuparse de lo que pudieran pensar los demás, especialmente el General en Jefe, Conde de Starhemberg, a quien nunca pudo ver ni en pintura.

Acompañado de su brillante séquito, que respiraba satisfacción y petulancia, subió Stanhope al Ayuntamiento, donde, como dictador, tomó las disposiciones del caso, y desde allí al Alcázar para convencerse de que los muebles del magnífico edificio estaban en su sitio, tomando después el palacio de la Florida, propiedad del Duque de Alba, para alojamiento propio, y disponiendo que la Caballería acampara frente a dicha casa, orillas del Manzanares, en una arboleda, antes de llegar al soto de Migas Calientes, donde les envió la Villa un refresco compuesto de vacas, carneros, pan, vino, nieve y dulces.

Antes de retirarse a descansar el General, publicábase además un bando y edicto, en nombre ya de Carlos III, expresando el paternal cariño con que Su Majestad se había expuesto siempre a los continuados trabajos de la guerra, por redimir a los españoles del cautiverio de Francia; y que habiendo aclarado el cielo su justo derecho, con tan-

tos y tan favorables sucesos y repetidos triunfos como estaba concediendo a sus victoriosas armas, quedaba persuadido del desengaño de los españoles que hasta allí no atendieran sus razones, por lo cual, a los que convencidos las atendieran, les prometía muchos adelantamientos y privilegios; pero que los pertinaces que no fueran a prestarle el debido vasallaje en un mes, serían excluidos para siempre de su clemencia.

Además de esta proclama, que no produjo ni poco ni mucho efecto en el público, excitando por el contrario la chocarrería madrileña en todos los retiros de la Capital, fijóse otra en los lugares más concurridos de Madrid, disponiendo no se hablara ni se admitieran en autos delitos pasados sobre afección, amenazando con prisión a los que incurrieran nuevamente en ellos. Y, dueños ya de la ciudad, como conquistadores, comenzaron a instalarse algunos Cabos ingleses de los más importantes en casas particulares de los que habían ido siguiendo a Felipe V, como la del Duque de Medinaceli y la del Conde de Aguilar, donde entraron cual en campo propio, disponiendo de todo a su antojo.

Tan sensacionales ocurrencias no interesaban, sin embargo, a la Duquesa de Sahagún, por tenerlas descontadas, como la conocida por la mañana temprano en el palacio de San Bernardino, donde su íntima amiga Catalina Ventura le había enseñado cartas de su hermano, el flamante Duque de Veraguas, enviadas desde Valladolid, en que se narraban todos los particulares ocurridos en la Corte de la Saboyana desde la llegada, y se daba cuenta de la resolución adoptada, a instancias de la Princesa de los Ursinos, por los Grandes de España allí presentes, de acudir por escrito a Luis XIV

pidiéndole socorros con urgencia y ratificando su adhesión incondicional al Augusto nieto.

El mensaje, debido a la elegante pluma y fácil explicación del Conde de Frigiliana, iba firmado por éste y por los Duques de Pópoli, Pastrana, Medinasidonia, Montalto, Veraguas, Atrisco, Sessa, Frías, Havré, Montellano, Arcos, Feria y Béjar; los Marqueses de Aytona, Astorga, Bedmar, Almonacid, Montealegre, Villafranca, Távara y del Carpio, y los Condes de Baños, Santisteban, Altamira, Aguilar de Inestrillas, Lemos, Alba de Liste, Oñate, Benavente y Peñaranda de Bracamonte.

No firmó el Marqués de Camarasa por hallarse enfermo, el Conde de Castañeda por estar sus estados en litigio, y el Duque de Osuna por haber sido de sentir que antes era ofrecer cada uno todo aquello a que sus fuerzas alcanzaran y después reclamar el auxilio ajeno.

La desengañada experiencia de la Niña de Plata respecto de la versatilidad de sus iguales, no le permitía dar mayor trascendencia al acto, en el terreno de los hechos, de la que realmente tenía; pero sí le parecía que aquella declaración tan solemne, publicada en circunstancias extremas, revestiría suma importancia para desvanecer en Versalles y en el ánimo del Cristianísimo la creencia muy arraigada de que toda la nobleza española estaba de parte del Archiduque, así como también cerca de los pueblos y ciudades, cuya generosidad y patriotismo se manifestaría más patente que nunca al conocer y difundirse las solemnes declaraciones de sus Señores.

Lo que ignoraba D.<sup>a</sup> Serafina, hasta que por la tarde lo escuchó de boca de la Duquesa de los Cameros, era que aquel documento representaba una suprema habilidad por parte de la Camarera Ma-

yor, quien, informada a tiempo, habíase apresurado a despacharlo a París, con orden de reventar cuantos caballos fuera necesarios para que llegase antes de que el Duque de Noailles expusiera en Valladolid el objeto de la embajada que Luis XIV le había encomendado cerca de Felipe V en persona, y que consistía, nada menos, que en pedir lisa y llanamente a Su Majestad Católica la abdicación de la Corona de Carlos V.

Colocada entre la espada y la pared, la Princesa de los Ursinos había acudido a aquel medio, que le inspirara su fértil imaginación, para contestar a la petición del Soberano francés de un modo indirecto pero convincente para un Monarca de los sentimientos de Luis XIV. ¿Cómo renunciar a la Corona, precisamente en el instante en que, olvidados por fin de sus intestinas querellas, juntábase los personajes representativos de la monarquía para pedirle su continuación al frente de los destinos de España? ¿No significaría su abandono la felonía y la ingratitud más odiosas de parte de su Rey?

—Ya ves, hija — continuaba explicando Doña Blanca, con su dulce voz — la situación apuradísima en que nos encontramos otra vez los partidarios de la casa de Borbón. Francia nos ha dejado entregados a nuestras solas fuerzas militares; nos ha abandonado, cediendo el gobierno a nuestros propios hombres de Estado, los más hostiles por cierto al sistema francés; ha ofrecido dinero a los Aliados para destronar al nieto de su Soberano; les ha dado a entender que, si fuera preciso, hasta uniría sus tropas a las de ellos para expulsarle del Trono; y ahora trata de arrancar al Rey de España una abdicación que titulará voluntaria después. Si todo esto no es la deserción



más completa de la política adoptada en 1701 cuando nos enviaron al Duque de Anjou para recoger la herencia de Carlos II, que venga Dios y lo vea. ¿Será esta actitud definitiva? ¿Habrá llegado el fin de esa unión de los dos pueblos, por tanto tiempo soñada y obtenida a fuerza de tanto trabajo? ¿Acabará la Casa de Austria por volver a instalarse en España? De los informes que mande el Duque de Noailles a Versalles depende la respuesta a las anteriores preguntas. Del talento de Ana de la Trémoille para mostrar la verdad y convencer al General francés, depende todo nuestro porvenir. ¡La hora por que atravesamos es doblemente solemne para la monarquía española!

Agobiada por aquella nueva calamidad que quizá nadie conocía en Madrid, y que era menester reservar en absoluto para no destruir en un momento toda la resistencia moral que ofrecía el pueblo cortesano a las tropas del Pretendiente, la Niña de Plata discutía con su noble amiga las probabilidades que pudieran existir de vencer una vez más el desaliento de Luis XIV y la influencia cerca de su ancianidad de los consejos de unos y otros. Al propio tiempo, D.<sup>a</sup> Blanca y ella admiraban la presencia de espíritu de la Princesa de los Ursinos, y presentían su labor prodigiosa cerca de los desconcertados Grandes, así como sus trabajos de zapa para comprometerles a subscribir aquel documento que les ataba de pies y manos junto al carro de guerra de Felipe V, precisamente en el momento que su rival triunfante preparábase a entrar victorioso en la Capital del Reino. ¿Qué argumentos había podido emplear? ¿Cómo habría podido hacer olvidar en un instante todos los resentimientos y todas las prevenciones contra su propia persona, hasta el punto de arrancarles a todos las firmas.

y conseguir su unión cuando menos podía esperarse?

Serafina hubiese querido, por su parte, firmar también la carta como Duquesa de Sahagún; pero D.<sup>a</sup> Blanca la convenció de que aquello no era factible, pues ninguna Señora Grande por derecho propio había sido requerida para figurar en la lista, y que lo mejor que podían hacer una y otra era dar orden en sus estados de León y de Andalucía, repectivamente, para que fueran entregadas a los Representantes del Rey Felipe cuantas ayudas fueran dables, en la seguridad de que aquella era la mejor manera de coadyuvar al restablecimiento de su causa, opinión con que la Niña de Plata quedó muy conforme, retirándose a poco para escribir desde su casa las oportunas misivas e informar de paso a Jenaro de Pereda de cuanto ocurría por Madrid, aunque ignorara desde la última carta de éste dónde podría encontrarse al bizarro Capitán, y cómo lograría hacerle llegar su correspondencia.

En dicha tarea hallábase muy entretenida, cuando poco antes de anochecer vinieron a interrumpirla, con el anuncio de que un Oficial inglés, que decía llamarse Lord Walter Ramsbockle, y conocer a Su Excelencia desde Barcelona, esperaba en el salón de honor, portador de un mensaje urgente de Don Diego Stanhope, General de las tropas británicas.

\* \* \*

Efectivamente, pocos minutos después veíase D.<sup>a</sup> Serafina en presencia del cuñado de Sir Archibald Darley, más arrogante, más presuntuoso, más satisfecho que nunca de vivir y de haber nacido inglés.

Las primeras palabras del Lord, naturales y correctas, fueron para saludar a la Duquesa de Saha-gún en nombre del General en Jefe británico, quien por sus inexcusables ocupaciones no lo podía hacer personalmente aquel día, y darle toda clase de seguridades, de parte de Su Excelencia, de que ni el palacio de Ecija, ni ninguno de sus moradores, sería molestado en lo más mínimo, por lo que hacía a las tropas invasoras, pudiendo la Niña de Plata solicitar cuanta facilidad creyera oportuna, en la certidumbre de que sus menores deseos serían ley para una persona que, como Stanhope, la estimaba sincera y profundamente.

Agradecidos en debida forma por la dueña de la casa tan amables cumplimientos, comenzó entonces a ponderar Lord Walter, con su impetuosidad de costumbre, la serie ininterrumpida de triunfos que las fuerzas aliadas venían obteniendo desde que empezara la campaña, y la evidente incapacidad para combatir en campo abierto de que habían dado constantes muestras los Regimientos españoles, respecto de los cuales tuvo algunas frases despectivas y punzantes que maldita la gracia que hicieron a la españolísima hermana de Jenaro de Pereda.

Sir Archibald Darley, al hablar en Barcelona de su futuro hermano político, solía decir que, como todos los hombres de acción, casi ninguna de las ideas que se dignaba emitir, con aplomo pasmoso, correspondía a un concepto original ni procedente de su inteligencia, repitiendo siempre, e inconscientemente, palabras y frases escuchadas en otra parte, frases que algunas veces su facultad extraordinaria de asimilación le hacía considerar, de buena fe, como propias.

Doña Serafina, mientras oía al gallardo represen-

tante de la obstinación inglesa, pensaba lo mismo, tratando de adivinar, en medio de tanto desplante y tanta jactancia, de quién procederían algunos de los juicios que escuchaba en labios de Ramsbockle, y que le hacían presumir que las disensiones de la Corte y del campo del Archiduque, lejos de disminuir con el éxito, parecían haber aumentado desde que ella saliera de Cataluña y perdiese el hilo de sus intrigas.

Cansados, por lo que podía apreciar, en el Gabinete de Londres y en el círculo familiar de Stanhope, de una guerra que ya no les reportaría más ventajas, después de Gibraltar, Menorca y el tratado de Indias, arrancado a la necesidad de Carlos III; comenzando a sentir el Parlamento inglés el exceso de gastos, cada vez mayores, y que a pesar de ello nunca satisfacían a los insaciables austriacos ni a los Ministros del Emperador; sin acabar de formarse los gobernantes de la Reina Ana una idea precisa y cabal de la verdadera situación de España, donde, salvo el Conde de Peterborough, ningún otro General había visto claro ni tenido ningún acierto; obedeciendo jefes y oficiales con admirable solidaridad británica, base de toda su grandeza, las órdenes superiores y las instrucciones de Londres, pero sin entusiasmo, sin anhelos de pasar más allá ni de interesarse lo más mínimo por la suerte personal de Carlos III ni del futuro alemán en la Península, los conceptos de Lord Ramsbockle, contundentes y precisos, reflejaban todos los sentimientos dominantes por entonces en el cuerpo a que pertenecía, describiendo sinceramente las impresiones de su marcha desde Zaragoza, su sorpresa y la de sus camaradas al encontrarse rodeados desde que penetraran en Castilla de una atmósfera hostil y misteriosa; las vejaciones impuestas

por necesidad a los habitantes y los excesos a que les obligaba de continuo semejante actitud de resistencia pasiva e insensata; el asombro que a todos los ingleses producía aquella fe ciega e inexplicable del pueblo en los Borbones; aquel prurito de sacrificio que movía a villas y lugares a desangrarse o consumir sus recursos por sostener una causa irremediabilmente perdida ante el Tribunal de las grandes naciones; el desprecio del aristocrático y autoritario Lord por las demostraciones populares que no se apoyaban en la fuerza militar, y la manse dumbre aparente con que acababan de ser recibidos en Madrid; su recuerdo vivo de la mudanza de sentimientos y opiniones que se produjera en Valencia y Aragón al penetrar el ejército aliado en las respectivas Capitales; la seguridad, además, que a los vencedores proporcionaba la desorganización y ausencia de espíritu táctico observadas con razón en los improvisados batallones borbónicos, harto fácilmente deshechos en Almenara y Zaragoza, todo prestaba a las frases de Walter Ramsbockle una desenvoltura irónica, junto con cierta condescendencia falsamente generosa respecto de los vencidos y del pueblo español en general, que acabaron por agotar la paciencia de la Niña de Plata, haciendo exclamar impetuosamente a ésta:

—¿Y si tenéis tan en poco al ejército de Felipe V, ¿por qué no haberos dirigido contra él desde Zaragoza para exterminarlo de una vez y obligar a Su Majestad a refugiarse en Francia, cortándole las comunicaciones con el resto de sus provincias fieles? ¡Ese era el camino que debíais haber seguido en lugar de venir hasta Madrid, donde adivinabais perfectamente que no se os ofrecería resistencial

—¿Sabe Vuestra Gracia — replicó sonriendo el Lord — que, sin darse cuenta tal vez, está repitiendo

las mismas palabras que Carlos III ha dicho en todos los tonos a los Generales aliados desde que penetró en Zaragoza y se instaló de nuevo en la Aljafería?

—¡Eso prueba el buen sentido del señor Archiduque y su deseo de terminar cuanto antes la guerra, sin dilaciones ociosas!

—Desde su punto de vista particular — concedió Lord Walter—, acaso tenga razón el Señor Archiduque, como Vuestra Gracia llama a Su Majestad. Permanecer tranquilamente en su Palacio, no resultaba del todo incómodo para un Monarca, menos aficionado cada día a la carrera militar y a sus penalidades, mientras las tropas ocupábamos Navarra, tomando el castillo de Pamplona con las demás plazas de Vizcaya, y por la provincia de Alava y la Rioja entrábamos en Castilla hasta Salamanca, llamando las fuerzas que tenemos en Portugal para atacar Galicia, y pasar, finalmente, a Andalucía. Pero para hacer todo eso se necesitarían, además de muy buena voluntad, muchos millares de hombres y muchos millones de libras, recursos de que carecemos. Lo que aquí se precisa, si ha de terminarse esta dichosa guerra, es lo que acabamos de hacer. Un golpe teatral, uno de esos efectos que tan bien comprendía el genio de Peterborough y que impresione al mundo entero, imponiendo silencio a los que hablan de la inferioridad territorial de Carlos III. ¡Entrar en Madrid e instalar en el Alcázar de los Austrias a su legítimo heredero!

—¡Poco conocéis España, o por mejor decir, Castilla— aseguró D.<sup>a</sup> Serafina sin perder la calma— si creéis que entre nosotros decide algo la ocupación de un lugar abierto, del que se han marchado cuantos tenían algo que perder! La Corte, Milord, la hace la persona del Monarca, no el sitio donde reside, y en este momento la más magnífica es una

tienda de campaña como la que ocupa Felipe V. Mientras el Conde de Starhemberg no consiga expulsarle de ella y hacer atravesar la frontera a Su Majestad, nada habrá logrado de efectivo si no es el consumir sus fuerzas y demostrar la inutilidad de todas sus estrategias.

—Y si nosotros caminamos de apuro en apuro, ¿de dónde va a sacar el Duque de Anjou soldados y dinero para intentar otra ofensiva? ¿Sabe Vuestra Gracia lo que cuesta cada una de ellas? ¿Cómo va a atreverse Luis XIV a enviar un solo hombre a España viendo instalado a su contrario en la capital? ¿Creéis que para nosotros revisten alguna importancia las groserías del populacho y esta frialdad aparente con que nos reciben en todas partes? De sobra sabemos que los ingleses no somos queridos y que nuestra religión nos aparta de los españoles; pero en cuanto llegue Carlos III cambiarán las cosas y ya verá Vuestra Gracia aplaudir a los que ahora cierran sus ventanas y nos vuelven las espaldas a nosotros. ¡El pueblo es estúpido en todas partes, mi querida Duquesa, y nunca sabe bien lo que quiere, excepto en Inglaterra y acaso en Cataluña!

—¿Es ese el modo de pensar de vuestro Jefe el General Diego Stanhope?—limitóse a preguntar la Niña de Plata.

—Tan exacto que, durante las discusiones en Zaragoza, llegó al punto de decir: «que no tomaría con sus tropas otro camino que el de Madrid; que la Reina Ana había ofrecido a los austriacos entregarles el Trono, y que a ellos les tocaba después conservarlo; que esto estaba cumplido poniendo al Rey en la Corte, y que lo demás lo pensarán los alemanes y los Españoles, porque la Inglaterra no había de llevar eternamente carga tan pesada como la que le estaba empobreciendo.»

—¿Y el mariscal Guido de Starhemberg, se conforma con semejante parecer?—tornó a inquirir D.<sup>a</sup> Serafina,

—¡Qué remedio le queda, señora! ¿No somos nosotros los que pagamos?—manifestó terminante el Lord—. Le repito a Vuestra Gracia que, aunque parezca increíble, la única persona que no desea venir a Madrid es Su Majestad el Rey Don Carlos III.

—¿Pues sabéis lo que os digo, Lord Ramsbockle?—declaró solemne la Duquesa de Sahagún—. ¡Que ese Príncipe de cuyo criterio desconfiáis todos y a quien tenéis en menos, por lo poco que habla y la reserva que os muestra, es el único entre vosotros que se da cuenta de la verdadera situación y del error crasísimo que vuestros Generales cometen, repitiendo las mismas torpezas que en 1706 os condujeron al desastre de Almansa!

—Perdonad, Duquesa; la situación no es la misma—objetó Ramsbockle—. Entonces no traíamos al Rey con nosotros y ahora sí. Entonces contaba el Duque de Anjou, por desgracia nuestra, con un Mariscal inglés, el Duque de Berwick, y ahora no cuenta sino con media docena de españoles ineptos. Además, desde allí a hoy se ha aprendido mucho; el General Stanhope conoce perfectamente los usos de esta tierra por haber pasado su infancia en Madrid, y se propone lisonjearlos, cultivando el apego de los madrileños por la tradición y las costumbres antiguas. Mañana mismo, sin ir más lejos, se publicará un bando disponiendo que ni el Corregidor ni los Regidores asistan sin golilla al Ayuntamiento. Y para demostrar a la vez energía con estos infatuados habitantes, se ordenará el curso forzoso de las monedas catalanas, aragonesas, portuguesas y valencianas, sacando, además, del Convento de Dominicos de Atocha todas nuestras ban-



deras depositadas en el santuario después de las batallas de Luzzara y Almansa, para restituirlas, como es de derecho, al ejército victorioso de Almenara y Zaragoza, suprimiendo así antagonismos y recuerdos humillantes.

—¡Bonita manera de conquistar las simpatías de las masas, mi querido amigo!—exclamó irónica la Niña de Plata—. ¡Cuando os digo que nunca acabaréis de conocernos y que os tiene sin cuidado el que así sea! ¡La gente ha variado mucho desde que el General Stanhope vivió en la Corte, y el Madrid de ahora es muy distinto del Madrid del Hechizado! Pasaron los tiempos, Milord, en que un lienzo almidonado o unas varas de cola en el vestido de las damas eran capaces de revolucionar a las masas. Para llegar hoy a impresionar a las muchedumbres es menester emplear otras armas, y para rendir a los madrileños es necesario llegar hasta su corazón, como ha sabido hacerlo la Saboyana con sin igual fortuna. ¡El amor, y no el odio, es lo que gobierna los destinos entre nosotros!

—¡El amor!—murmuró Lord Ramsbockle cambiando de tono y aprovechando la oportunidad para variar de conversación—. ¡Siempre el amor en los labios y en el pensamiento! Desde que pisé el suelo de España me persigue por todas partes esa palabra. «*Le pays du monde où l'on aime le mieux*», como solía decir en Londres el viejo Saint Evrêmond, cuando citaba a vuestra nación para algo...

—¿No seréis vos, Lord Walter, quien vaya detrás de ella, quiero decir de la palabra amor, sin satisfacer jamás cuando la encontráis al paso?—exclamó, burlona, la Duquesita—. Porque no me negaréis que, al menos en este terreno del querer, valemos un poco las pobres españolas.

—¡Ah, Madamel!—repuso el enemigo de los fran-

ceses, apelando al idioma de éstos, para mayor finura, y repitiendo una sentencia ajena sin darse cuenta: *Lorsqu'elles aiment c'est n'est pas un fruit defendu qu'elles goûtent, c'est leur vie toute entière qu'elles engagent!*

—¡Paso, paso, Milord, que yo no os hablaba de ese amor, sino del otro!—interrumpió riendo la Niña de Plata—. Y por supuesto que no me haréis creer que, llegado a Madrid esta mañana, ya habéis encontrado a la criatura de vuestros sueños. ¡Eso no se ve más que en nuestras comedias de capa y espada!

—¡No!—confesó muy serio el inflamable Ramsbockle—, aquí aun no he tenido tiempo sino de buscar alojamiento.

—¿Y lo habéis hallado a gusto?

—Sí, señora, aunque lejos de Vuestra Gracia: del otro lado de la Villa, allá por una calle que creo la llaman de la Magdalena. Es un caserón muy grande, cuyo propietario está de Virrey en no sé qué parte de América y se llama el Marqués de Teruel. Lo encontramos unos camaradas y yo casi abandonado, pues en la actualidad sólo habita en él un segundón, a quien aún no he visto, pero que me aseguran ser una de las personas más entretenidas de la Corte.

—Sí; el Niño Malo de Guzmán; le conozco de oídas, pues, según parece, era uno de los amigos de juventud de mi esposo. ¡Haréis muy buenas migas con él, Lord Walter! ¡Lástima que no se encuentre también en la mansión solariega de los Teruel la bellísima Marquesa, D.<sup>a</sup> Adelaida de Vaureal, francesa por su nacimiento, pues seguramente hubiese constituido una pasión más para vuestra lista de recuerdos españoles, sin contar con que su erudición os habría proporcionado sabro-

sísimas sentencias con que esmaltar de ingenio transpirenaico todas vuestras conversaciones.

—¡No me hable Vuestra Gracia, por favor, de personas desconocidas para mi admiración!

—¡Ah! ¡Es cierto! ¡Perdonad! Olvidaba que en Zaragoza debisteis encontraros de nuevo con mi prima D.<sup>a</sup> Leonisa, la Princesa de Ornano, y que su arrebatadora presencia volvería sin duda a abrir heridas mal cicatrizadas...

—Esta vez se equivoca Vuestra Gracia—afirmó muy serio Ramsbockle—. ¡La Princesa de Ornano no representa ya para mí sino una memoria desagradable! ¡Acaso la más desagradable que conservo de España, porque constituye mi única derrota en la Península! Además, la considero como una criatura absolutamente absurda e inverosímilmente insensible.

—Entonces... ¿es otra?

—Para Vuestra Gracia no puedo guardar secretos. Sí..., es otra, y la más graciosa y suave criatura con que tropecé hasta hoy en mi vida. No la he visto sino una vez; pero mi memoria la recordará siempre y ansío con todas mis fuerzas volver de regreso a Zaragoza, en cuanto las cosas estén aquí tranquilas, para buscarla y casarme con ella.

—¡Ah! ¿Con que se trata de una cosa reciente y seria? ¡Hacedme vuestras confidencias, Lord Ramsbockle! Así me distraeré de mil preocupaciones enojosas que me atormentan. Además, tal vez pueda daros un buen consejo. ¿Conque decís que en Zaragoza?...

\* \* \*

El arrebatado inglés contempló unos segundos el lindo semblante de su interlocutora, que sonreía franco, y, dejándose ganar por aquel conjunto de

simpatía, de dignidad, de distinción suprema que emanaba de la Duquesa de Sahagún, y que, al igual de lo que sucedía con su hermano Jenaro, acababa siempre por inspirar fe y deseo de expansión en cuantos se aproximaban a su persona, prosiguió diciendo:

—Sí; en Zaragoza, y en unos de los últimos días que permanecí allí. La víspera precisamente de marcharnos. Figúrese Vuestra Gracia que caminaba yo por el Coso, cuando vi venir hacia mí un coche de camino, en el pescante del cual, junto al cochero que guiaba las mulas, tropecé con la procaz fisonomía de cierto protegido y criado mío que me acompañó durante la travesía de la Armada que condujo a Carlos III desde Gibraltar a Barcelona, y que me abandonó antes del sitio de ésta, apenas desembarcados en Mataró, haciéndome víctima de un robo escandaloso, que no le perdonaré mientras viva. Se trata de un pícaro bergante andaluz, de antecedentes muy sospechosos, según después he sabido, con puntas y ribetes de nigromántico tuno, a quien Archibaldo le dió por proteger y que se hacía llamar Anselmo del Castillo.

—¡Anselmo del Castillo!—repitió D.<sup>a</sup> Serafina sin poderse contener al escuchar el nombre de aquella persona, cuyo paradero era uno de los asuntos que más le interesaban en el mundo—. Seguid, seguid por favor, Lord Ramsbockle—añadió, tratando de disimular su impresión—. ¡Vuestra historia es interesantísima y hace olvidar las horas que vivimos!

Walter Ramsbockle, que no era observador muy agudo, aunque pretendiera dominar la psicología femenina, continuó su cuento, visiblemente halagado y sin percatarse de la ansiedad con que la Niña de Plata seguía sus palabras.

—Ver al ladrón y apoderarme de él violentamente, después de detener las mulas del carruaje, fue para mis músculos obra de pocos segundos. En seguida hice descender a Don Anselmo de su trono, creo que maltratándole un poco, con propósito de entregarle a la justicia. Mas cuando ya me disponía a llevármelo, sin hacer caso de sus gritos ni de sus protestas, descorriéronse las cortinas del vehículo, que hasta entonces permanecieran obstinadamente caídas, y apareció ante mis asombrados ojos la cara más hechicera de mujer que Vuestra Gracia puede imaginar. De facciones no muy correctas, pero que forman un conjunto delicado y armonioso, tal vez el cabello, rubio y sedoso, sería su mayor encanto, a no existir los ojos, unos ojos maravillosos, Duquesa, ojos de color indefinible, que a veces parecen verdes y a veces grises, pero que siempre cautivarán por su expresión de bondad, de dulzura y de inocencia.

—¡Qué fuego, Milord!—exclamó Serafina, impresionadísima por aquella descripción en que inmediatamente había reconocido a Casilda de Solís.

—No sé lo que me dijo—continuó refiriendo el inglés—, ni recuerdo las palabras que empleó; sólo acerté a comprender que su voz suavísima, que penetraba en mi espíritu como un rayo de luz, me pedía con frases irresistibles que dejase en libertad a mi prisionero y no le castigara más, pues se encontraba a su servicio y le era indispensable para cuidar a un pariente anciano y enfermo con quien viajaba en aquel momento. Casi sin darme cuenta, aflojé entonces los dedos que apretaban el gáznate del sinvergüenza, y llevé una mano a la gorra para descubrirme ante tanta perfección; el tunante echó a correr inmediatamente, desapareciendo entre la multitud de dos saltos; la dama del coche sonrió

con una sonrisa divina, que aun tengo presente, y me dirigió breves frases de reconocimiento, extensivas a todos los caballeros ingleses, que demostraban su exquisita educación y su origen nobilísimo cuando alguna mujer les solicitaba algo; cayeron de nuevo las cortinas de tafetán, obscureciendo aquel sol, y el coche volvió a emprender su marcha, dejándome atónito y loco de admiración por el resto de mis días...

—Pero... ¿no la seguisteis? ¿No sabéis dónde vive o dónde se dirigía esa criatura celestial?—interrogó nerviosa D.<sup>a</sup> Serafina, que esperaba dar al fin con el misterio del paradero de la amada de su hermano.

—Cuando pude recobrarne—confesó mustio el Lord—, ya había doblado el vehículo por una calle vecina. Quise entonces correr, identificarla, preguntarle su nombre, mas todo fué inútil. La comitiva de Carlos III, que regresaba de no sé qué ridícula ceremonia en un templo católico, me impidió el paso. El resto de la tarde y la noche entera las pasé inquiriendo noticias por posadas y mesones. Pregunté, di señas. Todo en vano. Nadie conocía ni había oído hablar de mi reciente dueño. Debía de ser una forastera de paso, o una borbónica que se marchaba de Aragón, según me dijeron. Yo creo que la misma dificultad de volverla a ver fué lo que decidió mi enamoramiento definitivo. Al día siguiente salíamos camino de Calatayud, y desde entonces no hay momento en que no piense en ella y le dedique por completo mis sentimientos. ¿Quién será? ¿Hacia dónde se dirigirá? ¿Dónde se encontrará ahora? He aquí mis constantes preguntas... ¿Qué piensa Vuestra Gracia del suceso?

Doña Serafina permaneció silenciosa un rato, hasta que, al cabo, proclamó solemne:

—¡Pienso que la Providencia dispone las cosas como mejor conviene a las criaturas, despertando las esperanzas de éstas cuando menos se espera! En toda la aventura que acabáis de referirme, hay, además, algo tan extraordinario y tan atractivo para mi curiosidad de mujer, que yo os ruego, Lord Ramsbockle, con el mayor encarecimiento, me prometáis tenerme al corriente de cuanta novedad consigáis averiguar respecto de vuestra desconocida, por cuya persona y suerte me intereso ya con toda mi alma.

—¿Habla de veras Vuestra Gracia?—preguntó cándido el presumido conquistador—. Ved lo que son las cosas, señora Duquesa; yo nunca me atreví a hablar de mis inclinaciones en vuestra presencia, mientras habitabais el palacio de Cardona, porque juzgaba que el amor, lo que los hombres vulgares llamamos amor, no existía para ninguna de las nietas de la Marquesa de Villarrubia.

—¿Y qué os hacía presumir tan disparatada imaginación?—inquirió, casi sin querer, la Niña de Plata.

—Pues, en primer lugar, la conducta de D.<sup>a</sup> Leonisa conmigo y con todos sus festejantes. Después, el propio proceder de Vuestra Gracia con Sir Archibald Darley.

—¡No me habléis de esa persona, que constituye mi remordimiento eterno!—exclamó, sincera, Doña Serafina.

Mas reflexionando un poco, añadió curiosa:

—Aunque sí, habladme, decidme que es feliz. La seguridad de su dicha actual constituye mi mayor consuelo. ¡Si supierais la simpatía y el reconocimiento sin límites que por él conservo! ¿Tenéis noticias suyas recientes? ¿Es venturoso en el matrimonio?

Lord Ramsbockle contempló el bellissimo rostro de la Duquesa de Sahagún, totalmente desorientado en sus teorías rudimentarias sobre el corazón de las mujeres, y manifestó, convencido:

— Archibald no piensa sino en su esposa y en su hijo, que pronto cumplirá un año. Ahora posee una gran fortuna por la muerte del Vizconde de Cleeve, su padre, y todos creemos que le espera un gran porvenir en la política cuando los Torys suban al poder, ya que la carrera militar no es de su agrado y la abrazó únicamente para complacer los deseos de gloria de mi hermana Winifred y cumplir con su obligación de noble y de inglés.

Serafina escuchaba todo aquello sin conmovirse, sin sentir la menor envidia, ni siquiera la más leve melancolía al enterarse de los progresos de una existencia que años antes pudo haberse confundido con la suya.

¡Estaba todo aquello tan lejos, tan olvidado de su memoria! ¡Habían sucedido tantas cosas y había variado de tal modo su existencia, que, al evocar el pasado, parecía corresponder éste a una persona distinta de la suya, a alguien que nada tenía que ver con el presente y que pertenecía a otra época, cuyo solo recuerdo la hacía estremecer de espanto!

Su cautiverio, su matrimonio, su segunda enfermedad, su viaje, la muerte de su abuela, el encuentro con otras personas..., la instalación en Madrid..., la prisión del Conde de Ecija..., su anómala situación actual... ¡Cuánto cambio!... ¡Cuánto sentimiento nuevo!... ¿Cómo reconocerse después de tanta mudanza?...

Lord Ramsbockle, creyendo por el silencio de la Duquesa que ésta deseaba permanecer sola, púsose en pie y comenzó a despedirse, prometien-



do visitarla pronto y ofreciéndose para cuanto la Niña de Plata gustara mandarle.

En aquel momento se escucharon voces femeninas a la puerta del salón y penetró por una de sus mamparas de damasco la Señora Eularia, la Camarista favorita de Su Excelencia, que imploró angustiada, hablando en catalán:

—¡Señora Duquesa, Señora Duquesa! ¡Almudena se ha puesto muy mala! ¡Parece que se va a morir! ¡Y el niño llora como un desesperado y nos trae a todos locos con sus lamentos!...

\* \* \*

La enfermedad era por desgracia cierta, y durante muchos días la infeliz bordadora luchó entre la vida y la muerte, atacada de terrible fiebre puerperal, a consecuencia de la impresión que en su esforzado ánimo de amazona inválida produjeran los relatos de Isidora Gutiérrez y de la Madre Lorenza, describiendo horas después del alumbramiento y con el lujo de detalles propios de las hijas legítimas de Madrid, la primera hazaña del Coronel Vallejo y de sus huestes, consistente en la sorpresa de un convoy que venía de Barcelona para el Señor Archiduque, compuesto de dinero y otras muchas cosas, de las cuales había decidido el popular caudillo enviar hidalgamente a Alcalá las cartas de la Señora Archiduquesa, juntas con las galas que venían para la entrada en Madrid de Carlos III, mientras el oro y los pertrechos dirigíanse por conducto seguro a Valladolid, a fin de que pudieran ser utilizados por Felipe V.

Para colmo de males, el poeta Don Andrés González de Barcia, allí presente, se creyó en el caso de recitar a voces, delante de Almudena, los ver-

sos que había compuesto con tal motivo para que los vendiesen los ciegos en las gradas de San Felipe, y en que, después de llamar al héroe popular el Aquiles de Castilla y el Bernardo de la Mancha, decían así:

En los valles de Sigüenza  
plantó su primer estancia,  
que para cardar ingleses  
tomó sitio donde hay lana.

Desde allí encontró un correo,  
que al Señor Don Carlos de Austria  
traía doce mil pesos,  
vestidos y ropa blanca.

Y apresándole Vallejo,  
le respondió, que extrañaba  
que soldados del Rey Carlos  
el paso le embarazaran.

Dióse a conocer Vallejo  
y al verse el pobre en la trampa  
dixo, señor Coronel,  
callen barbas y hablen cartas.

Y cogiéndolas Vallejo  
remitió con linda gracia  
a Felipe Quinto el oro,  
y al Archiduque las galas.

El delirio que acometió acto continuo de escuchar las anteriores estrofas a la recién parida, sus estentóreos vivas al Coronel de Dragones extranjeros, sus gritos contra el Archiduque y todos los ladrones herejes, hijos de malas madres, que le acompañaban; los anatemas que dejaba escapar aquella boca, libre de cualquier freno, y los alaridos del muchacho hambriento que se desgañitaba junto a la madre, decidieron como primera providencia de la Niña de Plata el confinamiento

de Almudena en el último cuarto del palacio de Ecija, donde nadie pudiera oírla ni denunciarla a los austriacos, así como la inmediata busca de un ama que se encargase de la criatura, cuya lactancia ya se veía no podría correr por cuenta de su verdadera madre.

Gracias a estas precauciones y a los solícitos cuidados de que D.<sup>a</sup> Serafina rodeó a su protegida, aislándola de la comunicación de sus amigos patriotas, pudo la maja tener la suerte de ignorar casi todo lo que sucedió en Madrid durante aquel tiempo, salvando a sus arrestos de un fin seguro, caso de haberse enterado ampliamente de la libertad concedida a los presos por el General Stanhope, y, sobre todo, de las circunstancias y pormenores realmente extraordinarios que inmortalizaran la tan anunciada entrada de Carlos III en la Capital de España.

Este acontecimiento histórico no se verificó hasta el 28 de Septiembre, demora inexplicable que perjudicó notablemente el efecto que hubiera podido causar en la impresionabilidad natural de los madrileños la aparición inmediata, pacífica y confiada del nieto de sus antiguos Reyes, contra el que nada tenían hasta entonces personalmente en contra, habiendo tratado siempre su principesco nombre con el respeto y la consideración que merecía el descendiente de la Augusta Casa de Austria.

En lugar de obrar así los Generales y de instalar a Carlos III desde luego en el Buen Retiro, mientras se preparaba su entrada solemne y su alojamiento en el Alcázar, al igual de lo que practicaran todos sus predecesores en el Trono, contentáronse los que rodeaban al intruso Monarca con mantener a éste en Alcalá, dentro del palacio arzobispal, llenando su cabeza de prevenciones con-

tra la Capital y haciéndole esperar allí el homenaje de grandes y chicos, que, contra todas las esperanzas y las promesas propaladas en Barcelona, redújose por de pronto a la llegada del Arzobispo de Anillo del Arzobispado de Toledo; la del Arzobispo de Valencia, que pertenecía a la familia de Cardona; las del Duque viejo de Híjar, Condes de Siruela y de Palma del Río, Marqués de Monreal, un hermano del Marqués de Priego, los Condes de Paredes de Nava, el Marqués de la Laguna, de la Casa de Medinaceli y otros caballeros tan singulares en el número como en el obsequio.

Poco satisfechos los cortesanos de Alcalá con tan escasas manifestaciones de adhesión, cuando esperaban que Madrid entero se despoblaría al solo anuncio de la vecindad de Su Majestad, decidieron al cabo, y tras no pocos cabildeos y reflexiones, irse acercando a Madrid, y hasta se publicó el día 26 en la Capital la entrada de Carlos III, mandando regar por la tarde a los vecinos las calles que había de recorrer la comitiva y disponiendo encender las luminarias de costumbre para tales solemnidades; mas a eso de las cinco tomóse la resolución de suspender todo, por haberse sabido que el Rey no pasaría de Canillejas, donde había llegado con fatiga, prefiriendo pernoctar en la quinta del Conde de Aguilar, sita en aquel pueblo, y residencia que le ofrecía toda clase de comodidades, interrumpiéndose acto continuo todos los preparativos.

Aquella serie de timideces y de contraórdenes, que el pueblo interpretaba como miedo o falta de resolución en el nuevo Soberano, ratificándole más y más en la conciencia de su propia importancia y hasta de su superioridad sobre las demás clases; aquellas vacilaciones que acusaban la falta

de un plan determinado en los directores de la jornada respecto de la conducta que debía seguir Su Majestad con los madrileños; aquella ignorancia en que permaneció la ansiedad pública durante días y días sobre los verdaderos sentimientos del Pretendiente y la política que se preparaba a observar en la sede de sus mayores; aquella reclusión inesperada, sobre todo, de un Príncipe joven y victorioso en una residencia particular, como si no se atreviese a utilizar los palacios recién abandonados por Felipe V, desvanecieron poco a poco las escasas probabilidades con que el hermano del Emperador pudiera contar en el espíritu de la muchedumbre para hacer olvidar a éste las efusiones de la Saboyana o el regio empaque del animoso nieto de Luis XIV, confiado en el afecto y la generosidad de Madrid, tanto en la desgracia como en la buena fortuna.

Por ello, al enterarse al amanecer del 28 de que se acercaba Su Majestad, a quien ya comenzábase a distinguir con el apodo de *El Rey Duende*, y de que, penetrando en el Retiro por el campo, saldría por la Puerta Verde en dirección a Atocha donde oiría misa, dirigiéndose después al Alcázar, rodeado de la mayor pompa y de toda su Familia y Casa, fueron muy pocos los madrileños que se ocuparon de enarenar y regar el trayecto, alegando que se ignoraban las vías que pensaban utilizarse, y emitiendo toda clase de críticas y escépticas opiniones sobre la supuesta devoción del Monarca a la Virgen de Atocha, despojada inicuamente por Stanhope días atrás de todas las banderas que guarnecían su santuario y le pertenecían legítimamente, según rezaban las coplas voceadas por los madrileños del Avapiés:

Y de camino se lleva  
 las banderas que ha ganado  
 en la batalla de Atocha  
 con los frailes peleando.

.....  
 Porque embistió a sus cuarteles  
 y de el Templo atropellando  
 la salvaguardia, cogió  
 las banderas sin trabajo.

¡El Archiduque en Madrid!

La importancia, no obstante, del acontecimiento por tantas semanas esperado; la curiosidad, además, de cerciorarse por sí mismos de si eran ciertos los rumores que corrían acerca de la bizarria del descendiente de los Emperadores; esa atracción irresistible que las grandes ceremonias o los aparatosos desfiles ejercen siempre en las muchedumbres de todas las ciudades, hizo que los habitantes de Madrid, especialmente los de los barrios populares, abandonasen sus hogares aquella mañana para presenciar el brillante espectáculo que se les preparaba, repartiéndose camino de Atocha y en las cercanías del Hospital General, a fin de presenciar el paso del cortejo Real.

Entre once y doce avistóse, efectivamente, éste, precedido de Regidores y timbaleros, y anunciado por el campaneo, no muy entusiasta, de las iglesias próximas, que más parecían doblar que repicar, gracias a la malicia de quienes ponían en movimiento los bronce. Pero la sorpresa y el descontento de la plebe no reconoció límites al cerciorarse con sus ojos de que tenían razón los que afirmaban días antes que las tropas extranjeras, las que habían derramado la sangre de sus hermanos, escarneciendo desde que entraran en Castilla los más caros sentimientos nacionales, encabeceían la comitiva de Carlos III, constituyendo su mayor

gala, cual si pretendieran significar así que, en la fuerza de sus brazos y en la resolución de sus voluntades, fincaban los mejores títulos de Carlos III al respeto y a la consideración de sus vasallos.

Aquel irremediable error, agravado con el número de soldados, variedad de uniformes y lujo de caballos y sillas, en Cabos y Oficiales, decidió desde el primer instante la actitud silenciosa, displicente e irónica de los grupos acudidos a contemplar la *Torre de Babel*, así como de las no muy numerosas personas asomadas a los balcones, en que, contra la costumbre cortesana, apenas si colgaban algunos trapos en significación de homenaje; y si de vez en cuando llegaban a oirse algunos vivas, comprados a la inexperiencia o a la codicia de varias docenas de personas, muchachos en su mayoría, que venían detrás de los ejércitos y que voceaban sin convicción alguna, como decían las letrillas y las sátiras clandestinas que en la misma tarde inundaron Madrid, nadie podía saber a quién iban dirigidas aquellas aclamaciones, pues no se las acompañaba de ningún nombre propio, limitándose a repetir gritando ¡Viva el Rey!, con lo cual lo mismo podían adjudicarse a Carlos III que a Felipe V.

La misma presencia del Soberano, montando blanco caballo y vistiendo negro traje, sobre el que blanqueaba la clásica golilla española y relucía el Toisón; su aire reservado, que las circunstancias justificaban acaso, pero que no eran como para variar ni complacer a los madrileños, acostumbrados a la sonrisa de la Reina María Luisa; el ceño que parecía adivinarse a través de la impasibilidad voluntariamente impresa en el augusto semblante; la falta notoria de flexibilidad que se observaba en los rígidos movimientos del jinete; aquella ausencia

total, en fin, de condiciones seductoras para las masas que la naturaleza negó siempre a Carlos de Austria, y que tan indispensables son en España para mantener constantemente vivas las relaciones entre Monarca y súbditos, constituyeron otros tantos motivos del fracaso personal del Archiduque en aquella su primera salida ante los ojos de la multitud, cuya única expresión al verle pasar tieso y preocupado, calle del Hospital arriba, consistía en repetir bastante alto y con tono no muy laudatorio: ¡Cómo se parece al difunto Rey! ¡Es la estampa mismita del Hechizado!... ¡Cualquiera diría que había resucitado el finado Don Carlos II y nos encontramos aún en aquellos desdichados tiempos!...

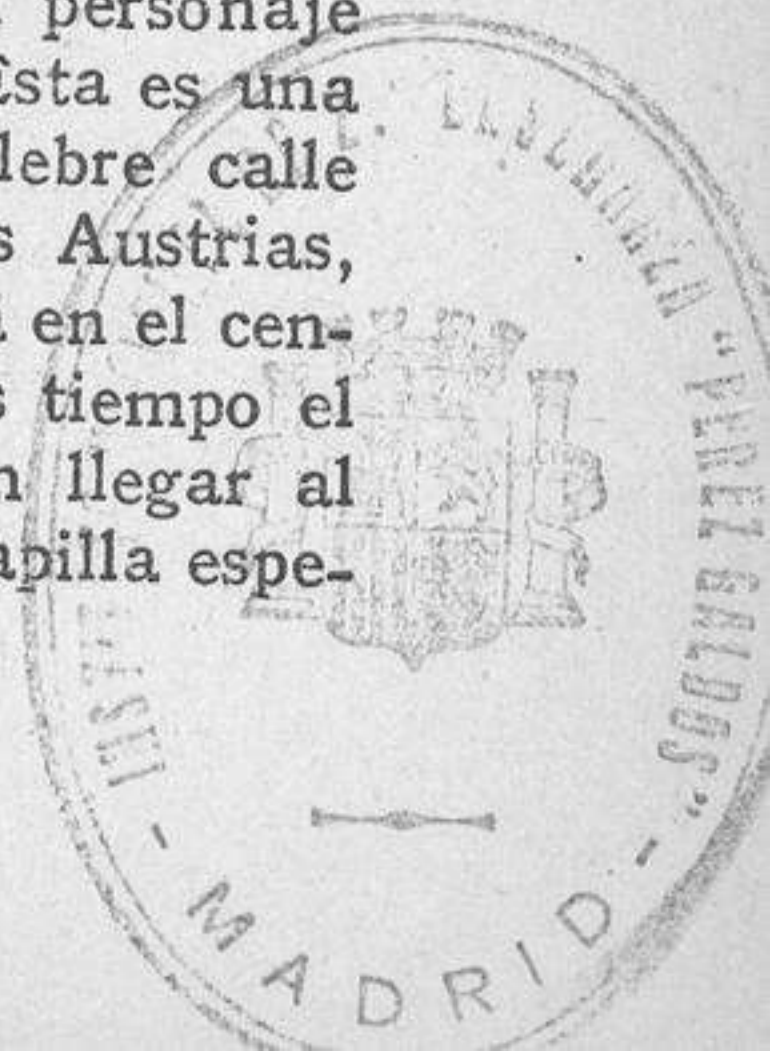
Para colmo de males, el pelotón de Príncipes, Grandes, Ministros, Generales y personajes de todas clases que seguían a Su Majestad y formaban la Casa Real, componíase casi en su totalidad de alemanes, que consideraban al público con mirada conquistadora de futuros explotadores, y si entre ellos identificábase alguna cara española conocida, era la de algún noble emigrado o la de algún tráfuga reciente, cuyo nombre, denunciado con sarcasmo, corría inmediatamente de boca en boca, excitando las críticas o los gestos injuriosos de la muchedumbre, anónima e incorruptible, que les juzgaba despiadadamente.

Aquel desfile, numeroso pero poco lucido, que la burlona concurrencia comparaba horas después a la entrada de Polán, héroe de uno de los más celebrados entremeses de la época; aquel silencio que se prolongaba indefinidamente, haciendo interminable la subida de la comitiva hasta la plaza de Santa Cruz; aquel ambiente de indiferencia, de prevención, casi de hostilidad, con que los peatones contemplaban el paso procesional del cortejo, que



más parecía entierro que triunfo; la abundancia de balcones y ventanas cerrados que iban encontrando en el trayecto, singularmente los que correspondían a casas grandes; la ausencia total de arcos; el recuerdo involuntario, pero fatal, de las famosas recepciones dispensadas a su rival Felipe V en todo tiempo; la expresión de las caras desconocidas con que tropezaba al paso y que apenas podían disimular la antipatía y el descontento; todo, debió de ir influyendo, poco a poco, en el orgulloso Hapsburgo, acostumbrado desde niño a la adoración y al culto de su nombre, haciéndole sentir, quizá por primera vez en su vida, ya que ésta la podía apreciar sin intermediarios ni convencionalismos cortesanos, la inmensa distancia que le separaba y le separaría siempre de la Capital donde aspiraba a reinar: el definitivo aislamiento en que se encontraba y se encontraría respecto del espíritu castellano: la imposibilidad de impresionar, entonces ni nunca, el alma de aquel pueblo, al contrario de lo que le sucediera cuando, como un símbolo de libertad, penetrara vencedor y magnánimo por los altivos muros de la rendida Barcelona.

El desengaño alcanzó indudablemente tales extremos en el regio ánimo; la cólera y el resentimiento debieron de surgir en el Augusto pecho con tan desencadenada furia, que, después de recorrida la inmensa y desanimada Plaza Mayor, cuentan las historias que Su Majestad, dirigiéndose al personaje más próximo, murmuró desalentado: «Esta es una ciudad desierta»; y al embocar la célebre calle Mayor, palenque de la Grandeza de los Austrias, penetrando por la puerta de Guadalajara en el centro de Madrid, no pudo resistir por más tiempo el espectáculo de su derrota moral, y, sin llegar al templo de Santa María, donde la Real Capilla espe-



raba para entonar el *Tedeum* de rúbrica, ni atreverse a contemplar, siquiera de lejos, el famoso Alcázar en que sus antepasados dictaran leyes al mundo, dió inopinada y perentoria orden a Generales y servidores de regresar inmediatamente, tomando acto continuo la vuelta por la Puerta del Sol y la calle de Alcalá hasta su fin, sin volver la cabeza ni saludar a nadie, encaminándose directamente a la Quinta de Canillejas, llegado a la cual limitóse a declarar ante los chasqueados Ministros su resolución de permanecer allí mientras no dispusiese otra cosa, por encontrarse a gusto y no estar preparada además ninguna residencia de las de la Capital para recibir dignamente a su Augusta Persona y Familia.

\* \* \*

La Duquesa de Sahagún, cuya excitación e inquietud no le dejaban sosegar en aquellos días, había decidido, en cuanto llegó a su conocimiento la noticia de la entrada del Archiduque, trasladarse al palacio de los Cameros, con objeto de asistir desde allí, muy escondidita detrás de las celosías de la torre principal, al paso de la comitiva, en que tantos conocimientos contaba su juventud.

Acompañada únicamente de D.<sup>a</sup> Blanca, que se burlaba con suave ternura de la curiosidad que se había desarrollado en Serafina, entretenían ambas damas la larga espera, comentando a su sabor los sucesos del día y examinando distraídas el aspecto recogido que presentaban las casas vecinas, donde sólo en la de la Villa observábase movimiento inusitado por el continuo entrar y salir de gentes, cuando, de las numerosas personas estacionadas junto a la Iglesia de San Salvador, o a la fuente que ocu-

paba el centro de la plazuela, o en la vieja casa de los Acuñas, situada enfrente, por la calle Mayor, comenzó a elevarse un rumor súbito de gritos y discusiones, que bien pronto se convirtió en descompuesta algarabía, dominada por risotadas y exclamaciones chillonas, provenientes de todas partes.

Intrigadas por semejante desorden y falta de respeto, cuando precisamente debía estar al caer la procesión de Su Majestad, enviaron las Excelencias a informarse de lo que ocurría a la Señora Clemencia, Dueña de confianza de la Duquesa Blanca, y su asombro y su espanto no reconocieron límites al enterarse, poco tiempo después, de cuanto acababa de ocurrir en Platerías, y de la negativa terminante de Carlos III a seguir en su carrera de espinas y arrostrar hasta el fin del desfile el desdén manifiesto de los incorruptibles madrileños.

— ¡Veremos ahora — proseguía pontificando en tanto la desenvuelta Dueña —, lo que dicen de este nuevo triunfo los carolistas y los servilleteros!

— ¿Qué términos son esos, Clemencia? — interrogaba gozosa D.<sup>a</sup> Serafina.

— Pues los que se emplean desde hace poco para designar a los partidarios del Archiduque, y a los que acuden a la Quinta de Canillejas con objeto de adular a los alemanes y solicitar mercedes de la Majestad intrusa. ¡Por supuesto, que tendrían Sus Excelencias que ver cómo están poniendo ahora mismito ahí abajo al Rey duende y a su divina Bumfembutela!...

— ¿La Bumfembutela? ¿Y quién es esa Señora?

— ¡Con perdón de Vuecencia, la hermosa Archiduquesa Isabela, esposa de nuestro corrido Monarca!

Impresionadas ambas Señoras por el significado de cuanto estaban oyendo, permanecieron unos instantes silenciosas, hasta que la Duquesa de los Ca-

meros, con su autoridad de costumbre, tomó la palabra y dijo así:

— ¿Sabes, Serafina, lo que debemos pensar de esta increíble novedad, que tan a tiempo viene para demostrar a los que aun discuten en Valladolid y en Versalles la verdad de Felipe V y de la Reina, cuando responden del afecto incondicional de sus vasallos? Pues que la retirada que acaba de iniciar el Archiduque representa la derrota más importante sufrida por sus partidarios desde que éstos desembarcaron en Cataluña, y puede llegar a tener consecuencias incalculables para ellos y para nosotros. Por de pronto, Luis XIV no se obstinará ya en rechazar la evidencia, y los enemigos de nuestros Soberanos en toda Europa veránse obligados a callar y admitir su arraigo en España. Por otra parte, esta actitud de los madrileños, tan espontánea y tan desinteresada, nuncio de otras mucho más importantes en el futuro, servirá para sostener el ánimo de todas las provincias fieles y confirmar en el espíritu del Mariscal de Vendôme el buen efecto que parece le han producido las reliquias de tropas que aún quedan a nuestro Rey. Debemos recordar que con las Guardias españolas y walonas, que suman más de cuatro mil hombres, se han podido reunir trece mil soldados entre caballería e infantes, los cuales, unidos a los batallones y escuadrones de Portugal, Andalucía y Extremadura, pueden constituir un verdadero ejército, capaz de evitar, ante todo, la fusión de las fuerzas que manda Starhemberg con las que maniobran en la frontera lusitana, que es el mayor peligro que hoy nos amenaza. Y si el Duque de Vendôme consigue salvarlo aislando en Madrid al Mariscal austriaco, sin recursos, en pleno invierno, con el país entero en contra de sus soldados, la situación del Archiduque tornaráse insostenible aquí, y

se retrotraerá a la misma de las tropas de Gallway en 1706, cuando se vieron obligadas a retirarse hacia Valencia en busca de reparo y subsistencias para sus hombres. ¡Regocijémonos, pues, amiga mía, y demos gracias a Dios por el concurso que en circunstancias tan difíciles nos está prestando ese elemento con que antes nadie contaba, el de la gente anónima, y que desde hoy en adelante representará cada vez más papel en los destinos de nuestra patria, hasta convertirse en su verdadero árbitro!

El efecto abrumador que aquella deserción, aquella verdadera huída ante el pueblo, produjo realmente en todas las clases de la Capital, resultó tan unánime, que acabó de una vez para siempre con el prestigio de Carlos III, relegándole a la categoría de simple Pretendiente, sin cetro y sin corona. El grito trágico de «¡El Archiduque en Madrid!», la amenaza que por tanto tiempo resonara en los oídos de los habitantes de la Corte, haciendo vacilar a muchos en el fondo de sus conciencias, comenzó a convertirse desde aquel día en una exclamación sarcástica, que la socarronería de la musa del suburbio se encargó de comentar en todos los tonos del desgarró populachero, dando lugar a una colección interminable de papeles, sátiras, xácaras, letrillas, entremeses, fandanguillos y relaciones, a cual más desvergonzados e insolentes, que circulaban en todo Madrid, casi a la vista de las Autoridades de los Aliados.

De poco valió que aquel mismo día de su famosa entrada enviara recado Carlos III con un Alcalde de Corte a todas la Señoras de Grandes de España que se encontraban refugiadas en diferentes Conventos de Monjas para manifestarles sería de su Real Agrado verlas restituídas a sus casas y mandándoles escribir a los respectivos esposos pidiéndoles regre-

saran a Madrid; en vano se señaló un término de treinta días para la vuelta a la Corte de los Señores y Ministros que hubieran seguido a Felipe V o se encontraran en sus respectivos estados; inútilmente prodigáronse ofertas y promesas de perdón y olvido a cuantos reconocieran el nuevo estado de cosas. Este carecía en absoluto de la estima y hasta del temor del vulgo, e, iniciado el período de la mordacidad y de la oposición, comenzaron a repetirse por la Capital todas las historias y fábulas que más podían perjudicar la reputación de los caudillos invasores, tachándoles de borrachos o ladrones, y constituyéndose desde luego Madrid en ciudad oprimida por la tiranía extranjera y sojuzgada por el rencor de un Monarca advenedizo e incapaz, que nunca reinaría en España y que sólo se mantendría en ella por la fuerza de las bayonetas que le habían traído.

Exageradas con evidente deseo de impresionar la sensibilidad de las masas, comenzaron a propalarse, y hasta imprimirse, las quejas de los vecinos, los incidentes nocturnos inherentes a toda ocupación militar, los hurtos y saqueos de casas, las innumerables y acaso mentidas extorsiones cometidas por los soldados, los sacrilegios y violaciones de iglesias llevadas a cabo por ingleses y holandeses, los desórdenes y vicios de los alemanes, las insolencias de lusitanos y catalanes, cuanto podía, en fin, herir la imaginación de un pueblo vehemente e impulsivo, a fin de mover a éste a tomar represalias y responder a la violencia con el crimen, perpetrando venganzas execrables en quienes menos culpa tenían de lo que estaba sucediendo.

Este movimiento, conducido sabia e instintivamente, no tardó en obtener el resultado que sus directores apetecían. Desanimados los Ministros y

los Generales de Carlos III, convencidos de que nada se podía ya esperar de la Capital por las buenas, decidiéronse a ensayar la energía, para extinguir el filipismo de sus moradores, y, a este efecto, formóse el 30 de Septiembre nueva Sala de Alcaldes, restituyendo en sus plazas a muchos de los depuestos en 1706, y creando otros de nuevo. El mismo día, y para dar una lección a los díscolos Grandes, el Archiduque solicitaba del anciano Marqués de Mancera, por conducto del General Stanhope, que siguiera su partido, y el Decano de la Grandeza española, lejos de acobardarse por el aparato de la acción, limitábase a responder que «su edad, de más de cien años, no le permitía pensar en cosas del mundo, ni en reconocer otro Rey que el que tenía jurado».

Aquella fecha coincidía con el cumpleaños de Carlos III, que alcanzaba los veinticinco, y, deseando solemnizarla y corregir el desaire de la entrada pública, concurrió por la tarde la Villa al Santuario de Atocha para asistir a un *Tedeum* protocolar, amén de soltar a los presos que quedaban en las cárceles, sin distinción de delitos, pasando después el Corregidor y sus Capitulares, con joyas y presentes, a la Quinta de Aguilar, en Canillejas, a fin de besar la mano a Su Majestad, y disponiendo el mantenimiento de iluminaciones nocturnas en su honor, mientras por las calles de Madrid se favorecía el odioso sistema de las delaciones con un pregón en que se mandaba que todas las personas que tuviesen noticias de los que se encontraban en Valladolid se presentaran ante las Autoridades del nuevo Rey y manifestaran lo que supieran.

Pero todas estas medidas, lejos de amedrentar al populacho, como creían los desertores de las ban-

deras borbónicas, excitaban más y más sus deseos de lucha, caldeando la atmósfera de pasión en que vivía Madrid desde hacía ya tres semanas.

Doña Serafina Enríquez, que estaba al corriente de cuanto sucedía en la Capital, y que, merced a sus informaciones de las casas de Veraguas y de los Cameros, sabía todo lo que se preparaba dentro y fuera de la Corte para desacreditar y resistir el yugo austriaco, habíase plegado desde el primer día al partido popular, siguiendo los impulsos que desde niña la apartaran de los ideales tradicionales de su familia.

Persuadida de su propia seguridad, no sólo por las promesas que le transmitiera Lord Ramsbuckle, sino por la afirmación reiterada del General Stanhope que la visitara personalmente en cuanto tuvo un momento libre; tranquila respecto de la existencia de Jenaro, cuyo paradero seguro continuaba ignorando, pero que calculaba no correría peligro mientras no se reanudasen las hostilidades, y contentísima, además, con el descubrimiento relativo a Casilda, del que se proponía aprovecharse en cuanto le fuera posible; ocupada, por último, su imaginación con los acontecimientos que presenciaba y le impedían meditar en otros problemas de su existencia sentimental, alejándola y distrayéndola felizmente de ellos, dejábase empujar la Mayorazga por aquella ola de entusiasmo que la rodeaba, desahogando toda su contenida vitalidad y su afán de acción en la correspondencia que a diario dedicaba al ausente hermano y que, como otra vez le sucediera en Barcelona, no sabía cuándo podría llegar a manos de Pereda, aunque estuviera persuadida de que algún día, más tarde o más temprano, volvería inevitablemente a ponerla en comunicación con él.



La importancia decisiva que iban adquiriendo los sucesos públicos y la atracción irresistible que sobre su ánimo producía aquel verdadero drama, en que el protagonista era todo un pueblo, parecíanle por otra parte a la Niña de Plata tan superiores a las miserias de su vida privada, o a las preocupaciones particulares de su corazón, que hubiera considerado como egoísmo imperdonable el posponer las segundas a las primeras, y por ello, lejos de reflejarse en las cartas que por aquella época escribía a Jenaro los sentimientos que antes turbaran su reposo de doncella, elevábase la pluma de D.<sup>a</sup> Serafina a consideraciones del más puro patriotismo en que se veían fielmente reflejadas las inquietudes que se agitaban a su alrededor.

La actitud del Marqués de Mancera, rechazando los ofrecimientos del Archiduque, imitada y seguida en análogos términos por el viejo Marqués del Fresno, pocos días después, parecíale sobre todo ejemplar y sublime. Aquella respuesta encerraba una lección para los jóvenes y los pusilámines. Y encendida por el deseo de mostrar a su vez la energía de que era capaz una mujer, en contraposición a la debilidad y las claudicaciones del consorte a quien su desgracia le había unido, esmerábase la Duquesa de Sahagún en derramar a manos llenas los tesoros de su caridad, repartiendo limosnas y socorros a cuantos llamaban a sus puertas y encarnando el ideal de la gran señora moderna en el espíritu de cuantos menesterosos acudían a implorar su ayuda.

De esta exaltación espiritual, de esta actividad sin precedentes, en que la noble damita creía haber encontrado por fin el derivativo a todas sus penas y el verdadero móvil de su existencia, alejándola de peligros y abismos ante los que prefería cerrar

los ojos, vino a sacarla de pronto la nueva de la llegada a la Corte de su prima D.<sup>a</sup> Leonisa, acontecimiento que le comunicó, apenas ocurrido, la fiel Catalina Ventura, y que despertó súbitamente en la Niña de Plata el convencimiento de que se aproximaba la gran lucha, de que un nuevo peligro amenazaba la tranquilidad de cuantos seres adoraba ella en el mundo, decidiéndola a defenderse y defenderlos con toda la energía de su resucitado carácter.

\* \* \*

La primera entrevista que se celebró entre ambas primas no dejó, en efecto, lugar a dudas respecto a las disposiciones de la Princesa de Ornano y a los planes que la conducían a Madrid, después de tantos años de ausencia.

El porte siempre arrogante de D.<sup>a</sup> Leonisa, su distinción proverbial, realzada por un luto bizarro que permitía admirar mejor aún las perfecciones del rostro; la voz profunda y emocionante, aquel aire de señorío y de nobleza que respiraban los menores ademanes de la Ricahembra, persistían a través de los años, sin claudicaciones ni desgastes, constituyendo siempre de ella uno de los ejemplares más perfectos y atractivos de la hermosura española; mas a pesar de tantas ventajas y contra lo que ella misma esperaba, D.<sup>a</sup> Serafina no experimentó en presencia de su parienta, cuando la Princesa de Ornano dignóse visitarla, recién llegada, la misma sensación de timidez y encogimiento que a menudo la invadiera en el palacio de Cardona, o, antes, en sus peregrinaciones de Lisboa y de la Armada, cuando la casualidad o el rigor de su

destino la ponía frente a frente y en contradicción con la heredera de los Villarrubia.

Quizá respondiera tal mudanza a la desaparición de la terrible abuela, confederada siempre con su nieta preferida para forzar la voluntad de la otra; tal vez la suspensión del sortilegio de la belleza de D.<sup>a</sup> Leonisa obedeciera a que recordando Serafina la figura de la Duquesa de los Cameros, ninguna más era capaz de impresionarla en la vida; acaso también la variación de las circunstancias en que se encontraba al presente, casada ante el mundo y conduciéndose como tal, el aire de independencia que respiraba desde hacía meses, el ejercicio libre de sus facultades y potencias pudieran determinar esta nueva actitud, completamente distinta a la que la Princesa de Ornano estaba acostumbrada a dominar y dirigir, en tiempos bien distintos, con absoluto imperio.

Lo cierto fué que, lejos de amilanarse ante la altanera Ricahembra y contentarse con callar, cual antes era su costumbre, la Niña de Plata se ofreció a los ojos de D.<sup>a</sup> Leonisa como una persona nueva, que la miraba sin apartar la vista y que hasta se permitía observarla con aire crítico, descubriendo que la frente de su prima ostentaba un pliegue desconocido, señal, sin duda, de graves preocupaciones, o de algún imprevisto contratiempo en el triunfante camino de su ambición.

Pretendiendo imponerse desde el primer momento, como tenía por costumbre, las palabras de la de Ornano, una vez ocupado el sillón de brazos que le acercó respetuoso el Mayordomo de Casa de Ecija, dirigiéronse a reprochar agriamente a Doña Serafina la descortesía de que su palacio hubiera permanecido cerrado y obscuro, no sólo el día de la entrada de Carlos III, sino todos los subsiguientes,

incluso el del cumpleaños de Su Majestad, conducta que había sorprendido mucho en la Quinta de Canellejas, motivando desagradables comentarios entre los familiares del Soberano, que tanto la distinguiera en Barcelona, antes y después de su boda.

—Pues no sé de qué se asombran esos Señores— contentóse con responder mesurada la Niña de Plata—, porque, aparte de mis inclinaciones, que nunca traté de ocultar, de sobra conocen la desgracia que desde que llegué a Madrid me tiene retirada de las pompas del mundo, así como la triste condición en que se encuentra mi Señor esposo, encerrado al presente en el Castillo de Fuenterrabía, según últimamente he podido saber. Reparad, Doña Leonisa, que tampoco nuestra pariente la ínclita Doña María de las Nieves, Duquesa de Medinaceli, ha hecho la menor demostración, encontrándose en el mismo caso que yo, y permanece recluida en el Convento de Trinitarias, donde buscó asilo al partir Felipe V. Por cierto, que hemos obrado ambas muy cuerdamente, ya que otra conducta de su parte, o de la mía, equivaldría a la demostración más evidente de la culpabilidad de nuestros maridos y acaso atrajese la muerte sobre la cabeza de éstos. El General Stanhope, que me honra con su amistad, a quien expuse el caso, se mostró además conforme con mi criterio, asegurándome que ninguna persona sensata podría observar tal conducta, y ofreciéndose a salir fiador de ella delante de Carlos III, si fuese preciso.

La seguridad de las anteriores palabras, el tono firme de D.<sup>a</sup> Serafina, y hasta la lección de política que pretendía darle aquella mozuela emancipada, causaron tal asombro en D.<sup>a</sup> Leonisa que, sin detenerse a contestarlas, prosiguió su sermón, diciendo:

—Y de los donativos hechos por la Duquesa de Sahagún a los Duques de Anjou, donativos de que todo el mundo me ha hablado con pasmo, ponderando su magnificencia, ¿me podréis dar la misma justificación?

—Yo no tengo por qué justificar mis actos, Señora prima, delante de vos, ni de nadie, que no sea mi Confesor o mi Soberano—repuso D.<sup>a</sup> Serafina, sin inmutarse—. Los donativos a que os referís corresponden a mi mayorazgo, de cuyas rentas dispongo por derecho propio y Real Cédula. Respetad, pues, mis opiniones, como yo respeto las vuestras, y no perdamos el tiempo discutiendo sobre cosas e ideales en que nunca estaremos de acuerdo.

Atónita la Princesa de Ornano y creyendo que soñaba al oír expresarse así a la Niña de Plata, consideró oportuno no insistir por el momento en sus recriminaciones, mudando de tono para referirse burlescamente a la debilidad que el General Stanhope había sentido siempre por D.<sup>a</sup> Serafina, no obstante los desdenes de ésta, debilidad que sin duda constituía uno de los motivos que decidieron al caudillo inglés a atropellar por todas las conveniencias en Zaragoza, con tal de llegar a Madrid, aun a riesgo de comprometer la seguridad de sus fuerzas, dejando a sus espaldas las principales plazas fuertes en poder del enemigo.

—Pero, Señora prima—exclamó la Duquesita de Sahagún, cándidamente—. ¿No será la antipatía que os inspira Don Diego, lo que hace expresaros así? Mil veces os oí repetir en Barcelona la famosa frase de «¡El Archiduque en Madrid!», «¡El Archiduque en Madrid!», como si constituyera la más grande de vuestras aspiraciones y el único medio de terminar la guerra. Ya tenéis a Vuestro Soberano en la Corte. ¿De qué os quejáis, pues, si al

fin se ha conseguido vuestro anhelo? ¡Ahora sólo falta que se cumpla la otra mitad del programa y se termine esta horrible contienda en que todos nos estamos destrozando inútilmente!

—Bien se conoce, Doña Serafina—contestó olímpica la Ricahembra—, que a pesar de vuestro encumbramiento y de la suficiencia con que habéis aprendido a expresaros, ignoráis en absoluto cuanto se refiere a campañas y gobiernos. Si en Zaragoza se hubiera hecho caso de la opinión de Su Majestad, que era también la mía y la de todas las personas sensatas, el ejército aliado estaría a estas horas cerrando el camino de Francia para impedir sus comunicaciones con España y tendiendo lazos al Duque de Anjou para impedirle la concentración de nuevas fuerzas, o para acabar con él de una vez. Y esto se hubiera conseguido, a no ser precisamente por vuestro amigo Stanhope, quien llegó hasta faltar al respeto al Rey y amenazarle con el abandono de Inglaterra si no le acompañaba de inmediato a Madrid. Indudablemente, el General de la Reina Ana obedecería al obrar así a instrucciones de su Soberana, pero eso le hace aún más sospechoso, teniendo en cuenta los rumores que corren de que en la Gran Bretaña se prepara un cambio de Gobierno.

—Acaso también—insinuó D.<sup>a</sup> Serafina—en el cuartel inglés no se sospechaba la indiferencia con que se recibiría en Madrid a Carlos III, y esto haya sorprendido más de lo justo.

—¡La opinión del populacho!—murmuró la Princesa, encogiendo despreciativa de hombros—. ¡Qué sabe él lo que le conviene, ni quién se preocupa de eso! Hace diez años se golpeaba en el Sotillo a los que se atrevían a vitorear al Embajador de los gabachos, y hoy se expone la vida por un So-

berano francés, declarándole más nacional que todos los Austrias juntos. ¿Puede fiarse nadie de la sensatez de las muchedumbres y de la lógica de sus entusiasmos? ¡Mal hayan quienes favorecen sus demasías! Ayer despertaban de su inercia para reclamar pan; hoy quieren imponer un Rey a su gusto; mañana solicitarán nuestras cabezas, para substituirnos en el mundo. ¡La grosería y la inconsciencia que los madrileños demuestran a su legítimo Soberano, al que viene a conservar sus leyes y a impedir su transformación en vasallos esclavizados de otro Monarca, merece, no ya sólo el desprecio más absoluto, sino que Su Majestad autorizara el saqueo de la Capital, como alguno de los Generales ha propuesto, para dar una lección a estos imbeciles, que sirviera de ejemplo al resto de España!

La Duquesa de Sahagún tuvo que hacer verdaderos esfuerzos, al escuchar aquellas crueles palabras, para no contestar a D.<sup>a</sup> Leonisa como merecía su indiferencia por las clases inferiores, cuando éstas no ayudaban sus propósitos o contrariaban los planes que su orgullo había formado antes.

Pero la Ricahembra, sin hacer caso de su interlocutora, ni de lo que ésta pudiera pensar, y hablando como si se encontrara sola con sus pensamientos, continuaba diciendo:

—¡No!; lo importante, lo verdaderamente grave al venir aquí, como se ha venido, consiste en que se ha dado tiempo a que la Princesa de los Ursinos, valiéndose de todas sus artes, esté a punto de convencer a Luis XIV de la necesidad de continuar la guerra a toda costa, y de que los restos del ejército borbónico dispersado en Zaragoza hayan tenido espacio para reunirse y rehacerse, intentando ahora impedirnos las comunicaciones con Portugal. Gracias que esto no sucederá tan pronto ni tan

fácilmente como en Valladolid se imagina, y, mientras contemos con el ejército de Gallway en la frontera, junto con las tropas que próximamente llegarán de Inglaterra, y el Mariscal de Starhemberg continúe con la cabeza en su sitio, se podrá dar término feliz a esta gloriosa campaña, que será la última que ensangrienta el suelo español por culpa de la obstinación odiosa de vuestro Duque de Anjou y de sus ciegos partidarios.

La seguridad y la jactancia que respiraban aquellas bravatas no debían sin embargo de ser muy sinceras, pues, al terminar su discurso, el pliegue de la frente de la Princesa de Ornano, habíase dibujado más visible y la Ricahembra apoyó el hermoso rostro en la palma de la mano, cual si quisiera disimular ante su prima la verdadera impresión que lo ensombrecía.

La Niña de Plata, depuesto su anterior enojo, creyó del caso dulcificar el tono de la conversación, y, empleando palabras afectuosas y refiriéndose al penoso viaje que acababa de realizar la Princesa, terminó por ofrecer cortésmente a ésta su casa durante todo el tiempo que Su Excelencia se dignara honrarla con su presencia.

Mas aquel cambio de maneras, que a cualquiera que no fuese D.<sup>a</sup> Leonisa habría agradado, proviniendo como provenía de la más cercana parienta con que contaba en el mundo, sirvió únicamente para que la altiva Ricahembra, juzgándose protegida o compadecida, cosas ambas que para un espíritu como el suyo representaban el último de los agravios, rechazara el ofrecimiento secamente, añadiendo, como quien descarga un mandoble:

—Gracias, Señora prima. Pero no creáis que porque falte tanto tiempo de esta inhospitalaria ciudad, me encuentre desamparada y sin conoci-



mientos en ella. Junto a la Iglesia de San Andrés, levántanse aún los muros del solar de nuestros antepasados, que debéis recordar bien, puesto que en ellos habitasteis con nuestra Señora Abuela, que Dios goce, antes de lanzaros por el camino de la aventura, y allí pienso permanecer con los fieles criados que me acompañan desde Barcelona, hasta ver el rumbo que toman las cosas.

—¿Os acompaña Don Octavio en el viaje?—preguntó D.<sup>a</sup> Serafina, queriendo responder dignamente al golpe de «la aventura», que le había hecho estremecer de cólera.

—¡Vengo sola!—repuso agria la de Ornano—. El Príncipe debe de encontrarse a estas horas en Viena, cumpliendo una misión confidencial con que le ha honrado Su Majestad.

—¡Siempre misterios en vuestras vidas!—insistió agresiva la Niña de Plata.

—¡Siempre!—repitió hermética la Ricahembra—. ¡No todas tenemos la suerte de haber tropezado desde luego con la felicidad, como a vos os sucede! Por cierto que aun no os he preguntado por mi Señor primo, el Conde de Ecija. ¿Cómo le va a Su Excelencia? ¿Tenéis noticias recientes suyas? ¡Admirable varón! ¡En él sí que encuentran apoyo todas las causas justas! ¡Lástima que para su espíritu cambie la justicia al compás de los efectos de la fortuna! ¿Conocéis los detalles de sus últimas tentativas para hacer triunfar en Madrid los derechos de Carlos III, antes de su prisión? ¡Son dignas de un libro! ¡Y, a no tropezar con la desconfianza de la Señora Camarera Mayor, otra suerte correríamos todos en estos momentos! Por supuesto, que a pesar de encontrarse el castillo de Fuenterrabía tan lejos, ninguno de los que rodeamos a Carlos III nos olvidamos de su persona, y hasta mantenemos

correspondencia con él, a pesar de todas las precauciones de sus carceleros, así que nada tendría de particular que el día menos pensado lograrse recobrar la libertad y gozaréis la sorpresa de estrecharle por fin en vuestros brazos.

Serafina sintió helársele la sangre en las venas al escuchar semejantes palabras, que, pronunciadas por una persona como la Princesa de Ornano, equivalían a una amenaza, ya que no a una certidumbre; pero comprendiendo que su futuro, y el concepto que D.<sup>a</sup> Leonisa formara de ella en adelante, dependía de la respuesta que sus labios pronunciasen, reunió todas las fuerzas que le quedaban para contestar con la mayor naturalidad:

—Si tal sucediere, Señora prima, sería yo naturalmente la primera en celebrarlo y en probar una vez más en público mi adhesión a la persona cuyo nombre ostento, como debe cuadrar a toda mujer casada respecto de su marido, ámele o no; sobre todo si ha nacido en nuestra esfera, de la que procede siempre el ejemplo, malo o bueno, que aprenden las demás personas.

Y satisfecha de haber dado con la flecha en el blanco, levantóse impávida la Mayorazga de Sahagún para acompañar hasta la puerta a la soberbia D.<sup>a</sup> Leonisa, que, sintiendo la pérfida alusión, habíase puesto en pie y se despedía, temblando de ira, so pretexto de tener que marchar a Canillejas aquella misma tarde, a fin de cambiar impresiones con los Ministros de Su Majestad.

\* \* \*

Pero, apenas quedó sola en el cuarto la Niña de Plata, comenzó a cavilar sobre el peligroso anuncio que le comunicó la Ricahembra. ¿Sería verdad?

¿Podría escapar Ecija de una prisión tan bien custodiada como el Castillo de Fuenterrabía? Y si se verificaba tal prodigio, ¿qué actitud adoptaría ella, Serafina, ante aquella nueva contingencia? ¿Consentiría en recibir al esposo desleal y prófugo, sancionando su traición a los Reyes con la entrega de su juventud y la subsiguiente complicidad en todos sus crímenes? ¿Abandonaría patria, hermano, sentimientos, honor y fortuna, por seguir al Conde, caso de tener éste que refugiarse nuevamente en Barcelona, para renovar allí su vida de esclavitud y de infierno en el palacio de Cardona?

Planteado el tremendo problema en aquella forma, la solución acudió inmediatamente al espíritu de D.<sup>a</sup> Serafina, haciéndola sublevarse de una manera absoluta contra la injusticia de su destino.

¡No!; ¡nunca se uniría a Ecija en semejantes condiciones! ¡Primero la muerte, el descrédito, la miseria! Enfermo, desvalido, prisionero, abandonado por todos, hubiérase inmolido, como cristiana, y permanecido junto a él; pero si el Conde era el primero en demostrar la vanidad de las palabras, ¿por qué había ella de permanecer encadenada a la suya, compartiendo crímenes y perdiendo por un lado lo que ganaba ante la opinión por otro? Aquel sacrificio tan espantoso no estaba estipulado ni previsto en el pacto de su casamiento. La mujer casada debía, sí, acompañar al marido, pero no en el oprobio ni en la deshonor. El Conde de Ecija no era su esposo sino ante Dios, y Dios no podía consentir tal inmolación a una de sus fieles. Pasara que el destino la hubiera colocado en una situación excepcional ante los ojos de los hombres. Todo lo había aceptado hasta entonces, resignándose con su suerte y renunciando a cuantas tentaciones y sueños intentarían sorprenderla en la existencia, con tal

de conservar aquel remedo de libertad que le permitía entrever, pronto o tarde, la reunión con Jenaro, verdadero fin y objeto de sus aspiraciones. Más aún: acostumbrada con el tiempo al alejamiento indefinido del odioso tirano, había llegado Serafina a considerar su respectiva posición como si fuera definitiva, como si nunca hubieran de volver a verse ni uno ni otro, y, dejándose llevar de su juvenil facilidad para olvidarse de todo y acomodarse a la realidad de la vida, rara vez pensaba en el prisionero, sobre todo desde la fuga de su hermana D.<sup>a</sup> Maravillas, de quien nada había vuelto a saber, y casi nunca pronunciaba su nombre, cual si en realidad no existiera Ecija, o constituyese una amenaza cada vez más lejana y más indigna de producir lástima en las conciencias honradas.

Por ello, al escuchar en boca de D.<sup>a</sup> Leonisa, boca que jamás mintiera, la posibilidad de que otra vez volviese el Conde de Ecija a interponerse en su camino, tornó a retoñar, violenta e implacable, en la Niña de Plata, la repugnancia cada vez mayor que le inspiraba el despreciable esposo, concluyendo por despertar en el espíritu de la Mayorazga, como siempre sucedía cuando se encontraba en alguna situación desesperada, aquella actividad y varonil entereza que caracterizaba a los Villarrubia y que, en un momento dado, les permitía desarrollar a todos una fuerza de voluntad y una cantidad de recursos superiores a cuantos estaban al alcance de las demás personas que les rodeaban.

Puesta ya sobre aviso, y comprendiendo que antes de participar su resolución a la Madre Fuencisla, a D.<sup>a</sup> Blanca y a Catalina Ventura, era necesario informarse de lo que verdaderamente ocurría en Fuenterrabía, para contrarrestar los planes de Doña

Leonisa en caso necesario, la primera persona en quien Serafina pensó para que le pusiera al corriente de todo, fué el ex covachuelista Don Bruno Zorraquin, que debía de haber acompañado en su viaje a la Princesa de Ornano y de quien extrañaba ya no haber recibido aún la gratísima visita.

Enviado el correspondiente mensaje a D.<sup>a</sup> Copla, que desde hacía meses ocupaba una cómoda habitación de la calle de la Ballesta, gracias a la munificencia de la Duquesa de Sahagún, pudo enterarse ésta de los poderosos motivos que habían impedido a su confidente de Barcelona presentarse aún en las casas de Ecija, motivos que desgraciadamente consistían en la recientísima pérdida de su hijo Emilio, el militar, alevosamente asesinado en el camino de Sigüenza por una de las tantas partidas borbónicas que pululaban por Castilla la Nueva al acecho de cualquier enemigo rezagado, para acabar con su vida.

La desgracia, que desde la víspera tenía consterada a la familia Zorraquin y hecha un mar de llanto a la triste D.<sup>a</sup> María de Constantinopla, había ocurrido de pronto, en un monte llamado Cutamilla, no lejos de Baides, al regresar D.<sup>a</sup> Leonisa de su visita a la villa de Medinaceli, donde se detuviera dos días con objeto de rezar ante la tumba de la Marquesa de Villarrubia, y nadie había sido capaz de prevenirla ni de descubrir de dónde partiera el disparo traidor que terminara con la vida del infeliz muchacho en quien Don Bruno cifrara tantas esperanzas.

Ni corta ni perezosa al escuchar de boca de la Señora Eularia los detalles de aquella tragedia sencilla y corriente, de acuerdo con las costumbres de la guerra, pero fatal, y sin consuelo para los infelices padres de la víctima, a quien la Niña de

Plata conocía muy bien por haberle servido de estafeta en su correspondencia con Jenaro, resolvió inmediatamente Serafina trasladarse a casa de Zorraquin, haciéndolo a pie, para no llamar la atención, bien cubierta con su manto, y acompañada de su camarista catalana, que era la persona en quien más confianza depositaba desde su venida a Madrid.

La presencia de la Duquesa de Sahagún en la humilde vivienda de D.<sup>a</sup> Copla causó tal pasmo en el ex covachuelista y tal sentimiento de gratitud en toda la afligida familia, que, pasadas las primeras efusiones y enjugadas al cabo de un rato las abundantes lágrimas de todos, comenzaron sin necesidad de presión alguna por parte de la Mayorazga, los relatos y las confidencias del conspirador, más empeinado que nunca en la causa del Archiduque con motivo de la reciente desgracia, pero fiel siempre a su gran amigo de todos los tiempos, el simpático Jenaro de Pereda, y resuelto por ende a defender a su hermana de cuantos peligros y asechanzas pudieran amenazarla.

Por lo que tocaba al supuesto complot encaminado a sacar de la prisión al Conde de Ecija, que era lo que más interesaba a D.<sup>a</sup> Serafina, nada pudo decir en concreto Zorraquin, por no pertenecer a su ramo el manejo de tan turbios negocios, para los que la Princesa de Ornano, en su complicado mecanismo, prefería siempre valerse de sujetos de baja estofa, o galopines de la especie de Don Gilito, famoso por sus talentos de corrupción cerca de hombres y mujeres.

Quizá no se tratara más que de una baladronada de la Ricahembra para intimidar a D.<sup>a</sup> Serafina y hacerla plegarse a sus trabajos políticos; quizá encerrara también un fondo de verdad o un plan

en gestación, ya que el combinado anteriormente para hacer evadir al Conde del Alcázar de Segovia, era imposible de ejecutar después del traslado del prisionero a Fuenterrabía. De todos modos la empresa estaba erizada de dificultades, encontrándose aquel castillo en la frontera de Francia y custodiado por soldados de Luis XIV, a quienes la Princesa de Ornano desconocía. Don Bruno procuraría, sin embargo, enterarse, con su sagacidad acostumbrada, de lo que hubiese en el asunto y se lo comunicaría en seguida a la Duquesita. Por de pronto no valía la pena de alarmarse ni adelantar actitudes. Si algo se producía de nuevo, conoceríase inmediatamente por uno u otro conducto, y como el fugitivo tendría que atravesar muchas leguas antes de llegar a Madrid, contaríase de sobra con el tiempo necesario para precaverse y resolver el partido que convenía adoptar. ¡Lástima que el peligroso Don Gilito se hubiese quedado en Zaragoza, pues, de estar en la Corte, nada más fácil que hacerle seguir los pasos y averiguar las personas con quienes trataba aquel insigne mequetrefe!

Lo que urgía, en cambio, era persuadir a Jenaro de que se cuidase y no expusiera su vida inútilmente en los combates futuros, porque la idea de la captura continuaba constituyendo uno de los sueños favoritos de la Princesa de Ornano, quien durante la campaña, y singularmente después de la victoria de Zaragoza, se había hecho comunicar, día por día, la lista detallada de todos los Oficiales prisioneros, visitando a muchos centenares de ellos en persona, antes de ser enviados a Cataluña, para persuadirse de que no se encontraba entre ellos Pereda con cualquier nombre supuesto.

Jenaro, y otro Oficial borbónico de Caballería,

llamado Don Fadrique de Córdoba, a quien la Ricahembra odiaba también aunque con otra clase de odio, por achacarle parte de culpa en la muerte de la anciana Marquesa de Villarrubia, constituían las dos ideas fijas de venganza en el espíritu de D.<sup>a</sup> Leonisa de Ornano, tan empeñada en el deseo de apoderarse de sus personas, que hasta había llegado a ofrecer una suma considerable de dinero a quien le trajese a cualquiera de ellos vivo.

Como semejante ofrecimiento no produjese resultados hasta entonces, por lo que hacía a los militares borbónicos, las actividades de la implacable Princesa habíanse aplicado, mientras permanecía en Zaragoza, a descubrir y capturar, como al fin lo consiguió, al caudillejo conocido por el nombre de «el cura de Salillas» y a varios bandidos que le acompañaban, formando un bando que, sin ningún derecho, hacía titular «Regimiento de la Comunidad de Daroca».

El Cura Don Guillén, protagonista de la detención y subsiguientes afrentas infligidas inhumanamente a la noble Marquesa de Villarrubia, acababa de ser internado, como castigo a sus reiterados crímenes, en la Inquisición de Zaragoza, donde purgaría todas las faltas, acaso con la vida; y por lo que tocaba a sus compañeros de fechorías, los fusiles de los soldados alemanes habíanse encargado de terminar en un día con sus miserables existencias.

Doña Serafina, horrorizada por los detalles de aquella carnicería, que la macabra memoria del agriado Zorraquin complacía en evocar ante sus ojos, con toda clase de detalles espeluznantes, y alarmadísima además, no sólo por los peligros que para ella entrañaba la posible libertad del Conde de Ecija, sino por las amenazas pendientes sobre las cabezas de Jenaro de Pereda y Don Fadrique



de Córdoba, comenzaba a sentir remordimientos por su obstinación en permanecer en Madrid y desafiar de aquel modo las iras de la Princesa de Ornano, cuando tan fácil le hubiera sido acompañar a la Corte de la Saboyana hasta Valladolid, donde ningún peligro corría su seguridad ni su reposo.

Pero aquel movimiento instintivo de egoísmo cedió muy pronto en el generoso pecho de la Niña de Plata a otro de rebelión y de protesta contra las excesivas crueldades de la Ricahembra, cuyos planes de justicia a su modo resultaba indispensable combatir y desbaratar a todo trance.

¡No! ¡Mejor era que las cosas hubieran sucedido como debía de ser, y que ella se encontrase en la Corte, frente a la Ricahembra, para luchar cara a cara con ella y poder prevenir todos sus excesos!

El recrudecimiento de animosidad, además, de la Princesa de Ornano, con todo lo que sonara a borbónico, debía de reconocer por causa indudablemente algún contratiempo o algún obstáculo surgido de improviso en los proyectos tan pacientemente combinados desde Barcelona, hasta el punto de hacer posible su fracaso, y, deseosa Doña Serafina de confirmar tal sospecha, continuó interrogando hábilmente a Don Bruno Zorraquin, obteniendo de la facundia de éste datos preciosos acerca de las actividades de su infatigable prima, así como del estado de profundo desconcierto en que, no obstante la aparente prosperidad, encontrábase los asuntos del Archiduque y la causa de los Aliados en la Península.

Por de pronto, el triunfo de Zaragoza que había abierto al ejército de Starhemberg el camino de Madrid, dispersando las fuerzas de Felipe V, nada había resuelto en el fondo sobre la situación de Carlos III en España, y así empezaban a darse

cuenta de ello los Generales aliados. Verdad era que desde Calatayud no habían encontrado las tropas resistencia organizada en ninguna parte, salvo emboscadas pequeñas como la que costara la vida al descendiente de Don Bruno. Ciertísimo también que a su paso por los pueblos se les proveía de víveres, más por miedo a los soldados que por amor al Archiduque. Pero al mismo tiempo que esto sucedía, cuantos castellanos se encontraban en condiciones de batirse corrían a alistarse en las banderas de Felipe. Los militares hechos prisioneros delante de Zaragoza, incluso aquellos que al principio entraran al servicio de Carlos III, desertaban otra vez en masa, por un inexplicable fenómeno, llevándose armas y pertrechos; y hasta el Conde de Cardona, nombrado por el nuevo Rey Gobernador de Aragón, veíase destituido de su puesto bajo acusación de negligencia, a causa de no haber sabido o querido evitar la huida de tanto fugitivo.

Efecto más pernicioso aún tenían los abusos cometidos por las tropas durante la marcha, abusos que inspiraban odio en los habitantes contra el ejército aliado y contra el Rey por él impuesto al país. Hasta los fieles catalanes tenían mucho de qué quejarse por la dureza y el desdén con que eran tratados por los Generales extranjeros. Los soldados protestantes incurrían en blasfemias, profanando iglesias y apoderándose de objetos sagrados, lo que creaba más animosidad aún entre los naturales del país que los saqueos y otras clases de opresiones. Peor se portaban todavía los católicos portugueses, que trataban los lugares por donde atravesaban como país conquistado, hasta el punto de tener Starhemberg que intimar al Conde de Azumar, Embajador de Su Majestad Fidelísima,

presente en la Jornada, que si él no era capaz de poner orden entre sus compatriotas, veríase obligado el Mariscal a considerarlos como enemigos. El General Stanhope, por su parte, había mandado ahorcar a una docena de soldados lusitanos, convictos de toda clase de crímenes, pero sus camaradas no se reformaban por ello, desatándose en invectivas de toda clase contra la tiranía y la ambición inglesas, a la que achacaban toda la responsabilidad de la guerra.

—¿Y el Archiduque, Don Bruno? — interrogaba la Duquesa de Sahagún — ¿No se da cuenta de que con tal proceder se enajena las simpatías de los españoles y de que sus auxiliares le están convirtiendo en una especie de verdugo, nacido para oprimir a los pueblos en que pretende reinar?

—Su Majestad, que no tiene un pelo de tonto —repuso tristemente Zorraquin— se hace cargo de todo, y, aunque habla poco, está convencido de que por este camino sólo se le conduce a la ruina y al descrédito. Pero ¿qué va a hacer, dependiendo como depende en absoluto de los Generales, que le manejan como un títere, sin hacer para nada caso de sus opiniones ni deseos? En privado es otra cosa, y delante de sus Secretarios, sobre todo de Vilana y Perlás, que es listísimo, y de algunos nobles castellanos o catalanes, como D.<sup>a</sup> Leonisa, Carlos III se despacha a gusto, mostrándoles algún trozo de las cartas que escribe a la Reina en Barcelona o al Conde Wratislaw a Viena, en que se queja de que nadie le obedece. En un párrafo de las primeras, que la Señora Princesa me hizo copiar, recuerdo haber leído la siguiente frase: «Respecto a nuestros Generales es inútil hablar: lo que tú me dices ya lo sé. Pero donde no se puede remediar no valen consejos. Sé que ellos protegen

a los malhechores y con esta gente habrá muchos disgustos y dificultades. Paciencia.»

—¡Con paciencia y pasar por todo no se llega nunca a ser un gran Monarca!—protestó enérgica la Niña de Plata—. ¿De qué le valen al Archiduque sus experiencias de Barcelona, si, en lugar de ganarse la confianza de los madrileños, esquivo la presencia entre ellos, declarándose vencido al primer encuentro y permaneciendo agazapado en un pueblecillo de mala muerte, como si tuviera miedo o se hallara más a gusto en la residencia particular de un noble que en el palacio de sus mayores?

—Según parece, y este negocio es otro de los que más preocupada tienen a la Princesa de Ornano —confesó al fin Don Bruno — fueron tantas la indignación y la ofensa que sintió Su Majestad el día de la entrada en Madrid, que desde entonces repite sin cesar que nunca más verán su rostro los madrileños y que cuando sea Rey de veras trasladará la Capital a Toledo o donde mejor le parezca, para castigar así el desaire que aquí han osado contra su Augusta Casa y Persona. Por otra parte —añadió el ex covachuelista bajando la voz— comienza a pensar en la posibilidad de llegar a la Púrpura Imperial, caso de morir su hermano sin sucesión, como todo hace temer, y para cerciorarse de la verdadera situación y estado de salud del César es por lo que ha enviado a Viena a Don Octavio Branciforte, con una misión secretísima cerca de sus más íntimos amigos.

Al escuchar semejantes confidencias, principió a comprender D.<sup>a</sup> Serafina muchas cosas de las que antes le parecían obscuras, y deseando que Zorraquin se descubriera más, continuó diciendo con aire candoroso:

—De todo cuanto me manifestáis, Don Bruno,

y que yo os prometo guardar en el secreto más profundo, voy sacando en limpio que la situación de los vencedores de Zaragoza no puede ser más aventurada ni más difícil en los actuales momentos. ¿Qué se propusieron entonces al venir? ¿Con qué recursos contaban para declarar terminada la guerra una vez instalado Carlos III en Madrid? ¿Creían por ventura que los habitantes de esta Capital caerían de rodillas ante el Archiduque apenas vieran aparecer por Atocha los morriones ingleses?

—¿Quién era capaz de adivinar — declaró Zorraquin, haciendo un esfuerzo — el recibimiento que aquí nos esperaba, si los naturales de la Capital somos los primeros sorprendidos por él y por la nueva actitud de este pueblo, antes tan dócil y tan amigo de sus costumbres tradicionales!

—¿Y qué piensan hacer ahora? — insistió la preguntona Niña de Plata—. ¿De qué auxilios van a valerse para mantenerse en Madrid y aprovisionar un ejército tan numeroso y aislado en el corazón de Castilla, sin almacenes ni reservas de ningún género?

—El final de la campaña — concluyó por declarar el sincero Don Bruno — depende de nuestra unión con los portugueses, con quienes no se ha contado para nada hasta hoy, reservándose además los planes de las operaciones que se siguen actualmente! Por eso, desde que Starhemberg y Stanhope llegaron, están despachándose mensajero tras mensajero al ejército de Portugal para decirle a realizar un avance rapidísimo. Lo malo es que, por ahora, la resolución depende exclusivamente del General lusitano Conde de Villaverde, pues Lord Gallway no ha podido salir a campaña por enfermo, y su sucesor Lord Portmore recién

debe de haberse embarcado en Inglaterra para venir a Lisboa. De modo que todo hace temer un fracaso por ese lado, especialmente si los borbónicos aciertan a poner algún obstáculo en el camino que sirva a los de allá de pretexto con los de acá para no satisfacer sus apremiantes demandas.

—En último caso — atrevióse a insinuar D.<sup>a</sup> Serafina — la Reina Ana, a quien se habrá informado seguramente de la delicada situación por que atraviesan sus tropas, no dejará perecer a éstas sin enviarles algún auxilio por medio de la Armada, según lo hizo hasta hoy.

—¡Quién sabe, Señora Duquesa, si ese auxilio llegará a tiempo, o si en realidad será concedido por el Parlamento inglés! ¡No hay que hacerse ilusiones! El único medio posible de que Carlos III permanezca aquí consistiría en ejecutar lo que Doña Leonisa, vuestra Señora prima, se ha impuesto al venir a Madrid: convencer a las clases altas madrileñas, ya que a las otras se las juzga irreductibles, del error que cometen sacrificándose por el Duque de Anjou, que al fin y al cabo no es más que un francés, cuando la razón, la justicia y la conveniencia les aconseja seguir el partido de la Casa de Austria, de acuerdo con el sentir general en 1700. Ganada a nuestro favor la nobleza, resucitados los Consejos y substituídos en sus puestos todos los garnachas y empleados partidarios de Felipe V, el popular terminaría por obedecer a los que siempre les mandaron, y Castilla entera seguiría dócilmente su ejemplo, como ha sucedido hasta ahora desde que esta amalgama de pueblos reconquistados a los moros se convirtió en monarquía universal y católica.

—¡Pues está su merced equivocado, mi Señor Don Bruno! — expresó convencida la Duquesa de

Sahagún—. No quisiera lastimar sus convicciones ni emular su experiencia, pues bien sabe mi querido maestro de Barcelona cuánto le estimo; pero esa transformación de sentimientos con que sueña la Princesa de Ornano, esa evolución hacia las antiguas libertades y Cortes que constituía la mayor esperanza de los Barceloneses al traer a Madrid a su Monarca, no tendrá lugar, y, aunque por ambición de medro, encontrara eco en algunas familias poderosas, jamás llegaría hasta el pueblo castellano, que hace muchos años ha perdido incluso la memoria de esas cosas, sin las cuales vive feliz y tranquilo, reemplazándolas por otras más accesibles a su corazón y a su facultad de sacrificio. ¡Madrid ha variado mucho, mi querido amigo, desde que falleció el Hechizado, y la misma Doña Leonisa ha de notar la mudanza en cuanto se ponga a la obra! ¡No se puede abandonar una capital impunemente y por tanto tiempo como la Señora Princesa lo ha hecho! ¡Cuando el emigrado torna a su suelo, ni es comprendido en él, ni acaba nunca de entender el lenguaje que hablan los que le rodean!

—Sí, ¡Vuestra Excelencia tiene razón! —concedió el covachuelista a regañadientes—. Harto me he dado cuenta en las pocas horas que llevo residiendo aquí, de que Madrid no es la misma Corte que yo dejé; cualquiera diría que yo mismo, nacido y criado en ella, habiendo aprendido en su recinto cuanto sé, resulto tan extraño a los míos como los catalanes que nos acompañan, cuyas ideas parecen un anacronismo a los boquilindos que hoy ocupan mi puesto en las Covachuelas, atronando los patios del Alcázar con sus aspavientos de títeres sin cabeza.

—¡Es la ley de la existencia, amigo mío! ¡Todo cambia, todo se olvida... incluso lo mejor! Cuando queremos prepararnos a luchar, el mundo ha pa-

sado por encima de nuestros cuerpos! ¡El único consuelo para los postergados consiste en pensar que los que hoy están en la cumbre, mañana descenderán al abismo de lo olvidado!

—¿Y hacia dónde se camina en esa carrera desenfrenada? ¿Será hacia adelante, o hacia atrás, Señora Duquesa? ¿Progresamos o nos envilecemos? ¿Quién obra de buena fe y desea la felicidad universal? ¿El que combate, o el que vence?

—¡Los pueblos, Don Bruno, únicamente los pueblos, que se mueven casi siempre por el instinto, don con que la Divinidad les distinguió al formarlos y que pocas veces yerra.

—¿Y cuando ese instinto les despeña por abismos sin fondo, o les empuja a cada uno por su lado, separándolos en lugar de unirlos?

—¡Cada cual tendrá su razón, que a nosotros quizá escapará, pues al fin somos criaturas humanas e imperfectas, pero que indudablemente existe y podrá ser alegada ante un Tribunal más alto, que está por encima de todos los intereses y las pasiones del momento!

—¡El instinto, si no va acompañado de la reflexión, nada representa de permanente, y sólo producirá resultados efímeros!

—Acaso tengáis razón, mi respetado Maestro —concluyó la Niña de Plata, informada ya de cuanto necesitaba saber y requiriendo el manto —; mas nuestros días y nuestros pasos son tan breves en la tierra, que lo efímero representa a veces toda la felicidad o toda la desgracia que nos es dado contemplar y por la que luchamos sin tregua desde que nacemos. ¡Bienaventurados los que luchan, pues ellos son los únicos que tienen derecho a decir que vivieron en este mundo!

\* \* \*



¿Dónde se encontraría Jenaro de Pereda en aquellos momentos? ¿Cómo advertirle del peligro que le amenazaba por parte de D.<sup>a</sup> Leonisa? ¿De qué medio valerse para hacer llegar el mismo aviso, conservando por supuesto el incógnito, al inocente Don Fadrique de Córdoba, bien ajeno por cierto a las maquinaciones que contra su libertad tramaba el orgullo vindicativo de la Princesa de Ornano?

Estas ideas, que habían tenido en vela a la Duquesa de Sahagún durante toda la noche subsiguiente a su conversación con Don Bruno Zorraquín, haciendo lamentar a la Mayorazga su empeño de que ni Trincas ni Nardo se separaran del hermano bajo ningún pretexto, preocupaban aún a la Niña de Plata mientras se dirigía a casa de D.<sup>a</sup> Catalina Ventura, donde la esperaban cartas de Valladolid escritas por el joven Duque de Veraguas, a quien se encargara reiteradamente el descubrimiento del paradero del capitán Pereda, y que no sólo había dado con él, sino que acompañaba una esquelita del propio Jenaro en que éste participaba a la hermana su perfecto estado de salud y sus andanzas de pueblo en pueblo para reorganizar su Compañía, hasta llegar a Aranda de Duero, donde se encontraba al presente, meditando qué le convenía más: si continuar en el Regimiento de Guardias o incorporarse a alguno de los cuerpos de tropas que mandaban Don José Vallejo o Don Feliciano de Bracamonte, ambos amigos suyos, para encontrarse más cerca de Madrid y poder estar a la mira de lo que sucedía en el palacio de Ecija.

Aquellas líneas, escritas de prisa y corriendo, junto con la noticia llegada por otro conducto de que el Conde, su marido, continuaba encerrado en Fuenterrabía, no podían llegar en sazón más oportuna, y predispusieron a D.<sup>a</sup> Serafina a es-

cuchar con más gusto aún las novedades que traían las cartas respecto de lo que sucedía en Valladolid, donde todo era resolución y actividad. La Princesa de los Ursinos debía de haber trabajado con tanta perfección cerca del Duque de Noailles, inspirando a los Reyes las respuestas más a propósito para impresionar el ánimo del Enviado de Luis XIV, que aquél, después de celebrar un Consejo de Generales al que concurrió el Mariscal de Vendôme, recién llegado a la Corte, había salido para Versalles portador del plan de campaña elaborado en España y convencido de que ésta necesitaba de muy poca ayuda para mantener a Felipe V en el Trono.

De acuerdo con lo resuelto en Valladolid, el Marqués de Bay volvería inmediatamente a la frontera de Portugal para contener a los portugueses e impedir su unión con el ejército Confederado de Madrid; el Rey, mientras tanto, se situaría en Casa Tejada con el mismo objeto, y el de darse la mano con Andalucía, Extremadura y las Castillas, procurando el restablecimiento de sus tropas en aquellas partes; Don José Vallejo y Don Feliciano de Bracamonte, cada cual con sus fuerzas y los voluntarios que lograran reunir, cubrirían Castilla la Vieja, la Mancha, Toledo y las cercanías de Madrid; la Reina, con el Príncipe de Asturias, los Consejos y las damas, se trasladarían a Vitoria, para mayor seguridad; el Duque de Vendôme quedaría como Generalísimo de todas las armas en Castilla; y el de Noailles, después de dar cuenta en Versalles del resultado de su misión, totalmente identificado ya con los intereses de Felipe V, volvería a Perpignan, y, con las tropas francesas del Rosellón, obraría por la parte de Cataluña, poniendo sitio a Gerona, con objeto de distraer así

la atención de los enemigos y evitar el envío de refuerzos desde Barcelona a la Capital española.

Tan excelente plan, el más completo y acertado que se formulara en el campo borbónico desde que principiara la guerra, había ya tenido principio, iniciándose con la salida de la Saboyana rumbo a su nueva residencia, seguida el 3 de Octubre por la de Felipe V, quien abandonó Valladolid para Salamanca, en dirección a Extremadura, con su corto ejército, deteniéndose un solo día en aquella insigne ciudad, y prosiguiendo su marcha en medio de un temporal terrible de lluvias y fríos, encaminándose por Plasencia a Casa Tejada, donde fijaría sus Reales, en tanto que Vendôme corriera las riberas del Tajo para observar a los Aliados e impedir su apetecida reunión con los portugueses.

La pasmosa novedad de este resurgimiento fantástico no tardó en hacerse pública por Madrid, donde los correos y emisarios acudían de todas partes, traspasando barreras y burlándose a diario de cuantas precauciones intentaban establecer las tropas aliadas.

Pero lo que más soliviantados tenía a los borbónicos en la Capital y más entusiasmo producía en la población madrileña, tanto de clérigos como de seglares, eran las hazañas del célebre Coronel Don José Vallejo y las de Don Feliciano de Bracamonte, encargados desde el principio de molestar continuamente la existencia de las tropas del Archiduque y poner toda clase de obstáculos a las comunicaciones entre Madrid y Barcelona.

Vallejo, sobre todo, socorrido por aventureros alistados en su legión, adornado por la musa popular de cuantas cualidades distinguen a los grandes caudillos, llegó pronto a convertirse en el terror y la preocupación de los destacamentos aliados

que por todas partes le encontraban y sufrían sus sorpresas.

Colocado entre Madrid y Guadalajara, dijérase que en el mismo día se trasladaba a dos o tres sitios distintos, dada la movilidad extraordinaria de sus huestes, que encontraban plena ayuda y encubrimiento de parte de todos los labradores y vecinos de los alrededores de la Capital.

Mezclando la galantería, y hasta la burla, con el coraje y la osadía, combinación tan del gusto siempre de los españoles castizos, rara era la fecha en que no trajera en jaque a ingleses y austriacos, ya en el campamento de la Quinta de Canillejas, como en el Pardo, a cuyo Palacio se trasladó el Archiduque el día de San Francisco, dirigiéndose por cierto al Real Sitio sin pasar por la Capital y dando un gran rodeo para evitar el encuentro de sus desamorados vasallos.

Una tarde, era la llegada del atrevido Coronel borbónico y de sus jinetes hasta la Venta del Espíritu Santo, distante sólo un cuarto de legua de Madrid, noticia con la que, sobresaltados los enemigos, mandaban cerrar las puertas de la Villa y que ninguno de sus vecinos saliese fuera de ellas, pena de la vida, mientras numerosos destacamentos, un Regimiento de Caballería, y hasta el mismo General Stanhope, emprendían la persecución del temerario Vallejo, escapando lindamente éste de todos los ataques, repelando tres Húsares al paso, y dejando publicar que le habían muerto y asegurado así la estafeta a Guadalajara, Sigüenza, Hita, Alcalá, etc.

Tres días más tarde, Vallejo resucitaba con su gente, en medio de la alegría popular, y se aparecía sobre los molinos del Soto de Luzón, contiguos a Madrid, destruyendo una partida de Caballería ale-

mana, y haciéndose dueño de todo el trigo y harina que molían y escoltaban.

Otra noche, surgía junto al campo contrario, vigilando durante horas enteras el camino del Pardo, próximo a la Florida, en espera de oportunidad para apoderarse de Stanhope o Starhemberg, que casi siempre pasaban por allí de regreso a sus cuarteles, y, considerando que ya amanecía y que se había frustrado por consiguiente la empresa, contentábase con detener un coche de tiros largos que por allí transitaba, dejando la caja y cortando los tirantes, para llevarse mulas y cocheros a Alcalá, donde regalaba y daba dineros a los segundos, ordenándoles que regresaran a Madrid y contasen el suceso a su amo, que era uno de los que seguían el partido de Carlos III.

Las anteriores anécdotas constituían el tema principal de las conversaciones, por estrados, tertulias y conventículos, así como muchas otras consignadas en papeles que se encontraban en las gradas de San Felipe o en una Imprenta de la Plazuela del Angel, con títulos como el de «Xácara en que se refieren las hazañas, proezas y ardides del Valeroso Don Joseph Vallejo, Caballero del Avito de Santiago y Coronel del Tercio de Estrangeros», o «¿El que es? escrito por vn gabacho nuevo que se precia de serlo, por estar graduado de Doctor en las leyes del Amor, respecto, y lealtad que se debe a su amado Rey, y Señor Natural Don Phelipe Quinto», o «Astucias de Lucifer y desengaño de los Aliados», o, por no citar más, «Llantos Alegres, Regocijos tristes de las Señoras Mugerres de la Corte, a la Reyna nuestra Señora: alusión a los gritos de Madrid, con el misto Tema y Assonantes», que figuraba como segunda parte de los elocuentísimos, «Clamores, lágrimas y suspiros de

Madrid, al Rey nuestro señor Don Phelipe Quinto (que Dios guarde felizes años) desde la cruel opresión de los Enemigos».

El asombro de los Aliados al tropezar continuamente con aquella pasiva resistencia de la población, en la que nunca pensarán ni creyerán; la decepción enorme y creciente de cuantos habían venido acompañando a Carlos III, según iban pudiendo penetrar la atmósfera de impopularidad y desafecto que rodeaba al nuevo Rey; la cólera que en sus arrogantes espíritus producía aquella campaña difamatoria y subversiva, que amenazaba invalidar todos sus esfuerzos y todos sus objetivos, reflejándose a su vez en disposiciones inconsultas o desplantadas inoportunos, que no conseguían sino echar leña al fuego, como el destierro de Frailes Dominicos, Mercenarios Descalzos, Clérigos Menores del Espíritu Santo y muchos curas de las Parroquiales de Madrid, expulsados de la Corte con el pretexto de sus afectos al Duque de Anjou; la requisa severísima de caballos en poder de particulares, tanto Grandes y Títulos, como otras personas, entre las cuales la única que se distinguió por su diligencia en enviar al Retiro seis hermosos animales que mantenía en sus caballerizas fué la señora Duquesa de Arcos, «cuya acción dió mucho que murmurar como índice de su afecto», según afirmaba una Relación de la época; la deposición del honrado Corregidor de Madrid Don Antonio Sanguinetta y su reemplazo por el austriacísimo Don Bonifacio Manrique de Lara, Marqués de Palomares, recién salido de la Cárcel de Corte y objeto constante de las diatribas anónimas en sátiras y pasquines a causa de su inflexible rigor; el anuncio de una gran corrida de toros, que Carlos III tuvo la buena inspiración de rehusar, temeroso de otra aparición

en público; la composición de una Junta para ventilar si podrían sacarse de sagrado los bienes y riquezas de todos los desafectos que se hallaran depositados en Conventos e Iglesias; y, por último, el asalto y saqueo de algunas casas pertenecientes a reconocidos Borbónicos, como la del Marqués de Campo Florido y la de Don José Solís, donde los *servilleteros* se apoderaron de quince arrobas de plata, mucha cantidad de bujerías, como abanicos, cajas de oro, cocos guarnecidos, alhajas riquísimas de Indias, y un cuerno de unicornio de singular estimación.

De todas estas severidades, las que más impresionaron al espíritu devoto y a las inclinaciones bélicas de la población madrileña, fueron el registro practicado a viva fuerza en algunas Iglesias para descubrir el secreto del escondite de los supuestos tesoros de particulares, registro en que se llegó, según algunos, a profanar los ataúdes de los monjes difuntos, a fin de cerciorarse de que nada contenían fuera de su sagrado depósito, y el bando de 18 de Octubre mandando que dentro de veinticuatro horas, pena de la vida, presentaran todos los vecinos de la Capital sus armas, excepto los arcabuces de caza y espadines, y disponiendo que las demás se pusieran de manifiesto en la casa del Comisario de Guerra.

Semejantes medidas equivalían al progreso de hostilidades entre ocupantes y ocupados y a la inclusión de los defensores de Felipe V en la categoría de mártires de la tiranía, así como al trato de ciudad oprimida y sojuzgada por lo que tocaba a Madrid, donde comenzó a hacerse difícil la vida para cuantos permanecieran allí, confiados en una existencia tranquila y un gobierno benigno e indulgente.

Uno de los centros donde más claramente se traslucía el despecho y la preocupación dominantes en los Aliados, era el viejo palacio de los Marqueses de Villarrubia, situado en la vecindad de la Iglesia de San Andrés, y que desde hacía pocas semanas servía de marco a las intrigas y trabajos incesantes de la hermosa Princesa de Ornano para atraer con toda clase de artes, a los tibios, a los dudosos o a los enamorados de su belleza e indiscutibles talentos.

Doña Serafina, que después de una visita de cumplimiento a su prima, durante la cual ambas damas permanecieron a la defensiva, sin que la Niña de Plata lograra averiguar nada nuevo respecto del Conde de Ecija, ni la Ricahembra se descubriese en ningún sentido, no había vuelto a la antigua residencia de su Abuela, e ignoraba por tanto lo que allí se tramaba, sin que las sibilíticas y veladas alusiones de Don Bruno Zorraquin sirvieran para sacarla de dudas, ya que en confidencias políticas que se relacionaran con los trabajos del partido en que militaba, y una vez pasada la impresión que produjera en su conturbado ánimo la generosa presencia de la Duquesa de Sahagún en la casa de la calle de la Ballesta, era el ex covachuelista impenetrable y reservadísimo respecto de todos los opositores a su adorada causa.

Pero dichosamente para la información de la hermana de Jenaro, cayó por aquellos días, como llovido del cielo y cuando menos lo esperaba, en el palacio de Ecija, nada menos que el Ilustrísimo y tornadizo Abate Don Artal de Luna, procedente de Zaragoza, más pálido, más primoroso y más extravagante que nunca, poniéndose desde la primera palabra a disposición de la Niña de Plata para cuanto ésta tuviera a bien ordenarle, y aturdiéndola con el relato sin fin de las aventuras que le



habían ocurrido en el camino y que en diversas ocasiones estuvieran a punto de hacerle perder el honor o la vida, a manos de perseguidores desconocidos y sanguinarios.

Los hábitos cortos del Abate, su fisonomía lánguida y sobada, el descolorido semblante, la peluca empolvada, aquella su manera de hablar exageradamente galante e interrumpida por modismos de procedencia francesa, los ademanes y gestos de novísimo gusto que le hacían notar en todas partes, el conjunto, en fin, de sus cualidades y defectos, harto visibles para un pueblo tan apegado a las rancias costumbres como el madrileño, no pasaron desapercibidos en el palacio de la calle de San Bernardo, donde la numerosa servidumbre que lo habitaba, tanto de hombres como de mujeres, encontró con la llegada del noble Don Artal un derivativo a sus eternas discusiones políticas, riendo y comentando a sabor la capa-soga que sólo cubría a Su Señoría el espinazo, el vestido negro y rabón que le asemejaba a un Furriel con luto, lo cercenado del traje que por todas partes andaba escaso de tela, salvo en el vuelo de las haldas de la casaca, y el figurín del nuevo tertuliano de la Señora Duquesa, que, más que caballero de tan alto nacimiento, parecía, a juzgar por su aspecto, clérigo pegote de los que roían de la Iglesia sin servirla de nada.

La enumeración detallada de las Abadías, Beneficios y Patronatos de su casa que gozaba por concesión o privilegio, repetidos en alta voz delante de Fray Francisco Blando, produjo además harto escándalo en tan piadoso varón, escándalo difundido a poco entre las numerosas amistades clericales y profanas del Reverendo, que glosaban a gusto semejantes arbitrariedades de la fortuna, distinguién-

dose entre tanta crítica la de la piadosa D.<sup>a</sup> Mayor de Flon, que hubiera dado un dedo de la mano por contar en su tertulia a tan singular personaje, pero que, en vista de la imposibilidad absoluta de conseguirlo, desahogábase abominando de los falsos Ministros del Señor, que, en pillando sus buenas rentas, encomendaban a un fraile el cumplimiento de las misas de la Fundación o dejaban a las Animas pereciendo en el Purgatorio, mientras ellos recibían y gastaban la gruesa, triunfando y derrochando a costa de la Iglesia, sin otro sabor a clérigo que el de vestir de luto, e ignorantes incluso de los elementos de Antonio de Nebrija, con lo cual venían a ser los Donados del estado eclesiástico.

Pero donde la reprobación y el vituperio del inofensivo abate alcanzó los últimos extremos, fué entre los familiares de la insigne Almudena, admitidos nuevamente desde hacía pocos días junto al lecho de la paciente, ya fuera de peligro, aunque bastante débil todavía de fuerzas, y que por casualidad alcanzaron a ver a Don Artal bajar de su carroza, bien ajeno por cierto a la impresión que podía causar en aquel público maleante, que le contemplaba de hito en hito, dándose codazos unos a otros y haciendo los imposibles para contener las carcajadas que acudían a sus gargantas.

Presbítero miquelete, Dragón de la clerecía, Ganchoso y Escarramán del Estado Eclesiástico, Sacerdote del cuarto de hora, Dueña sin toca, Colón de los refrescos y las tarariras, cuantos remoquetes pudo encontrar la fantasía de Chipito Gutiérrez y la de su hermana Isidora, fueron aplicados al segundón de la casa de Osia, cuyas particularidades, al ser comunicadas por los amigos a Almudena, motivaron que la chula, recobrando en un punto sus perdidos bríos, manifestara resuelta:

— No me habléis de esos usurpadores de los menesterosos, que son los primeros en acudir a las diversiones, trotes y huelgas de los seculares, sin pasar de curas anfibios, ni carne ni pescado, y dejadme con mis Párrocos monteses, que si les falla el argumento os sacuden un garrotazo, o con los Curas bravíos, del género de nuestro Don Bertrán, que mantienen en los Pueblos y Aldeas cortas cincuenta años de criada en dos tomos y acaban por venirse a la Corte, acosados de Obispos y Provisores.

Por suerte para él, lejos de molestar a Don Artal la curiosidad, el desdén o la maledicencia que suscitaba su persona dondequiera que se presentase, diríase que disfrutaba produciendo tales efectos en las gentes, sin que su aplomo, verdaderamente inalterable, desapareciese un punto ante la grosería de algunos, ni la cortesía extraordinaria de sus señoriles maneras se desmintiese un solo instante, fuera quien fuere el provocador.

Esta singularísima cualidad y dominio de sí mismo, unida a muchas otras de ciencia, cultura y refinado buen gusto, nada comunes por cierto en aquella época, sobre todo entre sus iguales, daban al famoso Abate aragonés títulos más que suficientes para ser admitido y regalado en las mejores casas, donde, por otra parte, su preclaro nacimiento y elevada posición social concedíanle por derecho propio un puesto distinguido, y no de los últimos seguramente, en estrados y tertulias.

\* \* \*

Entre los innumerables cuentos que apenas saludada, repitió Don Artal a su amiga la Duquesa de Sahagún, figuraba el del encuentro en Guadalajara

con la enamorada D.<sup>a</sup> Maravillas, a quien acompañaba su galán Sabas, hechos ambos dos tórtolos y dando que envidiar y que reír a cuantos les veían, excepto al compasivo Abate, quien después de conocer al nuevo Marqués de Algora estimaba que la hermana de Ecija había hecho perfectamente en dejarse seducir antes de alcanzar la decrepitud, y en no consentir pisar los umbrales de la muerte sin conocer antes los éxtasis del amor en brazos de aquel simpático mocetón.

Doña Maravillas, reconocidísima por las atenciones que Don Artal dispensó a su joven esposo, y sabedora de que el Abate se dirigía a Madrid, proponiéndose visitar allí a D.<sup>a</sup> Serafina, le había suplicado además que saludase en su nombre a la Condesa-Duquesa, de quien tan gratos recuerdos conservaba, y que le repitiese lo gustosa que siempre la serviría en cuanto fuese de su agrado, estando dispuesta a tomar su partido, si fuese necesario, aun en contra del propio hermano, con quien seguía enojadísima la Marquesa de Algora y resuelta a ponerle pleito por usurpación de herencia, si no reconocía públicamente la validez de su matrimonio y admitía al flamante cuñado en el puesto que ya le correspondía por derecho dentro de la familia de Ecija.

De lo que desgraciadamente nada sabía en cambio el informado Don Artal de Luna, era de la suerte cabida a su admirable amigo Don Fadrique de Córdoba, pues el Caballero de Malta no se había dignado contestar a las numerosas cartas que la elegante y retozona pluma del Abate le había dirigido en todas direcciones. ¡Los militares eran tan ingratos y se olvidaban tan pronto de los servicios que recibían! ¡El mejor medio de rendirlos consistía en negarles todo, hasta el derecho de levantar

los ojos hacia la imagen de un imposible! ¿No pensaba lo mismo la Excelentísima Señora Condesa-Duquesa?...

Y el caso era que informaciones de la Corte de Valladolid no faltaban al relacionado Don Artal, que había conocido en el Castillo de Anet al Duque de Vendôme y al Abate Alberoni, que acompañaba al Mariscal en calidad de Secretario, quedando prendado del epicureísmo de ambos y dándoseles de muy estimado por ellos. Tampoco había recibido aún respuesta de ninguno de los dos, pero no tardarían en llegar, pues estaba seguro de su amistad. ¡Lástima no haber sabido a tiempo el viaje del gran Príncipe francés y su nombramiento al frente de los ejércitos borbónicos, pues de haber llegado antes tan gratas nuevas a conocimiento del Abate, no hubiera éste cometido a buen seguro la tontería de acatar la soberanía de Carlos III sin más ni más, ligereza de que ya estaba arrepentido y que se proponía subsanar, si las cosas de Felipe V mejoraban algo, valiéndose de la influencia de su colega en hábitos, el parmesano Alberoni, cerca de la omnipotente Princesa de los Ursinos.

Las impresiones que de allí llegaban no parecían tan malas como pudiera esperarse, y ya comenzaban a apreciarse en los asuntos militares los efectos de una dirección enérgica e inteligente. Por de pronto, y para estimular el espíritu bélico en la nobleza, Felipe V acababa de nombrar seis Capitanes generales, que eran el Marqués de Aytona, el Duque de Pópoli, el Conde de las Torres, el Marqués de Valdecañas, el Conde de Aguilar y el Marqués de Thouy, quedando disgustadísimo el vanidoso y susceptible Duque de Osuna por no haber sido incluido en la promoción, hasta el punto de retirarse a Vitoria en compañía de su hermano el Conde de Pinto.

y alojarse en un pequeño lugarejo de las cercanías, no sin la censura universal de que reparase en aquellas miserias a tiempo que el Rey encontrábase en la más ardua y fatal coyuntura y con evidente peligro de perder su Corona.

Por lo que tocaba a la reorganización de las tropas, asegurábase que cada día se apreciaban los progresos de ellas y que los Reinos de Castilla y Andalucía habían realizado verdaderos heroísmos, componiéndose ya el ejército felipista de 22.000 hombres, armados y vestidos con el cuidado del Conde de Aguilar y la actividad sorprendente de Don Baltasar Patiño, Marqués de Castelar, personajes ambos de la mayor eficacia en los negocios y de incomparable inteligencia en la mecánica de la guerra.

La conducta, en cambio, del Conde de Starhemberg y su inacción en Madrid, pendiente sólo de las noticias que vinieran de Portugal, parecíanle al clarividente Don Artal de Luna un solemnísimo error que hacía inútiles los lauros de la victoria, como si la Corte poseyera narcóticos o beleños para adormecer los ánimos, ya que, sin escarmentar del error del Marqués de las Minas y de Lord Gallway el año 1706, cuando dieron cuarenta días de tiempo al Rey Felipe para reunir sus tropas y que bajasen de Francia socorros, todas las trazas anunciaban que la dilación iba a ser aún mayor en 1710, si continuaba obstinándose el Generalísimo alemán en esperar para moverse a que los lusitanos entrasen por Extremadura.

A pesar de todas sus excentricidades y de la ligereza alada de sus conceptos, el Abate de Osia, que era listísimo y un verdadero señor de los pies a la cabeza, conocía el secreto de forzar todas las puertas, aun las que parecían más cerradas, y usaba de

aquel talento para introducirse e imponer su presencia donde le daba la gana, recorriendo así en pocos días los escasos salones que permanecían abiertos en Madrid, y siendo uno de los primeros donde penetró el de las aristocráticas casas de Villarrubia, llevado, sobre todo, de su deseo de conocer a la insigne D.<sup>a</sup> Leonisa, a quien no pudiera tratar en Zaragoza, y de cuyas perfecciones y arrogancia tanto había oído hablar en todas partes.

El efecto que la célebre Ricahembra produjo a Don Artal fué, sin embargo, más de desencanto que de otra cosa. Aquel modo entonado y solemne de hablar, antojósele poco femenino al blando Abate; aquel vestir a la española, rígido, lujoso, pero sin *paniers*, *falbalás*, ni transparencias, parecía anticuado y falto de novedad; cierto que los ojos de la Princesa de Ornano eran grandes y los ademanes nobles, pero la falta de carmín y lunares en las mejillas, así como la ausencia de flexibilidad en el talle, privaban a la figura de picardía y verdadera elegancia. Además, para el gusto del afrancesado amigo de Alberoni resultaba D.<sup>a</sup> Leonisa demasiado grande, demasiado imponente. Nada podía objetarse a la calidad de la tez, pero de vez en cuando se acusaban en la frente y junto a la boca algunas imperceptibles líneas, que en el mañana serían arrugas y que acusaban que la famosa beldad no era ya una niña, ni estaba siquiera en la primera juventud.

Por lo que tocaba a sus ideas, a sus intransigencias y a su empeño de volver locos a cuantos hombres se le acercaban, necesitaba sin duda la de Ornano salir un poco fuera de España y darse una vueltecita por París, a fin de renovar su repertorio y ponerse a la moda, pues aquel juego y aquel modo de pensar ya no se estilaba en ninguna parte, ni

hacía impresión en ningún alma sensible y organizada a la moderna.

¡Qué diferencia con D.<sup>a</sup> Serafina y cuánto había adelantado Su Excelencia en gusto y refinamiento, desde que se encontraba en Madrid y disponía de las cosas a su antojo! ¡Cómo había embellecido y se había transformado con el reposo! ¡Aquella estatura regular sí que era asequible a todas las invenciones modernas y a todas las galas inventadas por el genio de las modistas de allende el Pirineo! Lástima que las absurdas austeridades de los usos españoles la obligaran aún a ocultar las perfecciones del talle bajo los arreos del negro luto que la disfrazaba, y no se implantara en la Corte madrileña la costumbre de las grandes casas francesas de *draper en violet*, que resultaba mucho más tentador, sobre todo para las semirrubias como la Duquesa de Sahagún. ¡Aquellos ojos chispeantes y parlanchines, no tenían rival, ni siquiera en Versalles, donde tantas veces eran inútiles las palabras para hacer comprender los pensamientos! Pues ¿y la boca? ¿Y aquella blancura del semblante, que parecía como si se hubiera jalbegado el rostro con auroras? ¡Imposible que nadie dejase de rendirse ante tanto encanto! ¡Desgraciados los seres que, como cierto amigo suyo!...

La Niña de Plata, roja de vergüenza y halagada en el fondo por semejante granizada de lisonjas, tenía siempre que terminar imponiendo silencio al parlanchín y desviando la conversación para preguntarle detalles de lo que sucedía en el vetusto Palacio de los Marqueses de Villarrubia, convertido en centro de campañas políticas y cátedra de altísima diplomacia, gracias a la actividad incansable de la Princesa de Ornano.

La turba de cortesanos y de falsos entusiastas,



que casi a ninguna hora desamparaba los salones de la histórica residencia, no había dado aún de sí muchos nombres que añadir a los que primero rindieran homenaje a la Majestad de Carlos III en Alcalá: Don Jaime Meneses de Silva, hermano del Conde de Cifuentes; el Marqués de Valparaíso, el de Corpa, el de la Mina, el de Castrillo y el de Canillejas; los Condes de Fernán Núñez, Valdeterres, Clavijo y Belmonte; Don Pedro Jamaica y Don Ramón de Portocarrero, habían sido casi los únicos reclutas que el proselitismo apasionado de D.<sup>a</sup> Leonisa Enríquez pudo sumar al partido de la Casa de Austria.

Pero al lado de estas personas conocidas, cuyos esclarecidos nombres nada procuraban de positivo a la causa del Archiduque, sino la adhesión personal de sus propietarios, agitábase en torno de la ilustre Ricahembra, considerándola ya como el canal más seguro de obtener ventajas y puestos en el nuevo Gobierno, un verdadero enjambre de pretendientes y logreros que adulaban sin cesar los sentimientos de la Princesa, esmerándose además, para demostrar su celo, en llevar a conocimiento de D.<sup>a</sup> Leonisa cuanto sucedía en las casas borbónicas o cuanto se tramaba entre los partidarios de Felipe V para restablecer a éste en el dominio de la Capital.

Los más finos adelantábanse al besamanos con el memorial en la mano. Todos querían a Carlos III y a D.<sup>a</sup> Leonisa para que les colocaran en los empleos, y ninguno acudía para ofrecerles gente ni dinero, como se practicaba en Valladolid y en Vitoria. El Príncipe había de poner el trabajo y ellos la comodidad. Los ingleses y alemanes habían de pelear, y los ambiciosos de Madrid lograr sus conveniencias. El letrado prevenía la toga; el médico, el

coche para entrar en la Cámara, buscando un novio colegial para una de sus hijas con plaza de Chancillería; la nieta del ama que crió al Infante Cardenal, pedía ración entera por la aceda leche de tantos años; el ayuda de cámara, sus dos mil ducados bobos y una Compañía muerta en Milán, prometiéndole a los amigos que hablaría a la Princesa de Ornano para sus ascensos. Llovían hábitos y encomiendas, y nadie se contentaba con diez reales de renta sobre el bolsillo.

Descorazonada a veces la Ricahembra ante aquel conjunto interminable de ambiciones y de pretendientes, recordaba irónica la primera conquista de las Indias, donde con cuentas y abalorios se chupaba el oro y la plata a los nativos de aquellos territorios; pero la avalancha continuaba, ponderando hipócrita la buena conducta y el desinterés del Conde Guido, los aciertos y las magnanimidades del Rey Carlos, al que pocos veían; la seguridad de que el malestar de Madrid era pasajero y de que todo iba a cambiar muy en breve, sobre todo si se atendía sin más trámite a las peticiones de los incondicionales de Su Majestad.

El abuso y el desenfreno de los servilleteros alcanzó en fin tales extremos, que la misma D.<sup>a</sup> Leonisa y los Ministros del Rey viéronse en el caso de dar la primera respuesta general a tanta pedigrüería, desengañando a todos de una vez con decirles que «Carlos III no venía como Rey, sino como Capitán General de un poderoso Ejército, y que se despacharían en el Trono las pretensiones».

—¿Para qué entonces — repetía muy sesudamente el Abate Don Artal de Luna — pedir togas a quien sólo quiere dar bengalas? ¿Para qué han de nombrarse secretarios cuando un Mariscal sólo ne-

cesita Brigadieres? ¡Alístense todos esos solicitantes importunos en las banderas de Su Majestad, y así demostrarán la verdad de sus convicciones y el valor de sus pechos!

Mas claro era que, al expresarse así el descendiente de los Osia, guardábase muy bien de recordar que su propio desinterés obedecía a la circunstancia de haber obtenido ya en Zaragoza cuanto sus conveniencias reclamaban de la generosidad del Archiduque.

Los anteriores relatos, aunque la proporcionaran conocimientos utilísimos, acababan siempre fatigando o disgustando a la Niña de Plata, tan leal, tan recta en todos sus actos, y por ello, al retirarse el picotero Abate y quedarse sola de nuevo en su inmenso palacio, recogidos los inquietos servidores, cerradas todas las puertas del caserón, envuelta en el misterio de la soledad y del silencio engendrador de los movimientos espontáneos del alma, arriesgábase a veces la ilustre Duquesa de Sahagún a salir de sus habitaciones principales, alumbrándose con un candelero, huyendo de sus peligrosas meditaciones, para recorrer cuartos y pasadizos, hasta refugiarse en el rincón más apartado del edificio, junto a la sinceridad y el desinterés de Almudena, para discutir, mano a mano con ella y sin que nadie las escuchase, sobre las personas ausentes y queridas, una en cama y otra en el asiento que acababa de dejar Don Bertrán Buendía o Laureano *el Tuerto*, suprimida por algunos instantes la inmensa distancia que separaba a la Mayorazga más opulenta de Castilla de la bordadora de Puerta Cerrada, y sin que ninguna dejara de ser quien era por dar rienda suelta a sus sentimientos, con aquella llaneza, aquel señorío inimitable que constituyeran siempre una de las mejores cualidades de la nobleza

española, y aquel respeto, aquella naturalidad y devoción que caracterizaran también a las hijas del pueblo en su trato con las personas a quienes consideraron como modelo entre sus admiraciones predilectas.

— Yo te aseguro, Almudena — concluía por decir D.<sup>a</sup> Serafina, después de prolongado cuchicheo — que, a pesar de cuanto me digas, están en Castilla la Vieja con Bracamonte, pues de no ser así ya nos hubiera escrito alguno de ellos o venido tu marido a tranquilizarnos y saber cómo te encuentras.

— Pues yo, Señora Duquesa, juraría que si no se encuentran en el puente de Almazán con Su Majestad, se han ido junto al Coronel Vallejo, que es más joven y más galán. La ocasión no se ha presentado todavía; pero cualquier noche nos dan la sorpresa y les vemos aparecer por esta casa.

— ¡Ay, mujer, eso no! ¡Que les podrían descubrir, y como D.<sup>a</sup> Leonisa los cogiese ya no los soltaba más! ¡Si vieras qué miedo tengo de que les suceda algo! ¡Hay noches que no pego los ojos! ¿Cómo advertirles de que se estén tranquilos y no hagan ningún disparate?

— Pues eso es lo más fácil; ¡con dejarme ir a mí para que me entere!... Yo le aseguro a Vucencia que antes de dos días salíamos de dudas.

— ¿Estás loca? ¡Pues no faltaba más! Acostada te quedarás hasta que yo mande otra cosa. ¡Bastantes sustos me has proporcionado desde que viniste! Además, ¿para qué vas a ir? ¿No renegabas tanto del catalán y hasta le insultabas antes de llegar el niño al mundo?

— ¡Maneras de desahogarse una, Señora! Si estuviera aquí ese resumen de malicia, nos pasaríamos peleando todo el día, lo cual no quita que nos queramos como los demás. Pero no lo podemos remediar,

cada uno piensa de su modo y casi nunca estamos de acuerdo, salvo en una cosa.

— ¡Bonita manera de comprenderse un matrimonio! Yo no podría vivir así. ¡Razón tienen los que aseguran que nunca reinará paz entre Madrid y Barcelona!

— ¡Que nos dejaran entendernos a los de abajo, y verían si se acababan todas las diferencias! Lo que tiene es que los de arriba son los que envenenan siempre las cosas y nos pintan a unos y a otros como les conviene, sin ocuparse de acercarnos y de que nos convenzamos de que todos respiramos el mismo aire. Mire Vucencia; ya ve si hay hombres en Madrid y si una no es costal de paja; pues bueno; ¡como mi sinvergüenza de marido, ninguno! ¡Ya me pueden rondar, que yo me sabré sacudir las pulgas! Lo mismo le sucederá a la Señora Duquesa cuando le venga la suerte, y eso que ¡quién puede merecer a esta rosa de Jericó!... ¡Ninguno!... ¡Pues si nada más que de verla dan ganas de hincarse de rodillas y rezarle una oración!

— Bueno, bueno, déjate de zalamerías y hablemos de Luis María; ¿qué piensas hacer de él?

— ¡Ah, ese es mío, sólo mío... y de Vucencia! Si lo quiere aquí en la casa, acá se criará para servirla siempre. Si la Señora no le quiere, yo me ocuparé de hacerle hombre y de educarle junto a sus hermanos...

— Pero qué, ¿no has escarmentado con lo que te está sucediendo y aun piensas en más muchachos?

— Claro, Señora. ¿Para qué me ha casado entonces Vucencia? Un matrimonio sin hijos es un árbol sin sombra.

— ¡Un árbol sin sombra! — repetía melancólica la Condesa de Ecija.

Almudena comprendía en seguida que acababa

de herir la sensibilidad de su protectora, y añadía, mudando de tono e insistiendo en su primera idea:

— ¡Con el Coronel Vallejo están! ¡Con Vallejo! Lo único con que no me conformo es con que me tengan aquí, sin dejarme salir a la calle, cuando el chico no me necesita ya para nada, pues ni mi sangre le puedo dar y en mejores manos que la de su bendita madrina nunca volverá a encontrarse. ¡Y mientras tanto, Don Jenaro y mi hombre acechando enemigos extranjeros y arriesgando el pellejo a cada hora! ¿No es una vergüenza, Señora, que me pase los días panza arriba, con las manos cruzadas y acostumbrándome a que me traten como una Usía? ¡Esto tiene que acabar muy pronto y cualquier día viene Vucencia a verme o pregunta por mí y se encuentra con que el pájaro ha volado! ¡Lo único que sentiría, y por eso no lo he hecho aún, es el disgusto que la Señora Duquesa va a tomarse cuando se entere, que bastantes le he dado ya sin querer!

\* \* \*

Y como la maja lo dijo, al fin lo hizo. Al despertar D.<sup>a</sup> Serafina en la mañana del 19 de Octubre e inquirir noticias de su huéspeda, la Señora Eularia le comunicó muy alarmada la novedad de que Almudena había desaparecido con el alba, sin dejar rastros de su persona ni comunicar a nadie los propósitos que le animaban al emprender aquella fuga.

Inútiles resultaron todas las pesquisas que inmediatamente inició la Niña de Plata para descubrir la pista de la fugitiva, aunque allá en su interior estuviera bien segura del camino que había tomado, y que no podía ser otro por de pronto que el de las huestes del Coronel Vallejo, movedizas y errabundas

por todas partes, a menos que Jenaro y Nardo no se encontraran en otro sitio, desilusión que sería capaz de llevar a la chulona hasta el Guadarrama o hasta Casa Tejada, con tal de averiguar al cabo noticias directas de los combatientes por quienes la Señora Duquesa y ella suspiraban a todas horas.

Ni Chipito, ni Isidora, ni ninguno de los amigotes de la bordadora, supieron tampoco, o quisieron darse por informados del rumbo que pudiera haber tomado su compañera, guardando a ésta el secreto de sus designios con aquella complicidad admirable que protege las trapisondas entre afiliados a una misma causa y un mismo sentir.

De todos modos, la ausencia de Almudena, a cuyos espontáneos desplantes se había acostumbrado D.<sup>a</sup> Serafina, aislaba más aún en el mundo a ésta, privándola del recurso de conversar sobre muchos temas vedados para el resto de su servidumbre, ya que dentro de ella era la bordadora la única persona que conocía el secreto de las relaciones entre la Niña de Plata y Jenaro de Pereda. La propia Señora Eularia, que tantas pruebas de fidelidad tenía dadas a la Duquesa de Sahagún desde los tiempos de Barcelona, ignoraba aún el verdadero parentesco que unía a ambos jóvenes. Y Fray Francisco Blando, que estaba informado del escabroso tema, como Confesor de Su Excelencia, resultaba harto difícil de convocar y entretener a determinadas horas, terminando además sus pláticas invariablemente con un sermón erizado de citas sacadas del Viejo y Nuevo Testamento para convencer a su apasionada penitente de la necesidad de guardar absoluta reserva sobre ciertos y determinados casos, que a veces consentía el Cielo, pero que las criaturas no debían divulgar ni siquiera dar a entender en sus conversaciones terrenales.

El único recurso que hubiera quedado a la Mayora para desahogar su corazón, fuera de las pláticas diarias con D.<sup>a</sup> Catalina Ventura y con la Duquesa de los Cameros, habría consistido en su correspondencia con la Santa Madre Fuencisla, bastante descuidada en los últimos tiempos por efecto de la dificultad de comunicaciones entre la Alcarria y Madrid; pero, como si la fatalidad se empeñase en acumular contrariedades sobre la Niña de Plata, deprimiendo su espíritu, justamente por aquellos días llegaron cartas del Convento de San Jerónimo despachadas a D.<sup>a</sup> Blanca, en que la Comunidad, por encargo de su Superiora, participaba a la Señora Duquesa el empeoramiento de la salud de aquélla y la conveniencia de irse acostumbrando todos a la idea de que pronto se verían privados de acudir a sus consejos para resolver los conflictos en sus respectivas existencias.

La profunda tristeza que semejantes noticias produjeron en la tierna D.<sup>a</sup> Serafina y los proyectos que acto continuo combinó su aflicción para trasladarse cuanto antes a Brihuega, en compañía de la Duquesa de los Cameros, tropezaron con el gravísimo inconveniente de que, recién nombrado Corregidor de Madrid Don Bonifacio Manrique de Lara, Marqués de Palomares, y Regidores Don Francisco Quincoces y Don Francisco Alvarez Guerrero, Señores todos ellos muy poco suaves y misericordiosos, había comenzado en la capital el período angustioso de las persecuciones y las denuncias, iniciándose las represalias vengativas de los carolistas contra los partidarios de Felipe V por una orden del General Guido de Starhemberg, en que se disponía que, sin ser admitida excusa, las Señoras de Grandes de España que se encontraran en Madrid pasaran luego a Toledo, donde se había resuelto poner



guarnición y fortificarse los Aliados, viéndose obligadas en consecuencia a obedecer casi todas las damas de aquel rango, unas a la fuerza y otras sin ella.

Esta inesperada medida, que tan dura y justamente fué criticada en toda Europa, haciendo perder para siempre la reputación de galantería al Feld Mariscal austriaco y hasta al mismo Rey que la permitió, aunque en realidad fué inspirada por el celo indiscreto de los recién convertidos a la causa del Archiduque y por los Ministros que acompañaban en el Pardo a Carlos III, privó a la Niña de Plata, de un día para otro, y cuando más lo necesitaba, de la vecindad y consuelos de la Duquesa de los Cameros, quien, al igual de las demás Grandes, no tuvo otro recurso que el de trasladarse apresuradamente a la Imperial Ciudad, despidiéndose tierna y efusivamente de Serafina e indicando a ésta el Convento de Jerónimas en que pensaba retirarse, y donde la Mayorazga podía encontrarla o dirigirla algún aviso en caso necesario.

Dejándose llevar del primer impulso, y ya que su persona podía considerarse como comprendida en la anterior disposición, hubiese la Duquesa de Sahagún abandonado también la Corte de buena gana, siguiendo a D.<sup>a</sup> Blanca, de quien le costaba mucho separarse ya, por el profundo afecto que había cobrado a aquella mujer superior; pero la reflexión de los peligros que entrañaba su alejamiento de Madrid en tales momentos de zozobra, sin noticias de la expedición de Almodena y con la Ricahembra cerca, así como la idea de su reclusión indefinida en Toledo, donde estaría a la merced de cualquier golpe de mano, sin medio de corresponder con Jenaro ni enterarse de nada de lo que sucediera en el mundo, decidieron a Serafina a seguir

el parecer de la Duquesa de los Cameros, permaneciendo en su casa de la Calle de San Bernardo y solicitando la oportuna autorización de obrar así por intermedio del General Stanhope, quien desde luego se consideró muy honrado con ayudar los deseos de su ilustre amiguita, obteniendo personalmente en El Pardo que se la excluyera de la medida dictada contra sus iguales.

El interés de no dejar sola a D.<sup>a</sup> Catalina Ventura, siempre triste y abatida, y la satisfacción que en el fondo producía a la Mayorazga el demostrar a la soberbia D.<sup>a</sup> Leonisa, su prima, que tampoco ella carecía de amigos en que apoyarse, ni podía ser manejada como un muñeco por nadie, influyeron asimismo en la determinación de la Niña de Plata, quien, gozosa por su triunfo y deslumbrada con aquel principio de influencia y de autoridad, comenzó a manifestar, más claramente acaso de lo que debiera, sus preferencias políticas, criticando abiertamente delante de Don Artal de Luna los rigores de las Autoridades carolistas y convirtiendo la casa de Ecija en un verdadero asilo de desvalidos, apenas comenzaron a escasear los alimentos en la Capital y a ponerse por las nubes el pan y el carnero.

Bien es verdad que no era de extrañar la imprudencia de la Duquesa de Sahagún y sus inclinaciones opositoras al Gobierno de Carlos III, pues las cosas iban poniéndose cada día más serias, y lo que sucedía en Madrid era capaz de sacar de quicio al más templado y al menos amigo de meterse en revoluciones y en enredos.

El 22 de Octubre echábase un bando más, en nombre del Gobernador de las Armas de la Capital para que, pena de vida, no fuera nadie a los Hospitales a saber qué heridos o enfermos había, ni saliera

más allá de las puertas de Madrid con el vano deseo de esperar las tropas del Duque de Anjou, ni se juntaran en conversaciones para adelantar el partido de éste o disminuir el de Carlos III; al propio tiempo se disponía que en todos los que vinieran de Valladolid, o recibieran o trajesen cartas, por el mismo hecho y aprehensión, «sin más oírles descargo alguno», se ejecutase dicha pena; y, por último, que no se pudiese nombrar ni decir Felipe V «en público ni en secreto, pública ni privadamente».

Con esto y con llamar a los Gremios de Madrid al Campo del Pardo, donde se les pidió de parte del Rey Carlos III 20.000 doblones de donativo, encargando al de paños el abasto de pan de la Villa, y denegar el permiso de volver a usar armas para rondar de noche y mantener el orden del vecindario, quedó declarada más francamente aún la guerra entre el Archiduque y los habitantes de Madrid, multiplicándose desde entonces los desórdenes y los más bochornosos atentados de una parte y de otra.

De nada sirvió la comedia inventada por los Aliados de hacer desfilar un enorme convoy a través de las calles de la Capital, compuesto de varios centenares de carros tapados, que se suponían venidos de Barcelona, sin estorbos ni inconvenientes, portadores de tres millones y protegidos por 800 caballos y 3.000 miqueletes, pues nadie dió crédito al prodigio y sólo sirvió éste de ocasión para que circularsen profusamente sátiras y pasquines en que se tomaba a broma el suceso, con la gracia peculiar a los madrileños.

En cambio, la recluta de nuevos Regimientos, hechos a la fuerza y sin discernimiento; la expulsión bajo amenaza de muerte de todos los franceses residentes en la Corte; la intimación a los Prelados para que entregasen los bienes de los partidarios

de Felipe V; los saqueos de templos y Conventos como el de San Martín y los Carmelitas; el asalto de casas particulares, como la del Marqués de Mejorada, y, sobre todo, el agotamiento de subsistencias que de día en día amenazaba con hambre pavorosa a la población, enconaba los ánimos y hacía mayor a cada instante la impopularidad del intruso Monarca.

Para colmo, trasladado el Campo de tropas del Sitio del Pardo el día 28 de Octubre y acampado de nuevo frente al Soto de Luzón, a la otra ribera del Manzanares, extendiéndose hacia Villaverde, donde fijó su residencia el siempre invisible Archiduque, comenzaron los Cabos del Ejército a apoderarse *manu militari* de todas las vacas que el Obligado de las Carnicerías de Madrid conducía para el abasto, dejando durante dos días a la capital tan desnuda de bastimentos, que únicamente los enfermos de los Hospitales pudieron probar pan, vino y carne, concluyendo los Oficiales por arrancar una orden al débil Soberano para que fueran llevados al nuevo campamento y Casa Real todos los puercos, palomas y gallinas que se hallaran en Madrid, así de venta como en poder de cualesquiera particulares.

El resentimiento de los madrileños al verse despojados y desatendidos así alcanzó tales extremos, que ya no hubo seguridad ni reposo para ningún soldado, ni particular reconocido por austriaco, y las tropas comenzaron a no poder moverse sino en cuerpos muy considerables, ni andar soldados sueltos, ni en pequeñas partidas, sin evidente riesgo y casi seguridad de ser sacrificados por el furor de la plebe.

Los asesinatos y los atropellos eran cada vez más frecuentes; el número de enfermos, sobre todo de la clase de tropa, aumentaba diariamente, ingresan-

do por centenares en la Casa de Caridad; la exacerbación de pasiones llegó a ser tan intensa, que nadie se consideraba seguro; y, hasta los *sospechosos* de simpatía por Felipe V principiaban a ser mirados con prevención por las autoridades, ebrias de poder y de inicuo celo.

A todas estas, y como por ninguna parte aparecieran los anunciados Regimientos portugueses, ni se avisara llegada de escuadra, ni envío de millones ni de armamentos ingleses, los Generales y Cabos aliados, sorprendidos en pleno invierno en aquella insostenible situación, sin recursos ni ayuda de ninguna especie; separados por centenares de leguas e infranqueables montañas de su base de operaciones; confusos y desorientados por aquel encono de Castilla, que ninguno acababa de explicarse, dejaban ver claramente su preocupación, desatándose en invectivas contra los traidores madrileños y echándoles en cara la culpa de cuanto sucedía, mientras allá, en Vitoria, la Reina querida y respetada de todos, la Saboyana, madre verdadera de su pueblo, viendo al esposo en aprietos y a sus ejércitos faltos de muchas cosas, daba una vez más el ejemplo que cimentaba toda la adoración de los españoles, reuniendo sus joyas, su plata y cuanto objeto de valor encontraba a mano para despacharlos a Francia y obtener sobre ellos el dinero que fuera posible arrancar a la conveniencia de los israelitas de Bayona.

\* \* \*

Serafina, la Niña de Plata, que por los relatos de Lord Ramsbockle estaba al tanto de cuanto sucedía en el Cuartel General o en la Corte del Archidu-

que; que por intermedio del Abate Don Artal de Luna no ignoraba ninguno de los cuentos circulantes por los estrados más ilustres de la Villa, principiando por el del palacio de Villarrubia, y seguía paso a paso los titánicos esfuerzos de la Ricahembra para continuar atrayendo partidarios a Calos III; que por conducto de Chipito y otros caudillos sentía palpitar el alma de los barrios populares y conocía al detalle cuanto se tramaba en la Plaza de la Cebada o en las Vistillas, en el Avapiés o en el Rastro, en el Barquillo o en Maravillas, ya no se tomaba el trabajo de disimular, y, a pesar de las recomendaciones de Fray Francisco Blando, de D.<sup>a</sup> Copla, y aun de los respetuosos consejos del gran ex covachuelista Don Bruno, convertido desde hacía poco en alto empleado de la Sala de Gobierno del Consejo de Indias, por obra de sus indiscutibles méritos como funcionario, y gracia de la poderosa recomendación de su valedora la Señora Princesa de Ornano, entraba y salía por el palacio de Ecija sin preocuparse de bandos ni delaciones, recibía a quien le daba la gana, declaraba sus opiniones delante de todo el que quería oirlas, y hasta permitíase vaticinar para plazo muy próximo la retirada de los Ejércitos Aliados de la Capital y el regreso a ella de su verdadero y único Señor.

— ¡Pero, por Dios! — repetíale cada vez que la veía el alarmado Zorraquin — ¡No dé a entender Vuestra Excelencia las cosas tan a lo claro! ¡Mire que Doña Leonisa tiene los ojos puestos en su casa y sabe cuanto pasa en ella, porque debe de pagar celadores que la instruyan de todo!

— ¡Y qué puede hacer en contra mía esa traidora! — respondía valiente la Duquesita — ¿Echarme de Madrid? ¿Mandar ponerme presa? ¡Que lo intente! ¡Veremos quién puede más, si su influencia con

el Rey fantasma o mi amistad con el General en Jefe inglés!

—¡Recuerde, Señora mía, que en iguales condiciones que Vuestra Excelencia se encontraba el enamorado Sir Archibald Darley en Barcelona con su protector el Conde de Peterborough, y a pesar de toda la importancia de éste tuvo que dejar alejarse al Lord cuando llegó el caso. La presente situación se está haciendo difícil y no debe complicarla más la Señora Duquesa, porque necesita de toda su libertad de acción para mirar por la suerte de Jenaro, si por desgracia llegase a caer éste prisionero en una de esas empresas de locos que acometen los guerrilleros del Duque de Anjou.

—Pero ¿Doña Leonisa sabe dónde se encuentra Jenaro actualmente? —interrogó ansiosa la Niña.

—¡Claro que sí! —repuso lúgubre el flamante Secretario de Gobierno—. ¿Olvida Vuestra Excelencia que la Princesa de Ornano, cuando se interesa por alguien o trata de vengar alguna afrenta, no se distrae jamás y aguarda como el tigre la ocasión de lanzarse sobre su víctima, cuyo rastro no abandona nunca? ¡Lo malo del caso es que, ya sea por reserva natural o por desconfianza hacia mí, cuyas simpatías por el joven Pereda presente, Doña Leonisa sólo ha dignado dejar traslucir que Jenaro se encuentra cerca de la Corte, peleando a las órdenes de uno de los caudillos más populares entre los borbónicos!

Las paternales observaciones de Don Bruno y, más que ellas, la súbita reaparición de Almudena en el palacio de Ecija, suceso que se verificó a la noche siguiente de la conferencia con el covachuelista, presentándose la fugitiva ante los ojos de su protectora en un estado por cierto lamentable, lo-

graron calmar un tanto las actividades revolucionarias de D.<sup>a</sup> Serafina, apartando su imaginación de las conjuras que se preparaban, para dirigirla al ausente hermano, de quien al fin podía saber noticias directas y seguras.

La odisea de la maja y sus aventuras hasta dar con el grueso de la partida de Vallejo en el lugar de Coslada, pueblo vecino al de San Fernando de Henares, no tenían importancia comparadas con la desilusión causada en el ánimo de la esforzada madrileña cuando se convenció de que ni Jenaro de Pereda, ni Nardo, ni Trincas, se encontraban allí, ni siquiera habían compartido hasta entonces las glorias y las fatigas del famoso Tercio de Dragones Extranjeros.

El conocimiento, no obstante, del popularísimo Coronel y el relato por algunos guerrilleros de las últimas proezas ejecutadas con aquel destacamento de valientes, que habían estado a punto de apoderarse del Archiduque en una partida de caza, realizada en El Pardo, fortificaron la resolución de Al mudena, que no se cansaba de oír historias, palpitando su corazón de entusiasmo cada vez que le explicaban cómo podían ejecutar aquellas rapidísimas marchas sin perderse ni desorientarse, caminando día y noche, en continuo movimiento siempre y encontrándose tan pronto en la Mancha como en tierra de Cuenca, en las cercanías de Toledo como en las de Madrid, destruyendo las partidas que se enviaban en su persecución, empleando mil estratagemas y ardides para defenderse, sorprendiendo la correspondencia del Archiduque con la Archiduquesa, asaltando convoyes de equipajes, municiones o víveres; alentando a los pueblos en la resistencia, acreciendo sus filas con centenares de paisanos que se les unían y llegando a hacer prácti-



camente inútiles las comunicaciones del ejército aliado con Aragón y Cataluña.

La hermosura extraordinaria de Almudena, su aire desmejorado, como de persona que salía de una grave enfermedad, y la angustia y el brío que se reflejaban en todas sus preguntas y respuestas, impresionaron la compasión del labrador más rico del pueblo, hombre fuerte y duro que habitaba en una gran casa de labor con pretensiones de palacio, y que acabó proporcionando a la viajera, como guía y compañero de su futura peregrinación, a un zagalón que trabajaba en sus campos, gran conocedor de todos los caminos y de quien algunas veces se sirviera Vallejo para comunicarse con su colega Don Feliciano de Bracamonte, que operaba en el Guadarrama, a fin de combinar alguna maniobra juntos o mantener la necesaria correspondencia con el Cuartel General de Casa Tejada.

Escoltada por aquel gañán y sin perder tiempo, resuelta a continuar hasta el puente de Almaraz o hasta la frontera de Portugal si era preciso, caso de no hallar en la sierra a las personas que con tanto afán buscaba; caminando a pie o subiendo a veces en algún carro donde le brindaban transporte; alimentándose como podía y sin más ropa que la puesta, emprendió la bordadora su difícil ruta, dirigiéndose primero a Colmenar Viejo, y, desde allí, por el Hoyo de Manzanares, a Galapagar, donde tuvieron noticias de que las fuerzas de Bracamonte habían pasado la noche anterior en Zarzalejo, esperando avisos y socorros del Prior de San Lorenzo de El Escorial, gran partidario de Felipe V. Sin amedrentarse por los rigores del frío, ni por los espantos de la tormenta que aquella tarde se desencadenó en aquellas soledades, tomaron los viajeros el camino del grandioso Monasterio ansiosos

de mayores informaciones, y tales fueron la habilidad y la energía desplegadas por Almudena, que consiguieron vencer todas las resistencias, llegando hasta los pies del Prior de los Jerónimos y obteniendo de labios de éste, no sólo el precioso dato de que la guerrilla de Don Feliciano se había trasladado a Villanueva de la Cañada, sino el ansiadísimo e inestimable de que efectivamente se contaba entre sus oficiales al Capitán Jenaro de Pereda, con quien el Superior de San Lorenzo conversara dos días antes.

Loca de alegría con semejante descubrimiento, que ponía fin a todas las dudas, y sin hacer caso de advertencias ni descansos que ya consideraba inútiles su voluntad, reanudó la marcha, y al amanecer del siguiente día podía la reina de Puerta Cerrada darse el gustazo de estrechar al fin entre sus brazos a Nardo y de ver y hablar al hermano de la Duquesa de Sahagún, que no salía de su asombro al contemplar ante él la figura de Almudena y oír el cúmulo de noticias que ésta le traía.

—¿Y está bueno? ¿Qué te pareció? ¿Te preguntó en seguida por mí?—interrogaba llorosa de alegría la Niña de Plata, abrazando emocionada a la valerosa hija del pueblo.

—¿No me había de preguntar? ¡Como que sólo piensa en Vucencia, y no se conforma con que se haya quedado acá en lugar de seguir con la Corte a Valladolid! ¡Madre mía de la Almudena, y cómo la quiere! ¡La de recomendaciones que me ha hecho...!

—¿Verdad? ¿Verdad?—sollozaba Serafina conmovidísima—. ¡Pero nunca será tanto como yo a él! Sigue, sigue...

—Pues allí me quedé un día, lo necesario para que Don Jenaro escribiera las cartas que traigo,

porque el Destacamento tenía que salir para Sevilla la Nueva, y Bracamonte no consiente en que le sigan mujeres, pues dice que éstas ablandan demasiado a sus soldados, y puede que tenga razón, ¡porque hay que ver cómo les traen y les llevan las que encuentran por ahí a esos condenados!

—Oye, ¿a los Oficiales también?—inquirió alarmada la Mayorazga.

—No sé, no sé; de esos no me ocupé tanto; pero lo que es a los soldados ya les calenté bien las orejas para que anden con cuidado.

—¿Y Trincas? ¿Le viste?

—No, Señora. ¡Pues esa es otra! ¿No sabe Vuecencia que desapareció hará cosa de dos semanas, después de una escaramuza, y no ha vuelto a resucitar por ninguna parte? ¡Pobre bisojo! ¡Don Jenaro casi llora cuando habla de él y le echa continuamente de menos!

—¡Y hace muy bien! ¡Lástima de muchacho! ¡Con lo que yo le estimaba! ¡Y con la de servicios que le debíamos! ¡Porque a Jenaro le salvó en Zaragoza de una muerte cierta, y a mí me sacó de uno de los mayores apuros de mi vida en Aragón!

—¡No se aflija la Señora Duquesa, que ya resucitará cuando menos lo pensemos! Ese no es de los que se dejan matar así como así. Perdido andará por esos montes, o buscando a su amo hasta que lo encuentre...

—¡Dios te oiga, Almudena, que siempre le consideraré como un espíritu protector de mi hermano! ¡Desde mañana pienso pedir a Fray Francisco que aplique todos los días la misa en su ayuda!

—¡Le digo que parecerá! ¡Yo no me engaño nunca cuando el corazón me dice una cosa! Y Nardo piensa lo mismo. Por cierto que Don Jenaro quería

de todas maneras que el catalán me acompañara aquí y se quedara a las órdenes de la Señora Duquesa, pero yo me opuse terminantemente porque me figuraba que a Vucencia no le gustaría que el Señor estuviese solo.

—¡Claro que no! ¡Hiciste muy bien! Deja que te abrace otra vez por este nuevo sacrificio que me hiciste...

—¿Sacrificio? No, Señora. ¡Los hombres se han hecho para pelear cuando es preciso, y ahora se necesita del brazo de todos, que harto tiempo quedará para vivir juntos maridos y mujeres cuando se acabe la guerra!

¡La guerra! ¡Pocas trazas ofrecía de terminar según las noticias que atropellada y confusamente iba comunicando la heroína madrileña a su protectora, noticias ampliadas y confirmadas más tarde en las cartas de Jenaro que Almudena entregó a D.<sup>a</sup> Serafina!

Descontando la labor impropia y meritísima de aquellos caudillos, verdaderos emblemas del genio y el espíritu bélico español, que tan admirablemente cumplían su misión de aislar en la Capital a los ejércitos de Starhemberg, interrumpiendo todas sus comunicaciones con Extremadura y Aragón, la constancia y el desprendimiento de los españoles había conseguido reemplazar las fuerzas perdidas en Zaragoza, y la habilidad estratégica del Generalísimo Duque de Vendôme había logrado asimismo descubrir el medio de hacer inútiles todas las victorias de los Aliados, impidiendo la unión de éstos con los portugueses, quienes después de varias intentonas, no muy enérgicas, para entrar por Galicia o por Andalucía, parecían ya decididos a renunciar a la empresa, dejando a los conquistadores de Madrid que se las compusieran como pudieran

para salir del atolladero en que se veían metidos, por su exclusiva culpa.

Pero aquellas peritísimas maniobras de las fuerzas borbónicas, cuyo mérito y trascendencia no acertaba a comprender del todo Almudena, más apta para impresionarse con batallas o proezas espectaculares que con estrategias tácticas, así como los peligros sin cuento que había tenido que arrostrar su persona para llevar a cabo la empresa que se propusiera, en un momento de arretrato, pesaban muy poco en el espíritu de la maja, comparados con el furor y el deseo de desquite que le inspiraban los cuentos recogidos a su paso por lugares y ventas, referentes a las abominaciones y crueldades cometidas en aquellos desdichados contornos por las tropas de Carlos III.

En vano trató D.<sup>a</sup> Serafina de obtener más detalles de la vida de Jenaro y de sus planes para lo futuro, así como de la misteriosa desaparición de Trincas que tanto la seguía preocupando. Almudena comenzaba a repetir conversaciones o a transmitir encargos, e inmediatamente interponíase ante sus ojos la visión de alguna emboscada preparada por Don Feliciano, o alguna mala partida hecha a los Aliados, y al momento se olvidaba de lo que directamente les interesaba para ensalzar el talento, la hidalguía y el valor de los invencibles Vallejo y Bracamonte.

El enardecimiento de la bordadora llegó a alcanzar tales extremos que, necesitada de desahogarse más a gusto entre los suyos, y ansiosa de propagar las novedades sensacionales que de los campos traía, acabó por despedirse de la Niña de Plata y abandonar el Palacio de Ecija, para correr a Puerta Cerrada, donde se podía gritar a gusto y no había que escoger expresiones ni velar relatos por miedo

a herir la delicadeza o la inocencia de una criatura tan admirable como la Duquesa de Sahagún.

¡Decididamente aquella mujer era demasiado bravía para tratar de contenerla y encerrarla en una casa, por muy grande que ésta fuera!

El cariño salvaje que sentía por su hijo y que se traducía en ternezas y caricias excesivas, no estorbaba para nada su afición al peligro y a las turbulencias de todo género, inclinación irresistible que en la semana subsiguiente a la de su regreso a la Corte movíala a desaparecer durante días enteros del caserón de la calle de San Bernardo, para corretear y conspirar en los barrios bajos, hasta volver a los pies de su Señora, rendida y hambrienta, con una expresión en los ojos y un acento en la voz que hacían temer a Serafina cualquier disparate de parte de la impulsiva patriota.

Tales temores tuvieron confirmación muy pronto con la segunda visita que D.<sup>a</sup> Leonisa dignóse hacer al Palacio de Ecija, y en la que inmediatamente adivinó la Niña de Plata la existencia de algo muy grave que justificara tan desusado cumplimiento por parte de la desdeñosa Ricahembra.

\* \* \*

El porte de ésta, el tono cortante y seco de sus palabras, todo el aspecto de su magnífica persona, dejaba entrever, para quien la conociera un poco, el largo tormento que su estéril permanencia en Madrid suponía para una criatura tan orgullosa y acostumbrada a imponer su voluntad como ella.

Indudablemente, las cosas no habían marchado a su gusto en los últimos tiempos, y sus mágicos atractivos, su elocuencia, su irresistible talento, la razón que en muchos puntos la abonaban, habían

fracasado en la Corte de la Saboyana ante los nuevos usos y la nueva sensibilidad dominantes en la metrópoli, perdiendo por primera vez en su vida el poder de la conquista y de la persuasión.

Para una inteligencia tan clara como la de la Princesa de Ornano, la ineficacia de sus esfuerzos, la derrota del Archiduque en Madrid, equivalía además a la ruina del principal de sus sueños, al fin de la quimera que había animado su espíritu hasta entonces, quimera y sueño consistentes en pretender variar el curso inexorable de la historia y edificar una nueva España, grande e independiente, con materiales puramente nacionales, sobre la base de la tradición y del predominio de la vieja Grandeza, sin tomar para nada en cuenta la voluntad del Rey difunto y distanciándola totalmente de Francia, la nación que había producido la ruina de los Austrias y que ahora trataba de convertir la monarquía de Carlos V en un feudo o una provincia más de la Corona de San Luis.

Destruído su ideal, vencida por un elemento con que nunca contara la Ricahembra en sus planes, la decisión del pueblo y las ciudades, el amor y la compasión hacia los nuevos soberanos, el odio al extranjero y el instinto de conservación del país, la existencia de D.<sup>a</sup> Leonisa no tenía ya objeto, porque cualquier empleo en ella, que no fuera a aquél, resultaría pequeño e indigno del esforzado ánimo de la descendiente de las Casas Reales de Aragón y Cataluña.

La idea de volver a Zaragoza, de refugiarse en Barcelona, de comenzar de nuevo la lucha, parecía insoportable y mezquina, después de la visión verdaderamente grandiosa que principiaba a desvanecerse y que hubiera eternizado su nombre.

Las frases un tanto forzadas con que comenzó

la Princesa a explicar el motivo de su presencia en la casa de la calle Ancha, no obstante la incalificable conducta observada por D.<sup>a</sup> Serafina en tanto tiempo respecto de ella, que era la más próxima pariente con que contaba en el mundo, apenas si consiguieron arrancar algunas palabras de cortesía a la desconfiada Niña de Plata, que, acostumbrada a la manera de ser de D.<sup>a</sup> Leonisa, esperaba la solución del enigma de su visita sin ablandarse por aquellas fingidas amabilidades.

Desorientada ante la vaguedad de sus respuestas, entró entonces de lleno la Ricahembra en el asunto que la traía al palacio de su prima, lamentándose en términos casi tiernos de la desunión de las grandes familias y del efecto desmoralizador que tal fenómeno producía en las clases inferiores, envalentando a éstas y haciéndolas perder el respeto por los nombres que siempre veneraran o temieran.

Si la nobleza, verdaderamente digna de este nombre, pretendía conservar su prestigio y su hegemonía, cortando el paso a los aventureros o a los hidalguelos de nuevo cuño que se preparaban a enseñorearse del gobierno y del palacio de los Reyes, era menester que todos los nombres que compendiaban la historia de España se unieran, disimulando defectos y olvidando antagonismos, para formar un frente único contra la avalancha que se les venía encima y que amenazaba sepultar todo lo tradicional bajo su peso.

Los más altos, los primeros, debían ser los que dieran el ejemplo, y, obedeciendo a tan sagrada obligación, allí estaba D.<sup>a</sup> Leonisa, con la rama de olivo en la mano, dispuesta a olvidar cuantas desinteligencias la separaran hasta aquel día de su prima y estrechar un lazo que la naturaleza y los intereses de cualquier orden aconsejaban no se



deshiciera nunca, para bien y prosperidad de la Casa de Villarrubia.

¡La Casa de Villarrubia! Al oír su mención, la Duquesa de Sahagún suspiró con fuerza y dirigió una mirada a la Ricahembra, mirada tan intensa y elocuente que acabó por hacer desviar los ojos de su interlocutora.

¡Precisamente aquel era el tema que D.<sup>a</sup> Serafina se proponía abordar, dando la batalla a su intransigente parienta!

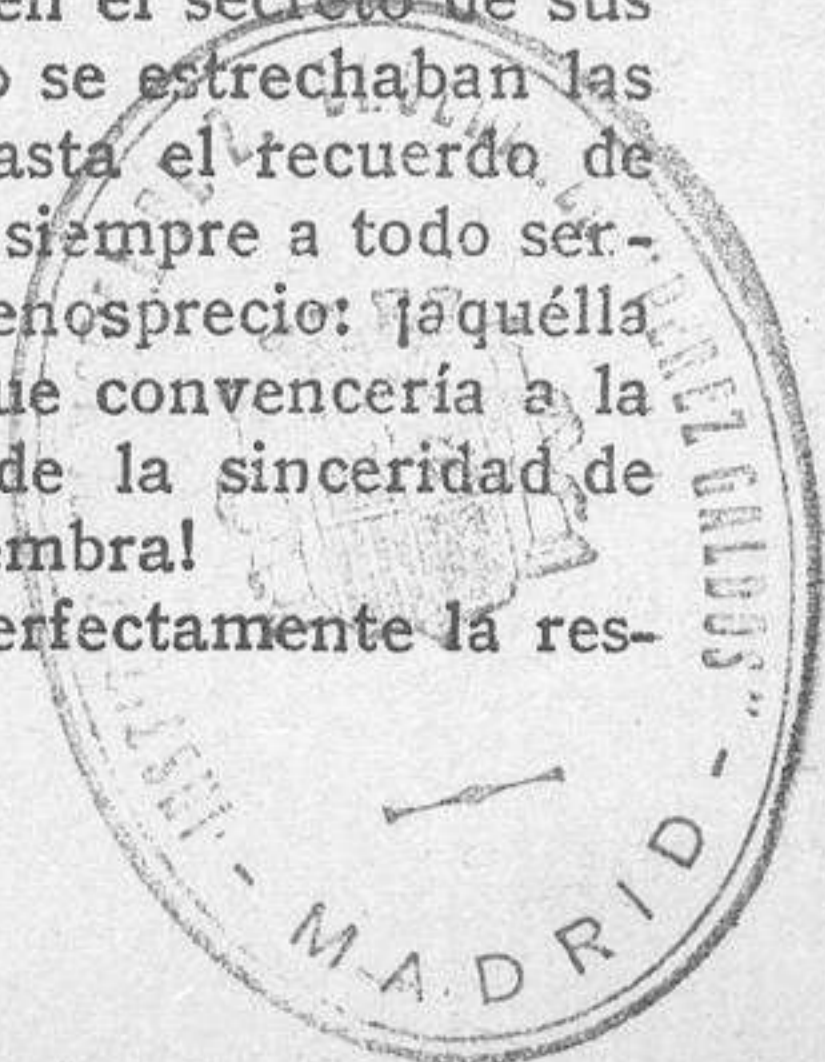
¡La Casa de Villarrubia no se componía, ante Dios, de ellas dos solas, sino que comprendía a alguien más, que para la Niña de Plata contaba primero que nadie! ¡La Casa de Villarrubia comprendía en su seno a Jenaro de Pereda, y la Princesa de Ornano lo sabía perfectamente, aunque nunca hubiese hablado en términos claros del terrible secreto!

¿Quería dar a entender con sus palabras D.<sup>a</sup> Leonisa que estaba dispuesta a perdonar y a admitir como deudo, sin persecuciones ni rencores, al generoso mancebo que tan bien sabía responder a las obligaciones impuestas por el glorioso apellido?

¡Si tal era su propósito, allí tenía, conmovida y resuelta, a la criatura para quien nada significaba el mundo ni sus pompas, con tal de llevar a término la misión más alta que se impusiera en la vida!

La rehabilitación de Jenaro en el secreto de sus conciencias; el presenciar cómo se estrechaban las manos ambos, ahuyentando hasta el recuerdo de lo que fué, y renunciando para siempre a todo sentimiento de venganza o de menosprecio: ¡aquella era la gran prueba, la única que convencería a la hija de D.<sup>a</sup> Guiomar Enríquez de la sinceridad de los ofrecimientos de la Ricahembra!

Doña Leonisa comprendió perfectamente la res-



puesta que encerraba el silencio de la Duquesa de Sahagún, y, sin dignarse recoger la súplica ni abordar el peligroso tema que desde hacía tantos años roía su corazón, prosiguió hablando en el mismo tono, reprochando suavemente a D.<sup>a</sup> Serafina la obstinación de permanecer en Madrid, el empeño de demostrar sus sentimientos borbónicos de todas maneras, la equivocación de acudir a la influencia de Stanhope para librarse de acatar la orden de Su Majestad disponiendo que todas las Señoras Grandes pasaran a Toledo.

¿Por qué persistir en aquel error que la colocaba en tan falsa situación? ¿Por qué exponerse a la desgracia de Carlos III, que tan cariñoso había sido con ella en Barcelona y tanto la había distinguido con ocasión de su boda? ¿Por qué rodearse desde hacía poco de gente sospechosa y admitir en su palacio a personas de la más baja estofa, que la comprometían de todos modos?

Serafina oía la voz armoniosa y profunda de la Ricahembra, sin escuchar sus palabras ni detenerse a comprender el sentido que encerraban. ¿Qué se le daba de cuanto pudiera decirle ya, si le negaba la súplica que todo su ser acababa de dirigirle? Insinuaciones, promesas, elogios, dejábanla insensible, apreciando una vez más el infranqueable abismo que le separaba de aquella criatura de orgullo y de ambición, incapaz de transigir ni de doblegarse, heroica en el sacrificio de sus inclinaciones y de sus sentimientos naturales, ardiente en la persecución de un fin que cada día parecía alejarse más y más, y que ella misma comenzaba a comprender no alcanzaría nunca, pero falta de humanidad y de corazón para cuanto representara vida o sacrificio.

—Es necesario, prima mía, absolutamente nece-

sario—continuaba diciendo la peligrosa voz de la sirena—que vuestra vida cambie y se purifique. Un acto público: la visita a Su Majestad en Villaverde, por ejemplo, visita de mero cumplimiento, en que yo os acompañaría, y justificadísima por la última merced que acaba de haceros permitiéndoos que continuéis residiendo en Madrid, bastaría para desvanecer todas las sospechas que sobre vuestra conducta pesan y los peligros sin cuento que os amenazan. O si tal demostración os repugnase y contrariara vuestros planes de contentar a los Duques de Anjou, todavía tenéis en la mano otro recurso que evidenciaría vuestro deseo de permanecer al margen de las luchas políticas. Entre la servidumbre que puebla esta casa, figura una mujer de mala vida, que ocultáis hace tiempo y que va y viene del campo enemigo, trayendo mensajes y organizando tumultos que han dado ya lugar a más de cuatro desgracias por los barrios bajos. Entregadla al Corregidor, Marqués de Palomares. Solicitad, en último caso, que la Sala de Alcaldes verifique un registro en el palacio de Ecija para que se convenzan de que nada oculta su interior que pueda alarmarles. Ya véis que esto no representa gran sacrificio de vuestra parte, pues las Autoridades podrían llevarlo a cabo sin necesidad de consultaros ni de obtener vuestro asentimiento.

—¿Y sois vos, vos, la Princesa de Ornano—contestó lentamente la Mayorazga de Sahagún, saliendo de su abstracción—, mi pariente más próximo, como antes decíais con evidente ofensa a la verdad, porque de sobra sabéis que tengo otro más cercano, quien me aconseja semejante vileza para congraciarme con una dinastía a la que jamás reconocí, y cuya suerte me tiene completamente sin cuidado? Antes de juzgar mis actos y de tratarme condes-

cendiente, como trataríais a una niña irresponsable y caprichosa, ¡como me tratasteis siempre!, recordad vuestra conducta en Barcelona antes y después del sitio; haced memoria de vuestro proceder mientras desempeñabais las funciones de Señora de Honor cerca de la Reina Doña María Luisa. ¡Yo los tengo muy presentes y me servirán de lección siempre! Pero por mucho que ahora me comprometa, nunca llegaré a emular el celo y la resolución de Doña Leonisa Enríquez en aquellos tiempos inolvidables. Decís que me rodeo de gentuza; ¿quiénes eran vuestros protegidos en Fuerte Guinaldo, en la Armada y en el Palacio de Cardona? ¿A quién pertenecían los brazos de que os servisteis siempre en vuestras maquinaciones? ¡El tipo más perfecto de ellos se resume en el Capitán Don Gil de Albornoz, vuestro satélite y lacayo de confianza! ¡Los otros, los demás, aún valen menos!

—¡El caso no es el mismo—protestó trémula de indignación la Ricahembra—ni la situación de Barcelona, que reclamaba aquellos expedientes, puede compararse con la actual de Madrid!

—¿Y en qué se diferencian una de otra?—preguntó serena D.<sup>a</sup> Serafina—. Lo mismo allí que aquí se pelea por una idea, por una persona, por una ambición. Lo que allí repugna, aquí se defiende. Igual se arriesga la vida en una que en otra parte.

—Lo que nosotros defendemos—expuso sin vacilar la Princesa—es la justicia, el derecho, las libertades seculares. Lo que ustedes pretenden imponer es la arbitrariedad, la usurpación, la esclavitud absoluta. ¡Nosotros sentimos con la cabeza; vosotros pensáis con el corazón!

—¿Y quién es capaz de condenar a nadie porque cada cual siga sus impulsos, cuando se obra de buena fe y aspirando a la felicidad de todos?

—¡La felicidad absoluta es imposible entre los hombres! ¡La felicidad sólo se encuentra en Dios, y lo único que nos acerca a ella es el cumplimiento de nuestro deber! ¡Cuanto más penoso, más meritorio a los ojos del Altísimo!

—¡Dejádnoslo cumplir entonces a cada cual según nuestro respectivo sentir, y continuad vuestro camino!

—¡Vuestro sentir! ¡El sentimiento! ¡Siempre el sentimiento! ¡Nunca se os caerá de la boca esa palabra estúpida y acomodaticia! Ya lo sé. De sobra conozco todas vuestras inclinaciones y hasta todos vuestros secretos. Sí, ¡todos, incluso aquellos que pretendéis disimularos a vos misma! ¡El sentimiento es un comodín muy práctico para justificar, con el pretexto del bien común, la satisfacción de nuestros apetitos más egoístas! ¡El sentimiento lo justifica todo, desde el entronizamiento de un Monarca advenedizo, hasta el amor criminal de una esposa por el primer hidalgo encontrado en su camino, aunque ese hidalgo haya contribuido a la deshonor de su propia familia, escarneciéndola públicamente y asistiendo impasible a la muerte de su cabeza!

—¿Qué queréis insinuar con esas palabras?— interrogó la Niña de Plata, poniéndose en pie y desafiando a su prima—. ¿Acabaréis de hablar claro para que yo os responda también como es debido?

—Pues digo y pienso —declaró la Ricahembra aceptando el reto— que todas vuestras simpatías, todos vuestros entusiasmos borbónicos, la conducta que seguís desde que murió la Marquesa de Villarrubia, cuanto estáis manifestando ahora mismo, obedece principalmente al deseo de constituiros en heroína, en víctima de la fatalidad, en virtud sacrificada por la tiranía de un juramento, a fin

de excitar más y más, no ya la compasión y la admiración de todos, sino la pasión que lograsteis despertar, a la cabecera de muerte de nuestra Abuela, en ese insignificante segundón que se llama Don Fadrique de Córdoba, y cuyo recuerdo no se aparta desde entonces de vuestra memoria y os acompaña por todas partes.

—¿Nada más? ¿Es ese el único recuerdo que no se separa de mi memoria? —preguntó D.<sup>a</sup> Serafina, mirando cara a cara a la Princesa.

—¡De otro no conseguiríais hacerme hablar, aunque me encontrara sin confesión y en peligro de muerte, habiendo pecado mortalmente!

—Pues bien; si vos calláis, yo hablaré, y así conseguiréis oír lo que nunca os han dicho en vuestra vida. ¡No, no tratéis de escapar! —añadió la Duquesa de Sahagún colocándose delante de la puerta—. Sólo conseguiríais provocar un escándalo y que toda la servidumbre se entere de lo que únicamente vos debéis escuchar. ¡Tenéis razón! Una misma sangre corre por nuestras venas, pero nuestras personas, nuestros caracteres, nuestras almas, han sido y serán tan distintos, que jamás llegaremos a comprendernos y mucho menos a amarnos. Dejemos la política, que en vos es un pretexto para dominar y en mí un desahogo para vivir. ¿Qué os hice yo desde mi nacimiento para que me persiguierais continuamente con vuestra severidad y vuestro desdén? ¿Por qué condenarme al holocausto, primero mi padre, después nuestra Señora Abuela, últimamente vos? ¿Qué encontrabais todos de tan inferior o de tan maligno en mí para despreciarme siempre? ¿Era la falta de la infeliz madre, la que tratabais de vengar en su hija, condenándola a la anulación y a la tristeza? Y si falta hubo, ¿que eso Dios lo sabe!, ¿de quién fué la responsabilidad

sino de vosotros, que faltasteis deslealmente a lo prometido en Brihuega, ocultándole la verdad a mi padre e impulsándole al crimen, en nombre de vuestro honor y de vuestra religión? ¡Si yo me decidí a abandonar el palacio de Villarrubia para seguir hasta Salamanca en pos de un hombre que me era indiferente, como el Caballero de Vaureal, fué exclusivamente por vuestra culpa, por verme libre de vuestra opresión! ¡Si después reconcentré todos mis afectos en Jenaro de Pereda, cuando D.<sup>a</sup> Aldonza Urraca me confió que era mi hermano, a vosotros os corresponde el delito, caso de que delito haya en un afecto tan natural y tan digno, pues siempre me criasteis huérfana de cariño! ¡Si después senté plaza de coqueta con Sir Archibald Darley, y si os hice traición con Don Octavio Branciforte, y si consentí al cabo en este matrimonio execrable que me oprime y me desespera, fué únicamente por vos, por vos! Ahora mismo acabáis de pronunciar unas palabras terribles, las más pérfidas que hasta hoy salieron de vuestros labios, encaminadas a hacerme leer claro en mi conciencia, a pensar en algo que hasta hoy traté de apartar de mi espíritu, como el peligro más irremediable que puede surgir contra mi reposo, y, si fuese verdad lo que tan imprudentemente os atrevéis a delatar, vos, Doña Leonisa de Ornano, la Ricahembra incorruptible, la enemiga de los amores terrenos, la burladora de los hombres, vos seríais la culpable de que la Duquesa de Sahagún, convertida en Condesa de Ecija gracias a vuestras violencias, se diera cuenta de que al fin amaba fuera del matrimonio, y de que existía en el mundo un ser que la apartaba de sus deberes y de la fe prometida por toda la vida a otro hombre, en un instante de debilidad y de locura.

—¿Lo confiesas? ¿Confiesas tu envilecimiento y tu crimen? —proclamó triunfante la Ricahembra, a quien los anteriores apóstrofes hacían palpitar de pasión.

—¡No confieso nada! — declaró orgullosa la Mayorazga castellana—. Pregunto, y nadie me contesta. Acuso, y nadie se defiende. ¡Muerta la Marquesa de Villarrubia, a ningún otro miembro de la familia debo explicaciones ni acatamiento! ¡Y mucho menos a vos, de quien sólo desdenes recibí! No, no me asustáis. Podéis echar rayos por los ojos e imaginar nuevos insultos, que no conseguiríais afrentarme ni hacerme volver atrás en nada de lo que acabo de decir. Estamos solas, os encontráis en mi casa, y somos dos mujeres, dos mujeres iguales en todo, con la única diferencia de que una se casó por orgullo, haciendo desde entonces cuanto estuvo en su mano para poner en ridículo a su caballeroso marido, y otra se casó por no morir en una cárcel sin abrazar al hermano de su alma, y hace hasta lo imposible para respetar el nombre que lleva, sin acordarse de la infamia que mancha la honra de su esposo.

La furia de D.<sup>a</sup> Leonisa al ver transformada en leona la que siempre juzgó cordera y escuchar aquellos anatemas que ofendían cuanto de altivo y vulnerable alentaba en su pecho, privóle en este punto de la astucia y el dominio de sí misma que caracterizaron siempre sus actos, por lo cual, y deseando humillar tan soberbia audacia, atrevióse a amenazar a su contrincante, diciendo:

—¡Ya se os bajarán esos bríos cuando os encontréis reducida a la condición que merecen vuestros imperdonables extravíos! ¡Por de pronto, os aconsejo que no alardeéis de independendencia ni de rebeliones, pues bastaría una palabra de mis



labios, una sola, para terminar con todas vuestras fanfarronadas!

—¡Decidla! — desafió Serafina — ¡Reducidme a prisión si os atrevéis a cometer semejante disparate, que no faltarán brazos que me sepan sacar de ella y haceros arrepentir de vuestra torpeza! ¡Nada temo ya de vos, prima mía, y la única persona que hoy podría ostentar alguna autoridad sobre mí, se encuentra por fortuna muy lejos, en la cárcel que merecen sus felonías sin cuento y sus complicidades con vos!

—¿Estáis segura de ello, D.<sup>a</sup> Serafina? — exclamó la Ricahembra con acento de tan cruel sarcasmo, que equivalía a la frialdad de una daga penetrando en el cuerpo enemigo—. ¿No os engañaréis acaso? ¿No podría haberse escapado a estas horas el Conde de Ecija del Castillo de Fuenterrabía, merced a la ayuda de sus verdaderos amigos, y encontrarse camino de la Corte para reclamar sus derechos de esposo ante su fidelísima consorte? ¿No habría acaso demorado la llegada para satisfacer su justa venganza en alguna de las personas que le disputan un afecto que le corresponde íntegramente?...

Aterrorizada por aquellas amenazas, cuya posibilidad adivinaba en el placer indescriptible con que iban siendo enunciadas, la Niña de Plata sintióse desfallecer, mas aún tuvo voluntad para contestar sin amilanarse:

—¡Si tal desgracia me llegara a ocurrir y en ella hubiera intervenido vuestra maléfica influencia, podríais daros por satisfecha de haber hecho completamente desgraciada a esta mujer! Pero triunfo logrado con engaño y sostenido por traición, no ligará jamás al enemigo vencido. ¡Y desde este momento os anuncio que, si el Conde de Ecija llegara a presentarse en esta su casa con objeto de recla-

marme, valiéndose para venir hasta aquí de la mentira y de la fuga, me consideraré libre de todos mis compromisos y me defenderé hasta la muerte de la opresión con que se me amenaza!

—¡Por última vez, D.<sup>a</sup> Serafina! — intimó descompuesta por el furor la Princesa de Ornano—  
¿Os negáis a aceptar el convenio que he venido a ofreceros y persistís en vuestras intolerables demasías?

—¡Me niego! — declaró resuelta la Mayorazga de Sahagún—. ¡Y si lo que deseáis es la lucha entre nosotras, dadla desde ahora por comenzada, recordando, no obstante, antes de atacarme a fondo, que las dos nos conocemos, porque venimos del mismo tronco, y que hoy por hoy yo dispongo de más recursos y de más amigos que vos!

Y acompañando las últimas palabras con dos palmadas, inclinóse la Niña de Plata en ceremoniosa reverencia de despedida, mientras el Maestresala, acudido a su llamamiento, abría de par en par las puertas del salón para dar paso por ellas y acompañar hasta la calle a la defensora más exaltada de los derechos de Carlos III a la monarquía española.

.....  
Aquella misma noche recibía la Duquesa de Sahagún una orden, firmada de puño y letra del Archiduque, por la que se disponía saliera dentro de las veinticuatro horas siguientes con destino a Toledo, en compañía de dos únicas criadas y dejando la casa que ocupaba a disposición y servicio exclusivo de Su Majestad Católica.



## CUARTA PARTE

El viaje, rápido y lleno de comodidades gracias a la intervención del General Stanhope, que se ocupó personalmente de sus menores detalles, haciendo escoltar a D.<sup>a</sup> Serafina por veinte Dragones al mando de Lord Ramsbockle, hubiera representado un descanso para la Niña de Plata a no ser por la preocupación que en su espíritu causarían las últimas amenazas de la Princesa de Ornano.

A cada momento, en cada altura, figurábasele ver avanzar un pelotón de caballos que venían en su busca y distinguir entre ellos a su jefe, el macilento Conde de Ecija, que se acercaba para detenerla y reclamar su persona como dueño legítimo de ella. O si alguna vez dejaba de pensar en el odioso fugitivo, era para que su imaginación, sobreexcitada por los recientes sucesos, dirigiera sus actividades hacia otro problema, otra duda: ¿qué habría querido significar D.<sup>a</sup> Leonisa al decir que tal vez el evadido de Fuenterrabía hubiera demorado su llegada a la Corte para satisfacer su justa venganza en alguna de las personas que le disputaban un afecto que le correspondía íntegramente? ¿Prendería referirse a Jenaro, o aludiría a Don Fadrique de Córdoba? Aquel miserable Ecija, humillado y enfurecido por sus últimos desastres, des-

piertas nuevamente sus malas pasiones, sediento de vindicaciones y de sangre, podía intentar algo contra cualquiera de las personas que Don Gil de Albornoz le indicase como rival o antagonista, y hasta preparar una emboscada en que cayese por sorpresa alguno de aquellos inocentes. ¿Dónde se encontraría Jenaro? ¿Seguiría con Bracamonte? ¿De qué medios valerse para prevenirle de lo que sucedía? ¿Con qué nuevos peligros tendría que estar luchando en la campaña que se había impuesto?

¿Y el otro? ¿Continuaría en el puente de Almaraz con el Rey, según Don Artal participara recientemente a la Duquesa de Sahagún? ¿Qué tontería no haberle mandado también algún aviso por intermedio del oficioso Abate, a fin de que resguardara su persona de posibles asechanzas!

Había momentos en que D.<sup>a</sup> Serafina lamentaba profundamente la impetuosidad mostrada en su entrevista con la Princesa de Ornano, las palabras definitivas pronunciadas durante ella y el rompimiento con la Ricahembra por culpa exclusiva de las intemperancias de ésta y de su afán de humillar el orgullo de los demás. ¡Ella, que tanto lamentara en Barcelona los arranques de Jenaro, echando a rodar todo, incluso los planes mejor combinados, por satisfacer un instante de amor propio o decir la verdad cara a cara y sin atenuantes a un contrario, acababa de hacer lo propio, destruyendo en un segundo la envidiable situación que a fuerza de paciencia lograra crearse en la Capital! ¡No en balde eran hermanos y se parecían en tantas cosas!

Acaso hubiera resultado más prudente disimular, fingir otras emociones, agradecer las ofertas de D.<sup>a</sup> Leonisa, no mostrar a ésta tan abiertamente su modo de ser ni de pensar respecto de ella y de cuantos la rodeaban. Mas ¿habríase engañado con

meras palabras una mujer de la inteligencia de la Ricahembra? ¿Habría dejado escapar ésta en un momento de inconsciencia y de desbordada cólera aquella declaración terminante de la fuga del Conde de Ecija y de su venida a Madrid, si no se hubiese sentido herida en las fibras más recónditas de su alma por las invectivas y los apóstrofes de la Niña de Plata? No; lo probable, lo casi seguro era que la visita de D.<sup>a</sup> Leonisa al palacio de la calle de San Bernardo respondiera en apariencia al deseo de conocer el estado de ánimo en que se encontraba su prima respecto del Archiduque y del partido borbónico; pero que en realidad obedeciese a la curiosidad de adivinar en la actitud de la Duquesa de Sahagún si ésta estaba enterada o tenía algún aviso de la evasión de su esposo, gracias a las correspondencias de la Condesa de Villada o de la Duquesa de los Cameros. Caso de haberse mostrado D.<sup>a</sup> Serafina dulce y reservada, o de prometer diplomáticamente que reflexionaría sobre las proposiciones conciliatorias que se le insinuaban, la Princesa de Ornano hubiérase retirado satisfecha y tranquila, sin revelar nada, hasta que pocos días después se realizara el golpe de teatro de presentarse en Madrid el propio Conde de Ecija, instalándose desde luego en su palacio y haciendo imposible cualquier protesta o resistencia de parte de la indefensa esposa.

¡Sí!, ¡sí!; ¡mejor era que las cosas hubieran sucedido como habían sucedido! Deslindados los campos, ya no tenía la Niña de Plata por qué seguir disimulando ante el mundo, ni volverse atrás de nada de lo dicho. Ahora lo que se necesitaba era que la infalible D.<sup>a</sup> Blanca, la Duquesa de los Cameros, su nueva e ilustre amiga, la persona en quien Sor Fuencisla, enferma y presintiendo su

próximo fin, delegara toda su autoridad y su consejo, aprobase la resolución de Serafina en cuanto al Conde de Ecija se refería, comprendiendo las razones que hacían imposible la consumación del matrimonio entre los esposos.

Doña Catalina Ventura, a quien la Niña consultara en su visita de despedida, antes de salir de Madrid, habíase mostrado en un todo de acuerdo con las manifestaciones de Serafina, declarando que si la fuga se confirmaba, acontecimiento que ignoraba en absoluto, todos los de su familia estarían dispuestos a sostenerla en cualquier forma, y que, puesta ella en su caso, obraría sin vacilar del mismo modo. Pero Catalina Ventura era una mujer joven, que vivía en el mundo, que generalmente, y por efecto de su bondad, opinaba lo que en el fondo deseaba oír la persona que le pedía parecer, sobre todo si esta persona era su amiga más íntima; ¿pensaría del mismo modo una Señora tan alejada de las cosas de la tierra como la Duquesa de los Cameros? ¿No le reservaría su parecer alguna sorpresa cuando la encontrara en Toledo, y no se inclinaría D.<sup>a</sup> Blanca del lado del sacrificio y del ejemplo, como Su Excelencia practicaba tan santamente desde hacía muchos años con el imbécil e ilustre consorte que la Providencia le deparara por compañero en la existencia?

Embebecida con estas reflexiones que unas veces le hacían desear ardientemente la llegada al lugar del destierro de las Grandes de España y otras le infundían temor y veleidades de que el viaje se prolongara indefinido, apenas si D.<sup>a</sup> Serafina se daba cuenta de las preguntas que a veces le dirigían la Señora Eularia y Almudena, sentadas enfrente de ella, y a quienes se había visto obligada a llevar en calidad de camaristas, una por costumbre y

otra por impedir un accidente o un suicidio, dadas las lágrimas y las demostraciones de adoración que la maja de Puerta Cerrada juzgó del caso emplear para conseguir sus deseos de acompañar hasta el fin del mundo a la única *Señora de verdad* que había conocido en él.

Tampoco prestaba la Mayorazga mucha atención a las palabras que desde su caballo y a través de la ventanilla le dirigía Lord Ramsbockle, orgulloso de representar un papel en aquella aventura de Duquesas desterradas y Princesas vengativas, que le prometía más de un éxito cuando la refiriera en Inglaterra ante los azules y pasmados ojos de su hermano Winifred, la Vizcondesa de Cleeve, y de su soñador esposo Sir Archibald Darley, enamorado locamente en otro tiempo de D.<sup>a</sup> Serafina Enríquez.

Sólo cuando se detuvieron en un pueblo, cuyo nombre ni siquiera interesó preguntar a la Niña de Plata, donde pensaban dormir para emprender de nuevo el camino al día siguiente, pudo darse cuenta la distraída Duquesita de que, junto con sus arcas, venían dos caballerías cargadas de maletas y bolsas pertenecientes al Lord, y que debían de formar parte de aquel prodigioso equipaje a que algunas veces hacía referencia Sir Archibald cuando pretendía burlarse de las extravagancias y refinamientos de su presunto cuñado.

—Pero, Lord Ramsbockle — preguntó entonces la Mayorazga, antes de recogerse en su cuarto—. ¿Pensáis por ventura instalaros en Toledo? ¿O es mero capricho lo que os hace acarrear tanta impedimenta?

—¡Son órdenes del General, Señora Duquesa! ¿Vuestra Gracia ignora que ayer mismo se puso en movimiento el ejército, y que Carlos III abandonó

Villaverde para instalarse en Ciempozuelos, donde de un día para otro se mandará seguir a todos los Ministros de los Consejos nuevamente restaurados, amén de los Alcaldes de Corte y de todos los rufos que por el escalón de la delincuencia en hurtos, muertes y otras atrocidades han subido al empleo de Alguaciles? ¡Pues hasta el Corregidor de Madrid, Don Bonifacio Manrique, Marqués de Palomares, irá en la ristra con sus Tenientes, sin contar con otros muchos particulares que creen obedecer el traslado de Su Majestad al deseo de instalar la Corte en Toledo, para fortificarse allá y vivir todo el invierno!

—Y los ejércitos, Lord Ramsbockle, ¿dónde van?

—¡Dónde quiere Vuestra Gracia que vayan! —repuso agrio el hercúleo inglés—. Dentro de muy pocos días no quedará ya ningún soldado en Madrid, y si nos retrasáramos un poco acaso nos alcanzaran por el camino las avanzadas del General Stanhope o del Mariscal Starhemberg, que esos sí piensan establecerse por algún tiempo en la misma ciudad donde nosotros nos dirigimos, para observar la resolución que tome el enemigo y con la esperanza de que éste les ataque.

—¿No existía entonces combinado algún plan después de la victoria de Zaragoza?

—Ninguno, Señora. El primer consejo de guerra se reunió cuando ya estábamos camino de Castilla. Después cada General ha pensado una cosa distinta. El parecer del mío consistía en dirigirse contra Valladolid, primero, y después contra el ejército de Felipe V reunido en el puente de Almaraz, a fin de dar a los borbónicos una nueva batalla, que hubiera sido la final y en la que habríamos vencido seguramente exterminando sus huestes, pues ya está demostrado que los españoles son incapaces



de obtener el triunfo en las grandes acciones, y que lo de Almansa fué una pura casualidad o un error de los incapaces Jefes que mandaban nuestras fuerzas. Después nos hubiéramos reunido con los portugueses y con las tropas que allá permanecen intactas, y habríamos vuelto a Madrid libres ya de cuidados y peligros. Pero desgraciadamente el anterior plan pareció demasiado atrevido al Mariscal Starhemberg, y la prudencia del suyo nos ha ido trayendo poco a poco a la insostenible situación por que hoy atravesamos.

—¿Y el Archiduque?

—El Archiduque — contestó vacilando un poco Lord Walter — es el único que no se ha hecho ilusiones desde un principio y que sigue viendo las cosas con absoluta claridad, a pesar de su desconocimiento asombroso de los problemas militares. En Ciempozuelos debe de estar lamentándose a estas horas y desahogando su mal humor en las cartas que escribe de continuo a Barcelona y a Viena, en que nos pone verdes a cuantos le ayudamos a conquistar España. Pero casi es seguro que no nos acompañará por mucho tiempo. Las noticias que le envía la Reina Isabel desde Cataluña le han llenado de inquietud, pues anuncian que el Duque de Noailles se encuentra en Perpignan ultimando la concentración de sus fuerzas para entrar por la frontera y poner sitio a Gerona; y como Su Majestad quiere mucho a la Augusta Esposa, y en ninguna parte se encuentra tranquilo si no es en el Principado, parece que está trabajando para dejarnos solos y tomar la vuelta de Zaragoza a fin de dirigirse en seguida a la Capital de sus amores. No crea, sin embargo, Vuestra Gracia que esto nos contraría, pues en el fondo es lo que deseamos; así los regios esposos cumplirán su gusto de estar

juntos, y nosotros nos veremos libres de las preocupaciones de una Corte dispendiosa que nada facilita y todo lo enreda, decidiendo después el rumbo que hemos de tomar para resolver este conflicto en que nos vemos metidos y que nunca imaginamos pudiera tener una salida tan difícil.

Las informaciones que poco a poco iba dejando escapar el impetuoso Guardia de la Reina Ana, inundaban de alegría los espíritus de la borbónica D.<sup>a</sup> Serafina, quien deseando saber aún más de lo que tanto le podía interesar, continuó tirando de la lengua a su comunicativo compañero de viaje.

—Entonces ¿quiere decirse que las Señoras detenidas en Toledo tendremos para poco tiempo de castigo, si Madrid vuelve a aclamar a Felipe V y las tropas aliadas decidieran evacuar Castilla?

—Justamente, ese inoportuno decreto a que se refiere Vuestra Gracia — confesó ingenuamente Ramsbockle — es uno de los asuntos que tienen distanciado al General Stanhope del Conde Starhemberg, que autorizó la tropelía. ¿No conoce la Señora Duquesa la carta que el Duque de Vendôme ha dirigido con tal motivo al Generalísimo austriaco y las verdades que le canta en ella y tan buen efecto han producido en todos los círculos europeos donde se respeta a la nobleza? ¡Pues es cosa de leerla y ver después los apuros de la respuesta del Mariscal Guido disculpándose de lo hecho con el deseo de proteger la vida de Vuestras Excelencias y no exponerlas a las represalias de los partidarios de Su Majestad Don Carlos III!

Doña Serafina, que en los últimos tiempos de su permanencia en Madrid carecía de noticias de toda índole, gracias a la severa interdicción de correos entre la Capital y las Castillas, y al celo desplegado por las autoridades para perseguir y

castigar severamente a los infractores de tales disposiciones, ignoraba en absoluto el texto a que se refería Lord Ramsbockle, y hasta que hubiera dado tanto que hablar en el mundo el asunto del destierro de las Señoras a la imperial ciudad; mas juzgando del caso aparentar conocimiento de todo, exclamó con el mayor aplomo:

—¡Parece mentira que en un momento como éste, que puede decidir la suerte de la guerra, tengan humor los Generales para perder el tiempo en semejantes niñerías! Por supuesto... que a mí no me alcanzará el perdón, si llega a declararse éste, pues supongo que mi extrañamiento responde a motivos especiales y reservadísimos...

—¡Quién sabe lo que sucederá dentro de ocho días, Señora Duquesa, y si no estaremos todos otra vez en marcha, camino de Aragón, para no volver a pisar nunca tierras de Castilla! — limitóse a manifestar el desengañado británico.

—¿Tan mal andan vuestros negocios? — insistió la Niña de Plata.

—¡Peor no pueden ir! Y si le hablo a Vuestra Gracia así es porque lo sabe todo el mundo, o al menos lo sospecha, viéndonos retirar sin proseguir la lucha. ¡El Archiduque en Madrid! ¡Poca fortuna nos trajo tan sonado grito! Este viaje de Su Majestad a la Corte será el mayor contraste que haya sufrido la causa de Carlos III desde que empezó la guerra; mayor que el de Almansa; mayor que todos. Los portugueses se han portado como unos desleales con nosotros, no viniendo a socorrernos, y disimulando su pereza o su falta de voluntad con varios inútiles intentos de avance, cuyo fracaso les ha servido de excusa para renunciar a la empresa e instalarse cómodamente en sus cuarteles de invierno. De la flota y el socorro que en ella

esperábamos, carecemos absolutamente de noticias. El Emperador no ha enviado a su hermano ni un hombre ni un florín. Los holandeses, tampoco. En Cataluña, bastante tienen con atender a la defensa de su territorio amenazado, además de que se les da una higa del resto de la monarquía. ¿Cómo quiere Vuestra Gracia que nos mantengamos por más tiempo en Madrid, sin víveres, sin comunicaciones, rodeados de una población hostil que nos iría destruyendo lentamente, pendientes de un Rey malhumorado y convertido en estorbo, con todas las provincias vecinas en contra nuestra y el ejército enfermo y desmoralizado? ¡No, no! Mejor es retirarnos y que nuestros Gobiernos respectivos decidan lo que deba hacerse en el futuro. La gran aventura está realizada, y ya se ha visto que sus resultados son negativos. ¡Lástima que no se intentara al principio, cuando la propuso el Conde de Peterborough, y nos hubiésemos economizado muchos meses y mucha sangre, sin contar con los millones que a mi patria le cuesta el complacer a la Casa de Austria, sin que ésta se lo agradezca lo más mínimo! Pero todo tiene su límite, y los malos negocios, según aprendemos desde chicos los ingleses, deben liquidarse lo menos costosamente posible en cuanto se ha dejado de ganar en ellos.

Aquella noche no descansó la Duquesa de Sahagún, sorprendiéndola el alba meditando en lo que había escuchado de boca del Lord, y poniendo, gracias a ello, en claro los propósitos de D.<sup>a</sup> Leonisa y las razones que motivaban su envío a Toledo tan rápida e inesperadamente.

Desde luego debía de existir un compromiso de honor, algo que Serafina ignoraba, pero que correspondería seguramente a las ideas peculiares de los Villarrubia sobre obligaciones y prejuicios de

raza, que uniera a la Princesa de Ornano con la suerte y los intereses del Conde de Ecija. Preso éste, y arruinado por condescender con los deseos de la difunta Marquesa, mezclándose en una intriga tenebrosa de que acabó por ser víctima, el respeto por la memoria de la admirada Abuela, así como una especie de remordimiento por la culpa que le cupiera en aquel derrumbamiento total de ambiciones, impulsaba desde tiempo atrás a D.<sup>a</sup> Leonisa a convertirse en protectora del infame deudo, tratando por todos los medios a su alcance, de devolverle primero la libertad, y de restituirle después la inmensa fortuna de la Niña de Plata, como premio a su última traición contra los Borbones.

El golpe, perfectamente combinado en Segovia, había fracasado con el cambio de prisión impuesto a Ecija, reanudándose los preparativos en cuanto le supieron instalado en el castillo de Fuenterrabía. Allí, y con el auxilio de sicarios de la especie de Don Gilito, o a fuerza de oro, o gracias quién sabía a qué recursos, se había logrado muy pocos días antes la evasión del Conde, internándole en seguida por caminos desconocidos que le permitieran llegar sano y salvo hasta la Capital. Ocupada ésta por los aliados, y ajena en absoluto D.<sup>a</sup> Serafina a la catástrofe que se le venía encima, todo hubiera marchado bien, a no ser por la imprevista resolución de regresar Carlos III a Barcelona y de ser evacuada la Capital por las tropas aliadas. Libre la Duquesa de Sahagún, y conocido su modo de pensar respecto del marido, nada podía esperarse por las buenas, pues D.<sup>a</sup> Serafina se hubiera negado resueltamente a seguir al marido, como ya lo manifestara de modo terminante, y la Corte borbónica en masa se habría puesto a su

lado para protegerla y defenderla de todos los ataques. Precisaba, por consiguiente, secuestrarla sin perder tiempo y conducirla a un sitio donde siguiera mandando el Archiduque y se viera privada de todo auxilio humano. Toledo, convertida en plaza fuerte, ofrecía las mejores garantías para el caso, y allí la enviaban, seguros de que no podría escapar de sus muros vigiladísimos hasta el momento en que el Conde de Ecija corriera a hacerse cargo de su persona y de sus bienes, arrastrándola si fuera preciso a Zaragoza o Barcelona para forzar su voluntad, sin esperanza ni remedio de ninguna especie.

\* \* \*

Con estas impresiones y la ansiedad de refugiarse en los brazos de la Duquesa de los Cameros a fin de encontrar en ellos el consuelo indispensable a sus quebrantos, llegó la pequeña comitiva el 12 de Noviembre a Toledo, descendiendo D.<sup>a</sup> Serafina con sus criadas ante la portada que encuadraba la portería del Convento de la Visitación de Nuestra Señora, recogimiento que entre los tres de la Orden de Jerónimas que había entonces en la Imperial Ciudad, el de la Vida Pobre, el de San Pablo, y aquél, había elegido desde Madrid la insigne D.<sup>a</sup> Blanca para observar estricta y humildemente la regla de su hermana Sor Fuencisla, todo el tiempo que se prolongara el absurdo destierro de las Señoras Grandes en la sede de los Primados de España.

Una vez dentro de la devota fundación y declinados nombre y títulos, abriéronse ante la Duquesa de Sahagún las puertas de las antiguas ca-

sas de D.<sup>a</sup> Teresa Hernández, Dama de la Reina D.<sup>a</sup> Juana, esposa de Enrique II y muy querida de aquella Soberana, que, por recibir diariamente su Augusta visita, distinguíanse desde el siglo XIV con el nombre de «Convento de la Reina», siendo introducida D.<sup>a</sup> Serafina en la clausura, con muestras de gran respeto, por dos o tres monjitas que acudieron al punto, haciéndola pasar primero a un patio y subir después varias escaleras, hasta conducirla a una especie de locutorio bastante espacioso, aunque muy pobre de adornos, donde la dejaron breves minutos sola para volver poco después en compañía de la Madre Superiora, Sor Martina de los Angeles, quien, al ver a la Niña de Plata y recibir sus saludos, acongojóse toda, participando acto seguido a la recién venida, en medio de gemidos y sollozos sin fin, que Su Excelencia la Duquesa de los Cameros no se encontraba desde hacía días en Toledo por haberse visto forzada a salir para Brihuega con objeto de visitar y acaso asistir en los últimos momentos a su bendita hermana la Venerable Madre Sor Fuencisla, orgullo de la Orden Jerónima, de quien aquella misma fecha se habían recibido muy malas noticias en el Convento de la Visitación.

Antes de salir, no obstante, D.<sup>a</sup> Blanca, y después de lograr el correspondiente permiso del Gobernador de la Plaza, había dejado encargo a Sor Martina de los Angeles de que, si por acaso se presentaba en la Visitación su íntima amiga la Duquesa de Sahagún en busca de asilo, fuera admitida y hospedada con toda clase de consideraciones, informándola en seguida de cuanto ocurría y diciéndole de su parte que la siguiese a Brihuega, caso de ser posible, o, si no, que la esperara en el Convento de la Reina, sin moverse ni cambiar

domicilio, pues tenía muchas cosas de importancia que comunicarle.

Inútil resultaría ponderar el dolor y las angustias que semejantes nuevas produjeron en D.<sup>a</sup> Serafina, tan ligada a la Madre Fuencisla por toda clase de lazos. La santa monja había sido para ella guía y maestra en la vida, y a su experiencia y a su virtud debía la Niña de Plata cuanto sabía en el mundo.

A las anhelantes preguntas de la Mayorazga, apresuráronse a responder Superiora y Religiosas que la violencia de la enfermedad no era de maravillar, pues hacía ya como cosa de seis meses que la Madre ardaba muy atropellada con sus achaques, y que, a pesar de ello, continuaba trabajando como si fuera joven y manteniendo correspondencias, sin contar con las obras de mística y una *Vida de Nuestra Señora* que la tenían muy ocupada desde años atrás, aunque nunca hubiera consentido en publicar nada de su mano, no obstante las instancias de su Confesor y de los Examinadores Sinodales, a quienes fueran sometidos algunos capítulos de los libros y que quedaran maravillados de la ciencia y piedad extraordinarias que contenían.

Una de las monjas parleras, que había permanecido algún tiempo en Brihuega con la Prelada, a quien toda la religión Jerónima veneraba, esperando invocarla beatificada apenas muriera y canonizada más tarde, añadió que Sor Fuencisla, a pesar de los alifafes que tan quebrantada la tenían, continuaba mortificando el inocente cuerpo y sometiéndole a rigores que no podían producir buen efecto físico a sus años, aunque con ellos se asegurara la Madre, más y más, el puesto que desde niña tenía conquistado en el cielo.



Observando las lágrimas que aquellos relatos atraían a los ojos de la Duquesita de Sahagún, a quien todos las presentes y la Comunidad entera conocían de nombre, sabiendo, además, que era considerada como hija por la Santa Madre, trataron de consolarla por cuantos medios les venían a las cabezas, asegurándole una que allí se encontraría muy bien porque todas serían a mimarla y atenderla, desengañándola otra de que no intentara nada cerca de las Autoridades, porque no conseguiría pasar las murallas de Toledo, ya que la excepción hecha en favor de la Señora Duquesa de los Cameros había sido la única de su clase y no se repetiría ya más, e informándola, por último, la Superiora, para distraerla, de los cuentos que corrían por la ciudad y de las Señoras Grandes que se encontraban refugiadas y repartidas por los distintos Conventos, así como de las intrigas que en cada uno de éstos se tramaban a favor de los Borbones, convirtiendo las moradas de las Esposas del Gran Señor Divino en otros tantos focos de conspiración dirigidos por las esposas de los Grandes Señores humanos, con sin igual acierto y desenvoltura.

La mayoría de aquellas historias sabíanlas las Jerónimas de la Visitación por una de las partidarias más conspicuas de Felipe V, que frecuentaba el Convento y se llamaba D.<sup>a</sup> Leocadia de Silva, viuda del docto Catedrático de Medicina, Don Cebrián Benito Rey, muerto dos años antes. Esta decidida mujer, notable por su resolución y su incontinencia de lenguaje, pasábase los días llevando y trayendo recados de unas Grandes a otras, visitando Monasterios adictos y poniendo al corriente a claustradas y seglares de cuanto sucedía en Toledo y de lo que se murmuraba en

casi todas las casas afiliadas al partido contra las que no ostentaban el mismo timbre de gloria o figuraban francamente como defensoras de la detestada dinastía austriaca.

Familiarizadas desde el pronunciamiento de sus votos con la idea de la muerte, y sin dar mayor importancia a un fin que para ellas era comienzo de premio y de beatitud, la aflicción sincera que en las Religiosas del Convento de la Reina producía el estado de su compañera Sor Fuencisla, no impedía que hablasen de otras cosas, pasando sus pensamientos desde la esfera de lo eterno a la de lo mutable con una ingenuidad y una falta de artificio pasmosos. Pero para D.<sup>a</sup> Serafina, que aun no había alcanzado aquel grado de perfección y de desprecio por las cosas humanas, sólo tenía valor en aquellos momentos el recuerdo tiernísimo de su venerada profesora y la imagen de ésta, moribunda, buscando con la mirada, ya vidriosa, el rostro de la hija de su afecto entre las personas que entraban o salían de la celda donde agonizaba.

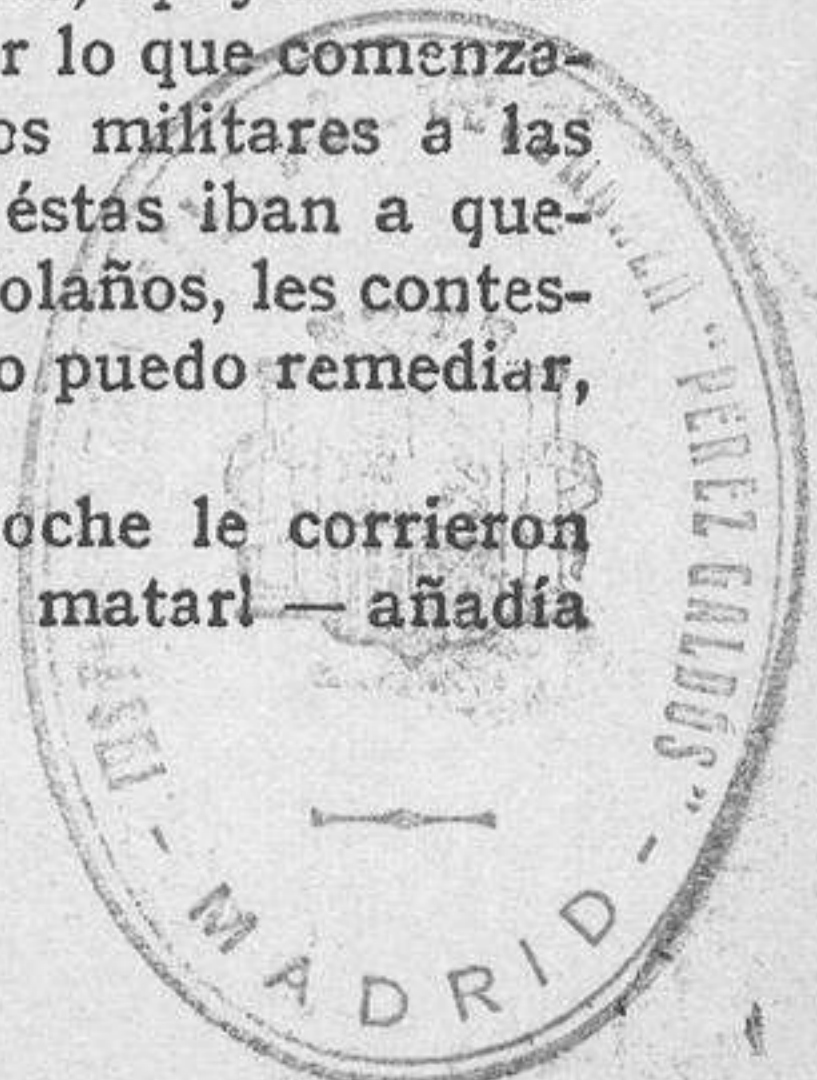
Por tal razón, el cuchicheo de las monjas toledanas y hasta muchos detalles de lo que decían, pasaban inadvertidos para la Niña de Plata, consiguiendo únicamente hacerla mover a veces la cabeza, como si aprobase o reprobase los conceptos que unas y otras emitían en torno suyo.

—¡Ay, Señora Duquesa!— exclamaba la Superiora—, ¡Vuestra Excelencia no sabe lo que se ha pasado aquí desde que el martes 7 de Octubre entró en esta Ciudad el Señor Conde de la Atalaya, General de las tropas de Portugal, con 1.500 caballos y se aposentó en casa de un mercader, poniendo guardias en todas las puertas y mandando a la gente sobrante que se acomodara en el Alcázar como en residencia propia!

Las exigencias del ensoberbecido lusitano reclamando a los caballeros toledanos mil reales diarios para su plato; las fortificaciones en las murallas y el comienzo de una gran estacada y trincheras, en las que hacía trabajar a paisanos y vecinos de los pueblos más próximos; el anuncio de la inminente jornada del Archiduque con objeto de invernar en Toledo, que había servido de pretexto para sacar a los habitantes de la ciudad camas, jergones y ropas; la llegada de 5.000 hombres más de Infantería y 2.000 de a caballo que se verificara hacía diez días y el desorden que por tal motivo se produjera por el aposentamiento de tanta gente; el alojamiento de un Regimiento de ingleses y otro de catalanes en la Casa de la Moneda; los bandos del general Hamilton mandando retirar a sus casas a los paisanos a las ocho de la noche y autorizando a cualquier soldado a dar muerte a quien encontrase en la calle después de dicha hora, todo fué repetido en un momento por aquellas fieles cronistas que, aunque apartadas de los hombres por sus votos, estaban al corriente de cuanto sucedía entre ellos, sin omitir detalle que pudiese dar color al relato.

—¡Hermana!—exclamaba una—. ¡Se olvidó contar a Su Excelencia aquello que nos dijo Doña Leocadia de Silva, de que precisamente, apoyándose en esos bandos tan salvajes, fué por lo que comenzaron los robos y los asaltos de los militares a las personas de bien, y que cuando éstas iban a quejarse al Corregidor, Don Pedro Bolaños, les contestaba Su Señoría: «Hijcs, yo no lo puedo remediar, que se vuelven contra mí.»

—¡Y es verdad, porque una noche le corrieron los criados y a él lo quisieron matar!—añadía Sor Martina de los Angeles.



—Pero viendo esto los vecinos—interrumpía otra Jerónima—se han principiado a juntar en cuadrillas para salir al anochecer, cada uno con sus armas, espadas, puñales o cacheteros, y se van hacia el corral de vacas y otras partes ocultas que caen al río, y al soldado que viene, sea inglés o portugués o de cualquier nación, que en eso no reparan, lo matan y, después de despojado de dinero y de vestidos, lo arrojan al agua.

—¡El Señor les perdone!—murmuraban varias santiguándose.

—¡Así debe hacerse con toda esa canalla! ¡Viva Toledo!—proclamó entusiasmada la valiente Almodena, quien, después de un viaje tan largo y sin accidentes, comenzaba a encontrarse en su elemento, presumiendo, por lo que oía, que allí iba a tener ocasión de desarrollar sus energías.

—¡Pues peor sucede aún—continuaba diciendo la primera narradora—con algunos de los militares aliados que se alojan en las casas, y a quienes cuando están hechos unos cueros, que parece todos lo son, van sus huéspedes y los cogen y los matan, echándolos después en los pozos, pues de esta manera faltan muchos, y como resulte cierto lo de la invernada, llegará día en que el Marqués de la Atalaya se quede sin tropas!

—¡Ojalá y que suceda eso pronto!—corroboró la madrileña—, que para asistir a eso hemos venido y no nos moveremos de aquí hasta hacer largar el resuello al último extranjero que se atreva a meter las narices en nuestra casa!

—¡Ay, hermana, no hable así, que ofende a Dios!—musitó cierta novicia, ya talluda, que había permanecido silenciosa hasta entonces.—Además, una tía mía, que se llama D.<sup>a</sup> Irene López de Ayala, señora de muy buen sentido e impar-

cial, que los vió entrar, dice que la mayoría de los soldados son hombres hechos de buenos cuerpos y algunos muy altos, como los ingleses, en especial los granaderos; la caballería parece que no es tan buena, porque, fuera de algunos caballos españoles, los demás son frisonos o muy pequeños.

—¡Cállese la charlatana, si no quiere que la Madre le vuelva a reprender en el coro por austriacaza y amiga de entremeterse en lo que no le preguntan! — rezongó indignada una de las monjas viejas, que debía de ser borbónica decidida.

—¿Y qué hago yo sino repetir lo que oigo, como todas sus mercedes?—alegó la novicia—¡Estos no son tiempos de seguir a la letra la regla, como cuando nada sucede de particular en el mundo! ¡Y los informes de mi tía D.<sup>a</sup> Irene valen tanto, por lo menos, como los de D.<sup>a</sup> Leocadia de Silva!

La charla de las Jerónimas interrumpióse de pronto con la llegada, por el otro lado de la reja que dividía el locutorio, de una mujer alta, huesuda, de presencia más varonil que femenina y aspecto miserable, aunque enérgico, que resultó ser nada menos que la propia D.<sup>a</sup> Leocadia de Silva, viuda del Señor Benito Rey, a la que por respeto y consideración distinguían las monjitas de la Visitación con el nombre de «la Catedrática», y que, advertida, quién sabía por qué intermedios, de la llegada de la Duquesa de Sahagún, venía a besar las manos de tan ilustre persona y a ponerse a las órdenes de Su Excelencia para todo cuanto ésta precisase fuera del Convento de la Reina, mientras permaneciese en Toledo.

Hechas las correspondientes presentaciones y henchida de vanidad por el conocimiento de *otra Grande más*, comenzó D.<sup>a</sup> Leocadia a detallar, con voz tonante, los resultados de una visita que

acababa de hacer a la Señora Condesa de Palma del Río, sobrina del difunto Cardenal Portocarrero, que se encontraba refugiada en uno de tantos conventos de la imperial ciudad, y que, aleccionada por la desgracia, observaba mucha más mesura que antes en sus inclinaciones austriacas, lamentando públicamente el error de su marido el Conde, que había reconocido al Archiduque en Madrid y dándolas de arrepentida y de partidaria de los Borbones, cuyo resurgimiento veía alborear.

—¡Por supuesto que esa no me pasa a mí de aquí!—confiaba docta la Catedrática, oprimiendo la pronunciada nuez de su garganta.—¡En cuanto se dieran vuelta las cosas, tornaríamos a verla contra nuestros santos Reyes! Pero no son los melindres de la de Palma lo que me ha hecho salir con este tiempo en que hasta el pensamiento parece que va a helarse, sino la noticia de que, según parece, vamos a tener aquí dentro de muy poco al cervecero ése que le dicen Starhemberg y al inglesote que manda las tropas de la Reina hereje.

—¡Más soldados todavía!—gimió la Superiora.

—¿No se meterán con nosotras?...

—¡Habrán que esconder las alhajas de la iglesia para que no se las lleven!

—¿Y con qué les van a alimentar?

—De eso precisamente se está ocupando el Conde de la Atalaya—prosiguió manifestando la de Silva—y para buscarles provisiones dicen que ha enviado dos Compañías de soldados de a caballo con objeto de que traigan todos los carneros, vacas y bueyes que hallen por los contornos.

—¡Infelices labradores! ¡Acabarán dejándoles sin tener qué llevarse a la boca!

—Pues eso no es todo—concluyó la gaceta toledana—sino que hace poco echaron bando en

Zocodover, pena de vida, para que todos los Clérigos, Frailes y vecinos de Toledo entreguen, dentro de veinticuatro horas, cubas, candiotas y tinajas, y todo piensan recogerlo y subirlo al Alcázar, donde van a darse la gran vida. ¡También tratan de hacer hornos de pan en aquellos salones tan preciosos, y están robando cantidad de harina, trigo y cebada!...

\* \* \*

Las informaciones de D.<sup>a</sup> Leocadia de Silva, aunque detalladas e interesantes, no consiguieron, sin embargo, desviar la atención de la Niña de Plata de las noticias que acababa de recibir ni de los gravísimos asuntos que la traían preocupada e inquietísima desde que dejara Madrid.

A la sensación de encontrarse encerrada entre aquellas cuatro paredes por un tiempo indeterminado, sola, sin la compañía de la Duquesa de los Cameros, con la Madre en peligro, uníanse las cavilaciones de lo que estaría sucediendo en la Corte y de si habría ya llegado el fugitivo Ecija, informándose por D.<sup>a</sup> Leonisa de que su víctima se encontraba segura, y preparándose a salvar la distancia que le separaba de ella.

No se podía, por consiguiente, perder tiempo ni dar lugar a que fuese sorprendida en su retiro por los sicarios de D.<sup>a</sup> Leonisa o del Conde, sino madurar un plan, rehacer todos los proyectos, ejecutar algo para ponerse en salvo, salir de aquella inercia fatal a que la condenaba su forzado retiro en el Convento de la Reina.

Serafina era enérgica y valerosa. La vida le había enseñado ya mucho y su ingenio poseía fertilísimos recursos para defenderse contra la desgra-

cia; pero los últimos acontecimientos habían trastornado sus ideas, colocándola en una situación incómoda y falsa. Todavía en Madrid, su autoridad, su fortuna y su gran nombre dábanle una porción de facilidades y de apoyos con que rechazar los ataques de sus enemigos. Mas ¿qué podía hacer recién llegada, en una ciudad desconocida, rodeada de soldados aliados, vigilada en todas sus salidas por centenares de centinelas y dominada despóticamente por las fuerzas de Carlos III?

Verdad era que se había traído dinero y joyas en abundancia. ¿Pero de qué le servía todo aquello por el momento? ¿La Princesa de Ornano sabía descargar sus golpes con indudable acierto, y, presa en la trampa, su prima no podía en aquellos instantes sino resignarse y aguardar angustiada el curso de los acontecimientos!

Al conocer la salida de la Duquesa de los Cameros rumbo a Brihuega, el primer impulso de Serafina había consistido naturalmente en seguirla, en correr a la cabecera de Sor Fuencisla, cumpliendo con su obligación de hija predilecta, y, cuanto más reflexionaba en ello, convencíase de que aquél era su deber ineludible. ¡Sí! ¡Su obligación y su cariño le llamaban allí, pasara lo que pasara! ¿Pero cómo salir de la ciudad amurallada? ¿Cómo hacerse abrir sus puertas, encontrándose reclusa dentro de ellas por orden expresa del Archiduque? ¿A quién acudir, no teniendo relaciones con el Conde de la Atalaya ni con el General Hamilton? Cualquier imprudencia que en su afán de escapar cometiera, serviría únicamente para llamar la atención sobre su persona, forzándola a cambiar de asilo y aumentando la vigilancia de que ya estaría siendo objeto a aquella hora, pues la Ricahembra no era persona capaz de hacer las cosas a



medias, y, antes de la llegada de la Duquesa de Sahagún, debían haberse despachado instrucciones al General portugués y a los Cabos, a fin de prevenir su huída.

¡Paciencia! ¡Era indispensable revestirse de paciencia! ¡Y paciencia en aquellos momentos en que hasta los minutos resultaban preciosos, equivalía al suicidio y a la ruina! La obsesión de tener que decidirse en algún sentido, el ambiente claustral que la rodeaba en aquel locutorio, el desamparo absoluto en que se sentía, hasta la coincidencia de no encontrar en el Convento a la persona que con tanta ansiedad buscaba, trajeron instintivamente a la memoria de la Niña de Plata una similitud y un recuerdo, que por algunos momentos la apartaron de sus infructuosas cavilaciones.

Sí, no cabía duda; aquella situación, en la que ante todo se precisaba serenidad para conservar toda la cabeza y no dejarse rendir por el infortunio, guardaba grandes analogías con otra esencial de su vida, cuando al llegar a Salamanca, después de la fuga de Madrid en compañía de Jenaro y de su madre adoptiva, se encontrara con las puertas cerradas de las Dueñas de Santa Clara y sin un refugio donde esconder sus rebeliones.

¿Qué hubiera sido entonces de Serafina sin la dirección de D.<sup>a</sup> Aldonza Urraca y sin la generosa ayuda de Jenaro y de Nardo? Seguramente habría terminado por entregarse en poder de sus perseguidores, destrozando su porvenir y apartándose para siempre de los Pereda, sin llegar a conocer el secreto que le unía a Jenaro. ¡Ah, D.<sup>a</sup> Aldonza, modelo de abnegación, espejo de madres y compañeras! ¿Dónde estaba tu sombra para proteger a la hija de tu antigua Señora, la desdichada

D.<sup>a</sup> Guiomar, a la que dedicaste lo mejor de tu ser y cuyos secretos guardaste siempre con tan incomparable perseverancia!

¡Doña Aldonza! ¡D.<sup>a</sup> Aldonza! Mientras en el locutorio seguía el cotorreo, aquel nombre armonioso y querido no se apartaba de la mente de Serafina, como si al evocarle pretendiera recibir su auxilio aun después de muerta.

Sus labios lo pronunciaban maquinalmente sin ruido; sus ojos, apartados de cuanto le circundaba, parecían contemplar la expresión de sufrimiento y de compasión con que siempre la considerara la matrona toledana; y, desvanecida por la ilusión, creyendo que continuaba el sueño de su plegaria, apenas si se sintió sorprendida cuando alguien, enfrente de ella, exclamó con voz áspera y acento conminatorio:

—No me hablen sus mercedes por favor, aunque se encuentre aquí presente su sobrina Cristinica, de esa traidora sinvergüenza que se dice mi amiga y que jamás lo ha sido, excepto cuando estudiábamos juntas en el colegio de las Doncellas. D.<sup>a</sup> Irene López de Ayala es y será siempre una austriaca empedernida, que con esto lo digo todo. Yo no he tenido más amiga en el mundo, y harto lo sabe Toledo, que Aldonza Urraca, la hermana del Privado del Cardenal Portocarrero y actual Obispo electo de Segovia. ¡Pobre mía! Un hijo dejó que se llama Jenaro de Pereda y que anda por esos mundos, sin que haya vuelto a saber de él. En obsequio de éste y por la memoria de ella, daría yo hasta el pellejo, que es lo único de que puede disponer esta pecadora desde la muerte del que pudre.

¡Las Doncellas! ¡Aldonza Urraca! ¡Jenaro de Pereda! Aquellas mágicas palabras despertaron

a la Mayorazga de Sahagún y la transportaron a la realidad, que tan prodigiosamente parecía venir en su ayuda, como si el espíritu de la valedora muerta hubiera escuchado su invocación desde el cielo, donde debía de estar contemplando a su protegida en aquel trance de amargura.

¡Las Doncellas! ¡D.<sup>a</sup> Leocadia de Silva! ¡D.<sup>a</sup> Irene López de Ayala! ¡La tertulia toledana de la casa de Urraca! ¡El entretenimiento, la única distracción, el *vicio*, como donosamente le llamaba Jenaro, de D.<sup>a</sup> Aldonza! A medida que Serafina pensaba en todo aquello, íbase haciendo la luz en sus recuerdos mediante prodigiosos esfuerzos de memoria, y sentía en los oídos las historias de su hermano y las bromas que prodigaba a su supuesta madre en el camino de Salamanca, trayendo a colación las sempiternas peleas de las viejas en el estrado y la rivalidad cruenta entre la Catedrática y la mujer liebre por el afecto de la viuda del Contador Mayor de la Casa de Taurisano.

Sí, aquella locuacísima tarasca debía de ser indudablemente la famosa esposa del siempre doliente Don Cebrián Benito Rey, la imponente *tía* con su aspecto de huso, las mejillas amojamadas y los cerdosos pelos que brotaban por doquier y que Jenaro sabía describir con tanto gracejo.

La aparición del respetable esperpento, que como buena provinciana no sabía olvidar detalle del pasado ni admitía mudanzas en cuanto a ella se refiriese, significaba algo providencial y milagroso que se ofrecía a Serafina para orientarse entre las tinieblas que la rodeaban.

Convento, monjas, penas, quejas, peligros, todo desapareció instantáneamente ante la Niña de Plata, para hacerla reconcentrar sus potencias, buscando el modo de aprovechar el inesperado au-

xilio que la casualidad le ofrecía, y haciendo planes sobre planes para conseguir su intento.

La vaguedad primera de sus proyectos pareció de pronto cristalizarse en algo que, de puro temerario, hubiera parecido impracticable a cualquiera que no perteneciese a la familia de Villarrubia y que se encontrara en condiciones normales. Pero valiente hasta lo inconcebible, persuadida, además, de que constituía su única posibilidad de éxito, aferróse la Mayorazga a la idea que acababa de asaltarle, y, decidiéndose en un segundo, púsose en pie, comenzando a despedirse de las Jerónimas, sin parecer otorgar demasiada atención a la respetuosa Catedrática, que se inclinaba hasta el suelo del otro lado de la reja, a fuerza de exagerar su reverencia, y pretextando el deseo de visitar la iglesia antes de retirarse a la celda que le fuera en el ínterin preparada como alojamiento.

Efectivamente, acompañada de la Superiora y de dos religiosas de las más antiguas, dirigióse al templo, cuya fábrica de arquitectura grecorromana formaba una sola nave, no muy grande, pero sí decente y curiosa, sin más cosa notable que los retablos de las capillas, en especial el mayor, que contenía cuatro lienzos de manos de Luis Tristán, representando las cuatro Pascuas del año. Una vez allí, postróse de hinojos la Mayorazga de Sahagún ante un altar colocado a los pies de la iglesia, donde se veía un Crucifijo con dos figuras de medio cuerpo adorándole, obra de lo bueno que hizo el Greco en su mejor estilo, y permaneció durante buen rato impetrando ardientemente el auxilio divino y la salvación de la Madre Fuencisla, cumplido lo cual y cobradas nuevas fuerzas, se encaminó hacia el interior de la casa, penetrando en su habitación, donde ya la esperaban la Señora Eu-

laria y Almudena, disponiéndolo todo para que pudiera descansar.

Sola, al cabo, con las dos mujeres, y después de cerciorarse de que nadie podía oírla, encaróse Serafina con la maja de Puerta Cerrada y aferrándola por los brazos, para hacerla sentir con mayor fuerza la importancia de sus palabras, le manifestó con acento que no admitía réplica:

—Oyeme bien, Almudena. Alguna vez dijiste que darías la vida por salvarme. Ha llegado el caso de cumplir tu promesa. Ahora mismo vas a volver al locutorio, sentándote junto a D.<sup>a</sup> Leocadia de Silva y saliendo en su compañía a la calle con el mejor pretexto que encuentres. Tienes por delante toda la noche de hoy y todo el día de mañana para ganarte su confianza. Cuando estés segura de haberlo conseguido, le cuentas quién soy y lo que la Saboyana me quiere. Le dices que Jenaro de Pereda corre en estos momentos tal riesgo, que si no acudo en su auxilio puede darse por perdido. Si es cierto que por la memoria de D.<sup>a</sup> Aldonza haría cuanto pudiese, ella encontrará el medio de sacarme de Toledo.<sup>a</sup> Le añadirás que el lugar donde irremisiblemente tengo que ir es Brihuega, y que el Archiduque y la Princesa más influyente de su Corte me han enviado desterrada aquí para alejarme del Trono de Felipe V y acabar con éste. Por último, no te olvides de añadir que yo fui la persona por quien D.<sup>a</sup> Aldonza dejó Toledo y la que asistió a sus últimos momentos, que su recuerdo constituye una verdadera devoción para mí, y que mil veces le oí decir que si alguna vez me veía en un grave aprieto y me encontraba en esta Ciudad, no vacilara en acudir a D.<sup>a</sup> Leocadia de Silva, que era la mejor amiga con que contaba en el mundo y la mujer más decidida de la tierra.

¡Lo demás corre por tu cuenta. ¡Anda, no pierdas más tiempo! ¡En tus manos y en tu pico está la suerte de todos!...

La agudeza natural de una mujer de las condiciones de la esposa de Nardo, su deseo de corresponder al afecto de la Duquesa de Sahagún, el dolor que la inspiraba la situación en que veía a la hermana de Jenaro de Pereda, el sentimiento de la responsabilidad que le tocaba en aquella empresa, erizada de dificultades; sus intuiciones y sus preferencias obraron en el entendimiento de la madrileña por tan asombroso modo, que, puestas en ejercicio todas sus facultades, no tardó en apoderarse de la atención y del interés de D.<sup>a</sup> Leocadia de Silva, consiguiendo identificar a ésta con los propósitos de la Niña de Plata y ganarla a su servicio, hasta el punto de conducirla, conmovida y trepidante, al Convento de la Reina, para que la ilustre Mayorazga concluyese de aclararle algunos puntos oscuros del relato de Almudena y le indicara en qué forma podía ayudar sus planes de liberación.

En el pleno uso ya de sus actividades, y convencida de que la fortuna le sonreía decididamente en sus proyectos, no tuvo entonces que hacer mucho la Duquesa de Sahagún para obtener la aquiescencia de su nueva aliada a cuanto punto le expuso en aquella solemne conferencia.

Cordial, animosa, ni muy reservada ni demasiado franca, fiando de la discreción de la Catedrática hasta donde podía convenirle, revelándole aquella parte de sus secretos que no perjudicaba la honra de nadie, insistiendo sobre todo en sus relaciones filiales con D.<sup>a</sup> Aldonza Urraca y en los relevantes méritos de tan piadosa persona, comportándose como una gran señora, sin humillarse ni

enaltecerse, dióse tal maña Serafina en su conversación con la Catedrática para utilizar cuanto encontrara eco cerca de ésta, que, deslumbrada y reconocida D.<sup>a</sup> Leocadia, consciente del gran papel que Dios le deparaba al fin, jubilante con poder representar algo en la vida y unir su nombre al de una de las figuras más representativas de la corte borbónica, terminó por rendirse ante la Niña de Plata, estrechando sus manos a través de la reja y jurándole fidelidad por el resto de su existencia.

Uno de los primeros cuidados de la de Silva consistió en imbuir a D.<sup>a</sup> Serafina toda clase de desconfianzas respecto de la sinceridad de algunas personas que residían en el Convento de la Reina o frecuentaban su locutorio. Cierto que la Comunidad había siempre dado muestras de gran amor por la causa de Felipe V, especialmente la superiora, Sor Martina de los Angeles, religiosa de gran mérito y prudencia; pero así y todo, D.<sup>a</sup> Leocadia no estaba segura de la sinceridad de dos o tres monjas, y, singularmente, existía entre las novicias una tal Cristinica, sobrina de la austriacísima D.<sup>a</sup> Irene López de Ayala, que primero sirviera como camarista a la Reina viuda D.<sup>a</sup> Mariana de Neuburgo cuando esta Majestad nefasta habitaba el Alcázar de Toledo, y que ahora, obligada por la necesidad y el desamparo, preparábase a ingresar sin ninguna vocación en la Orden, de quien había que guardarse mucho, pues cuanto oía o averiguaba lo repetía a su tía, cuya frecuente presencia en el locutorio de las Jerónimas constituía uno de los mayores disgustos para la honrada Catedrática.

En cuanto a los justísimos deseos de la Duquesa de Sahagún, la principal dificultad para su realización estribaba en decidir qué procedimiento sería mejor para facilitar a Su Excelencia la salida de

Toledo. La *tía* contaba con una casa bastante retirada y amplia, en que podría hospedarse la fugitiva, aunque tal refugio no dejase de ofrecer muchos inconvenientes por ser conocido de hartas personas, principiando por la mujer liebre; mas carecía en absoluto de medios para transportar a la Mayoralza fuera de la población, aun disponiendo del dinero que inmediatamente puso ésta a su disposición, sin limitaciones de ninguna especie.

Aquellos obstáculos no podían arredrar, sin embargo, a D.<sup>a</sup> Serafina, que cada vez iba viendo más claro y obrando con mayor discernimiento en sus negocios. Lo verdaderamente importante por el momento consistía en estar al corriente de lo que sucedía en la ciudad y descubrir sobre todo si el Conde de Ecija había llegado a Toledo, solo o acompañado de alguna gente. Para conseguirlo sobrabanle medios a D.<sup>a</sup> Leocadia, que recordaba perfectamente a Don Gilito de Albornoz, probable monitor del prócer, y disponía de entrada en la mayor parte de las casas toledanas, estando en contacto con las Dignidades de la Catedral y los mentideros más conspicuos de la población.

Por otra parte, se utilizaría la eficacísima ayuda de Almudena, maestra en entablar conocimientos y hacer hablar a mesoneros, trajinantes y mozos de mulas.

Y, por si esto no era bastante, quedaba la señora Eularia, a quien se le encargó la frecuentación de los escuadrones catalanes, entre los que acaso se pudieran recoger informaciones de indudable interés sobre la futura marcha de las tropas.

Puestas en actividad las tres hembras, pronto se persuadió la Duquesita de que aun no era venido su verdugo, y, aprovechando el respiro, dedicóse por entero a ganar la amistad y la complicidad de



las benditas Jerónimas que la amparaban y que veían en Su Excelencia, primero, a la ahijada y protegida de la venerada Madre Fuencisla, modelo indiscutible de todas, y después a la posible valedora del Convento, necesitado de tantas obras que le permitieran seguir desafiando el desgaste de los siglos y la miseria de los tiempos.

La fortuna fabulosa de la Niña de Plata y el renombre universal de sus títulos; la crecida limosna que apenas llegada entregó en manos de la Superiora, como ayuda de costas y con promesa de aumentarla más tarde; la visita minuciosísima que en compañía de las Religiosas más graves verificó por la casa, sin perdonar desván ni salida, y escuchando atenta el relato de todos los peligros que amenazaban por las vecindades al vetusto edificio; su señorío irresistible; aquella su dulzura y el buen modo con que ganábase las simpatías de cuantos llegaban a saludarla; la devoción sincera de que daba constantes muestras, así como la cantidad de misas y rogativas que al punto encargó por el restablecimiento de la Madre de Brihuega; las referencias admirativas de las criadas; las ponderaciones sin fin de D.<sup>a</sup> Leocadia, y hasta la modestia de la insigne Mayorazga al negarse a ser distinguida con ningún honor, declarando su voluntad de seguir habitando la misma celda que antes ocupara la Duquesa de los Cameros, constituyeron otros tantos motivos de pasmo y consuelo para las sencillas monjitas, que ya comenzaban a ver en la heredera de los Sahagún toda la esperanza de su remedio futuro, y que terminaron ofreciendo a D.<sup>a</sup> Serafina cuanto de ellas dependiese a fin de sacarla con bien en las cuitas que le preocupasen o le afligieran en el presente y en el porvenir.

Satisfecha con el efecto de sus incesantes dili-

gencias, resolvió entonces la hermana de Jenaro llamar en su auxilio a Lord Ramsbockle, con pretexto de pedirle noticias de la llegada de los Generales, y, desde las primeras palabras del impetuoso inglés, pudo darse cuenta de que, no sólo no se había presentado aún en Toledo el fugitivo Ecija, sino de que, en caso preciso, podría contar con la fuerza del brazo del Oficial británico para librarla de aquel traidor, cuya tortuosa conducta inspiraba justificada repulsión a un hombre de las condiciones y arrogancias del brillante guardia de la Reina Ana.

Para acabar de serenarla, comunicóle, además, el Lord que se había recibido en Toledo una orden dando licencia a las Señoras de los Grandes que se encontraran en Toledo autorizándolas a restituirse donde juzgaran más conveniente, y, loca de alegría D.<sup>a</sup> Serafina con aquella noticia, comenzó a tomar acto continuo sus disposiciones a fin de emprender en seguida la expedición a Brihuega, en que constantemente soñaba, y que la permitiría reunirse allí con D.<sup>a</sup> Blanca.

Mas por desgracia, y no obstante todos los esfuerzos de su servidumbre, las dificultades de encontrar en seguida un carricoche con algún cochero práctico de los caminos que les guiara en el áspero trayecto, y, sobre todo, los apuros para adquirir, aun a peso de oro, las caballerías necesarias, por estar todas las que valían algo en poder de los Regimientos aliados, hicieron perder a D.<sup>a</sup> Serafina dos días en los preparativos de su viaje, dando lugar a que el 20 de Noviembre, cuando ya estaba todo dispuesto para la partida, se revocase el anterior Decreto, resolviéndose nuevamente que las Señoras no abandonasen Toledo, *por convenir así al servicio de Su Majestad*, violencia injustificada que nadie podía

explicarse y que la Mayorazga atribuyó desde luego a influencias de su prima la Princesa de Ornano, empeñada en mantenerla prisionera en la imperial ciudad hasta la llegada del Conde de Ecija.

Menos enterada, en cambio, la rencorosa D.<sup>a</sup> Leocadia de Silva de las intimidaciones de la Duquesa de Sahagún, y dejándose llevar una vez más por la pasión de bandería que siempre la distinguiera, complacíase en atribuir a toda hora la culpa de la revocación del Decreto a las denuncias y espionajes de su antagonista, la inofensiva mujer liebre, D.<sup>a</sup> Irene López de Ayala, quien, según ella, no le perdía pisada y debía de haber descubierto la privanza con que era distinguida por Su Excelencia, denunciando al Conde de la Atalaya el proyecto de la fuga y entorpeciendo ésta, gracias a sus poderosas influencias cerca del partido austriaco.

La cierto fué que, lejos de desanimar aquel nuevo contratiempo a la decidida D.<sup>a</sup> Serafina, sirvióle de acicate para redoblar prevenciones y ultimar detalles, haciendo ocultar por de pronto los mulos recién adquiridos y adoptando toda clase de medidas para huir en cuanto fuera necesario.

El plan, sin embargo, había sufrido algunas variaciones que lo mejoraban. Gracias a la señora Eularia, estaban enteradas de que, pasado el Tajo por las barcas de Aceca, antes de Villaseca de la Sagra, a la margen derecha del río, encontrábase una magnífica dehesa propiedad del Conde de Cifuentes, en la que abundaban las caballerías y, además, se custodiaba un magnífico coche de camino que el capataz de la finca no tenía escrúpulos de vender si se lo pagaban bien. Y, por otra parte, D.<sup>a</sup> Leocadia de Silva, después de reflexionar mucho sobre los peligros de todo orden que entrañaba la instalación en su domicilio particular de tres per-

sonas desconocidas del vecindario, había terminado por caer en cuenta de que las llaves de la casa de Don Juan Antonio Urraca, el hermano de D.<sup>a</sup> Aldonza, donde ésta habitara con su hijo mientras vivió en Toledo, estaban en su poder y el edificio a su exclusivo cuidado y sin morador alguno, facilidades que consentían el hospedaje de D.<sup>a</sup> Serafina y sus criadas allí todo el tiempo que fuera necesario, sin peligro de ser descubiertas ni sospechadas.

Resuelta, sin embargo, la generosa Duquesita a no comprometer por culpa suya a las inocentes Jerónimas, haciéndolas responsables de su desaparición del Convento sin resultado ulterior alguno, ya que siempre quedaría en pie el problema de salir de la ciudad, y confiando en que la llegada del General Stanhope, que se anunciaba para el 21, allanaría todas las dificultades, prefirió esperar unos días más antes de dar el golpe, contentándose con enviar nuevo recado a su paladín Walter Ramsbockle, rogándole hablara en cuanto pudiera a su General a fin de solicitar la valiosa protección de éste en el caso de que Ecija tratase de recurrir a la violencia para sacarla del Convento de la Reina, suceso muy probable si, como presumía D.<sup>a</sup> Serafina, venía Su Excelencia con la escolta del Mariscal Starhemberg, buscando mayor seguridad y apoyo.

Efecto de tan acertadas precauciones y del exquisito cuidado del Lord en cumplirlas, fué que, apenas verificada la entrada de las fuerzas en la fecha indicada y celebrado un Consejo de guerra en que los Jefes deliberaron largo tiempo sobre el plan de conducta que debían adoptar, tras de recibir un regalo muy cumplido que les hizo la ciudad, se presentara el propio Don Diego Stanhope en el refugio de la Duquesa de Sahagún para saludar a Su Exce-

lencia y conversar reservadamente con ella del asunto que tanto le importaba, dejando pasmadas de asombro con aquella visita a las borbónicas Religiosas del Convento de la Reina, y desconcertada en absoluto a la íntegra D.<sup>a</sup> Leocadia de Silva, que acertó a salir por el portal de la calle en tan memorable instante, e inmediatamente volvió a entrar en la santa casa a fin de averiguar lo que se tramaba en ella.

\* \* \*

El aspecto del galante General inglés, no obstante su empeño por conservar la flema británica y el irónico escepticismo que caracterizaba su genio, permitía ver claramente al penetrar en el locutorio de las Monjas Jerónimas toda la preocupación que le causaban los graves errores cometidos por el ejército aliado desde la salida de Zaragoza, errores sin compostura y en los que le cabía a él la mayor responsabilidad.

Sus primeras palabras al encontrarse con D.<sup>a</sup> Serafina, en quien siempre apreciara una inteligencia pronta a comprenderle y a simpatizar con sus puntos de vista, fueron para lamentarse de los últimos sucesos ocurridos en la capital y atacar con verdadera saña la conducta del Mariscal Guido de Starhemberg, de quien confesó hallarse distanciado, complaciéndose después en poner de relieve la ineptitud de Carlos III y su falta absoluta de condiciones para reinar fuera de Cataluña y atraerse el afecto del resto de sus súbditos.

La elocuencia del Representante de la Reina Ana cuidóse muy bien, empero, de atribuir a las acertadas medidas del Duque de Vendôme, o a la heroica actitud de Felipe V y a la decisión de las

tropas españolas, el fracaso de todas las intentonas del ejército portugués para unirse a los invasores de Madrid y sacar a éstos del compromiso en que se habían empeñado por simple y total desconocimiento del espíritu castellano.

Aquello, sin embargo, no tenía importancia, y los únicos responsables de todo lo sucedido eran los flojos lusitanos, arrepentidos ya de haber entrado en la guerra y deseosos de terminarla cuanto antes, sin más pérdidas que las hasta entonces sufridas.

En cuanto a las deliberaciones de Ciempozuelos y a la cobardía demostrada en ellas por cuantos rodeaban al Archiduque, con excepción de la Princesa de Ornano, que había peleado hasta el último momento por sostener la energía del Soberano y su fe en el destino, Stanhope juzgaba que constituían una verdadera vergüenza y demostraban la nulidad del hermano del Emperador para elevarse a la altura del papel que pretendía desempeñar en el mundo.

Desechando los consejos de sus nuevos partidarios, todo el empeño de Carlos de Austria habíase limitado a querer reunirse cuanto antes con la esposa Regente, amenazada, según él, de inminentes riesgos en Barcelona; y, oponiéndose con su terquedad de costumbre a fijar la residencia en Toledo o en alguna otra capital de Castilla, había conseguido al fin partir, escoltado por 800 soldados de caballería, camino de Zaragoza, en compañía de las personas más comprometidas por su causa durante la ocupación de Madrid, entre las que se contaban toda clase de Grandes, nobles, militares y garnachas, amén de damas tan ilustres como la Princesa de Ornano, la Duquesa de Arcos, la Marquesa del Carpio, la de la Laguna y la famo-

sísima Condesa viuda de Paredes de Nava, Princesa de Mantua por su nacimiento.

La opinión del Conde Stanhope, que, según él, había salvado a Madrid del saqueo, medida a que se inclinaban muchos Generales y Jefes del ejército aliado, consistía también en que se aguardase, fortificados en algún lugar conveniente, la marcha de las fuerzas de Felipe V, a las que ya se suponía camino de Talavera de la Reina. Un ataque imprudente o precipitado de Vendôme, seguido de otra derrota más, podría cambiar en un día el aspecto de toda la campaña.

Mas este parecer no encontraba eco en nadie, ni siquiera en las tropas que, cansadas y deprimidas, sólo ansiaban encontrarse en terreno propicio para reponerse y olvidar los sinsabores que acababan de sufrir.

La expedición a Toledo representaba, pues, un pretexto para dejar Madrid; el anuncio de que la ciudad imperial se convertiría en Corte y residencia de Carlos III, otro invento para ganar tiempo y dar lugar a que el Archiduque se alejara rápidamente. Lo único que Stanhope sentía, por encima de todo, era que la orgullosa Majestad austriaca no se hubiera encontrado bastante cerca de la verdadera capital de España para oír el festivo clamoreo de las campanas y el confuso rumor de otras demostraciones con que los alborozados madrileños aclamaban de nuevo y estrepitosamente a Felipe V, celebrando con una especie de delirante manifestación la ausencia de sus molestos y aborrecidos huéspedes.

—¿Quiere decirse, entonces—interrumpió D.<sup>a</sup> Serafina, profundamente interesada por cuanto estaba escuchando—, que vuestra permanencia aquí, entre nosotros, será corta?

—Tan corta, amiga mía—repuso el General—, que pasado mañana, a más tardar, nos pondremos nuevamente en camino, dirigiéndonos por columnas separadas hacia la raya de Aragón y abandonando por ahora esta ingrata tierra. Precisamente por ello, y porque sabe Dios cuándo nos volveremos a encontrar, es por lo que he venido a veros, pues ya sabéis que me inspiráis la mayor simpatía y deseo daros una verdadera prueba de ello. Mientras permanecíamos aún en Ciempozuelos, tuve ocasión de recibir a uno de los nuevos funcionarios de los Consejos de Carlos III, que estima muchísimo a Vuestra Gracia...

—¡Don Bruno Zorraquin!—exclamó la Duquesa.

—El mismo. Y, por su conducto, me he informado de la verdadera causa, que yo ignoraba, de vuestro destierro aquí, y de vuestras diferencias con la Princesa de Ornano, cuya persona y procedimientos nunca me han inspirado simpatía. Un abate ridículo, pero que, según parece, pertenece a ilustrísima familia y que también se interesa por Vuestra Gracia, me ha informado a su vez, pocas horas antes de salir de Ciempozuelos en la comitiva de Carlos III, de que el Conde de Ecija, vuestro indigno esposo, se ha escapado en efecto de su prisión, gracias a un procedimiento habilísimo, y anduvo buscándoos por Madrid, siendo de presumir que de un momento a otro se presente en Toledo con cartas del Archiduque en que se ordene al Conde Starhemberg vuestra detención y el conduciros bien custodiada hasta Barcelona, dominando cuantas resistencias podáis ofrecer.

—¿Llevarme otra vez a Barcelona?—protestó la víctima—. ¡Jamás! ¡Jamás! ¡Antes morir! ¡Morir mil veces!

El General inglés consideró con simpatía eviden-



te aquella actitud de la intrépida doncella, y añadió conmovido:

—¡Esas palabras eran justamente las que yo esperaba oír de vuestros labios! Si, como ahora estoy convencido, la persona a que antes me referí os inspira el desprecio que a mí me merece, he aquí el proyecto que someto a vuestra consideración para libraros de todos sus ataques. Antes de que anochezca, es decir, dentro de muy pocas horas, porque los momentos son preciosos, es menester, Señora Duquesa, que salgáis de Toledo para retiraros donde al Conde de Ecija le sea imposible seguir importunando a Vuestra Gracia. Como a mí me sería imposible protejerlos en el camino que seguirán los ejércitos y éste os expondría a los mayores riesgos, se necesita que emprendáis el contrario. Andalucía, con Córdoba o Sevilla, os ofrecen por de pronto un retiro seguro y agradable, desde donde Vuestra Gracia podrá dirigirse a Madrid o donde más le convenga. Hasta que oscurezca, mis soldados, que ya están prevenidos, vigilarán esta casa, impidiendo que salga o entre nadie en ella, cualquiera que sea su condición y dignidad, que no pertenezca al Convento. Tengo a vuestra disposición mi coche y una compañía de granaderos que os escoltará durante algunas leguas hasta dejaros en salvo. ¿Aceptáis?

La Niña de Plata reflexionó durante algunos segundos, y, decidiéndose al cabo, extendió reconocida sus lindas manos hacia el General, murmurando con emoción:

—¡Acepto! ¡Correré cuantos riesgos sean precisos!

—¡Ah, Señora Duquesa!—exclamó transportado de admiración el caudillo—. ¡Por fin me marcho de Castilla habiendo cumplido algo de bueno en

quien tanto lo merece! ¡Si las demás mujeres se os pareciesen, qué agradable sería vivir eternamente en estas tierras! ¡No en balde Sir Archibald Darley pretendía llevaros a Inglaterra, como el mejor trofeo, para no desprenderse nunca de Vuestra Gracia!...

\* \* \*

Los minutos que siguieron a la anterior entrevista fueron de intensa meditación para la hermana de Jenaro de Pereda, que retirada en su celda y contemplando distraída los preparativos de marcha que ultimaban sus criadas, a las que se había agregado D.<sup>a</sup> Leocadia de Silva, recién admitida en la clausura gracias a las circunstancias extraordinarias que atravesaba el Convento, no parecía estar todo lo contenta que debiera por el inesperado y dichoso rumbo que tomaba su suerte.

Cierto que aquella salida ofrecía las mejores perspectivas para la seguridad de todos, solucionando de manera incomparable y pacífica el problema del presente; mas el ánimo aventurero de la descendiente de los Villarrubia y su ansiedad de todas las horas por encontrarse en Brihuega y saber qué había sido de Sor Fuencisla, influía en D.<sup>a</sup> Serafina hasta el punto de hacerla considerar desencantada y poco contenta el soso desenlace de su novela, que le apartaba por tiempo indeterminado de los seres a quienes más respetaba en el mundo.

¿Qué iba a hacer su angustia en Córdoba, ni en Sevilla, ni siquiera en Madrid, mientras todas las personas de su cariño luchaban o se sacrificaban muy lejos de allí por un ideal infinitamente superior al de la propia conveniencia? ¿No equivalía

semejante huida ante el enemigo, a la desairada conducta del Archiduque, abandonando ejército y honra para buscar abrigo dentro de las murallas de la única ciudad que le merecía confianza? ¡Y lo peor del caso era que no cabía otro recurso, ni estaba en su mano el elegir distinto medio para evitar el odioso contacto de su marido!

Doña Leocadia de Silva, que asistía ceñuda a la escena, siguiendo con resentida mirada los movimientos de la señora Eularia y de Almudena, tampoco muy conformes con la variación del itinerario, cavilaba por su parte en la inestabilidad de las cosas humanas y en la gloria personal e imperecedera de que le privaría ante la posteridad aquella intervención de un hereje inglés en los negocios de su admiradísima Duquesa, negocios que hasta aquel punto corrieran por exclusiva cuenta de su toledano entendimiento.

¡Cómo se regocijaría la proterva D.<sup>a</sup> Irene López de Ayala, y la aborrecida camada austriaca, si algún día llegaban a enterarse del fracaso de sus diligencias y del contubernio imperdonable de la Mayorazga con el enemigo de Felipe VI!

El nombre detestado de la mujer liebre trajo inmediatamente a la infalible memoria de la Cate-drática el recuerdo de haberla visto hacía poco en la portería del Convento, durante la visita del General Stanhope, conversando por el torno con alguien que debía de ser su sobrina Cristinica, la hipócrita novicia que tantos recelos causaba en la desconfiada viuda de Don Cebrián Benito Rey.

Lo inexplicable de la coincidencia y la sospecha, trocada al punto en certidumbre, de que tal parloteo revelaba la existencia de dobles y torpísimos tratos entre ambas pécoras para entregar inerte a D.<sup>a</sup> Serafina en poder del verdugo que la perseguía, co-

menzó a remover la bilis de la de Silva hasta el punto de serle imposible acallar por más tiempo sus resquemores, comenzando a darles curso delante de sus oyentes, quienes, preocupados con sus cosas, no parecieron concederles al principio toda la importancia que tenían en la autorizadísima boca que los expresaba.

Resentida D.<sup>a</sup> Leocadia por tanta indiferencia, terminó diciendo con voz cavernosa:

—Su Excelencia ignora de lo que es capaz ese escorpión y la parentela que sigue sus consejos. Para juzgar de sus artificios sería menester haberles seguido paso a paso en la vida, como hice yo desde que me abandonó D.<sup>a</sup> Aldonza Urraca, descubriendo en su curso claudicaciones y vilezas que espantan. Baste decir que mientras la señora Princesa de Ornano vivió en Toledo, D.<sup>a</sup> Irene era uno de sus auxiliares preferidos para conspirar con los de su partido, y que de ella se valía vuestra ilustre prima para enviar mensajes a Jenaro y encalabrinar más y más al imprudente mancebo.

Aquellas palabras tuvieron la virtud de impresionar a la Niña de Plata en forma tal que, dejando todo y clavando la vista en D.<sup>a</sup> Leocadia, preguntó interesadísima:

—¿Tanta influencia ejerce D.<sup>a</sup> Leonisa sobre esa persona?

—¡Influencia!—corroboró con hiel la viuda—. ¡Para semejante víbora, una palabra, un deseo, una mirada de la señora Princesa de Ornano equivalen a otras tantas órdenes de las que no se apartaría aunque le costaran la salvación del alma!

—¡Ojalá sea verdad cuanto decís, D.<sup>a</sup> Leocadia—exclamó impetuosamente la Niña de Plata—, porque en ese caso nos habríamos salvado y no necesitaríamos de nadie para llegar al logro de cuanto

nos proponíamos, despistando, además, por algún tiempo a cuantos acechan mis pasos.

Las mujeres alzaron las cabezas sorprendidas e interrumpieron sus quehaceres. D.<sup>a</sup> Leocadia largó algunos resoplidos, nerviosa, y contempló atónita al ídolo de su culto.

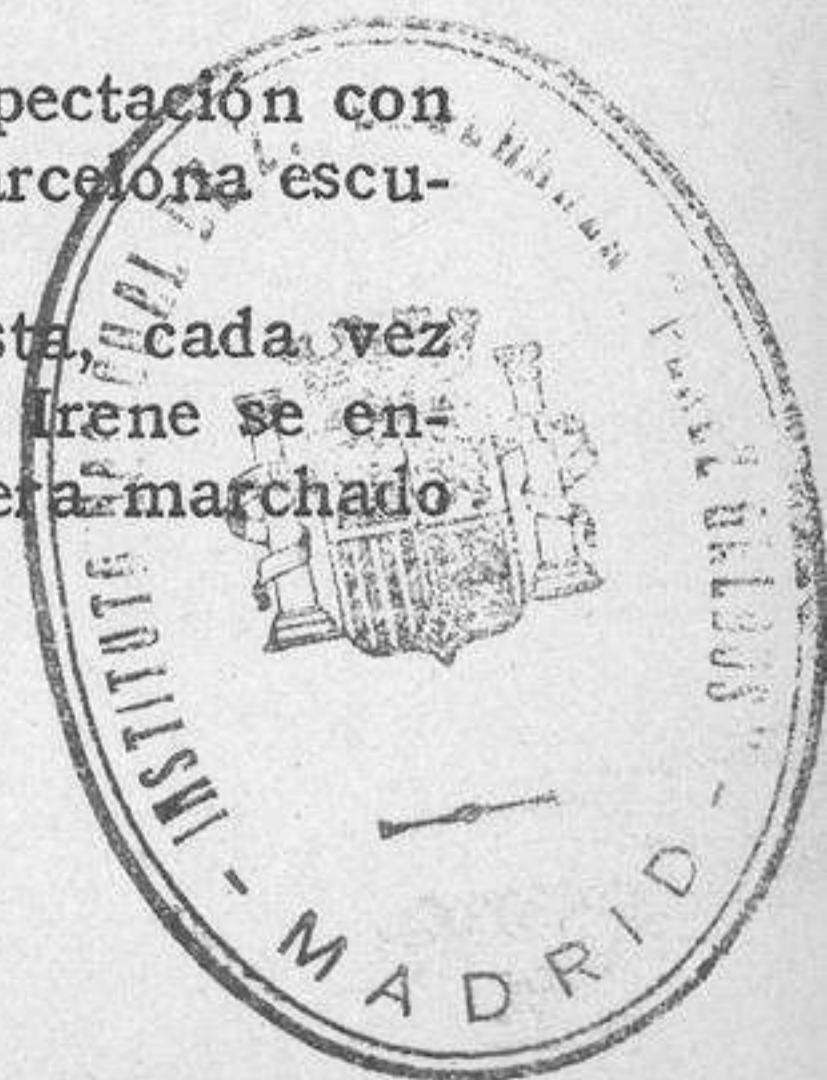
¿Qué plan estaría combinando aquella inteligencia privilegiada? ¡Indudablemente merecía ser hija de Aldonza Urraca, a juzgar por su despejo y resolución admirables!

Serafina, en tanto, recogida dentro de sí misma, espoleada por el ansia de seguir el impulso de su corazón, que la empujaba irresistiblemente hacia adelante, incapaz de retroceder en el camino que se había trazado, reflexionaba, tapándose el rostro con las manos, hasta que, iluminada por una inspiración, dirigióse a sus silenciosas subordinadas para hablarles así:

—Si efectivamente esa D.<sup>a</sup> Irene López de Ayala es como vos la pintáis y como me la describió Jenaro tantas veces, acaso en su adhesión a Doña Leonisa y en la miseria que la hace descender a comisiones tan bajas, encontraremos el medio de burlar a todos nuestros enemigos y vengarnos de sus trapisondas, valiéndonos de una estratagema que les dolería mientras viviesen, caso de salir bien, librando además a estas pobres Monjitas de toda responsabilidad ante las autoridades por mi desaparición.

Semejante anuncio aumentó la expectación con que las hijas de Madrid, Toledo y Barcelona escuchaban a su joven Señora.

—Todo dependería —prosiguió ésta, cada vez más firme en su idea— de que D.<sup>a</sup> Irene se encontrara aquí todavía y no se hubiera marchado ya del Convento.



—¡De eso no le quepa duda a Vuestra Excelencia, pues como lambeta no tiene igual! — aseguró la Catedrática.

—¡Además — agregó la Señora Eularia —, desde que vino el General Stanhope hay orden de no dejar salir a nadie que no vista el hábito de religiosa jerónima, y la calle está guardada por soldados!

—El señor inglés, ese tan buen mozo que vino con nosotros — concluyó diciendo Almudena —, es quien manda las fuerzas, y como es tan bragado, seguro que al que se atreviera a intentar la retirada le dejaría lisiado para toda la vida.

—Siendo así — declaró, respirando tranquila, D.<sup>a</sup> Serafina —, todo es cuestión de saber aprovechar el tiempo y arreglar las cosas antes de la llegada del coche del General Stanhope, que no debe de tardar ya mucho en venir a buscarnos. Por de pronto — añadió, dirigiéndose a la Señora Eularia y a Almudena —, es cosa resuelta, para todo el mundo, que vosotras no me acompañaréis en el viaje y que ambas os quedaréis en este Convento hasta que podáis regresar a Madrid.

—¿Cómo? — protestaron a coro la madrileña y la catalana.

—La Duquesa de Sahagún — continuó disponiendo impertérrita D.<sup>a</sup> Serafina — llevará únicamente en el coche que le brinda la galantería del General en Jefe británico, a Cristinica, la novicia del Convento de la Reina, para que ésta no pueda informar a nadie, si se quedara, de las circunstancias que harán famosa la jornada de Su Excelencia a Andalucía.

Doña Leocadia, que seguía con la mayor atención las palabras de la Mayorazga, comenzó a agitarse ante la perspectiva de acertar con lo que la Niña de Plata se preparaba a decir.

—Ahora mismito — continuó diciendo ésta — voy a hablar con mi amiga la Superiora Sor Martina de los Angeles y a pedirle su ayuda para cuanto necesito. Creo que la conseguiré, invocando el nombre de la Madre Fuencisla y poniendo a la buena Señora en el trance más difícil por que atravesará en el resto de su existencia. Logrado esto, mandaré llamar a D.<sup>a</sup> Irene López de Ayala, y... aún no sé lo que le diré ni por dónde comenzaré mi discurso; pero abrigo el convencimiento de que la mujer liebre acabará por aceptar cuanto pienso proponerle, terminando por trocar vestidos conmigo y cubrirse de pies a cabeza con el manto que la Señora Eularia va a entregarme inmediatamente.

—Le asegurará Vuestra Excelencia — apresúrese a sugerir la excitadísima Silva — que Toledo va a ser saqueada y que su vida corre peligro inminente, si permanece aquí, expuesta a mis denuncias. Le ordenará, en nombre de la Princesa de Ornano, que obedezca cuanto sea de su gusto. D.<sup>a</sup> Irene conoce el parentesco que une a Vuestras Excelencias, pero ignora en absoluto las diferencias que las separan, y creerá cuanto la insinúen de parte de D.<sup>a</sup> Leonisa. Le...

—Le proporcionaré recursos para continuar viviendo con su sobrina en cualquier parte, sin necesidad de arbitrios ni de vocaciones forzadas — declaró la Mayorazga —, y probablemente será ese argumento el único que en el fondo la persuada de la conveniencia de tomar mi puesto y salir del Convento como si fuera la propia Duquesa de Sahagún, instalándose en el coche que encontrará a la puerta y no levantando su velo, ni pronunciando palabra durante veinticuatro horas.

—Pero, Señora — interrogó alarmada Eularia —, ¿va a permanecer Vuecencia aquí, exponiéndose a

ser descubierta en cualquier momento y dejando perder una ocasión tan rica para burlar a todos sus perseguidores?

—Mi deber, Eularia — contentóse con responder la hermana de Jenaro de Pereda —, me llama en estos instantes a Brihuega, que es el lugar donde he de dirigir mis pasos, por encima de todo, aunque me costara la libertad y hasta la vida.

—¡Veremos quién se atreve a atacarla! — amenazó Almudena, enajenada de gozo al oír hablar de aquel modo.

—Oídme bien todas — concluyó D.<sup>a</sup> Serafina, sin atender más interrupciones —. Si consigo cuanto pretendo, una vez que hayamos visto salir el carruaje con la escolta inglesa, y seguras, por tanto, de que todo el mundo, incluso el General Stanhope, están convencidos de mi ausencia y libertad, Doña Leocadia de Silva y yo, disfrazadas de monjas Jerónimas, saldremos del Convento por la puerta de la Iglesia, dirigiéndonos inmediatamente a casa de los Urraca, donde me atrancaré como es debido y pasaré la noche encomendándome a Dios. Vosotras, en tanto, velaréis aquí, y si, como presiento, turbara vuestro reposo el Señor Conde de Ecija, a fin de interrogaros e inquirir dónde me he dirigido, lejos de callaros, quedáis autorizadas para comunicar a Su Excelencia cuantos detalles creáis del caso y sean capaces de hacerle correr a buscarme por el camino de Andalucía, donde nada nos preocupa lo que pueda ocurrir.

—¿Y después?... — interrogaron a un tiempo las subordinadas.

—Después... ¡ya veremos! En una forma u otra, nosotras procuraremos salir del compromiso. ¡Tened sobre todo presente que dentro de dos días abandonan los Generales la ciudad y que tras ellos



marcharán todas las tropas, incluso las que guardan Toledo, que volverá a proclamar en seguida la gloria de Felipe VI!

—¡Viva Felipe VI! — clamó reverente la Catedrática, en voz baja y bronquísima.

—¡Esperad, esperad un poco, que aun no hemos vencido! — manifestó inquieta la Duquesa de Sahagún —. ¡Y mientras yo trato de cumplir lo que mi conciencia me demanda, permaneced aquí sin chistar, rezando para que todo salga con bien y el Señor me otorgue el consuelo de recibir por última vez la bendición de la Madre Fuencisla!

\* \* \*

La misma incoherencia del proyecto de Serafina, su inverosimilitud, las fallas de todo género que encerraba y que nunca hubieran podido engañar a una persona como la Princesa de Ornano, concedora del atrevimiento y los arranques de que era capaz la Niña de Plata, cuando llegaba la ocasión de sacudir el yugo con que se la amenazaba, pasaron desapercibidos para los cómplices que la ocasión deparó a la Duquesa de Sahagún, permitiendo a ésta realizar íntegramente su plan, sin obstáculos ni vacilaciones.

Desaparecido apenas el coche que custodiaba a la temblorosa mujer liebre, transformada por algunas horas en Grande de España de primera clase, y protegida, además de su radiante sobrina, por veinte Granaderos ingleses que no dejaban acercarse a nadie para descubrir lo que se escondía detrás de las cortinas del carruaje, D.<sup>a</sup> Serafina abandonaba con paso firme el Convento de la Reina, lanzándose por las calles de Toledo en com-

pañía de la Catedrática D.<sup>a</sup> Leocadia, que no se hubiese cambiado en aquel momento por el mismísimo Primado, caso de existir reemplazante en la silla arzobispal del fallecido Cardenal Portocarrero, y guiaba solícita los pasos de la temeraria Duquesa hacia la vivienda abandonada de los Urraca, que tantos recuerdos suscitaba en la memoria de una y otra.

Las presunciones de la Mayorazga resultaron, además, tan fundadas por lo que se refería al Conde de Ecija, que aquella misma noche, poco después de la hora en que los bandos prohibían la circulación de peatones en Toledo, llamaba a las puertas del Convento de Jerónimas el fugitivo esposo de D.<sup>a</sup> Serafina, acompañado de varios alguaciles y clérigos, y seguido de media docena de acompañantes de todo pelaje, entre los cuales no tardó en reconocer la Señora Eularia al enredador Don Gilito de Albornoz, bienquisto de sus ojos y aun de su hospitalario corazón un tiempo, durante la permanencia de la familia Villarrubia en Barcelona.

Intimidada la entrada en el religioso asilo por la autoridad eclesiástica, gracias a una autorización autógrafa de Don Atanasio Estarripa, Obispo de Anillo en el Arzobispado, que acompañaba al Archiduque en su retirada y que seguramente habría cedido a las instancias de la Princesa de Ornano, firmando sin previa consulta la sentencia de la Niña de Plata, el enojo y la desilusión del sorprendido Ecija no reconocieron límites al ser conducido a presencia de la Superiora y enterarse por ésta de que el pájaro había volado horas antes, dando lugar con ello a una escena violentísima en que se terminó procediendo al registro de la santa casa, sin miramiento para nadie y con hartos es-

cándalo de las personas que presenciaban tamaño desafuero.

Almudena y la Señora Eularia, que también fueron conducidas ante el indignado magnate, no hicieron otra cosa que confirmar las declaraciones de Sor Martina de los Angeles, fingiendo mucho temor al presenciar los arrebatos de aquel hombrecillo repulsivo, y acabando por añadir algunos datos relativos a la evasión, que completaran el desconcierto y la cólera del Conde al enterarse de la participación del General Stanhope en el asunto.

—¡Qué modo de mirar tiene ese Señor! — confiaba el día siguiente Almudena a D.<sup>a</sup> Serafina, en casa de los Urraca, donde por fin se encontraban reunidas todas —. Yo, en cuanto le vi, me recordé de que le había encontrado otra vez en cierta medianoche de las Casas de Uceda, a que me llevaron engañada en tiempos del Generalísimo Duque de Orleans, y donde, con perdón de Vuecencia, tuve que sacudirle y hasta tumbarle en el suelo cuando pretendió propasarse más de lo justo. Pero, claro, entonces no me di cuenta de quién era, ni nadie mentó su título delante de mí. Además, el Señor Conde, como el Príncipe y como todos los demás, menos una servidora, estaban más borrachos en aquella ocasión que diez cubas juntas. A pesar de ello, y aunque una no sea cobarde, le confieso a Vuestra Excelencia que, al topármelo anoche de repente, sentí como un escalofrío a lo largo del cuerpo, respetive a la Señora Duquesa naturalmente, y no me animaba a hablarle ni a mirarle muy en el rostro. Gracias a que, con el entripado que le comía por dentro, pareció no conocerme, y habló casi todo el tiempo con la Señora Eularia, preguntándole cosas e insistiendo en sonsacarle la dirección que llevaba el coche con la mujer liebre. ¡Ay,

Jesús, con D.<sup>a</sup> Irene quise decir! ¡Vuestra Excelencia se digne disculparme!

El resultado de la inquisición fué que, persuadido Ecija de que aquellas mujeres no sabían nada más y de que Serafina se había burlado de D.<sup>a</sup> Leonisa y de él, aceptando el reto que tan imprudentemente le lanzara la Princesa de Ornano al revelarle su fuga de la prisión de Fuenterrabía, optó, como presumía la sagacidad de la Niña de Plata, por seguir al coche que se alejaba camino de Andalucía, partiendo poco después del Convento de la Reina y dejando escandalizadas y medrosas con sus arrebatos a las pobres monjas jerónimas, que tan fielmente acababan de cumplir las instrucciones de la protegida de Sor Fuencisla.

El reconocimiento de Serafina hacia las buenas Religiosas y la satisfacción intensa que le produjera el resultado de sus artificios, no estorbó, sin embargo, que discutiese con sus colaboradoras muy detenidamente la conducta que convenía seguir, ya que la partida no estaba ganada ni mucho menos, mientras continuaran en Toledo los ejércitos aliados y la Majestad de Carlos III pudiese seguir dictando órdenes a sus imaginarios súbditos.

Descubierta o no la comedia de la huída, y desenmascarada o guardando todavía el incógnito Doña Irene López de Ayala, podía en cualquier momento regresar el Conde de Ecija e insistir en sus búsquedas, procediendo con más calma y acabando por descifrar la clave del misterio que unas cuantas mujeres habían combinado a fin de impedirle recuperar lo que no debía ser suyo.

Fuese cual fuese, no obstante, el resultado futuro de la intriga, lo indudable, lo que saltaba a los ojos de cualquiera, era que la Duquesa de Sahagún

tenía que permanecer escondida en casa de los Urraca mientras permanecieran en Toledo las tropas del Archiduque.

Por suerte, el lunes 24, y cuando llevaban ya dos días de encierro en aquella mansión que tantas imágenes queridas evocaba en la memoria de la Niña de Plata, la ciudad, ocultando mal su regocijo, asistía a la partida de los Generales Starhemberg y Stanhope, quienes, apenas salidos, tomaban diferente rumbo, publicándose al día siguiente, 25, por el Conde de la Atalaya y Hamilton, que había venido un trompeta del Señor Felipe V y que habían capitulado, disponiéndose a marchar ellos también.

Aquella buena nueva, recogida por D.<sup>a</sup> Leocadia, junta con la de que ya en Madrid mandaban también los borbónicos con toda libertad, encendió en la inflamable Almudena el fuego del amor patrio tan irresistiblemente, que no hubo más remedio que dejarla salir a la calle, para prevenir mayores contratiempos.

La impaciencia y la nerviosidad dominaron desde entonces a D.<sup>a</sup> Serafina y a la Señora Eularia, anhelantes por que pasaran cuanto antes las horas, temerosas de que a último momento surgiese algún inconveniente que malograra todos sus esfuerzos, inquietas por cualquier rumor o alboroto que llegaba hasta sus oídos.

El tiempo de su espera hacíaseles interminable, y como los ausentes no volvían, la imaginación de las reclusas dábase a inventar toda clase de calamidades, juzgándose ya descubiertas o secuestradas una y otra por los esbirros del Conde de Ecija.

El retorno de las expedicionarias puso fin a tantas cavilaciones. D.<sup>a</sup> Leocadia había encontrado

alguna cosa, muy poca, para comer. Almudena llegaba entusiasmada con el encuentro de ciertos arrieros a quienes conocía de una posada de la Cava Baja y que se ofrecieron para cualquier trabajo.

—¡Son buenos muchachos, y acaso nos conven- gan para la jornada, porque, como saber, saben todos los caminos de España y pueden andar de noche por ellos con los ojos vendados. Cuentan que el Don Diego Stanhope, tan amigo de la Se- ñora Duquesa, ha robado las alhajas y los cua- dros del Alcázar de nuestros Reyes en la Corte y que las lleva en el equipaje para Barcelona. ¡Rejal- gar se le vuelvan! Y eso que a mí me parece que un caballero tan fino y que se interesa tanto por las cosas de las damas, no puede ser capaz de hacer una cosa tan fea.

Hablando con aquellos tagarotes, se le habían pasado a la maja las horas, y cuando empezaba a obscurecer, le pareció ver pasar por delante de la calle a Don Gilito de Albornoz, con su cara de marión. Gracias que el condenado no se había dado cuenta de su presencia ni la había reconocido. Pero aquel tropiezo bastó para que la madrileña emprendiese la vuelta, recatándose en la sombra de las calles y perdiéndose mil veces en ellas para des- pistar a los curiosos.

\* \* \*

El miércoles 26 transcurrió sin mayor novedad y sin tener casi qué llevarse a la boca ninguna de las cuatro borbónicas.

Doña Serafina, con su facilidad pasmosa para acomodarse a todas las circunstancias, sonreía pen-

sando en que la Mayorazga más opulenta de España tenía que contentarse con un poco de cecina y nueces secas, si no quería acostarse sin comer, añadiendo que aquello era muy conveniente para las personas de su clase, y que todas debían probar el sistema un poco de tiempo, para apreciar después la diferencia.

Pero a quien la espera de tanto plazo tenía en perpetua tensión de nervios era a D.<sup>a</sup> Leocadia de Silva, incapaz, por otra parte, de quedar bajo techo muchas horas seguidas, si no le atacaba el reumatismo. Su salida del día siguiente trajo como principal efecto el de participar a la Niña de Plata que todos los Cabos que permanecían acuartelados en casas de vecinos se habían ido despidiendo y subiéndose al Alcázar, y que algunos, al marcharse, decían a sus huéspedes «que por lo bien que lo habían hecho con ellos, les avisaban que se encerrasen en sus casas, y, aunque vieran lo que vieran, no saliesen de ellas, porque les importaba no menos que las vidas».

Aquellas confidencias, junto con la atmósfera de alarma que se respiraba en todo Toledo ante la dilación de las fuerzas en decidirse a salir de la ciudad, aumentaron la inquietud en las que escuchaban a la Catedrática, cuya torva expresión al hablar parecía nuncio de cualquier tragedia.

Aun discutían sobre el caso, en el antiguo estrado de D.<sup>a</sup> Aldonza Urraca, cuando algunas campanas comenzaron a tocar apresuradamente, y, acudiendo a la ventana D.<sup>a</sup> Leocadia, pudo enterarse, por alguien que pasaba debajo, de que había incendio en casa de Don José Niño de Silva, lo que hizo retirar adentro a la curiosa, que sosegó a sus compañeras, diciendo con el aire más natural del mundo:

—No tiene importancia. Trátase de un primo

mío, pero el tal es desafecto; así, más que se quemara la casa, y él con ella.

No obstante las anteriores seguridades, sintiéronse de allí a poco gritos y carreras por las calles vecinas, y esta vez las informaciones de la centinela revistieron mucha mayor gravedad, pues afirmaban, nada menos, que los herejes alojados en el Convento de San Agustín le habían puesto en llamas intencionadamente, y entonces se armó la de Troya.

Los vecinos de las calles colindantes, unos con espadas, otros con arcabuces, todos con las armas que encontraban más a mano, salían de sus casas, agotada la paciencia, y por los disparos y los alaridos que llegaban desde lejos, podía deducirse que a soldado con quien tropezaban le ponían fuera de combate, acompañando su acción con imprecaciones de toda especie.

Almudena, que nunca pudo resistir a la tentación del alboroto, y que desde que oyó los tiros sentía comezón en todo el cuerpo por participar en la refriega, aprovechó un descuido de D.<sup>a</sup> Serafina para lanzarse fuera, e, incorporándose acto continuo a un pelotón de civiles que pasaba cerca, dejóse arrastrar hasta San Juan de los Reyes, donde ya se encontraban los Religiosos Agustinos, que se habían pasado allí después de consumir el Santísimo Sacramento en su Convento. Ayudados por los franciscanos, ocupábanse los frailes en apaciguar a los vecinos, diciéndoles que San Agustín no se quemaba, porque el Santo había apagado el incendio, volviendo el fuego contra los herejes, y que diez de éstos yacían carbonizados por diez barriles de pólvora, razones que, autorizadas por los labios que las expresaban, acabaron por convencer a la concurrencia, sosegando por unos instantes su



furia y dándoles espacio para regresar a sus casas y apercebirse mejor de armas.

Viendo esto algunos otros ciudadanos, encendidos en celo por la religión y animados por el odio contra el extranjero, fueron reuniéndose algo más adelante entre gritos y aclamaciones, comenzando a recorrer las callejas que les separaban del Zocodover, con intención nada menos que de atacar a las huestes inglesas de Hamilton, que tenían en aquella plaza su principal cuerpo de guardia.

La esposa de Nardo, deslumbrada por semejante temeridad, que tan bien cuadraba con el ímpetu de su sangre, contenida durante tanto tiempo, sumóse de inmediato a la muchedumbre, rivalizando en apóstrofes con los más exaltados y dirigiéndose al centro de la ciudad, donde no tardó en embestirse el refugio de los aliados, ultimando sin piedad a cuantos caían en sus manos.

Sorprendidos los británicos ante tamaña intrepidez, y temerosos de que tras los primeros asaltantes siguiera la población en masa, optaron por retirarse al Alcázar, desamparando el edificio que los resguardaba, no sin que aquella maniobra produjese algunos muertos y bastantes heridos, generalizándose la pelea en la calle.

Almudena, que durante el ataque habíase apoderado de una pistola cargada, recogida de manos del primer caído en tierra, vió cómo se cerraban las puertas y ventanas de casas y tiendas, trabándose algunos paisanos y militares en un cuerpo a cuerpo furioso, sin saber casi ninguno de ellos lo que sucedía, por las varias voces que atronaban los aires.

Huían unos de otros; lamentábanse los eclesiásticos y los ancianos, creyendo llegada la hora de la destrucción de la ciudad; repiqueteaban las cam-

panas sin ton ni son, y el populacho aullaba sus temores, propalando a grito herido que desde el Alcázar se asestaba la artillería contra la Ciudad y que ya había comenzado el saqueo de ésta en algunos barrios.

Aquellas noticias, así como la presencia de un Capitán de Húsares que apareció corriendo a caballo como un rayo, a fin de juntar y animar a los soldados dispersos, fué parte para que en poco tiempo quedase casi desocupada la plaza, mientras muchas familias prudentes acudían a refugiarse en la Catedral, temerosas por sus vidas, y la gente del pueblo, parapetada detrás de balcones y celosías, disparaba contra cuanto militar se ponía a tiro de sus armas.

Todo era confusión y miedo, sin saber nadie en qué pararía aquello. Los mueras a los cervecedores resonaban por doquier, y los más enardecidos patriotas proponían diversos asaltos a las casas de vecinos sospechosos o de enemigos políticos, hasta que, al toque de oración, comenzó a circular el rumor de que empezaban a salir los bagajes, las mujeres y los pertrechos de los enemigos en retirada.

Efectivamente, poco después de anochecer iniciábase ante los hoscos toledanos el descenso de la gente invasora, que se iba escuadronando en la plaza, permaneciendo los granaderos con cuerda calada y los demás soldados bala en boca, sin dejar salir, ni pasar, ni entrar en el recinto de Zocodover a ningún vecino.

Almudena, que iba de un lado para otro, sin poder quedarse quieta en ningún sitio, y haciendo esfuerzos poderosísimos para no descargar la pistola que continuaba escondiendo entre las sayas, tuvo a su vez que permanecer inmóvil, muy cerca de una de las salidas de la plaza, siéndole dable,

gracias a aquel forzado descanso, contemplar el espectáculo del desfile de la impedimenta, cada vez más numerosa, que se iba perdiendo lentamente en la obscuridad de la noche, acompañado de las protestas y de los sordos murmullos de la plebe.

De repente, y con esa sensibilidad portentosa inherente a las hembras de su estirpe, dióse cuenta la bordadora de que alguien tenía los ojos clavados en ella, y, observando de reojo, sin mover una línea, distinguió a pocos pasos la figura de un hombre, muy adornado a lo galán, en quien no le fué difícil reconocer el aniñado rostro y la esbelta planta del Capitán Don Gil de Albornoz, cómplice y sicario de D.<sup>a</sup> Leonisa, al que otra vez la casualidad ponía enfrente de su encono.

Don Gilito no se encontraba solo, y por los gestos que hacía al hablar con el compañero, y las miradas que ambos dirigían hacia donde la madrileña se encontraba, comprendió ésta que el rufianejo la había identificado también, aunque sólo la viera una vez en la reciente visita que con su patrón Ecija realizara al Convento de la Reina, y que, persuadido ya del engaño de que entonces fueran objeto todos, o desconfiado al contemplarla tan libre, o movido de algún sentimiento torpe, proponíase aprovechar la coyuntura y vengar su esquiva suerte, apoderándose de la buena moza e intentando alguna violencia con ella.

Sin arredrarse ante el peligro, ni desprenderse del arma que oprimía su diestra, y animada de un irresistible furor homicida, maniobró entonces mañosamente la Capitana de los barrios bajos cortesanos, a fin de irse retirando de manera insensible, hasta ganar, al cabo de no poco trabajo, las últimas filas de la multitud, echando a correr calle arriba, una vez logrado su propósito, segura, como

sucedió en efecto, de que el confiado Albornoz y su acompañante seguirían sus pasos para darle alcance y hacerla su prisionera.

La noche era cruelísima, y la obscuridad de las intrincadas rúas resultaba tan densa, que hubiese constituido tarea fácil para Almudena el despistar a sus perseguidores y regresar sana y salva a casa de Urraca; pero, encendida en pasión de venganza la sangre ardiente de la chula, resuelta a dificultar una vez más los planes del tirano de la Duquesa, privándole de su auxiliar más hábil, y meditando el golpe con la vidente serenidad de que sólo es capaz un caudillo del pueblo, fuése deslizándose por calles y pasadizos, sin alejarse demasiado de Don Gil, y apartando poco a poco a éste y a su cómplice del lugar donde seguían concentrándose las tropas aliadas.

De pronto escuchóse un cañonazo, procedente sin duda del Alcázar, que debía de constituir la señal convenida para principiar el repliegue militar, y, al oírla, detuviéronse Don Gilito y su compañero, como si dudaran acerca del partido que les convenía seguir.

La vacilante luz de un farolillo que temblaba en el muro a los pies de una imagen sagrada, permitía distinguir perfectamente las siluetas de los dos hombres, recortadas en la sombra. Almudena, que también permanecía inmóvil, agazapada en la negrura de una puerta, juzgó llegada la oportunidad de su justicia, y, extrayendo lentamente la pistola que guardaba entre sus ropas, alargó impertérrita el brazo, apuntando a la cabeza del miserable que tantas veces contribuyera a la desgracia de sus Señores.

En aquel instante comenzaron a tocar a fuego las campanas de la Magdalena, con tal rebato que

parecía se iban a hacer pedazos, y el ruido de los bronces amortiguó el del arma que la maja disparó, haciendo caer instantáneamente de espaldas contra el suelo a la víctima de sus rencores.

Un momento le vió agitarse sobre las piedras, mientras su camarada trataba en vano de incorporarle y cargar con su cuerpo.

Almudena arrojó entonces el arma al suelo, y, santiguándose maquinalmente, satisfecha de sí propia y del castigo que acababa de imponer a un canalla, sin preocuparse de si éste era o no muerto, ni experimentar el menor remordimiento por lo hecho, juzgando que acababa de consolidar la seguridad de su ama idolatrada e inocente, librándola de la última probabilidad de ser descubierta por el infame esposo, envolvióse gallarda en el rebozo, y, con su andar acompasado de madrileña castiza, emprendió el regreso al solar de los Urraca, dispuesta a dormir por fin en paz una noche y a callar lo sucedido, para no atraer escrúpulos a la conciencia de la Duquesa de Sahagún por el derramamiento de una sangre que tan bien merecía teñir las losas de la ciudad donde tanta abominación se consumara por su culpa.

\* \* \*

Al entrar en la casita donde residía la Niña de Plata, esperaba no obstante a Almudena una sorpresa tal que hizo desaparecer al punto todo su aplomo, moviéndola a prorrumpir en exclamaciones de alegría salvaje y sin tasa, contemplando frente a ella, conmovido y atolondrado, al propio Nardo, su ya legítimo esposo, en carne y hueso, que no se cansaba de abrazarla y de dirigirla in-

sultos por la inexplicable ausencia que desde hacía horas tenía preocupados a todos y especialmente a la Duquesa de Sahagún.

El suceso tenía, sin embargo, poco de portentoso y quedó explicado en cuatro palabras por la facundia del catalán, haciendo arreciar los extremos y las demostraciones amorosas de la bordadora, quien maravillada con el despejo de su hombre y contentísima por aquel encuentro inesperado, apenas si se acordaba ya de que hacía pocos minutos acababa de atentar contra la existencia de un semejante, matándole o hiriéndole gravemente.

Ardiendo Jenaro de Pereda en deseos de reunirse a su hermana, de la que no tenía noticia desde hacía algún tiempo, había aprovechado la feliz coyuntura de la jornada de Don Feliciano de Bracamonte a Madrid para entrar en la Corte el 22 de noviembre, formando parte de los 700 dragones que, en tan dichosa ocasión, acompañaran al afortunado Mariscal de Campo de las guerrillas borbónicas, celoso defensor del puerto de Guadarrama, por el cual habíales sido imposible a los Aliados cruzar para derramarse en las cercanías de Avila y Segovia.

Introducidos por la Casa de Campo, y tomando la subida por San Bernardino, no le había sido posible, sin embargo, al hermano de Serafina dirigirse inmediatamente al palacio de Veraguas, como tenía pensado, pues, a pesar de ignorarse en la Corte la llegada de las tropas, fueron tales la impresión y el alboroto producidos por la noticia de su venida, que, desbordando las almas, salieron al exterior en demostraciones de verdadera locura, corriendo exaltadas muchedumbres de gentes por las calles y plazas, voceando a grito herido su contento sin hacer caso del bando publicado aquel mismo

día por el Corregidor prohibiendo toda clase de manifestaciones, vitoreando a Felipe V, bendiciendo a los soldados y pretendiendo poner a cada uno en su corazón, con tal exceso, que hombres y mujeres, chicos y grandes, abrazaban a los militares y aun a los caballos, quedando en aquella función desierto Madrid y poblados los campos y las afueras de la Villa, como si la multitud fuera un hormiguero.

El desmedido entusiasmo y la aglomeración de los vecinos llegaron a tal punto, que fué preciso tomar la providencia (después de haberse escuadrado toda la Caballería junto a la puerta de Alcalá) de meter a la tropa por la entrada llamada de las Heras en el sitio Real del Retiro, donde, amparados por la cerca y libres de tanto concurso, pudieran los héroes descansar y aprovecharse del refresco con que les regaló la Villa, siendo cosa de ver cómo las turbas se mantenían en los contornos del Retiro celebrando la dicha común, aunque a instancias del Corregidor diera orden Bracamonte, por excusar desórdenes, de que ningún oficial ni soldado saliese fuera, permitiéndoseles únicamente dejarse ver por las rejas del Sitio, desde donde los soldados repartían con alguna gente pobre de Madrid parte del refresco y mucho pan, generosidad que hacía subir hasta las nubes el eco de las aclamaciones del público.

Hasta el 24 no juzgó prudente Don Feliciano de Bracamonte variar de actitud; en aquel día dirigióse a la Villa y a su Ayuntamiento, levantando la obediencia que éste tenía dada al Archiduque y volviendo a designar nuevamente por Corregidor, en nombre de Felipe V, a Don Francisco Sanguinetti. Acto seguido tomó posesión de mil doblones que los austriacos dejaron en poder de algu-

nos plateros para la Casa de la Moneda, y a la tarde verificábase la entrada oficial de la Caballería borbónica, marchando, a la inversa de lo que practicara Carlos III la mañana de su memorable fracaso, por la Calle de Alcalá, Puerta del Sol y Calle Mayor, para volver por la Puerta de Guadalajara, Plaza Mayor, Santa Cruz y toda la Calle de Atocha, encaminándose por esta Puerta hacia Vallecas, en medio de formidables ovaciones.

Libre apenas Jenaro de tan ineludibles deberes, y ardiendo en deseos de avistarse con la Niña de Plata, de quien extrañaba ya sobremanera no haber recibido mensajes ni saludos, así como tampoco Nardo de Almudena, apresuróse el gallardo Capitán a galopar en dirección a la residencia de la Condesa de Villada, D.<sup>a</sup> Catalina Ventura, y por ésta supo todo lo sucedido a Serafina hasta su salida para Toledo, así como la amenazadora noticia de la fuga del Conde de Ecija y de su paso por Madrid en procura de la ausente esposa.

Enardecido hasta el paroxismo con semejantes nuevas, e imposibilitado de correr personalmente a la imperial ciudad para proteger a su hermana, por encontrarse aquélla en poder de los Aliados, la misma noche salía de la Corte Nardo, a rienda suelta, con instrucciones de entrar, fuese como fuese, en Toledo e informarse cerca de las monjas del Convento de la Reina sobre la suerte que hubiera podido caber a la infortunada Niña de Plata, quedando a las órdenes absolutas de Su Excelencia s por casualidad se encontraba aún allí ésta, o siguiendo sus pasos, en caso contrario, por dondequiera que la condujesen sus opresores.

Dos días permaneció, sin embargo, el enviado a la vista de la ciudad sin poder penetrar en ella por la severísima vigilancia con que se guardaban



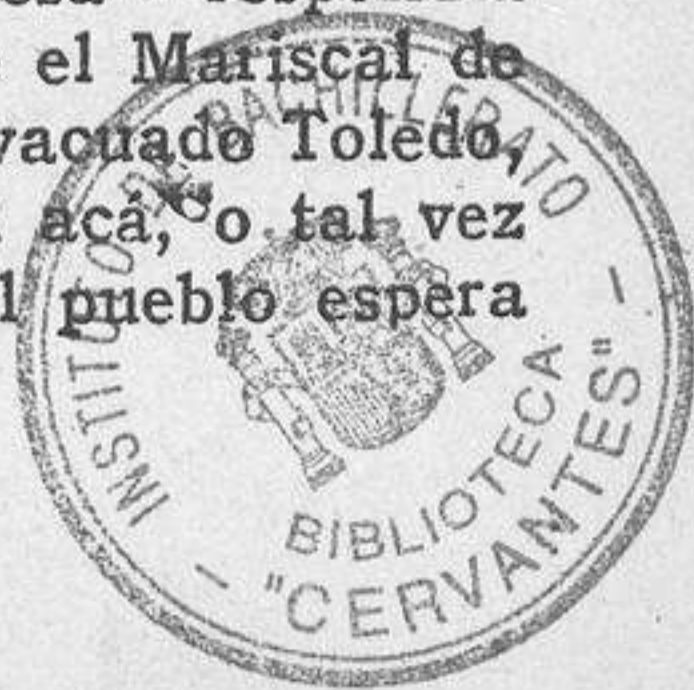
todas sus salidas, hasta que al fin consiguió burlar dificultades y obstáculos, corriendo a la Visitación Jerónima, donde las monjas se negaron a proporcionarle noticias, contentándose con decir que la Señora Duquesa ya no se encontraba entre ellas. Entonces se dedicó a recorrer la población, bien conocida de su memoria, e insensiblemente fuéronle guiando los pasos hacia la casita de Urraca, permaneciendo ante sus puertas largo rato en profundísima meditación, meditación de que vino a sacarle la voz de D.<sup>a</sup> Leocadia de Silva, pasmada y regocijadísima al encontrarse en circunstancias tan críticas con un auxiliar inapreciable como era el astuto escudero de Jenaro de Pereda.

¡Jenaro de Pereda! ¡Cuán ajeno debía de hallarse en aquellas horas de que su hermana y su fiel criado estuvieran refugiados dentro de la humilde vivienda donde D.<sup>a</sup> Aldonza le predicara la religión del caballero y el Canónigo Don Juan Antonio le mostrara los inconvenientes de la ambición!

¡Qué contento habría sentido viendo instalada en el antiguo estrado de su madre adoptiva a la persona que para él representaba toda la familia y la continuación de aquel afecto femenino que parecía destinado a acompañarle desde su nacimiento a través de la vida!...

—Y del ejército del Rey, ¿que se sabe? —interrogaba D.<sup>a</sup> Serafina, que no se cansaba de pedir explicaciones al catalán.

—Pues a estas horas debe de permanecer aún en Talavera de la Reina, Señora Duquesa —respondía Nardo—; pero en cuanto se entere el Mariscal de Vendôme de que los Aliados han evacuado Toledo, seguramente que avanzarán hacia acá, o tal vez se desvíen hasta Madrid, donde el pueblo espera



a Su Majestad como al mismo Mesías. De todas maneras, el retraso será por poco tiempo, pues la intención que se atribuye al Duque es la de seguir de cerca a los fugitivos, con objeto de no dejarles parar en ninguna parte y aprovechar cualquier oportunidad para asestarles un golpe que les duela y restaure la fama del ejército castellano.

—¡Dios le proteja y le permita alcanzar cuanto deseal Oye, Nardo, ¿y qué se cuenta de la Saboyana por la Corte? ¿Cómo le va en Vitoria? ¿Regresará pronto?

—Eso depende del rumbo que tomen los acontecimientos. Por de pronto no anda muy bien de salud la pobre, pues dicen que le han salido en el cuello unas como postemas frías, que la tienen bastante aprensiva, tanto que quería marcharse con el Príncipe a tomar las aguas de Bagnères de Bigorre, en Francia, persuadida de que le aprovecharían; pero los de su Corte y los Tribunales que siguen en Vitoria han tomado muy a mal el proyecto, figurándose que no era tanto buscar físico remedio al mal como pretender refugio en la desgracia y asegurar en el extranjero al heredero de la Corona, lo que, según ellos, desanimaría enteramente a los afectos al Rey Católico y turbaría todo, así que D.<sup>a</sup> María Luisa se ha visto forzada a renunciar a sus conveniencias antes que dejar solo al hijo, del que repite que prefiere verse muerta mil veces antes que separarse aunque no sean más que unas semanas.

—¡Santa Señoral ¡Modelo de Princesas! —repetía emocionada la viuda estéril de Don Cebrián Benito Rey—. ¡Cuán orgulloso se sentirá el gran Felipe V de poseer una esposa tan admirable! ¡Bien hacen en ponderar a ambos cuantos escriben en verso y prosa los acontecimientos que estamos presenciando!

—¡Lo que es esta vez — confesó el catalán — razón tienen los que celebran el ánimo del Rey borbónico, pues raras veces se contemplará tanta constancia y tanta fortaleza en la adversidad de un Monarca! ¡Está visto que Don Felipe sólo despierta y sabe mostrar sus cualidades en los momentos extremos! ¡Y en eso es en lo único, acaso, que se parece a los españoles, según sentencia del honrado Trincas!

—¡Ay, es cierto que se me había olvidado preguntar por ese infeliz! — exclamó en esto D.<sup>a</sup> Serafina—. ¿Se ha sabido algo de él?

—¡Sabersel! —repuso muy alegre Nardo—. Algo más, porque al día siguiente de la partida de Almudena lo encontramos en Sevilla la Nueva, más campante y más bizco que nunca, renqueando siempre y dejándonos turulatos con el relato de su cautividad y sus aventuras, que más parecían invenciones de sacristán que realidades de guerrillero. Lo cierto fué que se nos presentó con un magnífico botín, robado quién sabe dónde, en el que encontramos cuanto podíamos apetecer, y un cintillo repleto de monedas de oro que nos vinieron de lo mejor, pues ninguno del Regimiento teníamos con qué pagar nuestras necesidades desde que se acabaron los dineros de la Señora Duquesa.

Muy complacida ésta con las anteriores noticias, por el mucho afecto que había cobrado al marrullero sirviente valenciano, de cuya pérdida no podía consolarse, multiplicaba sus preguntas, olvidada de todas las dificultades que la tenían recluída en aquella casa, para no pensar sino en los ausentes, cuando, dándose un golpe en la frente, como quien recuerda algo muy importante, manifestó Nardo con la mayor agitación:

—¡Vaya una cabeza! ¡Si se me olvidaba lo más

importante y lo que más me encargó el Señor que la manifestara a Vuestra Excelencia apenas le viera! El día que yo salí para aquí, poco antes de marcharme, recibió en el palacio de Veraguas una carta de D.<sup>a</sup> Casilda de Solís, cuya existencia desconocía yo por completo, y que recién me ha enterado, es la persona que adora mi Capitán desde niño, aunque hasta ahora lo haya disimulado tan bien que a mí mismo me fuera imposible penetrar el secreto.

—¡Una carta de Casilda! ¿Y qué decía? ¿Cómo había podido llegar allí? —interrogó agitadísima la Niña de Plata—. Pero, hombre, ¡si eso era lo primero que debías haberme dicho! ¡Habla, habla!

—Pues, según parece, la esquila fué llevada al Palacio de Veraguas por D.<sup>a</sup> Copla, a quien se la entregó para tal efecto un desconocido, y el papel no lleva fecha, ni lugar, ni firma; pero la letra es indudablemente de la sobrina de D.<sup>a</sup> Matutina, porque el Señor la reconoció al instante y se puso a besarla y hasta creo que derramó alguna lagrimita, o por lo menos se conmovió tanto que en el primer momento tuvo como una necesidad de expansión y me contó toda la historia de sus amores, desde el día que conoció a la doncella. ¡Qué cosas pasan en el mundo, Señora Duquesa, y qué poco sabemos nosotros mismos de las personas con quienes vivimos juntos! ¡Si así sucede con éstas, qué será con las demás!

—Bueno, hombre, no divagues ¿Qué contenía la carta? —repetía D.<sup>a</sup> Serafina, sacudiendo al catalán por el brazo sin poderse contener.

—Pues yo no la leí, pero Don Jenaro me dijo que en ella le aseguraba la Señora Casilda de que estaba bien y de que no se preocupara en buscarla tanto por todas partes, porque aun no había llega-

do el momento de encontrarla. Que eso dependía exclusivamente de él, y que lo único que no le perdonaría nunca era que hubiese dudado de ella y creído que estaba casada con otro. Según parece, la misiva terminaba encargando al Señor que se cuidase mucho y que mirara bien lo que hacía en adelante, ya que ninguna de sus andanzas podía permanecer oculta para las personas que le habían conocido en otros tiempos más felices.

—¡Qué mujer!, ¡qué mujer! — repetía Serafina enternecida—. ¡Esa sí que sabe querer y adivinar el momento en que es necesario alentar a los hombres! ¡Bendita seas, hermana de mi alma! ¡Bendita seas... por el bien que nos haces a todos!...

En el momento que la Duquesa de Sahagún formulaba el anterior voto, un estruendo horrísono conmovió los cimientos de la casa en que se encontraban, seguido de numerosas descargas, como si cerca se librara una batalla; casi al propio tiempo, los innumerables bronces de Toledo comenzaron a repicar estruendosamente, cual si anunciaran alguna calamidad irreparable, y simultáneamente arreciaron a lo lejos los gritos de la multitud, contenidos desde hacía bastante horas por la fuerza de las bayonetas.

La claridad indecisa que penetraba desde hacía tiempo por los resquicios del balcón de la pieza en que conversaban D.<sup>a</sup> Serafina y sus amigos, haciendo juzgar a éstos que alboreaba la mañana, trocóse repentinamente en luz vivísima, cual si fuera ya mediodía, y debajo de la puerta de Urraca escuchóse de pronto una voz que arengaba a los transeúntes, repitiendo frenética:

—¡Ea, toledanos, ya llegó la ocasión de morir por la Fe y por Dios! ¡A ellos, a ellos!...

Serafina y D.<sup>a</sup> Leocadia corrieron entonces ha-

cia la cerrada ventana, y abriendo de par en par sus maderas, prorrumpieron en un grito de horror al contemplar el imponente espectáculo que se ofrecía a sus ojos, mientras Almudena con los otros precipitábase escaleras abajo en dirección a la calle para llegar más pronto al lugar del siniestro.

¡Era el Alcázar que ardía, elevándose las llamas y las columnas de humo hasta el cielo, trocando en claridad las tinieblas de la noche! ¡Era el orgullo de Toledo, el símbolo de la grandeza de la ciudad, el testimonio del poderío de Carlos V, el recuerdo más elocuente de la dominación de los Austrias, que alumbraba con fulgores de apocalíptico aquarelle la retirada de los ejércitos del Archiduque, en su marcha de destrucción y de infierno a través de la desolada Castilla!

Dominando por todas partes la población, erigido con la majestad de un coloso sobre la cumbre más alta de la roca que desde hacía siglos compendiaría la tradición española; coronado por resplandeciente diadema de hogueras que rampaban amenazadoras por las enhiestas torres; envolviendo los lienzos de muralla con sus cortinas de fuego, aparecía el colosal edificio cual gigantesco emblema de la devastación y de la injusticia humana, destacándose flamígero sobre el cielo, cuyas enrojecidas nubes le servían de fondo y satánica aureola.

Los vecinos que permanecieran desde el crepúsculo en vela, contemplando recelosos y concentrados el lento marchar de la caravana invasora, lamentábase y maldecían de su suerte a medida que estallaban nuevos proyectiles, comprendiendo la inutilidad de sus fuerzas y la ineficacia de sus recursos para evitar la catástrofe.

Algunos, muy pocos, que conservaban la sere-

nidad suficiente para hacer oír su voz en el tumulto, trataban en vano de disminuir la alarma creciente, asegurando que Toledo no corría peligro de perecer arrasado, y que el temido saqueo no se realizaría ya porque no quedaba ningún traidor entre sus muros que lo consintiese.

Los que volvían del lugar del siniestro, chamuscados, con las ropas hechas jirones, o víctimas de profundas quemaduras, en brazos de sus compañeros, referían que al llegar horas antes al Alcázar, guiados por un presentimiento del desastre y sabedores de que dentro de éste se custodiaban inmensos depósitos de víveres y municiones imposibles de llevar por los Aliados en la retirada, habíanse encontrado con un grupo de rezagados que desaparecía calle del Carmen abajo, saliéndose muy de prisa por la puente, mientras las puertas del Castillo permanecían cerradas, el rastrillo echado, y varias columnas de humo comenzaban a salir de las ventanas por diferentes partes.

Iniciada la alarma, principiaron a allanarse las entradas que no sólo con llaves, sino con cerrojos estaban atrancadas por dentro, y, al penetrar los exasperados vecinos en el patio del palacio, sorprendieron a cinco herejes, verdaderos héroes de la maldad, que acababan de prender fuego por todas partes, valiéndose para atizar las llamaradas hasta de las soberbias puertas de madera tallada que enriquecían los Cuartos Reales.

Arrojándose sobre ellos los asaltantes, quedaron al instante los criminales sin vida, dedicándose acto seguido los de la ciudad a trabajar en contener el incendio, aunque sin ningún resultado, pues los fugitivos aliados, antes de partir, habían rociado con alquitrán cuanto se vieron obligados a abandonar, colocando entre pilas de vituallas cajones de pro-

yectiles para aumentar el estruendo y acelerar la destrucción del botín, antes de que éste cayese en manos de los toledanos.

Rendidos ante la inutilidad de su ciclópea tarea, y sedientos de saciar con alguien el afán de venganza despertado dentro de sus pechos por aquella inconcebible ruindad de unos ejércitos que se decían civilizados y restauradores del derecho, a medida que bajaban los que en el Alcázar sufrieran las consecuencias del arrollador siniestro, iban inculcando en el espíritu de sus conciudadanos el sentimiento de la necesidad de una represalia ejemplar y justiciera contra los hogares de los que habían hecho traición a su pueblo durante la dominación austriaca; y, como si tal prédica equivaliera a una centella desprendida del Alcázar, que avivase el patriotismo y la crueldad en los corazones que la escuchaban, bien pronto menudearon los saqueos y los incendios por diferentes puntos de la Ciudad, iniciándose con el de la casa del Marqués de Tejares, que se había marchado en compañía de las tropas del Archiduque, y siguiendo por el de un mercader de paños llamado Mondragón, culpable, según las turbas, del delito de haber acatado la autoridad de Carlos III, padrastro desnaturalizado de su pueblo.

Otras cuadrillas de manifestantes, guiadas por clérigos, por frailes, o por personas de fuste, dedicábanse en tanto a registrar las casas donde los aliados se habían hospedado, haciéndose cargo de cuanto tesoro permanecía escondido en ellas, para repartir inmediatamente los víveres entre la gente menesterosa de la ciudad y proveer a los hombres válidos de cuanto representase armamento o defensa.

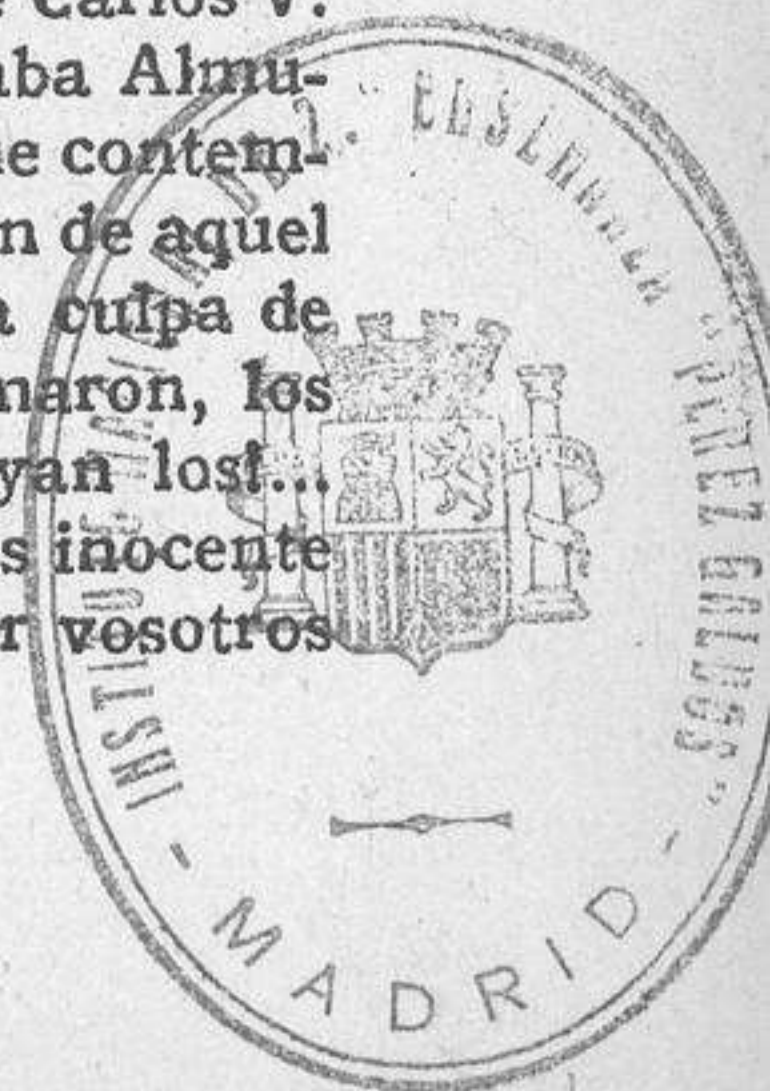
En los pozos de la casa de Vargas y en la de Don



José Niño, encontraban cantidad de granadas cargadas, fusiles, bombas, pedreros, molinos de trigo que eran de hierro, y que importaban muchos ducados. La harina, trigo, cebada, aceite, vino, vinagre, carne y tocino que tenían de prevención los enemigos, abundaba por todas partes. En el convento de San Agustín quedábanle a los frailes camas, colchones, jergones, pólvora y otras cosas que no habían podido destruir los alemanes cuando por la tarde procuraran el incendio. ¡Hasta las aguas del río sostenían en su superficie barriles y cajas, que los habitantes de la ribera iban atrayendo a la orilla o descubriendo en el fondo, para apoderarse de ellos!

Y los demás toledanos, ancianos, mujeres, desvalidos de todo orden, que no se ocupaban en los anteriores menesteres, o no querían cargar sus conciencias con el remordimiento de las tropelías de sus paisanos, contentábanse con permanecer apilados contra las milenarias murallas, inclinando el cuerpo hacia el campo, para tratar de divisar, a los resplandores del colosal incendio, las sombras de las hordas que huían so pretexto de retirada estratégica, y enronqueciendo las gargantas a fuerza de lanzar oprobios y repetir maldiciones, que no podían ser oídas, pero que tal vez adivinaran los que se alejaban de Toledo, al hacer memoria de su comportamiento inicuo en la ciudad de Carlos V.

—¡Lo ves! ¡Lo estás viendo! — vociferaba Almu-  
dena, fuera de sí, dirigiéndose a Nardo, que contem-  
plaba con gesto de estupor la desesperación de aquel  
pueblo ultrajado—. ¡Y los que tienen la culpa de  
todo esto son los tuyos, los que los llamaron, los  
que nos los metieron en casa! ¡Malhayan lost...  
¡Pero qué estoy diciendol! ¡No, no! Tú eres inocente  
y tu pueblo también. ¿Qué tenéis que ver vosotros



con ello? ¡Perdona, Nardo de mi vida, perdona!  
¿Qué sería para mí la tierra, sin tu cariño y sin el  
de nuestro hijo..., nuestro hijo..., que es de los dos  
y que nos unirá siempre y por encima de todo!  
¡Siempre!... ¡Ocurra lo que ocurra!...

\* \* \*

Veinticuatro horas después, para dar tiempo a que se distanciaran las retaguardias de las huestes aliadas, e instalados en el estrafalario carricoche que la industria de Almudena había podido conseguir, con Nardo en el pescante y la satisfacción de verse libres en todos, partían la Duquesa de Sahagún y sus criados de la Imperial Toledo, rumbo a Brihuega, dejando inconsolable a la insigne D.<sup>a</sup> Leocadia de Silva, y resignada únicamente a permanecer en sus patrios lares gracias a la solemne promesa de la Mayorazga de incorporarla a su alta servidumbre, apenas regresara a la Corte, con categoría y honores de Camarera Mayor de Su Excelencia.

La impresión de ver realizados al fin sus propósitos y de haber conseguido triunfar por el momento de todas las persecuciones de D.<sup>a</sup> Leonisa y de Ecija, veíase no obstante contrabalanceada en Serafina por el afán exasperante de llegar rápidamente al Convento de la Madre, para alcanzar a ésta con vida, y la indignación sin límites que en su corazón españolísimo iba produciendo la estela de ruinas y de dolores con que tropezaba de continuo, al seguir las huellas de la retirada de las tropas de Carlos III, cada vez más desordenadas y divididas entre sí desde que emprendieran la jornada.

A fin de evitar asperezas y nuevos altercados entre los respectivos Generales, no marchaban juntas las fuerzas, según referencias de los labradores que repetían aquellos informes, sino separadas en vanguardia, centro, costados y retaguardia, precediendo a gran distancia la primera a la última, que caminaba muy despacio por efecto de la impedimenta y los enfermos que no habían querido dejar en Toledo, y cada nación hacía su tropa aparte, de modo que no se observaba orden militar alguno en la marcha, destacándose continuamente los soldados a robar a los vecinos lugares o campos de ganado, de donde muchos no volvían, quedando por víctimas del odio de los paisanos, que se armaban para defenderse.

De acuerdo con las noticias de aquellos a quienes Nardo interrogaba de continuo, cuando se cruzaban en el camino, la vanguardia la llevaban los portugueses y palatinos al mando de los Condes de la Atalaya y Frankemberg, respectivamente; el centro, los alemanes y holandeses, a las órdenes del generalísimo Starhemberg y el Conde de Bel Castel; la Caballería catalana guardaba los lados de este centro; y la retaguardia, que era el lugar de más peligro, por ser el que tenía que defenderse continuamente de las avanzadas borbónicas, obedecía al General Diego Stanhope, cuya responsabilidad resultaba enorme, dadas las dificultades del caso.

Todas las diligencias y las recomendaciones de D.<sup>a</sup> Serafina para correr, para ganar cuanto antes leguas y leguas, para acercarse a tierras de Alcarria, estrellábanse, pues, contra la imposibilidad de caminar más de prisa, so pena de reanudar el contacto con aquellos Regimientos indisciplinados y dispuestos a cometer cualquier tropelía, sin

remordimientos ni contemplaciones de ninguna especie, según podía comprobarse por el rastro que dejaban a su paso por pueblos y lugares.

Bordeando trabajosamente el Tajo y deteniéndose a menudo para conceder algún descanso a las menguadas caballerías, sin quejarse por la incomodidad y los continuos barquinazos que a cada instante amenazaban concluir con el desvencijado vehículo, iban, sin embargo, ganando terreno los expedicionarios, dejando atrás Azuqueca y Mocejón, hasta llegar a la barca de Aceca, por la que atravesaron el río, instalándose, para pasar la noche, en el caserón del Conde de Cifuentes, del otro lado del agua, donde fué recibida la Niña de Plata como deuda del turbulento Don Fernando de Silva y Meneses, en calidad de prima de la esposa de aquel magnate, D.<sup>a</sup> Josefa de Velasco, cuarta Condesa de Valverde.

Obligada por las circunstancias y muy contra la voluntad de Almudena, que se resistía a la comedia, vióse D.<sup>a</sup> Serafina entonces en el caso de fingir ser una de las Grandes que se dirigían a Zaragoza con objeto de alcanzar a Carlos III, gracias a lo cual y al inconfundible acento catalán de Nardo y de la señora Eularia, fué atendida cuidadosamente por los encargados de la finca, resueltos austriacos, que, además, la facilitaron el famoso coche de camino que allí se custodiaba y nuevas mulas que permitieran a Su Excelencia proseguir con mayor comodidad el viaje apuradísimo en que se veía comprometida.

Alejándose de las frondosidades de Aranjuez y dirigiendo el rumbo a Chinchón, para tomar por Morata y pernoctar en Perales, siguiendo después el curso del Tajuña, que les encaminaría a su destino, a medida que la ruta se hacía más áspera y el pai-

saje más severo, llegaba cada vez con mayor fuerza hasta los peregrinos, por dondequiera que atravesaban, una especie de oleada de pasión y odio, como si al extenderse por las soledades de Castilla aquel sentimiento de conservación solidaria y de capacidad de resistencia que constituyeron siempre uno de sus resortes más impenetrables, se propagara tenaz e invencible, por campos y poblados, el rencor al extranjero y la estimación de la propia conciencia.

Traídos por ignorados conductos, ya que apenas si se distinguía gente en aquellos contornos, corrían a través de lugares y villas los relatos de las atrocidades cometidas por las tropas en bastantes leguas a la redonda, así como los sacrificios atribuidos a muchos hermanos, que preferían dejar las poblaciones, consumir las aguas y quemar los forrajes y los víveres, antes de que cayeran en poder del enemigo.

Atizado el movimiento por las autoridades eclesiásticas y convertida la campaña en cruzada religiosa, imposible de contener en aquellos austeros labriegos, repetíanse, invocando a Dios para que los castigase, todos los sacrilegios y desórdenes de los herejes, pintándolos con rabiosos colores y azuzando la saña popular contra los autores de tanta maldad.

Unas veces eran los ingleses y los holandeses bebiendo en los sagrados cálices y derramando los Santos Oleos para ungir con ellos a los caballos; otras los protestantes del imperio haciendo escarnio de templos e imágenes, o sirviéndose de los lugares santos como torpes instrumentos para saciar su lascivia. Atropellos efectivos y abominaciones posibles, trocábanse, al extenderse por el vulgo, en consejas de mártires o relatos de gesta, y así circulaban las historias del heroísmo de los curas

de Navasequilla y de Perales, o de los sufrimientos del de Rejas, a quien, por robarle, dieran de cuchilladas sus verdugos, o de la valentía del párroco de Fuencarral, que privado hasta de sus ropas, presentárase en la Real Antecámara cubierto con una capa; y como alguien intentara hacer befa de su desnudez, respondíale con una bofetada el Ministro del Señor, haciéndose justicia por su mano, ya que el Soberano, depositario de la autoridad suprema, no sabía o no quería imponer el debido respeto a los que circundaban su solio.

Para que nada faltase, en fin, que impresionara la imaginación de las gentes piadosas, propalábase la leyenda del milagro de las Hostias Consagradas en el lugar de Tartanedos, que se hallaron en el rincón de una casa donde los impíos se alojaban, envueltas en un lienzo bañado en sangre, en forma de seis partículas perfectamente impresas, y que, muchas veces lavado, no perdía ni la intensidad ni el color, según habían podido comprobar innumerables testigos del celeste prodigio.

Y como fondo realista de los anteriores portentos, comentábanse en todos tonos los robos y los saqueos, los incendios y las violencias multiplicados por el territorio comprendido entre Aragón y Madrid, anotados más tarde detalladamente por la implacable pluma de Don Melchor de Macanaz con epígrafes como el de «Relación de los sacrilegios, desacatos, blasfemias, robos, indecencias, saqueos y atrocidades que las tropas del Archiduque cometieron en los lugares del Arzobispado de Toledo», en que se iban enumerando los hechos de esta clase, designando las circunstancias, sitios y tiempo en que tales crímenes se perpetraran.

Ante aquel movimiento arrollador de opinión, que no se basaba, como sus semejantes de todas

las épocas y todas las naciones, en el descontento, ni en deseo de reivindicaciones, ni en ambición de conquistas jurídicas, ni en protestas contra las instituciones vigentes, ni siquiera en necesidad de libertades, sino que respondía a un origen monárquico y teocrático bien definido, apoyándose en el sentimiento o en la fe, y buscando la estabilización de los hechos ya consentidos, sin admitir derogaciones ni supremacías ajenas, la pregunta que acudía a los labios de las personas que, como la Duquesa de Sahagún, asistían al deslumbrador espectáculo de un pueblo imponiendo su voluntad a grandes y chicos por sus propios medios, era la de:

—¿Dónde están las tropas de Felipe V? ¿Qué hacen, que no vienen a ayudar el patriotismo de estas gentes? ¿Por qué no aprovechan la oportunidad que se les brinda para perseguir al enemigo?

Y cada vez que algunas de las anteriores interrogaciones llegaba a los oídos de un campesino o de un aldeano, contentábanse éstos con sonreír encogiéndose de hombros, o extendían a lo más el brazo señalando las alturas, cual si dijeran, sin mover los labios, pero con la certidumbre en el alma: ¡Ya vendrán! ¡Ya vendrán! ¡De sobra están informados de todo! ¡No por mucho madrugar amanece más temprano!...

Y, efectivamente, llegaron cuando sonó el momento de que lo hicieran.

Atardecía el día 5 de Diciembre en un crepúsculo helado y nebuloso, que sorprendió a la caravana de la Niña de Plata cerca de una ermita llamada de la Trinidad, entre Loranca y Aranzueque, cuando los oídos de Nardo, más acostumbrados a percibir rumores del campo que los de sus demás compañeros, sintieron venir a lo lejos un cuerpo de caba-

llería que aun no distinguían los ojos, pero cuyo andar hacía cada vez más distinto.

Comunicada inmediatamente la importante novedad a D.<sup>a</sup> Serafina, echaron todos pie a tierra, confundiéndose al principio en un solo pensamiento: ¿sería algún Regimiento aliado que se hubiese quedado atrás por cualquier causa, o dado un rodeo por motivo ignorado, a fin de reunirse con el resto de las tropas? La suposición era tan verosímil, que las primeras palabras entre la Mayorazga y sus edecanes enderezáronse a discurrir dónde podrían ocultarse todos para dejar pasar la turbonada y eludir sus riesgos.

El terreno llano y peladísimo que les rodeaba no se prestaba por desgracia a facilitar ningún escondite, y aun discutían los viajeros el medio que debían emplear con objeto de no ser descubiertos, cuando allá, a lo lejos, cual si viniera de Alcalá de Henares, apareció una nubecilla de polvo, apenas visible al principio, pero que poco a poco iba creciendo y ensanchándose hasta formar considerable mancha en el confuso horizonte.

El ruido del galope de centenares de caballos hízose desde entonces perceptible a todos, aumentando su confusión; y como la masa siguiera avanzando y la luz del día disminuyese rápidamente en aquel anochecer de invierno, juzgaron los viajeros que el único remedio que les quedaba era el de refugiarse dentro de la ermita que tenían cerca, colocando detrás del modesto santuario el coche con las mulas, para que no pudieran ser vistos, caso de pasar el enemigo aprisa y sin detenerse, suceso posible con la prisa que traía.

La distancia en aquel campo abierto y sin vegetación engañaba no obstante la vista más perspicaz, y aun tardaron bastante en acercarse las fuerzas,



dando tiempo a que la obscuridad aumentase considerablemente, hasta casi no dejar distinguir sino los perfiles de las cosas.

En aquel momento ocurriósele a D.<sup>a</sup> Serafina decir:

—¿Y si fueran los nuestros, Nardo? ¿No podrían ser estas tropas las perseguidoras de la retaguardia de Stanhope, que vienen preparando alguna sorpresa?

La posibilidad de aquella hipótesis y el alboroto que produjo en Almudena, hizo que el catalán abandonara su refugio para cerciorarse del hecho, avanzando hasta el camino que acababan de dejar, a tiempo que ya estaban casi encima los misteriosos jinetes, pudiéndose apreciar la mancha que formaban hombres y caballos, aunque esfumada y confusa por la creciente niebla y una lluvia menuda que comenzaba a caer.

Los ojos del montañés, acostumbrados, sin embargo, desde niño a traspasarlo todo, no tardaron en descubrir, cuando la caballería estuvo más cerca, que la Duquesa de Sahagún tenía razón, y que no sólo se trataba de fuerzas borbónicas, sino de los Regimientos que mandaba Don Feliciano de Bracamonte, entre los que debía de encontrarse seguramente Jenaro de Pereda.

Cerciorarse de esto y correr enajenado de alegría a participar la noticia a la Mayorazga, fué todo uno, saliendo dama y criados corriendo de la ermita, sin cuidarse de agua ni viento, para llegar al camino cuanto antes y ponerse bien en evidencia con la esperanza de que Jenaro o Trincas los distinguiesen en su galope, y se detuvieran unos segundos.

Pero, desgraciadamente, la velocidad que llevaban las tropas era tanta y la obscuridad tan intensa, que todos los esfuerzos de Serafina y de los suyos

resultaron inútiles para hacerse notar, pasando los batallones de hombres como una sombra colosal ante sus desconsolados ojos, sin bastar a detenerlos en la carrera los gritos de Almudena, ni la elocuencia de los brazos de la Niña de Plata extendidos en ademán de imploración suprema, hasta que los soldados volvieron a hundirse en la niebla, dejando escuchar únicamente el rumor de los cascos de sus caballos, que resonaban en la soledad de los campos como una amenaza y una resolución indestructibles.

¡Allí, en aquella masa informe, que se alejaba hacia adelante en busca de lo desconocido, iba la esperanza de España, el valor de sus hijos! ¡Allí estaba Jenaro, la amistad, el sostén, toda la confianza de la vida de Serafina! ¿Qué suerte les estaría reservada al puñado de valientes que corría al encuentro del enemigo, sin una vacilación, sin un egoísmo, llevados únicamente del ardimiento varonil y del patriotismo sagrado? ¿Volvería a repetirse la catástrofe aniquiladora, destruyendo todas las perseverancias, o les sonreiría la victoria esta vez, para consuelo de España y término de sus luchas fratricidas?...

El silencio y la noche amenazadores envolvían de nuevo a la rebelde patricia que, al igual de su pueblo, obstinábase en elegir el camino propio dentro de la existencia, rechazando todas las ingerencias y los prejuicios del pasado; mas lejos de disminuir aquellos rigores la fortaleza de su voluntad, como si la fugitiva presencia del hermano hubiera infundido en su espíritu nuevos alientos y nuevas energías, enderezóse indomable la Mayoralza de Sahagún y, decidida cual nunca a llegar donde se había impuesto su conciencia, exclamó, dirigiéndose a los criados:

—¡En marcha! ¡En marcha! No tenemos tiempo que perder! ¡Caminaremos toda la noche, si es preciso, para ver si los encontramos en alguna parte! Adelante, adelante, hijos míos. ¡El cumplimiento del deber y la victoria nos esperan seguramente al fin de nuestra jornada!...

Y aquella fe y aquel entusiasmo no se desmintieron en el resto del interminable viaje, que se verificaba cada vez con mayor lentitud, luchando los expedicionarios contra la furia desatada de los elementos.

En Valfermoso, donde llegaron el día 6 por la tarde, después de innumerables tropiezos, pudieron cerciorarse de que Nardo no se había equivocado, y de que efectivamente era el Mariscal de Campo Bracamonte con sus dos Regimientos, a quien encontraran en el camino, hostigando de continuo la retaguardia de los aliados, mientras su colega el célebre Coronel Vallejo, por un costado, entorpecía la retirada del centro, cortando las comunicaciones entre los distintos cuerpos que la componían y apoderándose de cuantos destacamentos o soldado suelto se desprendían del centro para realizar algunas operaciones de descubierta o conseguir víveres y forrajes.

Ansiosos de más noticias, e imposibilitados de continuar la ruta hasta el amanecer, por el aniquilamiento de las bestias que les conducían, decidieron al cabo reposar, brindándose el incansable Nardo a ir mientras tanto al cercano Monasterio de Lupiana para adquirir más informes y enterarse por los Padres Jerónimos allí residentes de la salud de Sor Fuencisla, con cuya Comunidad acaso mantuvieran comunicaciones los borbónicos religiosos.

Efectivamente, en Lupiana recogió el catalán las nuevas de la entrada de Felipe V en Madrid.

procedente de Talavera, acontecimiento memorable que se había verificado a las cuatro de la tarde del día 3, entrando Su Majestad a caballo, acompañado del Señor Duque de Vendôme, Grandes de España y muchos Oficiales Generales con cuatro Brigadas de las Guardias de Corps, dirigiéndose primero a orar ante la Virgen de Atocha y encaminándose desde allí a su Real Palacio, constituyendo el acto uno de los mayores sucesos que conociera la Corte en su dilatada historia por el alborozo y las aclamaciones del pueblo, sin distinción de personas, pues todas se volvían frenéticas de regocijo, hasta el punto de que a fuerza de aclamaciones no se oían los clarines, ni la comitiva podía adelantar apenas en su marcha.

Aposentado el Generalísimo en el palacio de Uceda, como otrora lo fuese el de Orleáns, habíase celebrado aquella y las dos noches siguientes la fausta restitución del Soberano a su capital con castillos de fuego e iluminaciones por todas partes, cumpliendo Su Majestad el deber de agradecer la voluntad nacional, con la visita hecha personalmente al anciano Marqués de Mancera, como premio a su fidelidad, honor supremo que ningún vasallo había vuelto a merecer de parte del Rey de España, desde que Felipe II acudiera a la cabecera del gran Duque de Alba, para despedirse de éste, poco antes de la muerte de tan insigne magnate.

Resuelto no obstante el animoso Monarca a no dejarse enervar, como su contrario el Archiduque, por las satisfacciones del triunfo, había decidido emprender la persecución de sus enemigos, siguiendo a los ejércitos que, sin hacer alto en la Corte, pasaron por la Puente segoviana, avanzando toda la Caballería hacia Guadalajara al mando del Marqués de Valdecañas, mientras la Infantería, más

lenta en moverse, acampaba en la Venta del Espíritu Santo, un cuarto de legua de Madrid, con intención de seguir inmediatamente para Alcalá.

Según todos los pronósticos, calculábase, pues, que Su Majestad partiría el 6 de la capital, dirigiéndose a dormir a Alcalá, para continuar a Guadalajara, y, mientras tanto, comenzaban a restituirse los Consejos y los Tribunales a la Corte, presumiéndose también como muy próxima la llegada de la Reina y del Príncipe de Asturias, que continuaban buenos en Vitoria e instalados en el palacio de los Aguirres.

El único punto negro de las confidencias de los Jerónimos referíase al estado de la Santa Madre de Brihuega, que en Lupiana se consideraba como desesperado, por lo cual era muy probable que la Señora Duquesa de Sahagún la encontrase sin vida al llegar a la ciudad, donde agonizaba la ínclita Religiosa, vencida al fin por el rigor y la complicación de sus padecimientos.

Estas noticias, sobre todo la última, aunque piadosamente atenuada por el afecto de Nardo, impresionaron de tal suerte a D.<sup>a</sup> Serafina, que desde el punto en que las supo no consintió más demoras ni descansos, haciendo enganchar las mulas al carruaje y partiendo a toda prisa en dirección al punto de sus angustias, sin hacer caso de las palabras ni de los razonamientos que sus compañeras multiplicaban para tranquilizar las ansias del oprimido corazón de su Señora.

Las mulas, sin embargo, rendidas por el esfuerzo continuado que desde hacía tantos días se les exigía, apenas si podían ganar los montes que de continuo les salían al paso, y a pesar de toda la habilidad de Nardo en conducir las y de todas las incesantes plegarias de la Mayorazga para que aumentase

el cochero su marcha, únicamente lograron alcanzar aquella mañana el término de Arquilla, donde sorprendió a la Niña de Plata la noticia de que mucha caballería enemiga, al parecer ingleses, había pasado por allí la noche antes sin detenerse y como huída en dirección a Brihuega, donde casi seguramente se encontraría aún, resguardada por las murallas del antiguo feudo de los Arzobispos de Toledo. Al mismo tiempo corría el rumor por las vecindades de que las fuerzas de una de las guerrillas habían sorprendido en un pueblo de la Alcarria, cuyo nombre se ignoraba todavía, un Regimiento entero de alemanes, apoderándose de todos sus hombres sin escaparse ninguno.

La primera de aquellas comunicaciones, caso de ser cierta, complicaba en tal forma los proyectos de Serafina sobre su entrada inmediata en la ciudad del peligro, que, a otra criatura menos enérgica que la Mayorazga, hubiera bastado para detenerse y no seguir adelante, hasta ver cómo se solucionaban las cosas y cuándo se abrían las puertas de Brihuega ante su impaciencia.

Pero el espíritu de la descendiente de los Villarrubia estaba demasiado familiarizado con las dificultades para renunciar a sus planes por aquel obstáculo, que quizá pudiera salvarse, si efectivamente el General que mandaba las tropas aliadas reunidas en la ciudad vecina era el propio Stanhope, su amigo y favorecedor de los tiempos adversos.

La crítica situación por que atravesaba la Madre Fuencisla no admitía además dilaciones ni reparos de ninguna especie, y, decidida a llegar aquella misma noche hasta su celda, resuelta a entregarse a la caballerosidad del caudillo de la Reina Ana, confiándole todo lo ocurrido desde la entrevista de Toledo, dispuso la Niña de Plata cuanto

era necesario para su partida, sin hacer el menor caso de las prudentes observaciones de Nardo y de la Señora Eularia, que se esforzaban vanamente en mostrarle los inconvenientes de la empresa, y concluyendo por dar orden al criado de Jenaro de seguir adelante, comenzando la ascensión de los montes que la separaban de su destino.

Lento y penoso el camino, hecho más intransitable aún por el reciente paso de los ejércitos, prolongábase indefinido en las primeras horas de la tarde, sin encontrar a viandante alguno que les asegurara de que no iban perdidos, o que les confirmase las nuevas que acababan de escuchar.

Así transcurrió el día, y ya disminuía la claridad de éste, cuando al alcanzar una cumbre pudieron contemplar al fin desde lejos la ansiada ciudad, erguida a media ladera del profundo valle que riega el Tajuña y rodeada de montes altísimos por todas partes.

Ceñida de murallas seculares, elevando a la derecha las almenas de su histórico castillo edificado al ras de la misma montaña, y ofreciendo a la contemplación del creyente las torres de sus cuatro parroquias y sus varios conventos, como otras tantas aspiraciones hacia lo inefable, Brihuega mostrábase circundada de brumas, embellecida con las arboledas que favorecía la vecindad del río, severa, poética e inaccesible, cual población de otros tiempos, en que nada había cambiado, salvo la vida de los hombres, que se disputaran a través de las edades su codiciado dominio.

Doña Serafina respiró con satisfacción al considerar casi logrado su anhelo, comenzando a burlarse donosamente de los temores y la prudencia de sus compañeros; ¿quién hacía caso de las invenciones de cuatro aldeanos influídos por su deseo de ver

al enemigo acorralado en un callejón sin salida? ¿Cómo iba a encerrarse en aquel recinto tan desamparado de toda ayuda exterior un militar de la experiencia y la habilidad de Stanhope? ¿Por qué no extremar la fantasía inventando también que el ejército de Felipe V, salvando prodigiosamente las distancias, encontrábase allí, traído en alas de duendes, para poner sitio a Brihuega y apoderarse de la flor del ejército británico?

Ya se contemplaba la resuelta Niña de Plata dentro de una hora en el Convento de Jerónimas, hartó conocido de su niñez, junto a la Madre venerada, cuyo estado acaso no fuera tan extremo, escuchando la dulce voz de la Duquesa de los Cameros y gozando de la sorpresa de ambas al verla aparecer tan de repente, sin previo aviso, cuando al penetrar en una alameda próxima al Tajuña salió al paso del coche un militar, seguido a distancia por dos o tres más, que, en términos bastante descorteses, hizo parar el vehículo y descender a los viajeros, manifestándoles que no podían avanzar más, pues estaban tomados todos los pasos y caminos a fin de impedir que alma viviente saliera o entrara en Brihuega antes de la llegada de Su Majestad.

Atónita por aquella noticia, y creyendo que soñaba, preguntó entonces más detalles la Mayorazga, y como el hombre, siempre grosero, se empeñara en no contestar, vióse obligada D.<sup>a</sup> Serafina a declarar nombre y dignidad, aunque engañado por el modesto exterior de la viajera y el aspecto descuidado del coche en que venía, tampoco hiciera esto gran efecto en el cerril dragón, hasta que Nardo, con su experiencia de la soldadesca, intervino en la conferencia, preguntando si no habría cerca algún Oficial de importancia a quien Su Excelencia



pudiera darse a conocer para solicitar su auxilio en aquellas circunstancias.

El razonamiento del criado de Jenaro surtió mejores efectos que las protestas de la Duquesa, y, al cabo de discutir mucho e insistir el de la patrulla en que por allí no se pasaba, convinieron todos en hacer subir nuevamente al coche a las Señoras y dirigirse al inmediato arrabal de Malacuera, donde se encontraba el Teniente del testarudo centinela, para explicar a aquél lo que sucedía y comprobar las asombrosas nuevas que acababan de oír, convenciéndose así la Niña de Plata de la imposibilidad absoluta de cumplir sus propósitos.

Temblando de indignación por la grosería del sujeto, sintiendo ganas de llorar al ver frustradas a última hora todas sus diligencias, con el pensamiento puesto en la Madre, y sin renunciar por completo a la idea de verla en breve plazo, siguió Serafina dentro del carruaje al barbarote que les guiaba, encontrándose al cabo de buen rato en una especie de plaza o recodo formado por casucas miserables, donde a la luz de una hoguera que templaba el aire glacial de la noche, vivaqueaban numerosos soldados, entre los que se distinguían media docena de Oficiales, evidentemente preocupados y atentos a cuanta orden o comunicación llegaba a sus oídos.

La Mayorazga distinguió perfectamente cómo el desatento dragón se acercaba al grupo de los Superiores; le vió hablar con uno de ellos, que debía de ser el Teniente a quien antes aludiera, y no se habrían cruzado entre ambos muchas frases cuando el presunto Jefe del Destacamento, apartándose rápido del fuego, dió vuelta al rostro, en dirección al coche, quedando iluminada su figura de arriba abajo con la claridad de las llamas.

—¡Don Fadrique de Córdoba! — murmuró Doña Serafina con acento desmayado, en que no se podía distinguir si era alegría o espanto lo que le producía el reconocimiento de aquel hombre, cuyo recuerdo la perseguía desde su primer encuentro.

Pero antes de que ella misma pudiera dilucidarlo, hallábase el bizarro Oficial al estribo del coche, la cabeza desnuda, el semblante turbado, inquiriendo con voz que se esforzaba por aparecer firme a qué casualidad maravillosa se debía la presencia de la Duquesa de Sahagún en aquellos lugares de peligro, donde según todas las probabilidades iba a librarse al día siguiente una de las acciones más importantes y encarnizadas de la guerra.

—¿Es cierto entonces lo que hace unos instantes me han dicho? — preguntó D.<sup>a</sup> Serafina, sin atreverse a mirar a su interlocutor y refugiándose en el fondo del coche para resguardar la cara—. ¿Los ejércitos de Su Majestad rodean verdaderamente a Brihuega, donde se encuentra encerrado un General inglés con algunas de sus tropas?

—Ciertísimo, Señora Duquesa — repuso el Caballero de Malta, procurando traspasar con la mirada aquella obscuridad y alargando adrede sus explicaciones para gozar de la inverosímil fortuna que se le ofrecía—. Por confidencias de gente del país, sabíamos que el Mariscal Starhemberg, al salir de Toledo, había tomado el camino de Aranjuez y, sin entrar en Guadalajara, descansaba en Horche, desde donde fué a Budia para dar descanso a sus tropas y esperar las de Stanhope, entreteniendo el ocio en saquear la iglesia y las casas particulares, y llegando su codicia e irreverencia hasta arrancar la corona y los vestidos de Nuestra Señora del Peral, arrojando después la Imagen a un rincón...

—¡Virgen Santísima, qué atrocidad! — murmuró la Mayorazga, santiguándose.

—Pues no crea Vuestra Excelencia que se contentaron con eso, sino que por puro gusto y deseo de hacer daño han quemado también en Budia 8.000 colmenas, desarraigando y talando además multitud de olivos y viñedos, cuyos daños deben de alcanzar muchos miles de ducados.

—¡Malditos!, ¡malditos! — protestó indignada la Niña de Plata.

—Pero como al fin el Generalísimo austriaco se cansara de aguardar al inglés — prosiguió, cada vez más comunicativo, Don Fadrique —, o acaso tuviese noticia de la salida de Su Majestad hacia Guadalajara y temiese un encuentro en terreno desfavorable para su infantería, prefirió seguir adelante, ignorándose dónde se encuentra al presente, aunque suponemos que muy cerca de Aragón. Al General Stanhope, en cambio, a quien seguíamos la pista más de cerca por caminar despacio y retrasado voluntariamente del cuerpo de Starhemberg, no le perdíamos de vista, sabiendo su llegada a Horche, pueblo en que averiguó ayer que el Rey pernoctaba en Alcalá, recibiendo, además, la confianza de que en la Vega del Tajuña había un fuerte contingente de caballería borbónica, sabido lo cual hizo una variación sobre su izquierda, y, en vez de bajar al barranco, siguió por encima de Valdenoches hacia Torija.

—¡Continuad, continuad! — exclamó interesadísima D.<sup>a</sup> Serafina.

—Pues allí precisamente, en el camino entre Torija y Fuentes entramos en contacto los de la vanguardia del Marqués de Valdecañas con los ingleses; pero éstos se nos atrincheraron detrás de unos paredones que hacían inútil el juego de

los caballos, y como entrase la noche y nuestros hombres se encontraran cansados por las continuas marchas que llevan, tuvimos que darles un descanso, descanso que los enemigos aprovecharon para escapar y meterse en Brihuega antes de que hoy amaneciese.

—¿Y no han intentado huir?

—Claro que sí; su intención consistía en pasar esta mañana el Tajuña y marchar por Solanillos del Extremo al puente de Trillo, acortando así la distancia que les separa de sus compañeros; mas la previsión de nuestro General ha hecho fracasar hasta ahora todos los intentos, gracias a nuestra resistencia, a las fuerzas de Bracamonte y a los dragones-guías de Vallejo, que en su mayoría son voluntarios del país y que, bajando por Valdesaz a la Vega del Tajuña, han ocupado los puentes y vados, rodeando todas las alturas de Brihuega pocas horas después de la entrada de las fuerzas inglesas, cuyo número e importancia ignoramos, pero que deben de ser considerables.

—Pues cómo ¿no os han enterado de ello los habitantes de la ciudad? ¿O son por acaso los briocenses amigos del Archiduque y vergüenza de la Alcarria?

—No, Señora Duquesa; los vecinos de Brihuega adoran a nuestro Rey y desean verle victorioso; pero la consigna del General inglés que los manda y que tampoco sabemos a ciencia cierta si es Stanhope o Hill, o Carpenter, o Hamilton, resulta tan hábil y rigurosa, que a ninguno de los que permanecían en la villa les ha sido dado salir por sus puertas desde que entraron los británicos, salvo a los que trabajaban fuera, y a una mujer que consiguió escapar milagrosamente esta tarde, no sé cómo, y que se encuentra entre nosotros, refugiada en este arrabal.

—¿Y qué dice esa mujer?

—Dice tantas cosas, y algunas tan disparatadas, que uno no acierta a saber si son verdades o exageraciones de su celo patriótico y de su elocuencia, porque habla sin cesar, y es tan sabida, que en el pueblo, según ella misma nos ha contado, la conoce todo el mundo por el apodo de Isabel Leyes.

—¿Pero qué cuenta Isabel Leyes?

—Pues que anoche entró una tropa como de 10.000 hombres en la ciudad, los 6.000 *arreglados*, o sea militares, en que se cuentan 5.000 ingleses y holandeses y 1.000 portugueses, y el resto, entre criados y demás gente, que bien pudieran ser partidarios fugitivos de Carlos III, o familias de los Oficiales. Que dichas fuerzas, al mando de una infinidad de Generales y Cabos, tomaron como por asalto la villa, instalándose en el castillo y repartiéndose por todas las casas particulares o Conventos, sin admitir excusas. Y que en cuanto llegaron, comenzaron a trabajar con verdadera furia para poner la población en estado de defensa, reforzando las puertas de entrada con barricadas y parapetos, convirtiendo el castillo en una verdadera fortaleza que les sirva de reducto, abriendo en las calles pozos de lobo y trincheras barreadas con maderos enlazados por cadenas, preparando resinas y leñas, con otros materiales inflamables, detrás de los parapetos, y sin tomar descanso para poner la villa en condiciones, según afirma la Isabel Leyes, de que ningún cristiano pueda conquistarla, a no ser que se aparezca otra vez la Virgen de la Peña a los borbónicos y les enseñe un camino ignorado que les lleve por debajo de las rocas hasta la fuente de los doce caños.

Aquella noticia de que los invasores se hubieran repartido por casas particulares y Conventos, trajo

a la mente de la Niña de Plata la idea de que quizá la primera clausura violada por los herejes hubiese sido la de las Monjas Jerónimas, que era aún más espaciosa que la de sus vecinas las Bernardas, y donde se encontraba Sor Fuencisla en compañía de su hermana la Duquesa de los Cameros, e, impulsada por el ansia de cerciorarse de sus temores y adquirir más detalles de lo que sucedía en Brihuega, interrogó al Teniente de Dragones de Frisia sobre el paradero de la inapreciable Isabel Leyes.

—Pues ahí cerca está — repuso aquél —, con los demás refugiados, en alguna de las casuchas del arrabal. Si Vuestra Excelencia lo desea, se la llamará, o, si prefiere bajar del coche, yo mismo tendré la honra de acompañarla donde la mujer se encuentre. De todos modos, aquí no hay comodidades para una persona de la calidad de la Señora Duquesa, y sería mejor por todos estilos que Su Excelencia se retirase, antes de que adelante más la noche, hacia Pajares, donde mis soldados podrían acompañarla y buscarle algún alojamiento decente hasta que amanezca.

Semejante ingerencia en sus asuntos, molestó a la Mayorazga, que preguntó incisiva:

—¿Tantos son los peligros que nos cercan? ¿Superarán los riesgos presentes a los que me amenazaban en Morata del Jalón, cuando os constituisteis en mi carcelero?

Las anteriores palabras impresionaron al caballero Don Fadrique, hasta el punto de hacerle balbucear, perdido todo aplomo:

—Señora, los militares estamos obligados a cumplir con nuestro deber dondequiera que nos envían, y algunas veces muy en contra de lo que sentimos o creemos. Por eso Vuestra Excelencia puede volver

a encontrarse en situaciones desagradables, rodeada como está por todas partes de destacamentos y emboscadas.

—¿Por todas partes?—repitió incrédula la Mayorazga.

—Sí, Señora; eso sin contar con la posibilidad de que una bala de cañón puede segar el hilo de una existencia tan preciosa, porque le advierto que la retirada está cortada por Valdebruscos y Fuen-caliente, y que en los cerros vecinos acaba de emplazarse la artillería, mientras fuerzas de caballería obstruyen el camino de Carraguadalaja. Lo verdaderamente increíble es que Vuestra Excelencia haya podido llegar hasta aquí sin ser antes detenida en el camino por algunas de las patrullas que vigilan el río a fin de impedir la fuga de algún emisario de la plaza que lleve aviso al General Starhemberg del aprieto en que se encuentran los de Brihuega.

—¿Y cuándo será el asalto?—limitóse a inquirir la Niña de Plata.

—Todavía se ignora. Todo depende de la llegada del grueso de la infantería, que debe de encontrarse cerca, y del arribo de su Majestad con el Duque de Vendôme, a quienes se ha prevenido en Guadalajara y que quizá salgan de allí antes que despunte el día. ¡Mañana será fecha de grandes acontecimientos en España, Señora Duquesa! ¡Ojalá que con ellos ganen los militares un poco en el concepto que algunas personas conservan de ellos!

La importancia de las anteriores nuevas y el tono solemne con que eran declaradas, suspendió por unos momentos el ánimo de la Niña de Plata; pero reaccionando pronto, y queriendo intentar un recurso supremo para lograr lo que tanto deseaba, manifestó únicamente:

—Nadie, que yo conozca, ha dudado jamás del valor de los soldados que combaten por nuestro amado Rey Don Felipe V. Lo que sí ha inspirado desconfianza a veces son los sentimientos particulares de algunos de sus oficiales... El mal peor tiene remedio sin embargo, en esta vida, y del Señor Teniente depende ahora que se modifiquen todos los juicios y se desvanezcan todas las prevenciones a que acabo de hacer referencia.

Acto seguido, y sin dar lugar al extático dragón para que se recobrará de su pasmo, comenzó a referir D.<sup>a</sup> Serafina el motivo que le llevara hasta los muros de Brihuega, describiéndole el estado en que se encontraba su maestra la Superiora de las Jerónimas y las mil vicisitudes que se había visto obligada a arrostrar desde la salida de Toledo para recibir el último abrazo de la venerable Madre, cuidando muy bien de no hacer la menor alusión al Conde de Ecija ni a nada de lo que por su culpa había sucedido.

—¿Y qué puedo yo hacer—preguntó vacilante el de Córdoba al terminar la Duquesa su discurso—para socorrer a Vuestra Excelencia en este verdadero conflicto?

—Podéis hacer cuanto se precisa—expuso impávida ésta—dándome algunos hombres que me acompañen hasta cualquiera de las puertas de Brihuega con bandera de parlamento, y dejando que me ponga al habla con los que las custodien. Lo demás corre de mi cuenta, y ya contemplaréis por vos mismo con cuánta facilidad penetro donde me llama la muerte.

El Oficial de Frisia enmudeció ante tan atrevida proposición, comprendiendo harto que de su aceptación o de su rechazo dependía todo su futuro cerca de la mujer que dominaba en absoluto su corazón.



La voz del deber, y el temor además de que aquella preciosísima existencia que tenía delante sufriera algún daño por su culpa, decidiéronle empero a Don Fadrique de Córdoba, con su acostumbrada rectitud, y tras de breve pausa, al sacrificio de cualquier esperanza que pudiera nacer en su pecho, con tal de conservar íntegro aquel conjunto de gracias, cuya proximidad le enloquecía, no obstante la aparente tranquilidad de su persona.

—Me pide Vuestra Excelencia una cosa—terminó por manifestar resueltamente—que excede mis atribuciones, y que sólo el Marqués de Valdecañas o el Duque de Vendôme serían capaces de autorizar. Lo único que puedo prometer, por mi honor, es que si mañana, o cuando sea, conquistamos los ejércitos de Felipe V a Brihuega, la primera persona civil que atravesará sus murallas, acompañada por mí y arriesgándolo todo para satisfacer sus deseos, será la Señora Duquesa de Sahagún.

—¡No basta!—murmuró sordamente la Mayoralza—. ¡Vuestra promesa no tiene valor, porque llegado ese caso, el Rey o el Generalísimo se apresurarían a servirme de escolta!

Y descendiendo de su coche, sin parar mientes en la glacial temperatura ni en nada de lo que la rodeaba, desengañada del amor de su adorador, resuelta a no pensar más en él ni volver a recordarle nunca, puso pie en tierra D.<sup>a</sup> Serafina, declarando inapelable:

—¡Está bien! Aquí me quedaré hasta que la suerte de las armas resuelva todo. Servíos indicarme dónde para la mujer de quien antes me hablasteis, pues necesito preguntarle algunas cosas, y desde ahora quedáis relevado de la servidumbre de acompañarme, porque afortunadamente aún cuento con personas que me sepan defender

y amparar, sin que por ello peligre su reputación ni su futuro.

Desesperado ante aquellas palabras tan crueles, Don Fadrique inclinóse respetuoso y mudo, obedeciendo el mandato equivalente a sentencia, que se le imponía, y, caminando algunos pasos delante de la Mayorazga, a quien seguían sus criadas, dirigióse al interior de una casa próxima, en cuya cocina discutían acaloradamente varias personas, presididas por una mujer de mediana estatura, facciones enérgicas, y extraordinaria simpatía, que parecía hipnotizar a la concurrencia con sus relatos.

Antes, sin embargo, de penetrar en el antro, volvióse la Duquesa de Sahagún hacia su acompañante, que permanecía inmóvil, y, como si siguiera un pensamiento completamente distinto del que el Capitán de dragones suponía, manifestó, aparentando indiferencia:

—Una palabra más, Señor Teniente. ¿Podríaís decirme dónde se encuentran los Regimientos de Don Feliciano de Bracamonte?

—¿Cuál de ellos?

—El de Santiago.

—En las avanzadas de lo alto de la Alcarria, para observar si vienen las tropas del Generalísimo austriaco a socorrer a los de Brihuega.

La Niña de Plata vaciló unos segundos, hasta que al cabo decidióse a preguntar:

—¿Conocéis en ese Regimiento a un Capitán que se llama Jenaro de Pereda?

La sorpresa intensísima que aquella pregunta y aquel nombre ignorado produjeron en Don Fadrique de Córdoba fueron tan profundas, que, sin poder dominarse esta vez, interrogó a su vez, diciendo:

—¿Tanto le interesa a Vuestra Excelencia esa

persona? En ese caso procuraré informarme y le comunicaré las noticias que obtenga.

—¡Es inútil!—declaró D.<sup>a</sup> Serafina, complaciéndose en ahondar la herida que sus reticencias producían en el Caballero de Malta—. ¡Me sobran medios para enterarme por mí misma de lo que tanto me importa en la vida!

Pero al ver la palidez que invadió el semblante del Oficial y adivinar la tempestad de celos que se desencadenaba en su interior, después de escuchadas las imprudentes palabras, sintió la Mayorazga remover algo dentro del pecho, e impulsada por su natural bondad, por el deseo de corregir los anteriores desprecios y por un afán inexplicable de dar rienda a sus angustias, confiándose a alguien de cuya reserva estaba segura, añadió, casi sin darse cuenta de lo que hacía, y procurando mantener su actitud altanera:

—¡Jenaro de Pereda es mi hermano y la persona por quien sacrificaría yo todo en el mundo!

Al recibir aquella muestra singular de estima, que su delicadeza supo apreciar en cuanto valía, descubriéndole nuevos horizontes para el porvenir, cuadróse militarmente Don Fadrique de Córdoba, mudando al punto de aspecto; y arrepentida y avergonzada D.<sup>a</sup> Serafina por la confesión que acababa de escaparse de sus labios, desapareció inmediatamente en el interior de la casuca, sin volver el rostro y conteniendo con ambas manos los latidos del corazón, que parecía querer saltársele del pecho.

\* \* \*

La emoción de la Niña de Plata se prolongó hasta quedar a solas con la famosa Isabel Leyes, que apenas la vió cayó a sus plantas, besándola las manos

y haciendo toda clase de aspavientos, para rematar el pasmo de las personas que la oían y crecer cien codos en consideración e importancia cerca de todas ellas.

Pero como ¿no la reconocía Su Excelencia? ¡Pues poquitas veces que la había encontrado en el Convento de Jerónimas, a que concurría de diario! Lo que es ella, bien se acordaba de haberla visto ocho meses atrás, cuando, recién muerta la Señora Marquesa de Villarrubia, vino desde Medinaceli a pasar una temporada con la Madre. ¡Y eso que entonces Su Excelencia no salía sino para rezar en la Iglesia, con una devoción que era el ejemplo de toda la villa! Pero una persona así no se despintaba jamás, y por eso la había conocido de seguida, antes de que la repitieran el nombre el Señor Oficial y las Camaristas que la acompañaban a aquella pocilga. Por supuesto que antes de eso, en cuanto que vió acercarse el coche, Isabel Leyes había preguntado al soldado que le trajo quién era, y cuando le dijeron que una Señora que pretendía llamarse la Duquesa de Sahagún, ya les había explicado a aquellas buenas gentes todo lo que convenía al respectivo, añadiendo que ella trataba a aquella Señorona desde chiquitita, porque había sido criada en Brihuega, junto a la santa Sor Fuencisla, a quien tanto se veneraba en toda la Alcarria, y aun hubo un tiempo, cuando la Mayorazga era muy niña, que decían que su familia la había mandado allí, para que entrara de religiosa, pero que mil veces oyó a la Venerable Superiora decirle, con aquel grajejo tan suyo, cuando todavía la pobre gozaba de salud: «Hija, hasta que yo te vea el velo negro en la cabeza, no he de creer que has profesado».

Aquella avalancha de palabras consiguió calmar un poco los sobreexcitados nervios de Serafina.

quien, interrumpiendo a la Doctora de Brihuega, a quien escuchaban con la boca abierta Nardo, Almudena y la Señora Eularia, preguntóle si no sería posible apartarse un poco para conversar de algunos particulares que la interesaban sobremanera y que constituían el motivo de su presencia en el paraje donde se encontraba.

Halagadísima por la propuesta, y más que nada por el aparato de secreto con que la Duquesa gustaba de rodear el acto, distinción que no había de tardar mucho en circular por todo el término, apresuróse Isabel Leyes a ofrecer cuantas facilidades podían imaginarse para satisfacer los deseos de Su Excelencia, manifestando entre obsequiosa y compungida:

—¡Ya lo creo que nos apartaremos, y también será mejor que vayamos a casa una comadre mía que vive aquí cerca, donde encontraremos lumbre, con su poquejo de cena, y hasta cama para que se descanse la Señora Duquesa y tome fuerzas a fin de soportar lo que mañana nos espera, que Dios y la Virgen de la Zarza nos cojan confesados, porque Brihuega y sus vecinos no han conocido ni conocerán día más grande.

—Por supuesto—añadió, mientras que, accediendo a su invitación, salían dama y criados afuera, con objeto de instalarse más cómodamente en la ofrecida vivienda—que ya me malicio lo que Su Excelencia va a preguntarme, y bien haya de mi encuentro en este barrio, porque mujer mejor enterada de cuanto pasa en la villa que una servidora, no la hay. Sobre todo por lo que toca al Convento de Jerónimas, que es como una segunda casa mía, pues con las Bernardas no estoy tan bien a causa de las necesidades que las pobres padecen y lo poco que gustan de visitas en el locutorio.

—Yo quería ante todo—interrumpió D.<sup>a</sup> Serafina a la oradora, una vez bajo techado y sentada junto al fuego del hogar que templaba el frígido ambiente—saber noticias directas de cómo está la Madre Fuencisla, aunque por fortuna he comprendido que vive, pues de ocurrir lo contrario ya lo hubierais dejado adivinar en la conversación.

—¡Vive, sí, Señora, vive!—corroboró Isabel Leyes—, pero tan malita, que según aseguran los médicos es milagro que siga existiendo. Dos años lleva ya con padecimientos intensísimos, y aunque siguiendo los preceptos del arte se le ordenan sangrías, purgas y bebidas, nada le aprovecha, pues como su enfermedad, según dicen, no está sujeta a las reglas de la medicina, sólo sirven esos remedios de quebrantarle las fuerzas, pero no de alivio a sus males.

—¿Qué es lo que tiene entonces?—interrogó acongojadísima la Niña de Plata—, porque cuando yo la vi en Septiembre último la encontré, sí, un poco acabada, pero no como para agravarse así, y nada me dijo de que llevase tanto tiempo sufriendo.

—¡Por no afligirla, Señora Duquesa!—corroboró la sabihonda—. Además, ella no se queja nunca de sus sufrimientos, sino de que sea tan perezosa en llegar la muerte, porque como la vida la embaraza el gozar cara a cara de la belleza de su Esposo, desea, con el Apóstol San Pablo, verse libre del cuerpo para poder verle y amarle el alma; con lo que sólo el vivir es su mayor tormento, según aseguran las otras Jerónimas, repitiendo palabras que oyen. En Santa María, y en otros lugares de religión de la Villa, aseguran los Señores del clero que la herida que padece la Madre se la hizo el mismo Dios a quien adora en una de esas visitas o apa-

riciones que ella esconde con tanta firmeza y que los doctos llaman visión intelectual, considerándolas como una gracia especialísima de que sólo disfrutaban los bienaventurados para remedio de la humanidad pecadora. De ser esto cierto, en ello estribará la razón de que Su Reverencia no haya querido comunicarse con nadie su mal, ni siquiera con una hija tan predilecta de su afecto como la Señora Duquesa.

—¿Pero qué siente? ¿cómo se manifiesta su dolencia?

—Pues primeramente exaltáronsele los dolores del corazón con una vehemencia y sentimiento intolerables; eran tan sucesivos como si tuviera atravesada una lanza por su centro. Correspondían a la cabeza, despertando en las sienas unos latidos y porrazos vivos, grandes y frecuentes. El dolor gravativo y pungitivo en las espaldas y en todo el cuerpo no le permitía respirar ni sosegar; parecía que se le desencajaban de sus articulaciones y lugares los huesos: tanto, que el hombro izquierdo lo llevaba tres dedos más levantado que el otro, porque las palpitaciones no le dejaban andar derecha.

—¡Jesús! ¡Jesús! ¡Menos mal que los médicos la prohibirían toda mortificación en semejante estado!

—¡Quia! ¡No, Señora! Pues eso era lo peor, que muriéndose a chorros la bendita criatura seguía castigando el inocente cuerpo como en sus mejores días y asegurando a sus corderas que aquellas penitencias le aliviaban el ánimo, acallando por algunos momentos sus grandes temores acerca de sus imaginadas culpas.

—¿Y qué culpas pueden caber en una santa, cuya vida desde que nació es una colección de perfecciones?

—Pues ahí, precisamente ahí, estriba el gran pesar de la Madre. En esa fama de virtudes que a todo momento asegura no merecer, y, sobre todo, en la reputación de productora de milagros que siempre le ha molestado en vida y que a pesar de ello corre cada vez con mayor fuerza por toda la Alcarria y aun mucho más allá, pues hasta hace poco venían desde muy lejos enfermos del cuerpo o del espíritu a consultar con nuestra Venerable y conseguir su intercesión cerca del Altísimo para sanar de sus dolencias.

—¿Y son ciertos esos milagros y esas curaciones que se le atribuyen?

—¡Anda, pues ciertísimos! Yo tengo conocidos bastantes; eso sin hablar del poder de adivinar que tiene en los interiores y en las conciencias, discerniendo entre las mociones de Dios y las instigaciones del diablo con una claridad que espanta, pues nada se le oculta, y si algo se le calla lo descubre ella en seguida. Pero eso de socorrer a las mujeres en sus partos, o conceder sucesión a muchas que no la tenían, o aliviar y aun curar de raíz las enfermedades más perniciosas mediante la simple imposición de manos sobre el lugar del mal, es cosa tan sabida que se cuentan por docenas los casos. Y no digamos de las conversiones y prodigios de llamar al camino del bien a los descarriados y criminales, porque esa ha sido siempre la especialidad de Sor Fuencisla de palabra y por escrito, que cuando se publiquen sus cartas o los libros que dicen que tiene escritos y que no conocen sino su Confesor y algunos Padres definidores de la Orden, van a quedarse maravilladas las generaciones venideras, proclamándola como otra Santa Teresa de Jesús. ¡Lástima no vivir para entonces, pues será cosa de ver y de comentar lo que ocurra!



—Dígame, Isabel. ¿Y a la hermana de Sor Fuencisla, la Señora Duquesa de los Cameros, que vino para asistirle, la ha conocido usted o visto desde que llegó? ¿Puede darme noticias de ella?

—¡Que si puedo! ¡Que si sé! ¡Pues si desde su venida no he hecho otra cosa que ocuparme de ella! Como conocerla, la conozco desde que era soltera, cuando venía algunas temporadas aquí con la difunta D.<sup>a</sup> Guiomar, madre de Vuestra Excelencia. Más tarde volvió, ya casada, un par de veces, y la última que estuvo por Brihuega fué hace unos diez años, pocos días después del fallecimiento de nuestro último Rey, el Señor Carlos II, que Dios tenga en gloria. Entonces pasó bastantes semanas con su hermana, porque se sentía algo indispuesta, y la Madre la sanó. ¡Qué no hará su deseo con el Todopoderoso! Desde entonces no la había vuelto a ver, aunque si oído decir que llevaba en su palacio una vida muy retirada, como de monja, y que Sor Fuencisla la citaba siempre por modelo de inteligencia y la elogiaba mucho cuando se ofrecía la ocasión. Por eso mandó buscarla ahora, cuando se sintió tan enferma: para encargarla de una porción de cosas cuya resolución la trae preocupada y que parece no desearía morir sin resolver. Y en cuanto que recibió el recado, se plantó aquí Su Excelencia, tan poco acompañada y tan modesta de arreos como si fuera otra Jerónima, y eso que a grandezas y a tesoros de que disponer no la gana nadie en España. ¡Virgen de la Peña, qué porte y qué rostro y qué señorío, que cuando se la contempla hasta el habla se pierde, y eso es en mí mucho! Como hablarla, no la he hablado, pues desde que entró en la clausura no ha salido de ella, y en el locutorio no ha parecido una sola vez, ni por casualidad; pero verla, sí la he visto en el coro mu-

chas veces, acompañando a las monjas en todos sus rezos y destacándose entre ellas, como una Emperatriz entre su corte. Además, sé por la portera y por su hija, que es muy amiga mía y también gusta de darle a la sin hueso cuando no es ofensa de Dios, que la Señora Duquesa sigue la regla como si fuera una novicia de las de veras, y que cuando no está rezando acompaña a su hermana y tiene con ella larguísimas comunicaciones, en que, por desgracia, nadie sabe lo que tratan. También conozco a la criada que la acompaña y que a veces sale del convento, expresándose tan relamida que da gusto oírla. Por ella estoy enterada de que al principio la Señora Duquesa se entristeció mucho contemplando a la Madre tan excarne que solamente se la percibía la piel rodeada a la raíz de la osatura, tan débil que con dificultad podía sostenerse, y tan desfallecida que apenas alcanzaba aliento para el uso de la respiración; pero que después, admirándola contenta y hasta deseosa de morir, se ha conformado con los designios de la Providencia, discurriendo ambas sobre el fin de esta vida con una naturalidad que pone los pelos de punta. Claro que esa resignación en la Madre no tiene tanto de particular, dados sus años y las perpetuas congojas en que vive, pero en la Señora Duquesa resulta aún más admirable, porque es joven y disfruta de cuanto se puede tener en el mundo, como que sólo son hermanas por parte de padre, el Excelentísimo Conde de Saldaña, de la ilustrísima familia de los Mendozas, descendiente de una de las fundadoras de nuestro Convento, D.<sup>a</sup> María de Mendoza, que fué una de las tres nobilísimas Señoras de Guadalajara que compraron las humildes habitaciones del barrio de San Miguel donde hoy está construída la fábrica, y que todas tres des-

cansan debajo del Altar Mayor, según tal vez sabrá Vuecencia...

—Sí, sí, todo eso lo sé —manifestó la Niña de Plata, a quien la incesante charla de la Leyes y las abrumadoras fatigas del día comenzaban a pesar, aunque no tanto como a la Señora Eularia y a Almudena, que hacía rato dormían acurrucadas en el suelo junto a las brasas, muy envueltas en sus mantos de anascote.

—Pero lo que no sabe Vuestra Excelencia, porque es fresquito y yo lo averigüé momentos antes de salir de Brihuega —continuó diciendo Isabel Leyes en voz baja — es que cuando los herejes entraron anoche en la villa y se armó aquel remolino entre los vecinos, escapando cada cual como pudo y refugiándose muchas mujeres en los Conventos con sus ropas y lo que tienen de más precioso, la Señora Duquesa hizo cara a los ingleses que pretendían forzar la entrada de las Jerónimas, y, después de darse a conocer, les dijo tales cosas, que les convenció y se retiraron sin pasar adelante, dejando en paz a las monjas y a todas las refugiadas, aunque con la promesa de que si era necesario podrían disponer de la Iglesia como Hospital de sangre...

En aquel momento escucháronse gritos con rumor de conversaciones que venían de fuera, y cesando de repente la incansable briocense en su peroración, acudió a la puerta como movida por un resorte, desapareciendo en seguida con objeto de informarse de lo que ocurría.

Su ausencia duró largo rato, y cuando al fin reapareció en la cocina, encontróse con la Duquesa de Sahagún que luchaba heroica, dando cabezazos para no dejarse rendir por el sueño y mantenerse despierta.

Sin parar mientes en aquello, reanudó Isabel Leyes el interrumpido discurso, participando a su amodorrada oyente que el anterior alboroto debía al conocimiento de que tres soldados ingleses habían salido de Brihuega horas antes, arrojándose al río para pasarle a nado, no obstante lo crecido de la corriente y el frío glacial que reinaba, con objeto sin duda de avisar al General Starhemberg del aprieto en que se veían los de la ciudad, pero que, aunque acababan de escapar a la persecución de los borbónicos, aprovechando la obscuridad de la noche, seguramente no llegarían a tiempo de cumplir su difícil misión, dados los obstáculos de todo género con que seguramente tropezarían en el camino.

A continuación añadió la letrada, en tono confidencial, que por lo tocante a ellas nada tenían que temer, por estar bien guardadas, pues acababa de ver muy cerca de la puerta al Oficial que antes acompañara a la Señora Duquesa y que no perdía de vista la casa donde ésta descansaba, montando la guardia como si fuera un soldado raso.

—¡Isabel Leyes! —susurró D.<sup>a</sup> Serafina ya entre sueños, como si nada de lo anterior hubiese llegado a su noticia—. ¿No existiría algún medio de penetrar en Brihuega y encerrarme yo también en el Convento... sin que nadie se enterase?

—¡Imposible, Señora Duquesa! Al primero que se acercara a las murallas con esta noche, le fusilarían sin piedad, antes de averiguar quién era, sobre todo si no llevaba la seña...

El rostro de la Niña de Plata se contrajo en una mueca que se prestaba a todos los comentarios, y sus ojos se cerraron al cabo, dando señales todo el cuerpo de que la Mayorazga dormía profundamente, en vista de lo cual, su confidente de una

noche levantóse despacio, y, andando sobre la punta de los pies, para no despertarla, tornó a dejarla sola, lanzándose al campo para saciar su curiosidad en otras conversaciones y no perder detalle de lo que iba sucediendo en aquella memorable fecha.

\* \* \*

El estampido del cañón al salir el sol el día 8 de Diciembre, festividad de la Concepción, sacó de su reposo a la Duquesa de Sahagún, haciéndola incorporarse asustada sobre el menguado jergón a que las manos de sus criadas la habían trasladado durante su sopor, y dirigiendo la mirada en torno, como si buscase a alguien o siguiese un pensamiento que le asaltara dormida.

Sólo Almudena y la Señora Eularia hallábanse allí, moviendo su presencia a preguntarles D.<sup>a</sup> Serafina dónde se encontraba Nardo, porque deseaba confiarle un mensaje importante.

—¡Ya, ya sé a lo que se refiere Vuestra Excelencial—repuso al punto la madrileña—. Y también lo adivinó el catalán, porque antes de amanecer salió por esos campos, con la helada, para buscar al Señor y enterarle del sitio en que estamos y de lo sucedido en Toledo, ¡que ya tiene que contar el hombre! Ahora lo que importa es que la Señora Duquesa tome un poco de fuerzas con lo que traiga esa Isabel Leyes de quien nos hemos hecho grandes amigas, porque es mujer de gran disposición, que no se arredra por nada, y luego salgamos un poco para asistir a la faena que se prepara y que nunca veremos mejor en lo que nos resta de vida.

Efectivamente, poco tardó en llegar la cronista de Brihuega, tan fresca y campante cual si nunca

descansara mejor, provista de algunas cosas de comer, que su falta de reserva tuvo que declarar al instante procedían de la generosidad del Teniente Don Fadrique de Córdoba, ocupado a la sazón en cumplir con sus deberes militares y que le había encargado mil saludos y respetos para Su Excelencia, a quien bien se veía que admiraba con todas sus potencias.

Pero la gran noticia que traía la resistente briocense consistía en que buena parte de la infantería de Su Majestad, al mando del Marqués de La Verre, había ya llegado, aumentando por todas partes la importancia del asedio, y que del Cuartel General se había enviado orden al Marqués de Valdecañas para que lo tuviera todo dispuesto a fin de que en cuanto llegase el Rey comenzara el ataque de la Villa.

Aquella marcha verdaderamente portentosa, en que, guiados por la fidelísima gente de los campos, conocedora de caminos y atajos, y aprovechando las largas noches de invierno, había conseguido buena parte del ejército salvar dentro de un plazo inverosímil por lo corto, la inmensa distancia que separa el puente de Almaraz del centro de la Alcarria, produjo un entusiasmo tal en la nieta de los Marqueses de Villarrubia, que, impaciente por contemplar el espectáculo del asedio, apenas si probó bocado, dando prisa a sus compañeras hasta verse todas afuera y siguiendo el camino que más agudo les condujera al lugar del peligro.

Isabel Leyes, experimentada como el mejor pastor en sendas y vericuetos, llevó a sus acompañantes por comunicaciones inaccesibles para el resto de los mortales, hasta alcanzar una altura desde donde podían observar cuanto sucediese en la ciudad, sin riesgo de ser alcanzadas por ninguna bala

de cañón o proyectil enemigo de los que comenzaban a menudear en la plaza, y al contemplar D.<sup>a</sup> Serafina de lejos el caserío y las murallas en que transcurriera su niñez tranquila, no pudo menos de suspirar, admirando la belleza del panorama y el romanesco aspecto de la noble Centóbriga, erguida sobre un trono de rocas y amparada en su altivez por los lados de Poniente y Norte con los cerros de la Atalaya, Quiñoneros, San José y la Horca y sirviéndole de contrafuerte por el Saliente los Montecillos, la Alcarruela y el Monte Mayor.

Colocado a la derecha el Castillo, cuya torre del homenaje divisábase perfectamente por las curiosas, la Niña de Plata, ayudada por su asesora, iba reconociendo lugares: aquella torre pegada a la fortaleza, que sobresalía de la altísima roca en que la tradición colocaba la aparición de la Patrona de Brihuega, correspondía a la Iglesia de Santa María de la Peña, donde tantas veces orara la Mayorazga de Sahagún; aquella otra, era la de San Miguel, la parroquia de los labradores; la de más allá, con aspecto de defensa feudal en lugar de campanario, la de San Juan, cuya fundación atribuía el vulgo a los Caballeros del Temple, venerándose en ella una imagen de Nuestra Señora de la Zarza; la cuarta, que se adivinaba en lontananza, la de San Felipe, constituía el templo más bello de la población...

Los deseos de D.<sup>a</sup> Serafina pretendían identificar también los tejados de las Jerónimas y de las Bernardas, sobre todo el primero, donde se consumía el corazón de Sor Fuencisla; y las realidades de la concienzuda Leyes conseguían enumerar, puerta por puerta, todas las del recinto amurallado, visibles o invisibles desde su observatorio, comenzando por la ojival de Cozagón, siguiendo por la de San

EL ARCHIDUQUE EN MADRID.—\*\*.



Felipe y del Arbolón, y terminando por la de la Cadena, considerada como la más importante de la Villa.

Las cuatro mujeres complaciáanse sobre todo en recorrer con los ojos el vasto anfiteatro desplegado ante ellas y admirar los grupos de hombres que por cualquier parte se divisaban, pequeños como hormigas, siguiendo de vez en cuando también la trayectoria de las balas que partían desde la Horca o la Atalaya en dirección a las cortinas y torreones de la muralla, con evidente objeto de hacer brecha en ésta, mientras los fusileros borbónicos, desde abajo, descargaban incesantemente sus armas contra los defensores de la plaza que aparecían a tiro, entre las almenas.

Así transcurrió la mañana con desesperante lentitud, y así vino el mediodía sin que los sitiados cesaran un momento en su nutrido tiroteo con los atacantes, y sin que los trabajos de éstos para desmantelar las fortificaciones y hacer posible el asalto avanzaran cual se deseaba, porque las balas estrellábanse contra el fortísimo muro y sólo el proyectil hueco resultaba eficaz en aquella empeñada porfía.

Hacia las tres de la tarde, consumidos los alimentos que la previsión de la Señora Eularia reservara por la mañana para sustento de sus humanidades, observóse gran movimiento en el campo borbónico, especialmente hacia el barranco de Quiñoneros, y, mudando de apostadero las decididas observadoras, fuéronse acercando poco a poco hasta colocarse de suerte que pudieran asistir a la llegada de Felipe V, precedido y acompañado de buen golpe de tropas, orgullosas de custodiar a la Real Persona, cuya presencia venía a prestar nuevos alientos y estímulos al valor de sus soldados.

Doña Serafina, que sentía hervir su fe dinástica



con aquella aparición tan digna de loa, vió cómo se detenía la carroza ocupada por el Soberano, que era de las conocidas con el nombre de estufas y que casi no había cesado de rodar desde que saliera el 6 de Madrid, asistiendo al descenso del esposo de la Saboyana, que se verificó en seguida, rodeado de todas las etiquetas y honores del caso; asimismo pudo observar cómo el Monarca departía con los Generales y Señores que le rodeaban, hasta la presentación en el brillante círculo de un personaje muy corpulento y empavesado de plumas, en quien la Niña de Plata presintió al Generalísimo Duque de Vendôme, escoltado por innumerables Oficiales que arrancaban destellos al sol con sus refulgentes uniformes; y, por último, le fué dable presenciar el afectuoso recibimiento que Felipe V dispensaba al paladín de su causa, celebrando breve conferencia con él, tras de lo cual, y ayudado por el propio caudillo, montó en el caballo que mientras tanto le habían acercado, partiendo en compañía de su célebre deudo y seguido de un enjambre de jinetes, con el indudable propósito de dar la vuelta a la plaza y reconocer personalmente las obras que se habían realizado para facilitar el ataque.

Las miradas avizoras de Isabel Leyes, ayudadas por los ojos penetrantes de Almudena, consiguieron advertir además, comunicándolo a sus compañeras, que, antes de que Su Majestad partiese a galope corto, habíase destacado del Cuartel General un reducido número de hombres, al frente del cual figuraba un tambor con bandera blanca, que se dirigía hacia la puerta de la Cadena.

—Esos — manifestó la sibila de Brihuega, muy satisfecha de lucir sus conocimientos estratégicos— llevan seguramente un mensaje Real intimando la rendición a los sitiados; pero seguramente los in-

gleses contestarán que no, porque deben esperar que aún les llegue a tiempo el auxilio de sus compañeros, y por ello tratarán de mantener la lucha mientras les sea posible.

La profecía anterior cumpliósese rigurosamente, tal y como había sido dictada, volviendo al cabo de un buen rato los parlamentarios sin haber sido admitidos dentro de la Villa.

Entonces arreció el bombardeo de la población, emplazándose cinco cañones más en la cuesta de Quiñoneros y robusteciendo las demás baterías con otros diez, venidos al mismo tiempo que el Rey.

Pero, desgraciadamente, la altura a que estaban colocadas las de San José, la Horca y la Atalaya, impedían a los artilleros, compuestos en su mayoría de mercenarios suizos contratados al efecto, dar a las piezas la inclinación necesaria para el tiro directo, razón por la cual los proyectiles disparados lograban únicamente desmoronar las crestas de la muralla, sin llegar a romper los lienzos ni abrir, por consiguiente, ninguna brecha que fuese practicable para el asalto.

La única ventaja que los borbónicos lograron antes de anochecer consistió en la toma de un reducto improvisado por los ingleses en una ermita colocada frente al ángulo del muro y conocida con el nombre de la Vera Cruz, que quedó casi destruída al pasar a manos de los sitiadores; y como la luz disminuyera rapidísima en aquella tarde de riguroso invierno, cesaron a poco las hostilidades,<sup>9</sup> distinguiéndose, a medida que la obscuridad se hacía más densa, la luz de varios incendios que salían del interior de la plaza e indicaban que algunas de las bombas borbónicas habían logrado su efecto de destrucción y acaso de muerte.

Preocupadísima por aquellas llamaradas, teme-

rosa de que alguna correspondiese al recogimiento donde vivía su pensamiento, y llena de escrúpulos además ante la idea de pasar otra noche cerca del peligroso Don Fadrique de Córdoba, negóse obstinadamente D.<sup>a</sup> Serafina a volver a Malacuera, pretextando, entre otras razones, el cansancio que le impedía dar un paso más por cuestras tan pedregosas, y, como al hablar así, distinguiese bastante cerca del sitio en que se encontraban una especie de campamento formado por carros de todos tamaños, iluminados por la luz de grandes hogueras, a través de las cuales veíanse pasar y repasar algunas figuras que parecían femeninas, manifestó la Mayorazga a sus compañeras el propósito de dirigirse hasta allá con objeto de pedir hospitalidad y arreglarse de cualquier modo hasta el amanecer del día siguiente.

Sin atreverse a contrariar tal capricho, aunque pensando para su interior que constituía la mayor imprudencia de las cometidas por su Señora hasta entonces, acompañaron dóciles las criadas a Doña Serafina, mientras Isabel Leyes partía a la descubierta para enterarse de qué clase de personas eran las que vivaqueaban por semejantes descampados, y, en tanto que recorrían la distancia que las separaba de las luces, Almudena y la Señora Eularia comentaban los episodios del día, completamente nuevos para la madrileña, que sólo asistiera hasta entonces a refriegas de plazuela o asonadas populares dentro de la Capital, capitaneadas la mayoría de ellas por su propia persona, pero hartos conocidos y experimentados por la catalana, que había sido testigo de los dos sitios de Barcelona y estaba desengañada de tales horrores, amenizando sus cuentos con mil anécdotas interesantes y también personalísimas.

Lo que más admiraba a la bordadora de Puerta Cerrada era que con tanto zambombazo como se había disparado desde que empezara la ofensiva no se hubiera venido abajo toda Brihuega y hubiesen perecido todos los herejes que la defendían y que no debían de ser los millares que aseguraba la Leyes, porque aquel pueblo parecía demasiado pequeño para contener tanta gente. Hasta las orejas le dolían a la maja ya de escuchar tiros y más tiros; y de ser posible el cálculo, daría algo por saber cuántos sonaron desde que empezó la mañana.

—¡Pues si no es más que eso— declaró la Señora Eularia—, yo te lo diré y me caiga muerta ahora mismo si yerro uno. Mil y cien tiros he contado desde que comenzó la función.

—¡Mujer!... —exclamó patitiesa de asombro Almudena, ante la pachorra de aquella silenciosa y calculadora hembra, que bien se veía no había nacido por la parroquia de San Ildefonso ni de San Cayetano.

Pero la llegada a todo correr de Isabel Leyes y los gritos que desde lejos les dirigía con mil aspavientos y señas para que se detuvieran y no pasaran adelante, interrumpió la conversación del séquito de la Duquesa de Sahagún, distrayéndole de las importantes cuestiones que traían en lenguas.

—¡Por la Virgen de la Peña que se detenga Vuestra Excelencia, y vosotras no la dejéis seguir! —consiguió por fin articular la espantada briocense, cuando se vió cerca de la Mayorazga y de sus criadas—. Yo ya me lo maliciaba, pero quería convencerme, y ahora ya estoy convencida. Todo tiene su lado malo, y hasta las cosas más grandes pecan por algún inconveniente. La guerra, cuando le asiste la razón es lo mayor que hay en el mundo, pero tiene un defecto que ni los mismos santos

pueden evitar, y que son *esas*. Y ahí las tienen al lado, tan contentas y tan tranquilas como si estuvieran cumpliendo con su deber y no les amenazara la muerte y la condenación eterna a cada paso.

—¿Y quiénes son... *esas*? —limitóse a preguntar la Niña de Plata.

—Pues... las cantineras... las bolicheras... las... mujeres de los soldados, las que siguen detrás de ellos dondequiera que vayan sus regimientos y comparten las mismas miserias y las mismas alegrías, hasta que se las traga la tierra o termina la lucha.

—¿No es más que eso lo que tanto le apena a la honrada Leyes? —manifestó tranquilamente Doña Serafina— ¡Pues buenas estamos, hermana, para recordar etiquetas ni escrúpulos en estos momentos! ¡Vamos allá, seguidme todas, que nada arriesgamos con penetrar en el refugio de esas infelices, a quienes la pasión o la desgracia habrá traído seguramente al estado en que hoy se encuentran!

Y uniendo la acción a la palabra, cosiendo por primera vez los labios a la reina de las parlanchinas, avanzó la Mayorazga de Sahagún, la azucena de los Villarrubia, por el camino del mal que se abría ante sus pasos.

\* \* \*

El campamento de Venus nada tenía en realidad de peligroso, ni siquiera de alarmante, componiéndose de un centenar de mujercillas de todas trazas y edades, procedentes de los más variados parajes de la Península, en su mayoría feas y desastreadas, que, tendidas por el suelo, amontonadas en los carros que les servían de vivienda, o traji-

nando para cocinar la menguada cena que aplacaría sus escasas necesidades, apenas si levantaron la cabeza al arribo de las recién llegadas, como si aquella intrusión les pareciera la cosa más natural del mundo o las juzgaran, en su corrupción, cual nuevas reclutas del asendereado oficio en que tan larga experiencia les cabía a las allí presentes.

Su lenguaje de germanía, su alegría ficticia, que no alcanzaba a borrar el cansancio visible de los cuerpos; aquel ir y venir continuo; el pesado tufo que se desprendía de las vasijas en que preparaban la comida; un olor acre, mezcla de perfume y de humanidad fatigada, que se desprendía de las ropas y de los vehículos; los cánticos incoherentes y pueriles; el disputar violento de algunas y la mansedumbre de bestias resignadas que reflejaban otras; todo el espectáculo de un mundo singular, desconocido, que nada tenía que ver con el que ella estaba acostumbrada a frecuentar o a sufrir, influyó al pronto en D.<sup>a</sup> Serafina para que se sintiera transportada a una esfera irreal que, lejos de atemorizarla, inspirábale compasión infinita, presumiendo, en su inocencia, la cantidad de dolor y de miseria que se encerraba en aquel círculo vicioso y en su insuficiencia de poder para redimir tanta alma pecadora.

Las había jóvenes, casi niñas, con la risa en los labios y el desgarró en los gestos; las había maduras, casi viejas, con los estigmas de todas las enfermedades y todas las lacras de la existencia. La mayoría debía de haber permanecido durmiendo durante el día, como aún lo hacían algunas, después de la aniquiladora marcha a que fueran sometidas por llanuras y montañas hasta reunirse al ejército. Pero la noche se aproximaba, despertando la ilusión, la comedia, el engaño de su sangre,

y, acuciadas por la costumbre o por el deber, aderezábanse las presumidas, disponíanse a caminar las perezosas, andaban todas de un lado para otro, y su confuso parloteo parecía el estridente desconcierto de una asamblea de pájaros de presa reunidos antes de emprender el vuelo, para separarse luego en distintas direcciones y con análogo destino.

Almudena, a quien nada sorprendía, y cuya práctica de las personas era muy superior a la de sus compañeras de indiscreción, dirigióse resuelta al grupo que quedaba más cerca, formado por tres o cuatro infelices, entre las que se destacaban una morenilla muy pizpireta y una mujerona bastante ajetreada, para preguntarles en términos adecuados al caso si tenían inconveniente en que aquella señora con quien venían se acercara un poco a la lumbre y restaurara las fuerzas antes de seguir andando donde la esperaba su familia.

—Tú eres de la Corte — declaró la mujerona sin moverse, mientras las otras hacían sitio a la Mayorazga, que tomó asiento sobre un montón de ramas secas, con la misma naturalidad que si lo hiciese en el estrado de su palacio.

—¡De la Corte soy! — repuso vanidosa la maja— ¿en qué lo has conocido?

—En el hablar. Las de allá tenéis el acento muy recio. Yo lo sé porque antes de esto fui cómica y rodé por todas partes. Me decían y me dicen la Rollona, porque cuando se me hinchan las narices o me desatino por alguien, arrollo por todo y no hay quien pueda hacerme frente, sobre todo si he bebido un poco.

—¡No le hagan caso! — interrumpió la pizpireta ofreciendo el cazo que tenía en la mano, lleno de un líquido grasiento, que sólo Almudena fué capaz

de probar para no resentir a su interlocutora—. Las hay que presumen de gazmoñas y son peores que un cómitre de galeras. Esta blasona de mala y den que nos conocimos en la casa de conversación que tenía Luquillas Durango en Toledo a los comienzos de la guerra, y puede decirse que hemos andado después juntas por todas partes, nunca la vide cosa que no estuviera puesta en razón, y a las veces más se comportó como borrega que como leona.

—Cállate, Casiana — contentóse con decir la Rollona—, que otra te respondería que ganó en lo que perdió.

—Bueno, será como quieras — concedió la Casiana—. Oye — añadió dirigiéndose a Almudena— y a vosotras ¿qué os tira más, los infantes o los caballos? Por lo que a mí toca sigo ahora la ley de mi...

Presintiendo que la plática iba a tener un giro muy poco apropiado para las personas que la escuchaban, apresuróse la esposa de Nardo a desviarla, manifestando que ni ella ni sus compañeras sabían nada de milicias, y que si estaban allí era por pura casualidad, no pensando en otra cosa sino en salir del berenjenal en que se habían metido, apenas pudieran retirarse o entrar en Brihuega, como antes se proponían.

—¿Pero sois o no sois borbónicas? — interrogó desconfiando la daifa.

—¡Borbónicas semos, como las que más! — afirmó con brío la madrileña—; pero eso no quita que andemos perdidas, sin saber dónde dar con nuestros huesos hasta que amanezca. ¿Tenemos alguna por un casual cara de servilletera?

Las marcas contemplaron atentamente a sus visitantes, y, tranquilizadas con su aspecto, comenza-



ron a hablar con mayor expansión, refiriendo los trabajos que habían sufrido en la reciente jornada y que aún las tenía a todas muertas, sin haber podido ver ni hablar además en aquel tiempo con ninguno de sus compañeros, que marchaban por delante, vigilados por sus respectivos Jefes.

—Sí, ¡que las cosas están como para encontrarse! —explicaba una rubia desteñida que hasta entonces no pronunciara palabra y que hablaba a lo andaluz—. Por lo que nos dijeron poco ha unos del Príncipe que pasaron, hay faena esta noche quién sabe hasta qué hora. Lo primero es bajar los aproches para poder colocar los cañones a media ladera, y aluego el Capitán Don José de Torres tiene ocupados cantidad de hombres en la construcción de una mina que, saliendo de las ruinas de la ermita que han dejado hecha migas esta tarde, va a terminar en los cubos de una puerta que le dicen del Arbolón, para que mañana estalle a punto y haga volar a todos los ingleses. ¡Conque, a ver!

—¡No te pudras la sangre, Cañamonal! —exclamó tranquilizadora la Casiana— ¡Más cuenta que desesperarte te trae el mirar los fuegos, que a lo mejor te dan una sorpresa!

—¿Qué es eso de los fuegos? —inquirió con curiosidad la Señora Eularia.

—¡Ahora sí que se columbra bien que no sois de las nuestras! —sentenció la Rollona, extrayendo del seno un frasco que aplicó a los labios.

—Los fuegos —explicó la Casiana— son las señales de que se valen los Regimientos para indicarnos dónde están cuando no pueden venir a buscarnos.

—¡Veisles allá! —gritó alborozada la andaluza— ¿No contáis siete hogueras en forma de flecha?

Pues esos son los de Sevilla, o por mejor decir «El Peleador», que es el mote con que les conoce todo el mundo y que emplea su mismo Coronel Don Pedro de Zúñiga.

Isabel Leyes, que por un fenómeno contra su naturaleza guardaba silencio desde hacía tanto tiempo, no pudo contenerse más y preguntó a las mujeres:

—¿Eso del mote va sólo con el Regimiento de Sevilla o se extiende a los demás?

—¡Ay, hija! — exclamó una del grupo — ¿pero de dónde venís que no sabéis ni eso?...

Y acto continuo, quitándose la palabra unas a otras, tornándose comunicativas, dichas por lucir la única ciencia que conocían, comenzaron todas las del grupo, y algunas más que se les incorporaron atraídas por la conversación, a enumerar los sobrenombres que distinguían a los Regimientos, citando los que estaban acampados delante de Brihuega y hasta los nombres de los Jefes que los mandaban.

Sólo la temible Rollona parecía aislada e indiferente a la charla de sus compañeras, entreteniendo sus soliloquios con el frasco que acaso le procuraba el olvido del pasado, o el remedio a sus padeceres presentes.

Desvanecidos en cambio los anteriores prejuicios y acomodándose al medio, escuchaba la curiosa briocense las palabras de las manflas, tratando de grabar en su feliz memoria cuanto oía, para después repetirlo y causar el asombro de sus innumerables conocimientos, durante el tiempo que Dios le concediera de vida.

El Regimiento inmemorial del Rey procedía del Tercio de los Morados de Castilla que fué a Italia con el Gran Capitán Gonzalo de Córdoba, y su

nombre de guerra era «El freno», obedeciendo las órdenes del Marqués del Carpio; el del Príncipe, titulábase «El Osado» y le mandaba el Coronel Don Rodrigo de Múgica; al de Saboya se le conocía por «El Terror» y lo guiaba el Marqués de Sentmenat; el de Córdoba era «El Sacrificado», porque atendiendo a su valor se le confiaban las empresas más difíciles y sangrientas, rigiéndole Don Luis de Sotomayor; el de Mallorca, «El invencible», respondía a su bravo Coronel el Marqués de Moya; el de Extremadura acababa de conquistar el título de «El escalador» porque casi siempre se le destinaba al asalto, con Don Bartolomé Ruiz Solano; el de Guadalajara, nadie le nombraba sino «El Tigre», porque al atacar se cebaba en el enemigo como la fiera de su nombre: le mandaba el calaverón Marqués de Torrescusa y formaba en el ala del Conde de Aguilar de Inestrillas; el de Córdoba se decía «El Sol» por lo mucho que brillara en las campañas de Italia y Flandes, siendo su Coronel el Marqués de Thouy; al de Toledo llamábasele «El Profetizado», por la profecía que le hizo un fraile de que sería de los que más bajas sufrieran en la guerra, y formaba bajo el mando del Conde de Salvatierra; el de Murcia no tenía aún mote, pero sí un Coronel de mucho mérito como Don Francisco Bustamante; y el de León marchaba con Don Melchor de Villarreal a la cabeza.

En cuanto a los de la famosa Caballería, nervio principal de aquella guerra y arma en que los ejércitos borbónicos fueron siempre superiores a los aliados, gracias a la excelencia de montas y al denuedo extraordinario en las cargas, figuraban repartidos acá y allá por las inmediaciones de Brihuega y disfrutaban de escudos propios con sus emblemas correspondientes: los Regimientos de

Rey; el de la Reina, que mandaba en persona el Conde de Aguilar; el del Príncipe, a las órdenes de Don Pedro Ronquillo; el de España, con Don Juan de Rivera; el de Sagunto, con Don Félix de Marimont; el de Santiago, regido por Don Feliciano de Bracamonte; el de Montesa, con el Marqués de Pozo Blanco, Don Félix Velasco; el de dragones de Pavía, al mando del Conde Mahoni, famoso por su emblema de una columna de orden jónico, cruzada entre nubes por los cuatro vientos cardinales y la palabra «Impertérrito»; y, finalmente, el de dragones de Frisia, cuyos soldados se citaban como modelo de jinetes.

Aquí llegaba la enumeración heroica de las mujercillas, cuando de pronto resonó en la obscuridad un silbido particular, que cortó todas las conversaciones, haciendo incorporarse a las que permanecían en el suelo e iniciar a poco una retirada silenciosa a través de la obscuridad, por parejas o grupos, hasta quedar casi desamparado el campamento, salvo algunas sombras que se agitaban dentro de los misteriosos carros, y la insensible Rolloña, que dormitaba tendida en tierra, el pelo desgredado y la botella vacía en la diestra, con una expresión trágica en el rostro que infundía temor y lástima infinita.

La tranquilidad en el campo parecía absoluta; el frío de la noche era espantoso; nada permitía imaginar, en el reposo profundo de tantos millares de seres, que al día siguiente les aguardaba una lucha cruel e implacable, al fin de la cual podían tropezar con la muerte o la victoria, pero que de cualquier modo iba a exigir todas sus fuerzas y todo su empeño de hombres, durante incalculables horas.

Preocupaciones, intrigas, temores, ambiciones no-

bles y bastardas, inconsciencia, arrestos, memorias dulces, evocaciones dramáticas, presentimientos supersticiosos, devoción sincera, escepticismo amargo, hasta el amor, o su simulacro, debían sin embargo mantener desveladas a muchas personas de las que constituían aquel ejército improvisado, surgido de la nada, dispuesto a pelear por su patria y por su Rey, resuelto a vencer, no obstante todos los contratiempos y todos los desastres pasados, desastres y contratiempos que ninguno de aquellos valientes recordaba ya siquiera.

El espíritu de la Niña de Plata, su alma generosa de doncella, que nada podía enturbiar ni rendir, elevóse entonces suplicante hacia las alturas, en solemne recogimiento, implorando perdón e indulgencia para todos los desgraciados y todos los pecadores que la rodeaban, para los dudosos, para los remisos, hasta para aquellas infelices que en vísperas de muerte corrían, guiadas por una ilusión o un deber ineludible, a fin de despedirse de sus compañeros y animarles con la comedia o la realidad de su mercenario amor...

.....

En el silencio del campamento, los hogares se consumían, viéndose obligadas las sirvientas de la Duquesa de Sahagún a levantarse para buscar por las cercanías algunas ramas con que mantener el fuego.

Doña Serafina permaneció sola unos instantes, meditando cristianamente sobre la futilidad de las cosas humanas. De pronto, un grito de niño, quejumbroso, tristísimo, rasgó los aires, procedente de alguno de los carros próximos, y el corazón de la Mayorazga estremeciéndose angustiado por el eco de aquel gemido de la inocencia y de la desdicha.

¿A qué necesidad o a qué sentimiento responde-

ría su presencia allí? ¿Trataríase de un recién nacido? ¿De una criatura recogida por la piedad femenina en alguna hecatombe? ¿De un hijo imposible de sustraer al cariño de la madre?...

La mujerona que dormitaba a sus pies, agitóse en esto con estertores de poseída, dejando escapar en sueños frases entrecortadas y gemidos mezclados con imprecaciones y juramentos horribles, mientras su mano potente, acostumbrada a las peleas despiadadas, dirigíase contra los harapos que cubrían su cuerpo, desgarrándolos de arriba abajo y poniendo al descubierto las carnes blancas y mórbidas, que constituían el único atractivo de su ocaso.

¿Había llegado también hasta ella el gemido infantil, despertando en su confusa memoria los recuerdos de otra voz y de otras caricias desaparecidas para siempre? ¿Qué misterio se ocultaría detrás de tanto vicio y tanto desorden? ¿Sería efectivamente perversa e intratable como pretendía aquella mujer, o esconderíase allá, en lo más secreto de su pecho, un resto de bondad que luchaba en vano por salir a la superficie?...

La Niña de Plata se levantó para contemplar más de cerca el cuerpo atormentado que de tal modo excitaba su caridad, y, como le viera estremecerse en su desnudez, aterido por el frío, desprendióse lentamente del manto que la cubría, tendiéndolo suave, con un movimiento exquisito de delicadeza, sobre la criatura, cuyas faltas acaso reconocieran por principal motivo el haberse visto privada en la existencia del ejemplo y el cariño que sostienen la virtud y hacen apetecible la vida, no obstante todas las amarguras de ésta.

\* \* \*

Con las primeras claridades del alba, que desvanecieron aquella especie de pesadilla, reanudóse el bombardeo más intensa y eficazmente que el día anterior, por haberse cambiado la situación de los cañones y aumentado las piezas durante la noche, corriéndose parte de la artillería del cerro de San José al camino de Vadeatienza y bajando la de la Horca al sitio que llamaban la Peña de los Gatos, gracias a cuyas medidas ambos fuegos batían mejor la Puerta de la Cadena y la de San Felipe, destruyendo poco a poco los fuertes parapetos que las cerraban.

Ya se lograba estremecer los muros y confiábase en hallar medio de derribarlos pronto, cuando el estallido de la mina que partía de las ruinas de la ermita de la Vera Cruz cuarteó toda aquella parte de las fortificaciones que correspondían a la puerta del Arbolón.

El Rey, que había pasado toda la noche, no obstante lo riguroso del tiempo, sin desnudarse, metido dentro de su estufa, velado por los Guardias, asistía desde el Cuartel General, en el barranco de Quiñoneros, al progreso de los trabajos, recibiendo partes y comunicando impresiones con el Generalísimo, que iba y venía por el campo, dando a Su Majestad toda clase de esperanzas favorables al logro de sus deseos.

En tal situación, y cuando las cosas parecían marchar admirablemente para los borbónicos, pues acababa de llegar otro cuerpo de la infantería, que venía en camino, y por la parte de la Villa comenzábase a ensanchar considerable brecha, aunque la altura de veinte pies a que se encontrara hiciera por el momento imposible su empleo, el Duque de Vendôme recibió aviso de las avanzadas de Don Feliciano de Bracamonte de que ya se oían los ca-

ñonazos del ejército de Starhemberg, que corría en auxilio de los ingleses, proponiéndose, según confidencias, llegar aquella misma noche a Brihuega.

Tamaña noticia, propagada con la velocidad del rayo por todos los puestos, no tardó mucho en ser conocida también de D.<sup>a</sup> Serafina y sus acompañantes, que hacía tiempo habían cambiado de sitio, aproximándose cuanto les era posible al lugar donde la perspicacia de Isabel Leyes adivinaba que podían ocurrir los sucesos más importantes de la jornada.

Retrasados un tanto los trabajos preparatorios de ésta por la resistencia de las antiquísimas murallas, e insuficientes aún las aberturas conseguidas por los proyectiles para permitir el paso de las tropas, la inminencia del peligro y la necesidad absoluta de rendir la ciudad antes de la venida del grueso del ejército enemigo, ya que esto podría equivaler a la ruina de todos los contingentes de Felipe V, hicieron multiplicar sus energías al Mariscal francés, consciente de la responsabilidad enorme que le cabía en aquella empresa y decidido a jugarse el todo por el todo a fin de llevarla a cabo.

Las baterías recibieron al punto órdenes perentorias de arreciar el fuego contra las puertas de la ciudad y destruir a toda costa su resistencia; los cuerpos de Infantería, convenientemente escalonados, comenzaron a ocupar sus posiciones para sostener el movimiento de los granaderos; buena parte de la Caballería, al mando del Conde de Aguilar, partió a toda brida en dirección a Cifuentes, con objeto de cerrar el paso a las tropas austriacas, y el Consejo de Generales, reunido sin pérdida de tiempo en Quiñoneros, bajo la presidencia del Soberano, decidió unánime tomar la plaza por asalto, cuanto antes fuese posible, aunque las brechas estu-



viesen imperfectas según las reglas militares, y sin reparar en medios ni sacrificios para conseguirlo.

Aprovechando ya los minutos, porque todos resultaban preciosos, y siguiendo el plan que se adoptara en el anterior Consejo, dividiéronse las tropas en tres cuerpos, encargados cada cual de una misión distinta. El primero, al mando del Teniente General Marqués de Thouy, con Don Pedro de Zúñiga y el Conde de Merode como segundos, debía atacar por la puerta de San Felipe; el segundo, a las órdenes del Conde de las Torres, estaba en la obligación de intentar una diversión para distraer a los enemigos, intentando escalar la altísima e impracticable brecha abierta primeramente por la artillería frente a las eras del Barrionuevo, y haciendo acudir allí parte de las fuerzas aliadas; el tercero, con el Conde de San Esteban de Gormaz a la cabeza, no entraría por el momento en juego, quedando de reserva para acudir donde fuese necesario, a fin de reforzar el ataque en caso de apuro.

En cuanto al resto de las tropas, repartidas por escuadrones equidistantes en torno de la muralla, tenían como cometido vigilar para que nadie escapase de la plaza, a cuyo efecto permanecían también mil caballos en las vecinas eminencias y otros destacamentos guardaban el camino del río.

El momento solemne había llegado y a las cuatro de la tarde recibían aviso todos los Jefes de comenzar la acción, enmudeciendo las baterías borbónicas para no entorpecer el esfuerzo de los asaltantes con sus potentes disparos.

El honor del primer encuentro correspondió al Conde de las Torres, quien al frente de sus tropas, amagó con el golpe meditado de antemano, a fin de ocultar el que se preparaba por las otras dos partes; pero los ingleses eran demasiado veteranos en la lu-

cha para dejarse engañar con una estratagema tan sabida, y, comprendiendo que allí no estaba el peligro, permanecieron firmes en sus puestos, esperando la acometida verdadera, que no tardó en realizarse simultáneamente por la puerta de San Felipe y por la de la Cadena, desplegándose en ambas un arrojo y una decisión realmente encomiables por parte de sitiadores y sitiados.

Encabezando su famoso «Escalador», como ya se llamaba al Regimiento de Extremadura, lanzóse a la pelea el Marqués de Thouy, que recibió una herida leve, de la que no hizo caso, continuando su marcha a través del fuego incesante de la fusilería inglesa, seguido de sus Oficiales, rodeado de todas las Compañías, que rivalizaban en valor, sin amedrentarse por las numerosas víctimas de las balas inglesas que caían a uno y otro lado, ni cejar en su empeño de arrollar a los enemigos, como lo consiguieron de primera intención, entrando cual torrente desbordado por la puerta de San Felipe, hasta tropezar con los desmontados dragones y húsares británicos, que les esperaban en la plazuela inmediata parapetados detrás de las barricadas, y que mediante un vigoroso e imprevisto contraataque obligaron a los españoles a repasar la brecha.

Ciegos de cólera éstos y con el afán de recuperar el terreno perdido, volvieron a poco al asalto, encaramándose por todas partes, rechazando cuantas acometidas les eran dirigidas, sacrificándose a montones, viendo caer muerto gloriosamente al Marqués de Torremayor, Coronel del Regimiento de Segovia, aclamando como Jefes a Don Pedro de Zúñiga y al Conde de Merode y destruyendo al cabo la primera línea de defensa de los aliados, para penetrar triunfantes en la ciudad, donde les esperaba otra resistencia y otra lucha todavía más encarnizadas que las que acababan de vencer.

Mientras estos sucesos tenían lugar por la Puerta de San Felipe, los que se dirigían contra la de la Cadena conseguían también su objetivo inutilizando los esfuerzos ingleses y arrojándolos a bayonetazos hasta la calle, donde eran destrozados por la artillería de Valdecañas, que había bajado donde se encontraba el rollo o Picota.

Pero la que, de tal conjunto de acciones, impresionó más a la Duquesa de Sahagún, haciéndola avanzar por el campo hasta no perder detalle de la hazaña, fué la conquista de la brecha practicada en el Portillo, que parecía imposible de escalar por la altura a que se hallaba y que colmó para siempre de gloria a los dragones de Frisia y de Pavía, estacionados a pie en el repliegue de terreno que formaban las eras del Barrionuevo y el camino llamado el atajo, a la espera de los sucesos.

Llegada su oportunidad, y jinetes en sus caballos, avanzaron serenos los dragones, con los fusiles desarzonados, sin parar mientes en la lluvia de balas con que se les recibía desde la muralla.

Doña Serafina, que había reconocido en seguida los uniformes de Frisia, y comenzaba a sentir verdadero espanto al presenciar tantos horrores, contempló impresionada cómo llegados al pie del muro y calculada instantáneamente la distancia que les separaba de la apetecida altura, poníanse los dragones en pie encima de sus monturas y se lanzaban al boquete, que defendía el General Carpenter en persona.

— ¡Esos son hombres! — vociferó entusiasmada Almudena, que de buena gana hubiese corrido a su vez para ayudar a aquellos bravos.

— ¡Pues entre ellos me parece que está Don Fadrique de Córdoba, y que es uno de los que dirigen el ataque! — afirmó la Señora Eularia, que no perdía detalle de lo que ocurría.

— ¡Ojalá salga con vida ese caballero que tan noble parece y tanto se interesa por la Señora Duquesa! — expuso Isabel Leyes para no quedarse callada.

Pero D.<sup>a</sup> Serafina no escuchaba ni entendía las palabras que a su alrededor eran pronunciadas. Todas sus potencias, todos sus votos estaban con aquellas figuras, engalanadas tan vistosamente, que realizaban a lo lejos acrobacias inverosímiles para alcanzar el punto deseado, y que, una vez llegadas arriba, inclinábanse hacia el compañero que les seguía, con objeto de ayudarle, o se abrazaban en mortal lucha con un enemigo, o perdíanse en el remolino de los combatientes, o caían pesadamente desde el muro, convertidos en una masa inerte que se estrellaba en el suelo y no volvía a levantarse más.

El combate, lejos de disminuir, aumentaba en intensidad a cada momento, convirtiéndose en un verdadero pugilato entre los dragones españoles y los granaderos ingleses, animados éstos por las palabras y el ademán sugestionador del bizarro General Carpenter, colocado en el lugar de mayor peligro, espada en mano, rechazando asalto tras asalto y sin parar mientes en las numerosas heridas que le cubrían de sangre de la cabeza a los pies.

Españoles y británicos peleaban con encarnizado tesón, resueltos a perecer o triunfar, y en aquel torneo de inhumanidad disparábanse las armas a quemarropa y sin interrupción, ardían los uniformes, y tan pronto se empleaba el fusil como la espada y hasta las piedras arrancadas de la brecha.

El objetivo que parecía excitar más la rencorosa codicia de los de Pavía y Frisia era indudablemente la captura del General Carpenter, sobre quien por tres veces habían conseguido poner las manos, logrando sus soldados libertarle otras tantas; y, a

medida que aumentaba el número de los dragones en la brecha, o desaparecían en el recinto fortificado, peleando con sus adversarios, crecía la espantable confusión del choque, y la masa de los militares, en perpetuo movimiento, convertíase en una mancha informe, donde el humo y el polvo apenas si permitían distinguir las diferencias en los arreos.

La Niña de Plata, no obstante, seguía las maniobras de los que llevaban casacas azules con vueltas rojas, creyendo adivinar entre ellos a cada momento la presencia de uno de sus Oficiales, el más gallardo, el más serio, el que sus labios no consentían en nombrar, pero que no se apartaba de su pensamiento desde que comenzara el asalto.

Sí; allí estaba seguramente, decidido a distinguirse, aunque le costara la vida; a realizar alguna proeza gigantesca que le conquistase la admiración de la mujer cuyos desdenes érale imposible soportar ya más tiempo; a perecer o regresar victorioso al campo para cumplir su promesa de introducir a la Duquesa en la plaza, apenas se rindiera ésta; a buscar acaso en su desesperación un fin heroico, con la esperanza de que su cadáver mereciera, enaltecido por la gloria, el afecto y la estimación que no consiguiese en vida su persona.

Serafina lamentaba en aquellos instantes la obstinación en alejarse de la casita de Malacuera, en pasar la noche a campo raso, en borrar sus huellas de modo que Don Fadrique no pudiera volver a encontrarla y a mirarla con aquellos ojos tristes e implorantes que parecían perseguirla por todas partes. ¡Quién podía saber si una palabra de afecto, una prueba de reconocimiento o aunque sólo fuese un ligero testimonio de amistad, no hubieran sido capaces de apartar del caballeresco dragón cualquier idea siniestra, empeñándole en conservarse,

para seguir suspirando de lejos..., de muy lejos, eso sí, por el logro de sus ansias!...

¡Bravo, verdaderamente lo era! ¡La Mayorazga le había reconocido tal cualidad desde su primer encuentro! Allí mismo lo estaba comprobando una vez más a los ojos de la mujer amada, que sentía bullir en su sangre todo el espíritu de su raza de conquistadores y guerreros, experimentando, aun a pesar de severidades y desvíos, un orgullo inconfesable al considerarse objeto de pasión por parte de un hombre de tales condiciones y asistir a la demostración de su denuedo indiscutible...

La ofensiva arriesgadísima de los Regimientos de Frisia y de Pavía no llevaba, sin embargo, trazas de acabarse, aumentando por minutos las dificultades con que tropezaba su valentía, y entonces se produjo un hecho admirable, una de esas proezas que recuerdan las historias y que constituyen a través de los tiempos la demostración más evidente de que nunca desaparecerán las virtudes de la raza, por muy bajo que ésta parezca caer.

El Conde de San Esteban de Gormaz, el primogénito de los Pachecos, el «Mercurio cristiano», como le denominaban sus contemporáneos, uno de los Grandes más ilustres con que contara la Majestad de Felipe V, que permanecía ocioso con la misión de custodiar la persona del Monarca, viendo peligrar la existencia de aquellos bizarros compañeros de armas, pidió y obtuvo permiso del Soberano para correr en su auxilio, logrado lo cual, precipitose, como alud desgajado de la montaña, hacia el lugar de la lucha, llevando en pos a los granaderos de la Guardia Real, y escalando el primero de todos la humeante brecha, entre una tempestad de proyectiles, impávido, magnífico, como quien pretende obtener el galardón máspreciado de su vida.

La Duquesa de Sahagún, como casi todos los Oficiales que participaban en la acción, sabían que el Conde de San Esteban adoraba a su padre, el noble Marqués de Villena, Duque de Escalona; que éste se encontraba prisionero y mal tratado de los austriacos desde la pérdida de Nápoles, cuyo virreinato desempeñara a tiempo de la catástrofe; y que el hijo había hecho solemne voto de lograr el rescate del prócer, canjeándole por otro General a quien sus manos consiguieran rendir en el campo de batalla.

Por esto, al verle ascender a la cúspide de la muralla de Brihuega, animando con la voz y el ejemplo a los soldados que aún se mantenían firmes, y al contemplar desde abajo cómo perfeccionaba la obra de los cañones, haciendo ensanchar por su propia mano el boquete de entrada, hasta que los Regimientos pudieran pasar por su abertura, un deseo unánime, una emoción generosa invadió el campo borbónico, y, superándose a sí mismos, arremetieron todos contra el enemigo, en forma tal, que lograron hacerle retroceder, esta vez definitivamente, derramándose triunfante la soldadesca por el laberinto de callejuelas que formaba el Barrionuevo, y desalojando de la Carraíta a los vencidos ingleses.

Al desaparecer de su vista dragones y granaderos para continuar el combate por el interior de la ciudad, ganando casa por casa y cuesta por cuesta, el interés de la Niña de Plata no pudo ya volver a concentrarse en nada de lo que presenciaba, ni siquiera en las referencias que a cada paso le traían Almudena o Isabel Leyes, transformadas en edecanes de la Mayorazga y corriendo de un lado para otro, como si fueran verdaderos correos o ayudantes de órdenes.

En vano se esforzaban ambas por pintar con los más vivos colores que les sugería su imaginación

plebeya, el combate mantenido junto a la puerta del Arbolón, donde acababan de entrar los Regimientos de Guadalajara y el Rey, al mando del Conde de Rupelmonde, y donde éste había caído acribillado de heridas, mientras «El Tigre» y «El Freno» ganaban la plaza de Herradores, llevando por delante a los ingleses, que bajaban en retirada desde Carraíta.

La atención de D.<sup>a</sup> Serafina concentrábase en los ruidos que llegaban hasta sus oídos desde el interior de la Villa: descargas de fusilería, estruendo de bombas y granadas, ecos de clarines y tambores que tocaban a degüello, estallidos de barriles de pólvora destinados a incendiar los depósitos de combustibles; cuanto puede inventar, en fin, la rabia y la crueldad, condenadas a sucumbir matando y destruyendo.

Las llamas procedentes de las casas próximas a las murallas, que debían de estar ardiendo, desbordaban por los pétreos paredones, enguirnaldándolos de fuego; hombres y más hombres continuaban penetrando por las rendidas puertas, disparando unos sus armas, arrastrando cañones ligeros otros, vociferando la mayoría con frenético entusiasmo, ansiosos todos de no quedarse atrás, de desempeñar un papel en la contienda; y a medida que la inspirada Isabel Leyes aumentaba la truculencia de sus relatos con la descripción de hondonadas, cortaduras, empalizadas, vigas encadenadas y sorpresas mortíferas dispuestas en el interior de Brihuega para impedir el avance de los borbónicos, crecía en la nieta de los Villarrubia el afán de seguir a aquéllos, de aprovechar cualquier descuido de las tropas para traspasar las murallas, de correr hacia el asilo donde tendrían término todas sus impacencias y todas sus congojas.

¡Entrar en la ciudad! ¡Entrar de cualquier modo!



¡Pero pronto; antes de que vinieran a buscarla o de que el no venir nadie acabara de enloquecerla...

Comunicado su propósito a las compañeras, alborotáronse éstas, creyendo que la Señora había perdido la razón; mas intimada la obediencia y puestas en el caso de seguirla o dejarla avanzar sola hacia las fortificaciones, no les cupo otro remedio que resignarse, caminando en grupo y resueltas a sacrificarse antes que permitir a nadie tocar el pelo de la ropa de la Niña de Plata.

Afortunadamente para el éxito del temerario intento, comenzaba a obscurecer, y, dominado ya el recinto exterior de la plaza, observábase por todos lados una relajación evidente de disciplina, que permitía aventurarse a cualquier imprudencia, en la seguridad de no ser detenido ni castigado por tan fútil motivo.

Además, apenas generalizada la lucha por las calles, principiaban a refugiarse en el campo de Felipe V bandadas de mujeres y de habitantes de la Villa, que salían despavoridos por todos lados, repitiendo entre alaridos y sollozos las monstruosidades que acababan de presenciar o lamentando la ruina de sus hogares.

Era menester, pues, aprovechar la oportunidad que se les ofrecía, mezclándose en el tumulto y corriendo detrás de alguno de los pelotones que se iban sumando al contingente invasor, para transponer el Portillo, recién conquistado por los Dragones de Frisia, y volar en seguida al convento de las Jerónimas, guiadas por la infalible experiencia de Isabel Leyes, que sabría conducir las a través de caminos extraviados y seguros, haciéndoles penetrar por las tapias de la huerta, si la calle principal no estaba libre.

El paso de un cañón empujado trabajosamente

por algunos soldados rendidos y sudorosos, ofreció la ocasión deseada, enganchándose Almudena y la Leyes a la rastra, sin necesidad de apremios, mientras D.<sup>a</sup> Serafina y la Señora Eularia, con otros auxiliares improvisados, ayudaban a sacar de un bache las ruedas de la cureña, que a cada vuelta del eje quedaba empantanada nuevamente en las desigualdades del camino.

Pero al desprenderse de sus inconscientes valedores y enfrentar la calle, donde a los vivísimos resplandores de los incendios contemplábase el suelo sembrado de cadáveres y de heridos, que se arrastraban por tierra, en medio de lamentos que partían el alma, detúvose horrorizada la Duquesa de Saha-gún, vacilando entre retroceder o seguir.

La voluntad pudo, sin embargo, más que todo, y cerrando los ojos para no ver tanto cuadro de dolor, continuó adelante, apoyándose en el brazo de la Señora Eularia, que temblaba de miedo, precedida por Isabel, que le abría camino entre los charcos de sangre, y escoltada por Almudena, que revolvía los ojos hacia todos lados, oteando el peligro y sin perder detalle del macabro espectáculo que se presentaba finalmente a sus admiraciones guerreras.

Todo hubiese salido bien si, al revolver una calle, no tropezaran de improviso con un grupo de soldados ennegrecidos por la pólvora, los trajes hechos jirones, que recorrían la ciudad cantando victoria, hambrientos de jolgorio, ostentando en las puntas de las bayonetas grandes gorras de pelo, fruto indudable del despojo a algún enemigo muerto, y que al ver a aquellas cuatro buenas mozas que les salían al paso creyéronse en el caso de abordarlas en términos descompuestos, haciendo ademán de cerrarles el camino y enredándose con Almudena y Eularia en tal disputa, que asustada Isabel Leyes terminó

por coger del brazo a D.<sup>a</sup> Serafina para echar a correr en dirección opuesta.

Así atravesaron callejas y subieron y bajaron cuestas empinadas, dando un gran rodeo, hasta que, por último, D.<sup>a</sup> Serafina logró reconocer emocionadísima los árboles de su convento, y, descendiendo una pendiente más, encontróse de pronto ante sus puertas.

Entonces se olvidó de todo, para no pensar sino en lo que la había traído hasta allí. Reyes, Generales, asaltos, guerras, ambiciones, cedieron ante el espectro de la muerte, única realidad terrenal, y entrando precipitada por la portería, sin agitar campana ni llamar a nadie, corrió a la clausura, golpeando con las pocas fuerzas que le quedaban las pesadas hojas, que al fin se abrieron ante su impaciencia, a tiempo que su compañera repetía pomposos títulos y grandezas que hacían persignarse de asombro a la tornera.

Sostenida por sus nervios, indiferente a las mujeres y a las criaturas de la villa con que tropezaba en su precipitada ascensión, acurrucadas por escaleras y pasillos, defendiendo sus atados del posible saqueo, inseguras de la suerte que les aguardaba aun dentro del inviolable asilo que su pavor había profanado, subió la Mayorazga escaleras bien recordadas, atravesó zaguanes, enfiló al cabo un corredor donde, arrodilladas y con velas en las manos, salmodiaban novicias y religiosas el oficio de difuntos; avanzó insegura entre ellas, cual si fuera a desplomarse, y encontróse al cabo, sollozante, rendida, temblando de pies a cabeza por la emoción que la ahogaba, en una pobre celda, sin más muebles que una banqueta para el trabajo, un reclinatorio con un crucifijo para hacer oración, un arca donde guardar las ropas y la tarima

de madera, donde, anhelosa pero aún con vida, permanecía la Madre de su alma, pálida, inmóvil, la diestra ligeramente levantada y extendida como si señalase la puerta por donde había de entrar su tesoro, su discípula predilecta, la obra más querida de toda una vida de renunciamiento y de amor.

Serafina no distinguió a los sacerdotes que rezaban en pie junto al lecho, ni a las demás monjas, ni siquiera a la Duquesa de los Cameros, postrada de rodillas a la cabecera de su hermana y pasando de vez en cuando suavemente un lienzo por la frente de la moribunda. Sólo vió la mirada con que la recibió ésta, la serenidad con que dejó caer la mano sobre las ropas al sentir en ella las lágrimas y los besos de su hija en Cristo, el contento que iluminó un segundo aquel rostro tan próximo a la eternidad...

—¡Bien venida seas!... ¡te esperaba!...—suspiró la Santa, reuniendo todas sus fuerzas para hablar—. Ahí la tienes, hermana—añadió al cabo de un rato, dirigiéndose a D.<sup>a</sup> Blanca—. Ahora... cuida de ella...

Y clavando los ojos en algo que los humanos no podían ver, pero que seguramente constituía la recompensa de todos sus padeceres, arrullada por las oraciones de las monjas que encomendaban su alma a Dios, continuó Sor Fuencisla moviendo los labios muy lentamente, sin articular ya palabras, mientras su diestra descansaba cada vez con menos peso sobre los trenzados cabellos de la Niña de Plata, como si la bendijese por última vez...

\* \* \*

Las horas que siguieron a la edificante muerte de la Madre, ocurrida poco después, tras breve agonía, fueron de tan intensa aflicción para Doña

Serafina, que, compadecida al fin la Duquesa de los Cameros de verla llorar de aquel modo, e informada por la Señora Eularia de algunos de los trabajos sufridos en los últimos días por la tierna Mayorazga, quiso evitarle más emociones, haciéndola ponerse en pie y empleando toda su autoridad y su dulzura para decidirla a recogerse unas horas, con la promesa de que ella misma la advertiría un poco antes de comenzar la primera misa en la Iglesia, donde pensaban trasladar el cuerpo de Sor Fuencisla, colocándolo en el coro bajo, de acuerdo con las costumbres de la Comunidad.

Serafina se resistía, aunque todo su aspecto demostrara bien a las claras que había llegado al límite de la resistencia; pero D.<sup>a</sup> Blanca, sin hacer caso, terminó por conducirla a su propia celda, que no era superior a las demás, repitiéndola al oído consuelos y palabras afectuosas.

—¡No, no me digas nada! —agregó forzándola casi a tenderse en el modesto lecho que ocupaba buena parte del cuarto—. Mañana habrá tiempo para todo. Por ahora conténtate con saber que los invasores de Brihuega se han rendido poco antes de venir tú, y que a las nueve, es decir, hace muy poco, se ha firmado la capitulación del General Stanhope con el Duque de Vendôme, por la que queda prisionera de guerra toda la guarnición, que permanece aún en el castillo y que probablemente saldrá a la madrugada rumbo a Valladolid, custodiada por el Regimiento de la Estrella, para ser repartida en diferentes pueblos. El triunfo de nuestro Rey ha sido, pues, completo, y el número de vencidos creo que pasa de cinco mil, contándose entre ellos tres Generales y muchos Cabos. ¡Alabado sea Dios por todo ello!

Lo que la ilustre patricia calló para no preocupar

más a la Niña de Plata y hacer huir el sueño de sus ojos era que la gloriosa acción costaba a las fuerzas de Felipe V como 900 muertos y unos 1.500 heridos, a cambio de la mitad de tales pérdidas en los defensores de la plaza, y que en aquellos momentos, reintegradas a sus respectivas casas las personas que desde el día 6 invadieran el Convento para resguardar vidas y haciendas, y restablecida la clausura con todo rigor, a excepción de las dos grandes Señoras y sus respectivas servidumbres, abriéndose las grandes puertas del templo de las Jerónimas para admitir en su extensa nave a todos los heridos de ambos bandos que pudieran instalarse en ellas, dejando únicamente libres los altares y convirtiendo la casa del Señor en Hospital de Sangre, atendido por médicos y cirujanos bajo la inspección y ayuda meritísima de la insigne Doña Blanca de Mendoza y Aragón, Duquesa de los Cameros.

De todo lo anterior, y de muchas cosas más, encargáronse, sin embargo, de informar a Serafina la Señora Eularia y Almudena, cuando, antes de rayar el alba, penetraron donde la Mayorazga de Sahagún las esperaba, sin haber podido pegar los ojos en toda la noche, combatida por temores y presentimientos, tan graves como diferentes unos de otros.

Contra la costumbre de sus naturalezas, la más comunicativa en aquella ocasión era la catalana, que hablaba sin cesar, mientras la hija de Madrid, que había pasado en vela toda la noche, recorriendo la población de arriba abajo, mostrábase hosca y silenciosa la mayor parte del tiempo, como si alguna preocupación muy grave le absorbiese el pensamiento, privándola de su habitual locuacidad.

Una de las primeras noticias participadas a la Niña de Plata fué la del encuentro de Isabel Leyes con Don Fadrique de Córdoba, frente al Castillo, sano y salvo, que le había pedido noticias de Su Excelencia, quedando satisfechísimo por saberla ya en el Convento, aunque sintiendo no haber sido él en persona quien allí la condujera; otra consistió en referir que Felipe V, seguido de todo su séquito, había querido entrar en Brihuega para instalarse entre sus muros, pero que al asomarse por la puerta de la Cadena y ver el aspecto terrorífico que las calles presentaban, había retrocedido impresionado, volviendo a su cuartel de Quiñoneros con idea de dormir por segunda vez dentro de su carruaje; el último cuento de las criadas tuvo por objeto poner en conocimiento de la Duquesa de Sahagún que uno de los tres héroes que el primer día del sitio se habían arrojado al río para llevar al General Starhemberg la noticia del apuro en que se encontraban los ingleses era Lord Ramsbockle, quien debía de haber llevado a buen término su arriesgadísima misión, dados los avisos que llegaban de los movimientos de las fuerzas austriacas.

Pero impaciente Serafina por seguir cumpliendo sus deberes cerca de los restos de Sor Fuencisla, y de hablar además con la Duquesa de los Cameros a sus anchas, dejó con la palabra en la boca a sus criadas, trasladándose sin responder palabra al coro bajo, donde tendido humildemente en el suelo sobre una bayeta negra, alumbrado por cuatro candelabros encendidos, y rodeado de la Comunidad y gran parte de la clerecía de Brihuega, reposaba el cuerpo de la Venerable Madre, libre ya de sufrimientos, amortajado con el hábito Jerónimo, y reverenciado desde el otro lado de la reja por los habitantes de la ciudad, que se apiñaban

detrás de los hierros, formando una masa compacta que impedía la vista del templo, repitiendo en alta voz loores en honor de la difunta y esforzándose de todos modos por hacer tocar rosarios y prendas al cadáver, reputado ya como milagroso.

Postrada a sus plantas rezó fervorosamente la Mayorazga, hasta que un grito de dolor, seguido de otros muchos que parecían transformar en infierno de condenación la solemnidad del recogimiento monjil, vino a interrumpir bruscamente el hilo de sus oraciones, moviéndola a levantar la cabeza para enterarse de lo que sucedía.

El público de devotos amontonado junto al coro debió de sentir el mismo impulso, porque, abandonando durante unos instantes su puesto, abrió un claro entre sus filas, por el que se distinguía la nave de la iglesia y el espectáculo inusitado y horrendo que ofrecía el interior del templo.

Tumbados por tierra en todos sentidos, ocupando cuanto espacio quedaba libre sobre sus losas, estremecidos por la fiebre unos, retorciéndose otros, presas de sufrimientos insoportables, rígidos como si acabaran de expirar los menos, quejándose e implorando la mayoría a Dios o al demonio, con gemidos ininteligibles, aparecían heridos y más heridos, que alcanzaban hasta las gradas del presbiterio y que continuamente iban aumentando en número, transportados en hombros o parihuelas improvisadas por las personas piadosas que los recogían de las calles o por sus compañeros de armas, que se mezclaban indistintamente entre sí después de la paz.

Ingleses, portugueses, franceses, españoles, de todas las nacionalidades, se encontraban víctimas en aquel recinto consagrado a la meditación y al

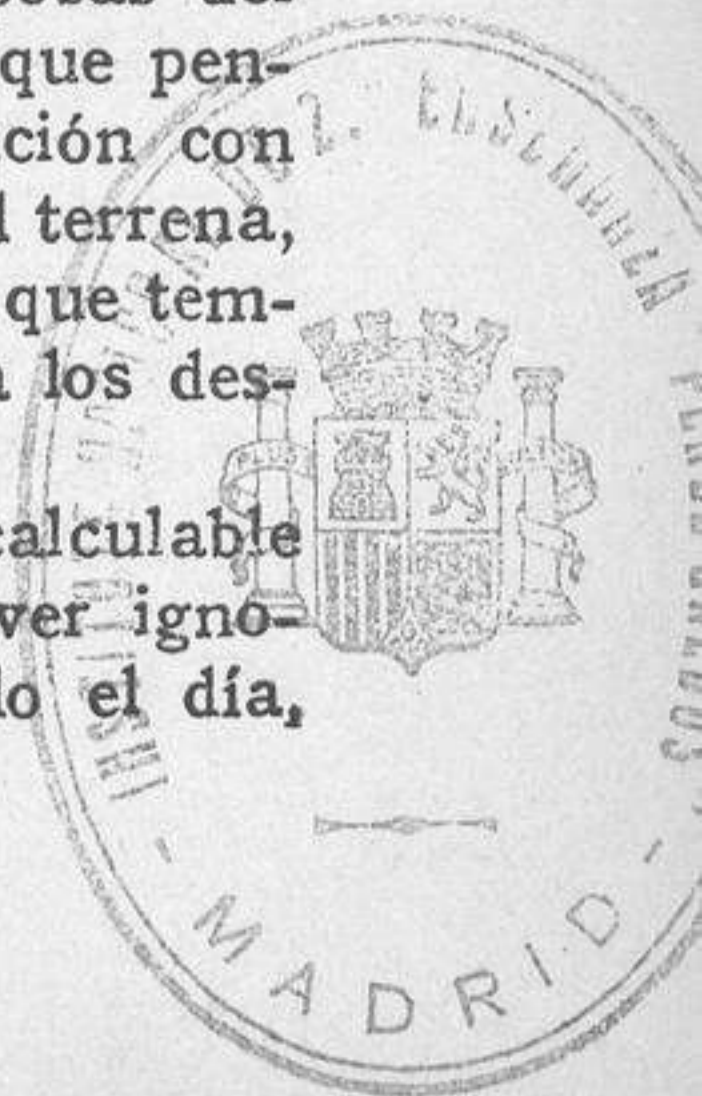


silencio místico, y mientras del lado del coro las criaturas que renunciaron al mundo para no presenciar sus excesos, elevaban contritas y resignadas sus preces al Altísimo pidiendo la misericordia y el descanso eterno de la Prelada que había dejado de existir procurándoles con su ejemplo nuevos ánimos y nuevas esperanzas de gloria, allá, en el espacio dedicado a los pecadores, agitábase convulso un mar de humanidad doliente, tronchada su juventud fogosa por el cumplimiento de otros deberes no menos sagrados y asistidos por facultativos que operaban sin cesar sus miembros destrozados y por las almas caritativas que, olvidando rencores y miserias, ayudaban a los doctores de la ciencia en su ímproba tarea.

La postrera visión que D.<sup>a</sup> Serafina recibió de aquel cuadro fantástico y horripilante fué la de su amiga y valedora, la insigne Duquesa de los Cameros, deslizándose cual sombra entre los seres caídos, inclinándose hacia ellos para animarles con una palabra, una frase de consuelo, y seguida de un sacerdote, pronto sin duda para recibir la confesión de un moribundo o absolver de sus pecados a todos los arrepentidos.

Alguien, en aquel momento, de los que circundaban a la Mayorazga, creyóse en el caso de aislar más completamente el círculo de las esposas del Señor, y, corriendo las grandes cortinas que pendían del muro, interrumpió la comunicación con el teatro de la desolación y de la inquietud terrena, dejando el amplio coro sin más luz que la que temblaba en los blandones colocados junto a los despojos de la bendita Priora.

Entonces transcurrió un espacio incalculable de tiempo, en que los velantes del cadáver ignoraron si seguía la noche o era comenzado el día,



y durante aquella enervadora espera, en que la misma vida parecía haber suspendido su curso, D.<sup>a</sup> Serafina Enríquez, la Niña de Plata, meditó profundamente a los pies del cadáver de su ínclita maestra sobre la vanidad y la insignificancia de las cosas del mundo; sobre los errores y pecados en que acaso incurría su entendimiento dejándose guiar por el egoísmo y la quimera de la felicidad, a fin de rehuir el cumplimiento del deber; sobre la lección que le ofrecían aquellos infelices que gemían al lado, esforzándose por mantenerse asidos a la vida, no obstante todas sus amarguras, y el contraste del reposo inefable de Sor Fuencisla, sacrificando honores, grandezas y sentimientos para seguir una existencia de mortificaciones y de abnegación humildísima, al cabo de la cual alcanzaba el premio y la corona que el cielo dispensa a sus elegidos.

Imperioso, espontáneo, surgió al fin en el espíritu de la Duquesa de Sahagún el convencimiento de la necesidad de resignarse, de no luchar más contra el destino, de aceptar la sentencia que los labios de la Madre hubieran pronunciado seguramente, caso de llegar antes a su presencia la insubordinada discípula; y, humillando todo su orgullo, rechazando todos los recuerdos y las tentaciones que pudieran entorpecer su resolución, acabó la Condesa de Écija por formar el propósito firmísimo de no luchar más por su libertad y de ofrecer aquel sacrificio como pago de cuanto la Madre había hecho en favor de la desventurada D.<sup>a</sup> Guiomar primero y después por la hija, que nunca olvidaría sus lecciones ni su ejemplo...

Aún permanecía en su arrobo la triste Mayora, cuando sintió que unos brazos amorosos ceñían su cintura y que una voz familiar, dulcí-

sima, semejante en un todo a la inolvidable de Sor Fuencisla, murmuraba muy quedo a su oído:

—Ven, salgamos, necesito hablarte.

Serafina levantó el rostro, donde brillaban las lágrimas, y se encontró con la Duquesa de los Cameros, que la contemplaba con una expresión de afecto imposible de resistir.

\* \* \*

Las primeras palabras de D.<sup>a</sup> Blanca al penetrar en el espacioso huerto, donde todo era claridad y el sol de la mañana doraba los altos cipreses, fueron para convencer a su amiga de que ni una ni otra debían afligirse por la muerte de Sor Fuencisla, tan de acuerdo con los deseos y las virtudes de toda su vida.

—No era sólo el intenso amor de Dios —añadió la Duquesa, tomando asiento sobre unos troncos y haciendo que Serafina la imitase— lo que consumía y apagaba los días de mi piadosa hermana, sino la preocupación, la tortura que en su escrupulosa conciencia trabajaba desde hacía muchos años, a causa del empeño de la gente en considerarla como santa y en atribuir a su intercesión cuantas curaciones y cosas fuera de lo común ocurrían en la comarca. Hasta ti misma puede que hayan llegado relatos de los supuestos milagros de «la monja de Brihuega», como solía llamarla el vulgo. Por mi parte, sé que los pedacitos de su hábito, las cuentas del rosario, cualquier objeto que usara o tocara, eran disputados como reliquias auténticas y empleados por sus devotos cual remedio para todos los trabajos. En vano protestaba ella y escribía al Arzobispado, repitiendo una y

mil veces de que no era sino la más indigna observante de la regla de San Jerónimo: los pobres, los desdichados, los enfermos, todos los que necesitan creer en algo sobrenatural para soportar la vida, se empeñaban en propalar la fama de sus facultades prodigiosas, y este modesto convento veíase convertido en lugar de romería, que nadie, ni siquiera las Autoridades Eclesiásticas, atrevíanse a prohibir, influídas por la opinión de los fieles.

Doña Serafina, interesada por esta conversación, que tan de cerca tocaba a sus sentimientos filiales, atendía a la plática, recobrando poco a poco sus espíritus y siguiendo la dirección que a sus ideas deseaba imprimir aquella Consejera habilísima.

Los detalles enternecedores de los últimos días de Sor Fuencisla; la frecuencia con que en ellos nombraba a *su niña*, como habitualmente llamaba a la Mayorazga de Sahagún; las preocupaciones que su suerte le inspiraba; el temor, por último, de que le hubiera sucedido algún contratiempo, cuando, a pesar de los mensajes enviados repetidamente a Madrid por intermedio de la Duquesa de los Cameros, no parecía por Brihuega ni contestaba nada, volvieron a convertir en fuentes los ojos de Serafina, pero con un llanto tranquilo y reparador, que sosegaba sus nervios de las anteriores alteraciones.

La esperanza de verla antes de morir no abandonaba sin embargo a la enferma, que después de sus éxtasis repetía a D.<sup>a</sup> Blanca, muy contenta.

—¡Vendrá! ¡Vendrá! ¡Los ángeles me lo han anunciado!

Otras veces, arrepentida por aquellas seguridades, que podían hacer creer en la existencia de revelaciones celestiales, manifestaba sinceramente sus temores, repitiendo en confianza:

—Yo no sé cómo es que muchas veces digo algunas cosas sin advertirlo, y cuando vuelvo sobre mí tengo pena de haberlas dicho.

Otras, añadía:

—¡Qué sé yo, hermana, si todas las cosas que han pasado y pasan por mí han sido y son fuerza de la imaginación, o si en castigo de mis pecados ha permitido Dios me llevara engañada el demonio!

Aquel recrudecimiento de modestia y el deseo de no querer dar que hablar más después de muerta, constituían precisamente los motivos que habían decidido a Sor Fuencisla a llamar a D.<sup>a</sup> Blanca para examinar juntas todos los papeles importantes que guardaba la Madre, confiándole algunos de interés vital para otras personas y destruyendo todos los demás en su presencia, incluso los originales de las obras que por consejo de su Confesor y para desahogo de sus místicos ocios escribiera desde que ejercía en Brihuega el cargo de Prelada.

La invasión de los ingleses y los ecos del asalto, que adivinaban sus despiertos sentidos, habían contribuído indudablemente a apresurar el fin de la patriota Religiosa, que ofrecía al Cielo de continuo su miserable existencia a cambio de la de los inocentes habitantes de la Villa, ordenando desde el primer día que se abrieran las puertas del Convento a cuantas mujeres y niños quisieran refugiarse en su clausura...

—Y ahora — continuó la insinuante voz — que estás más serena, cuéntame tú, Serafina, también, cuanto ha sucedido desde que no nos vemos y las razones por qué te encuentras aquí... ya que mi hermana te entregó a mi amistad como si aún estuviese en vida.

Seducida por aquella sencillez tan noble, de-

seosa de descargar de una vez el peso que la agobiaba, persistiendo con sincera voluntad en la resolución que acababa de adoptar junto al cadáver de Sor Fuencisla, comenzó entonces la Niña de Plata el relato detallado de todas sus desdichas, desde la famosa entrevista con la Princesa de Ornano en Madrid, hasta su entrada en el Convento, sin ocultar nada de lo que pudiera perjudicarla ni favorecerla ante el juicio de la persona que la escuchaba y terminando por declarar el voto recién formulado que la apartaría de cuantas asechanzas se le presentaran en lo futuro para vencer su conciencia.

—¿Has pensado en la gravedad de tu pensamiento? —interrogó lejana la Duquesa, con los ojos fijos en el firmamento y las manos apretando el escapulario de su hábito.

—¡He pensado sobre todo en la dificultad de mi salvación si obro de otro modo! —repuso sencillamente la hija de D.<sup>a</sup> Guiomar Enríquez.

—¿Y te resignarás a la situación que te creará tu decisión?

—¡Lo único que anhelo es vivir en paz con mi conciencia y consagrar mi afecto a Jenaro de Pereda!

—¡Jenaro de Pereda!... —murmuró muy quedo D.<sup>a</sup> Blanca— ¿Sabes si se conformará con tu nuevo propósito, enterado como estará a estas horas por su criado de todo lo sucedido en Toledo?

—Para mi hermano, lo primero en este mundo es el honor, y, por no faltar a él, se resignará al sacrificio como yo me resigno.

La Duquesa permaneció unos segundos callada, y aquel silencio fué interpretado por Serafina en el sentido de aprobación a su conducta.

—¿Y estás segura —interrogó al cabo de un

rato la voz celestial — de que obrando así interpretas los sentimientos que tu maestra y guía Sor Fuencisla te hubiera inculcado, caso de ser consultada antes... y poder responderte?...

Serafina, al escuchar estas palabras, alzó el rostro para contemplar angustiada a D.<sup>a</sup> Blanca.

—Te hablo así — prosiguió ésta, expresándose muy despacio — porque antes de conocer la última indignidad de tu marido, conversamos muchas veces mi hermana y yo sobre tu situación, y de común acuerdo convinimos en que, llegadas las cosas al extremo que han alcanzado, la única solución natural y justa para ti consiste en solicitar en Roma la nulidad de tu casamiento, como acto no consumado y sacramento impuesto por la fuerza.

—¿Es cierto lo que oigo? ¿Dijo eso la madre? — exclamó, renaciendo a la vida Serafina.

—¿Puedes dudarlo, siendo yo quien te lo afirma? — respondió severa la Duquesa—. Hace ya muchos meses, desde antes de conocerte, desde que Sor Fuencisla me escribió anunciándome tu visita, que llevo estudiando el caso, y si no te adelanté mi parecer fué porque necesitaba consultarlo con personas doctas en estas materias. Antes de venir aquí había discutido con Autoridades muy severas, y de todos sus razonamientos vine a sacar en conclusión que tu matrimonio adolece de muchos vicios de fondo y de forma, vicios que permiten entablar el recurso de casación ante el Santo Padre. Necesitábamos, sin embargo, una prueba decisiva, un argumento irrefutable para fundamentar nuestra demanda, y ese argumento, esa prueba, nos los ha proporcionado tu Madre espiritual, mi venerable hermana, con una carta de tu puño y letra, escrita desde Barcelona, en que protestas de que al unirte al Conde de Ecija obras a la fuerza y sin voluntad, documento

precioso, al pie del cual, y refrendada por su Confesor, escribió Sor Fuencisla una nota declarando haberla recibido antes de tu boda y constarle que es verdad cuanto manifiestas, por lo que declara el acto sin valor efectivo, siempre y cuando no se ratifique con posterioridad por la vida en común y con tu pleno consentimiento.

—¡Madre mía de mi alma, bendita seas! —sollozó la Niña de Plata, sintiendo que se le abrían las puertas del cielo. —¡La nulidad! ¿Y nunca me hablasteis de ella hasta ahora? ¿Por qué dejarme desesperada tanto tiempo?

—¡Porque quería probar hasta dónde llegaba tu virtud, hija mía! Porque mi hermana y yo habíamos decidido someterte a esta última prueba, en que acabas de triunfar plenamente y que llenará de regocijo en el cielo a tu intercesora cerca del Todopoderoso. Pero desde ahora puedes desechar temores. Sor Fuencisla me mandó que velase por ti y que volviera, si era preciso, al mundo para protegerte. ¡Y volveré! Necesitas otra protectora, muerta la Madre, y yo lo seré tuya. Lucharemos unidas y procuraremos vencer a nuestros enemigos, que son poderosos, y que, hoy por hoy, tienen más influencia que el mismo Felipe V y Luis XIV unidos, dentro del Sacro Colegio de Cardenales, Tribunal a que se someterá seguramente el conocimiento de tu pleito.

—¡Si así es — murmuró desalentada Serafina — acaso resulten estériles todas nuestras diligencias y únicamente consigamos procurar un escándalo a la humanidad con mis protestas!

—El caso es arduo — confesó grave la de los Cameros—y el triunfo puede no ser inmediato, mas la razón nos asiste, y por de pronto conseguiremos la ventaja de que, una vez iniciado el proceso en



Roma por el Purpurado Protector de España, el Conde de Ecija no podrá reclamarte como esposa hasta que se falle la causa, ni nadie se atreverá a juzgarte mal porque vivas junto a mí, como si aún fueras soltera, que es lo que en realidad eres, pese a todos tus compromisos.

Aquella ráfaga de luz y de esperanza que venía a iluminar las lobregueces en que se debatía la lealtad de la Mayorazga de Sahagún desde hacía tantos meses, permitió recobrar a la Niña de Plata su lucidez y optimismo acostumbrados, moviéndole a imaginar mil planes para el futuro, como si realmente se encontrara ya libre y no le cercaran mil peligros desconocidos por todas partes.

De pronto, y cual si se le ocurriese una idea en que hasta entonces nunca pensara, preguntó cariñosamente a la Duquesa:

—¿Cómo una persona tan retraída de todo como vos, tan resuelta a vivir ignorada de los hombres, ha podido llegar a interesarse de este modo por una joven a quien no conocíais hasta hace poco y cuya felicidad parece que debería resultar demasiado insignificante a vuestros ojos para decidiros a cambiar tan radicalmente de conducta?

D.<sup>a</sup> Blanca vaciló un momento en contestar, y acariciando después con la mano la cabeza que reposaba en su hombro, dignóse responder, midiendo sus palabras:

—La Providencia consiente a veces pruebas para las que no estábamos preparados, Serafina. No basta la voluntad de apetecer la muerte, cuando la vida golpea a nuestra puerta para exigir una deuda. A veces, cuanto más caritativos parecemos y más generosos, la caridad y el desprendimiento significan tal vez la satisfacción de un anhelo inconfesable, o equivalen al deseo egoísta de ver realizada en

otros, gracias a nuestra ayuda, la felicidad que no fuimos capaces de conseguir, ni siquiera de merecer para nosotros mismos...

Al terminar de decir las anteriores palabras, resonó en la lejanía el eco de un cañonazo, al que siguieron otros varios, con intervalos iguales de tiempo.

—¡Virgen mía! ¿Serán los ejércitos austriacos que vuelven para presentar batalla a las tropas de nuestro Rey? —exclamó D.<sup>a</sup> Serafina, sintiendo renacer sus angustias.

—¡Todo puede ser! —limitóse a responder la Duquesa levantándose y dirigiéndose al Convento, con la preocupación reflejada en el semblante.

Antes de entrar, sin embargo, volvióse hacia la Niña de Plata para preguntarle:

—¿Y Jenaro de Pereda? ¿Dónde se encuentra?

—¡No sé, no sé! Desde que salimos de Toledo no hemos vuelto a tener noticias de él. Entonces servía a las órdenes de Bracamonte; ahora supongo que seguirá sucediendo lo mismo, porque en el asalto no ha tomado parte su Regimiento y las tropas de Don Feliciano se encontraban obstruyendo el camino entre Brihuega y Cifuentes, según me dijo una de mis criadas.

—Entremos y llámala para que repita delante de mí sus informes, antes de que volvamos al coro donde reposa Sor Fuencisla.

D.<sup>a</sup> Serafina subió a la celda, llamó por todas partes a Almudena, interrogó a diversas personas sobre el paradero de la madrileña; pero nadie le supo dar razón de ésta. Sólo la portera pudo informar, al cabo, de que la había visto salir al amanecer y que todavía no era vuelta. Al fin, la Señora Eularia, que se encontraba en el locutorio desde temprano, hablando con la inevitable Isabel Leyes,

aparecióse toda sulfurada para comunicar la noticia recién sabidas.

¡Almudena se había marchado en busca de su marido, resuelta a encontrarle dondequiera que estuviese Jenaro de Pereda; y el General Starhemberg, con el grueso de las fuerzas aliadas, hallábase muy cerca, disparando cañonazos en su marcha para advertir a Stanhope de su presencia y del socorro que le traía, seguro de que éste llegaba a tiempo y de que su colega inglés seguía defendiéndose victorioso de los ataques borbónicos dentro de los muros de Brihuega!

\* \* \*

Una y otra información eran exactas.

Tan grande podría resultar el disgusto que el Conde Guido de Starhemberg sentía contra su colega el General Stanhope, o tan profundo el desdén que le inspiraban los ataques de las fuerzas regulares españolas, después de sus victorias de Almenara y Zaragoza, que, encontrándose a cinco horas de distancia de Brihuega y habiendo recibido aviso de la situación en que se encontraban los ingleses, por un Ayudante del General, en la madrugada del 8 de Diciembre, tardó cuarenta y ocho horas mortales en correr en su auxilio, dando con ello tiempo a que se consumase la catástrofe británica y a que, apenas lograda ésta, se reorganizasen, movidas por el entusiasmo, las tropas de Felipe V, avanzando, bajo la segura dirección del Duque de Vendôme, entre el camino de Sigüenza y el de Villaviciosa y Yela, hasta un campo llamado Carra-Villaviciosa, en las inmediaciones de esta Villa y a legua y media de Brihuega, donde esperaron, serenas y confiadas, la aparición del enemigo.

La sorpresa de éste, privado en absoluto de referencias por parte de la gente del país, e ignorante, por tanto, de la suerte que había cabido a Stanhope, debió de ser enorme al alcanzar el día 10, muy de mañana, una altura inmediata al poblado de Villaviciosa, llamada el Chaparral de Polo, y divisar desde allí al ejército borbónico, resurgido de sus cenizas y repartido en tres cuerpos, pero con tan hábil disposición, que desde el General al último subalterno creyeron desde un principio ser muy superior en número al que ellos traían, repitiéndolo después en todos los tonos, aunque en realidad estuvieran equilibradas las fuerzas de ambos, superándolas las españolas en caballería y las aliadas en infantes.

El efecto mágico de aquella presentación inesperada en un paraje abierto, aunque pedregoso, con algunas pequeñas cortaduras y paredes de antiguas cabañas o apriscos de pastores, sin monte ni árboles, limitada su vegetación a matas bajas de aliagas, tomillos, jedreas, espliegos y lechetreznas. La posición favorable de las tropas para las cargas de caballería y la retirada en caso de adversa fortuna, así como el silencio absoluto que respondía a sus cañonazos de la parte de Brihuega, dieron a entender además al experimentado Mariscal austriaco, no sólo que había llegado tarde para el socorro de sus compañeros de armas, sino que la batalla que se le ofrecía representaba el esfuerzo decisivo de los partidarios de Felipe V para vengar todas las humillaciones recientes en un solo golpe y decidir allí mismo el futuro de la monarquía española, sin convencionalismos políticos ni ficciones engañosas. ●

La trascendencia incalculable de la decisión que adoptara Starhemberg en semejantes circuns-

tancias, aceptando o rehuyendo el ofrecido combate, hacía vacilar indudablemente al prudente émulo de Eugenio de Saboya, porque las horas se sucedían lentas, y las tropas aliadas evolucionaban sabiamente, sin aparentar prisa ni adelantarse al ataque, como si aguardaran que en el último momento, y satisfechos con su alarde, se replegasen los Regimientos españoles, convencidos de que sus contrarios no habían querido recoger el guante que tan gallardamente se les arrojaba sobre el campo.

Aquella insoportable espera, que se prolongó durante toda la mañana del célebre día 10 de Diciembre de 1710, dió tiempo además a que los animosos vecinos de Brihuega y de los pueblos comarcanos llegaran también al campo, impulsados por su afán de presenciar el triunfo de los leales y provistos de cuanto comestible fueles dable acarrear para sostener el vigor de la soldadesca, privada de todo alimento desde la víspera y extenuada por los efectos del anterior asalto y las continuas marchas a que desde hacía una semana veíase sometida.

De las primeras en llegar a Carra-Villaviciosa había sido, naturalmente, Almudena, decidida a todo trance a encontrar a su hombre y asistir a la inminente refriega que se preparaba y que nunca más volvería, según sus presentimientos, a repetirse en tierras de Castilla, para bien de la cristianidad y perpetuo reposo de la Majestad de Felipe V.

Sola, sin más ayuda que la de su voluntad ni otro lastre en el estómago que el de sus patrióticos entusiasmos, apenas viera la madrileña que la Duquesa de Sahagún descendía al coro bajo de las Jerónimas, comenzó a poner en práctica el plan que por la noche rumiara su exaltado cerebro y que prefirió no comunicar a D.<sup>a</sup> Serafina ni a la Señora

Eularia, para evitar inconvenientes, y así pudo salvar la maja las empinadas cuestas que la separaban del ejército, ganando el campo en plena formación y alborotado por la algarabía de los clarines, los redobles de tambor, los gritos, las chanzas y el ir y venir continuo de escuadrones, jefes, banderas, estandartes y correos, que convertían el pacífico paisaje en un verdadero torbellino de actividad y de movimiento.

Divididas las tropas en tres grandes cuerpos, izquierda, centro y derecha, a partir del camino de Sigüenza, por donde viniera Almudena, el primer contacto de ésta con las fuerzas realizóse por la segunda línea del ala izquierda, formada toda ella de caballería, al mando del Marqués de Navamorcuende y de Don Diego de Cárdenas, donde, gracias a sus expeditivos medios, pudo informarse de que la primera línea del mismo cuerpo, situada bastante más adelante, en previsión de que si tenía que retroceder no descompusiese los escuadrones que constituían su reserva, respondía a las órdenes del General Conde de Aguilar de Inestrillas y a sus segundos el Conde Mahoni y el Mariscal de Campo Don José de Amézaga.

De Bracamonte y del Regimiento de Santiago nadie pudo darle noticias allí, salvo la de que el día anterior y los precedentes corrían los pasos y desfiladeros próximos a Cifuentes, a fin de entorpecer y retrasar la marcha de Starhemberg, como lo habían conseguido, sorprendiendo y apresando a un batallón de ingleses que encontraran en el camino.

Confortada por aquellas noticias y deseando que nada hubiese ocurrido de malo a Jenaro de Pereda y a sus escuderos en tanta escaramuza, siguió su viaje de inspección la resuelta bordadora, tropezando al cabo con el centro del Ejército, formado

por la infantería veterana y bisoña, resguardada detrás de los numerosos cercados, construídos a cien pasos unos de otros, y en los que a toda prisa habíanse hecho pasajes para facilitar la circulación de las tropas.

Allí era mayor aún que en la izquierda el ardimiento y la batahola de los futuros héroes, muchos de los cuales no habían oído todavía silbar las balas y juzgaban que las batallas se ganaban a fuerza de baladronadas y juramentos.

Requebrada de lo lindo y obligada a detenerse más de lo que quisiera en aquel punto, por haber tropezado con un escuadrón de madrileños que no la dejaban seguir adelante, aturdiéndola a fuerza de cuentos y donaires, logró al fin desasirse la chulona de los atrevidos con cuatro manotazos y muchos más epítetos picantes, continuando la expedición, no sin enterarse antes de que la primera línea de aquella interminable masa, que era con mucha diferencia la más numerosa del campo, puesto que se acercaba en total a los 10.000 hombres, regíase por el probado valor del general Marqués de Thouy, con el Teniente general Marqués de La Verre y el Mariscal de Campo Conde de Harcelles, mientras la línea de reserva del extendido centro correspondía al Conde de las Torres, con Don Pedro de Zúñiga y el Mariscal Crafton en calidad de segundos.

Sin considerarse vencida Almudena por la ineficacia de sus diligencias y empeñada más que nunca en aprovechar los instantes para completar su recorrido antes de que comenzara el fuego, salvó la distancia que la separaba del ala derecha del ejército, que al aproximarse vió con palpitante ansiedad, componíase, al igual de la izquierda, de caballería, separada también en dos grandes líneas, lo

que le hizo correr en dirección a un grupo de militares desmontados que permanecían un tanto apartados de sus compañeros, sujetando por la rienda a los caballos y departiendo con unos cuantos paisanos que les ofrecían algunas vituallas y una bota de vino que pasaba de mano en mano y de boca en boca, enflaqueciendo por segundos.

Tampoco aquellos bravos muchachos sabían dónde podría encontrarse el Regimiento de Santiago, aunque uno de ellos hubiera oído decir que hacía rato pasara el General Bracamonte por el camino de Yela, siendo de presumir que fuera para incorporarse al ejército y tomar parte en la acción.

Todos pertenecían a los dragones de Frisia, que tan bizarramente se comportaran en el asalto de Brihuega hacía pocas horas, y como Almudena les preguntara por Don Fadrique de Córdoba, desataron en elogios del Teniente, a cuyo arrojo se debiera en primer término la memorable hazaña del Portillo, embromando a la bordadora con que en aquel momento no podría abrazarle por estar junto al general Marqués de Valdecañas, Jefe del cuerpo, en calidad de Oficial de órdenes, y añadiendo que tampoco la haría caso, aun siendo tan guapa como ella era, pues su indiferencia y su tiesa con las mujeres era proverbial en todo el Regimiento.

¡Quizá tuviera más suerte con Don José de Armendáriz o con Don Francisco Ronquillo, que eran los segundos de Valdecañas, o con el Conde de Montemar, que era el Cabo más valiente y más enamorado del Estado Mayor del Marqués! ¡Y, si no, allí tenía más cerca hombres de pelo en pecho, como el Conde de Merode o Don Tomás de Idi quez, que mandaban la segunda línea de reserva!...

Las respuestas saladísimas de la maja y su garbo irresistible consiguieron, sin embargo, inspirar rá-



pidamente una gran confianza en los dragones, concluyendo éstos por informar a la arrogante mujer de que más allá, a la derecha de donde ellos se encontraban en aquel momento, protegido por sus guardias y por la artillería, sobre una pequeña altura, dominando el campo, y en perpetua comunicación con el Generalísimo, hallábase el Rey Don Felipe V, que antes recorriera el frente animando a sus soldados y haciendo crecer los bríos de los defensores de la Real Corona.

Acaso detrás del Cuartel general y protegiendo sus espaldas podría formar el Regimiento que con tanto interés buscaba la buena moza. Pero ésta debía mirar mucho en adelante por dónde iba, pues el Duque de Vendôme no había querido encargarse de ningún cuerpo del ejército para quedar libre de atender a todas partes, y a cada momento iba y venía por el campo con su Estado Mayor, teniendo prohibido en absoluto el tránsito a las personas extrañas al ejército, aunque con semejante cara bien podía abrirse paso una mujer hasta la misma persona del Rey, si tal era su empeño. ¡Dichoso el hombre que mereciera tanta fatiga!...

Almudena no quiso escuchar más, y, deseando buena suerte a sus nuevos amigos, dirigióse en línea recta al lugar que le indicaran, no sin sufrir muchos empujones por el camino y sostener varios altercados, en su recio estilo, con las personas que le impedían avanzar tan rápidamente como quisiera su impaciencia, y que abundaban por todas partes a medida que acercábase donde se suponía estacionado al popular Monarca.

Cuando mayor era la aglomeración, y un pelotón de Guardias de Corps comenzaba a despejar el terreno, rechazando a los espectadores más allá del camino de Villaviciosa, en previsión de posibles

desgracias, la contrariada madrileña sintió repetir a voces su nombre inconfundible, y, volviéndose para distinguir a la interpelante, topóse de manos a boca nada menos que con Isabel Leyes, quien, satisfechísima con el hallazgo de una compañera como Almudena, y decidida a no separarse ya de ella, esforzabase por comunicarle en el más breve tiempo posible todo lo que su actividad había conseguido averiguar aquella mañana, y que, por suerte, ignoraba todavía la madrileña.

Sí: allí estaba efectivamente el Rey, más bizarro y más serio que nunca, como si no llevara dos noches ya sin desnudarse ni quitarse siquiera las botas. ¡Por personas así, daba gusto sacrificarse! Y eso que poco habría podido dormir el pobretico, porque al amanecer estaba ya a caballo, viendo salir a los prisioneros ingleses por la puerta de la Cadena, en Brihuega. Ella también, la Leyes, había asistido al desfile y había reconocido al General Stanhope y a los demás Jefes, que marchaban muy mohinos, a cargo del Conde del Real y entre dos filas de soldados españoles. ¡Bien empleado les estaba, por herejes y por incendiar a Brihuega! Por supuesto, que ninguno de los robos que hasta entonces cometieran aquellos bandidos por iglesias y lugares sagrados les aprovecharía, pues Su Majestad había mandado reservar de sus equipajes todas las alhajas hurtadas y allí fué lo de salir a luz cálices y copones y toda clase de joyas preciosísimas, que serían restituídas en tiempo oportuno al lugar donde se sustrajeron. ¡Ay, qué tiempos! ¡Qué tiempos! ¡Como para descansar y perder algo que ver estaban las cosas!

¿El Regimiento de Santiago? ¿Don Feliciano de Bracamonte? ¿El Generalazo más grande que recordaban las historias pasadas y presentes? ¡Pues

claro que sabía la Isabel dónde acampaba y en seguida la conduciría hasta su posición! Pasado el camino que se veía a la derecha, debajo de una ladera que tapaba sus hombres para reservar la sorpresa a los aliadotes si se atrevían a avanzar por allí, permanecía muy quietecito el Fénix de los Valientes. ¿Que Nardo, el marido de su simpática amiga, se contaba entre ellos? ¡Pues tanto mejor, y adelante con los faroles! Lo que allí se necesitaba era coraje y quitarse de delante a cualquiera que se atreviera a detenerlas en el camino!...

Las informaciones de la insigne briocense resultaron por fortuna exactísimas, y al poco rato estrechaba entre sus brazos Almudena, con el brío de que únicamente son capaces las hijas de Madrid, a su catalán adorado, que, entre furioso y conmovido por tan elocuente prueba de amor, unas veces la injuriaba por haberse atrevido a llegar hasta allí, y otras la apretujaba junto a su pecho como si quisiera ahogarla, orgulloso del valor indomable de aquella hembra extraordinaria.

La llegada de Jenaro, prevenido al momento por Trincas del inesperado suceso, y las explicaciones que a continuación siguieron, enterando en pocas palabras al hermano de D.<sup>a</sup> Serafina de cuanto a ésta ocurriera durante los últimos días hasta su refugio en el Convento de Brihuega, acabaron de compensar a la intrépida borbónica de todas sus fatigas, haciéndola sentirse cada vez más satisfecha por el éxito de su empresa.

¡Ahora lo que se necesitaba era triunfar, rendir el orgullo de aquellos enemigos odiosos, destruirles o rechazarlos para siempre más allá de Aragón!

Jenaro, tranquilizado por lo que a su hermana se refería, escuchaba silencioso a la bordadora, pasmado por aquella resolución y aquella fe portentosa



que parecían extenderse a toda la gente del pueblo, y que desde hacía meses le salía siempre al paso, en sus perpetuas andanzas por aldeas y lugares.

Apreciando en lo que valía la generosidad y el espíritu de abnegación de los castellanos, nunca puesto tan en evidencia como en los últimos tiempos, los conocimientos exactísimos de las fuerzas y del poder de los Aliados, la experiencia de la maestría con que sabían éstos combatir, la consideración por los talentos innegables de Starhemberg y de los demás Generales enemigos, hacían abrigar temores, no obstante, al Oficial de Bracamonte, sobre el resultado de la batalla que estaba a punto de entablarse y que podía dar al traste con el único elemento de fuerza que quedaba a los Borbones.

Cierto que, animados por el ejemplo de Felipe V, que en aquella ocasión mostrábase verdaderamente a la altura de un gran Rey, y sostenidos por el triunfo que acababan de obtener en los muros de Brihuega, seguros nuevamente de que la fortuna les ayudaba por fin y favorecía su causa, los soldados aprestábanse a luchar, despreciando de antemano todos los peligros que pudieran amenazarles; pero atento Jenaro de Pereda a las noticias que de todas partes iban llegando y que Bracamonte le comunicaba en seguida, confiando en su parecer y en su reserva, calculaba el ya ducho Capitán la capacidad de resistencia que podía ofrecer el centro de infantería borbónica, desconfiando de la inexperiencia de sus Regimientos, formados con levadas y novicios en su mayoría, juzgando en su interior que acaso el Duque de Vendôme, dejándose llevar de su afán de deslumbrar a Starhemberg con el número de sus tropas, incurría en una equivocación al extender tanto aquéllas y dejar demasiado espacio libre entre unos cuerpos y otros.

Mentalmente reconstituía también Jenaro el frente de los Aliados, tal como los informes recibidos le pintaban, y contemplaba con la imaginación las tres alas del ejército austriaco, disponiéndose a la pelea y aguardando para iniciarla el momento que consideraran más oportuno: su derecha, frente por frente del Conde de Aguilar, formada de tropas alemanas y la flor de sus jinetes, protegida por el bosque del Chaparral, comandada por el propio Starhemberg, amparando a los cañones, emplazados tan diestramente por el famoso Jefe de tren inglés, Miguel Richards, que podían enfilarse en sentido oblicuo a toda la línea borbónica, permaneciendo a su vez cubiertos por los fuegos de dos Regimientos; el centro, correspondiente al español, muy pegado a la citada derecha, y compuesto por 8.000 infantes elegidos, a las órdenes del Conde de la Atalaya y de Don Antonio de Villarreal, apoyados en la gente de a pie germánica y holandesa, con Bel Castel, Saint Amand y otros Jefes veteranos a su cabeza; y, por último, la izquierda, destinada a medir sus fuerzas con las del Marqués de Valdecañas, constituida por tropas palatinas, caballería portuguesa y caballería catalana, obedeciendo la ley del General Frankenberg, que mantenía contacto con el centro, gracias a algunos batallones ingleses librados del desastre de Brihuega y dependientes del Brigadier General Lepel, como superior jerárquico.

La victoria no era, pues, fácil de conseguir con semejantes antagonistas, y el Mariscal de Vendôme había de poner en juego toda su ciencia estratégica y toda su pericia de soldado para salir airoso de una empresa en que acababa de empeñar los recursos de España y el porvenir de Felipe V.

\* \* \*

Estas cavilaciones, así como la animada conversación sostenida entre Almudena, Nardo, Trincas e Isabel Leyes, terminaron con el primer cañonazo, disparado a la una de la tarde, que anunciaba los comienzos de la batalla, iniciándose acto seguido un terrible duelo de artillería, que había de prolongarse hasta cosa de las tres, en medio de terribles estragos para ambos bandos.

Desde aquel instante, cada cual ocupó el puesto que le correspondía en filas, corriendo Jenaro al suyo, dispuesto a sacrificar una vez más la vida por la causa que defendía, y separándose Nardo y Trincas de Almudena, que, sin mostrar temor de ninguna especie para no restar ánimos al esposo, habíase negado en absoluto a regresar a Brihuega, conviniendo al fin con el catalán que lo harían todos juntos al terminar la lucha, y que mientras tanto permanecería la madrileña, en compañía de su amiga, convenientemente alejadas del campo de batalla, pero en los alrededores del sitio donde se encontraban entonces, a fin de poder reunirse, cuando llegara el caso, con mayor facilidad.

Excusado es añadir, por otra parte, que, apenas desaparecidos amo y criados de su vista, convencidas Isabel Leyes y la bordadora de que nada verían del espectáculo que se preparaba, desde la hondonada en que se encontraban escondidas, y guiadas por sus bélicos instintos, fueron corriéndose poco a poco por el camino de Yela, hasta ganar una posición aceptable detrás de ciertos paredones de piedras equidistantes del lugar elegido para cuartel de Felipe V y del ala izquierda de los Aliados, conducida por el General austriaco Frankemberg.

En aquel improvisado reducto, defendido por las baterías borbónicas, que no cesaban de vomitar fuego por sus bocas, y con el pueblo de Villaviciosa a

las espaldas, por si fuera menester buscar refugio, érales dable a las esforzadas hembras contemplar parte de lo que sucedía en el frente, y allí permanecieron bastante tiempo, acompañadas de alguna gente del lugar y hasta de varios frailes Jerónimos, salidos de su vecino Convento en atención a la gravedad de las circunstancias.

El fuego de la artillería, incesante y mortífero, apreciése desde luego que funcionaba mejor del lado austriaco que del de los españoles, no sólo por la colocación de las piezas, debida al talento de Richards, sino por lo certero de la puntería, dirigida especialmente contra el ala derecha de los borbónicos y la pequeña eminencia en que se encontraba el Rey, rodeado de lo mejor de sus tropas.

Las pérdidas de hombres llegaron a ser tan grandes y el duelo tan recio, que hasta el Teniente General Don Francisco Ronquillo, que venía junto al Marqués de Valdecañas, pereció destrozado por una bala de cañón, cayendo muchos proyectiles, especialmente dos, casi al lado de la Real Persona, y peligrando la vida de Su Majestad, sin que éste, decidido a mostrar entereza ante sus soldados, consintiera en cambiar de situación, ni siquiera en retroceder del sitio que ocupaba, manteniéndose severo y digno, cual cuadraba a la dignidad de un nieto de Luis XIV.

Persistiendo, sin embargo, la matanza y juzgando el Mariscal de Vendôme que había llegado el momento del ataque rápido y enérgico por parte de su ejército, dió orden de avanzar al Marqués de Valdecañas con toda su caballería, al mismo tiempo que Don José de Armendáriz, apreciando el daño que causaba una batería enemiga colocada de aquel mismo lado y sostenida por dos batallones, disponía que el Coronel Don José de Velasco y de la

Cueva, Capitán del primer batallón de Guardias de Infantería española, con los granaderos correspondientes, marchasen contra ella y la clavasen, ejecutándolo luego con las bayonetas y pasando por encima de los batallones aliados, no sin recibir el bravo Coronel Velasco gravísimas heridas.

El brío de la carga verdaderamente arrolladora con que acto continuo dió comienzo el Marqués de Valdecañas al plan ideado por Vendôme, pasando como una exhalación por delante de los ojos de Felipe V, seguido de todos sus Regimientos, y cayendo cual tromba irresistible sobre los palatinos de Frankenberg, resultó de un efecto tan maravilloso que, destrozada la primera línea enemiga en pocos momentos, y a punto el General austriaco de caer prisionero, salvándose de milagro, alcanzó la segunda, línea, poniéndola igualmente en desorden completo, haciendo prisionero a su Jefe, el holandés Saint Amand, y dejándola reducida al cabo a unos cuantos jinetes portugueses y catalanes, que se dispersaban en todas direcciones, buscando salvación para sus vidas.

Entusiasmados el Conde de Merode y Don Tomás de Idiaquez con los prodigios de valor y los efectos obtenidos por Valdecañas, no tardaron en lanzarse igualmente sobre sus pasos, llevando tras sí a los Guardias Valonas, destruyendo cuanto aun quedaba en pie del ala izquierda aliada y ensañándose con los escuadrones ingleses de Lepel, que quedaban expuestos a su furor, hasta romper incluso la reserva enemiga, desbaratando completamente y poniendo en fuga a ocho batallones que la componían.

Aquel magnífico principio, que colmó de legítimo orgullo a todos los corazones borbónicos, haciéndoles creer en la inminente derrota de Starhem-



berg, tuvo, sin embargo, el gravísimo inconveniente, advertido bien pronto por Vendôme, de que, cegados por su frenesí persecutorio, excitados hasta el paroxismo por la cólera, dueños ya de cañones y bagajes, sin recordar a los compañeros que quedaban atrás, ni al centro enemigo, sobre el que hubieran podido caer; repitiendo el funesto error cometido en Almenara y Zaragoza, aumentando imprudentemente cada vez más la distancia que les separaba de la base de operaciones del Generalísimo, seguros del triunfo, fueron avanzando más y más hasta desaparecer del campo de batalla, perdiéndose de vista cual apocalíptica visión de muerte, mientras el centro del ejército español, la infantería bisoña, el ala que necesitaba más ayuda, permanecía desamparada por completo y expuesta en su flanco derecho a ser destruída por los Regimientos montados que Starhemberg había colocado previsoramente intercalados con sus fuerzas de a pie.

El genio militar del Mariscal austriaco adivinó en seguida la oportunidad que se le ofrecía de corregir el descalabro sufrido por Frankemberg, y, sin ocuparse más de éste, abandonándole a su suerte, con la fría lucidez que caracterizara siempre todas sus decisiones, dispuso que el General Don Antonio de Villarreal, tráfuga ilustre del partido borbónico y pérdida lamentable para las armas de éste, realizase un habilísimo movimiento de costado, que produjo el pánico y la desarticulación en las filas españolas, al mismo tiempo que todo el centro aliado lanzábase en masa contra los aturridos infantes borbónicos, sembrando el pánico entre ellos y haciéndoles retroceder, sin combatir casi, hasta la mitad del campo.

En vano se esforzaba mientras tanto el Conde de Aguilar, desde la izquierda, por emular la hazaña

realizada por Valdecañas con la derecha de la caballería.

Dos veces intentó la carga el intrépido Conde, y dos veces tuvo que retroceder, pues tan unido tenía Starhemberg su centro y su derecha, que, atendiendo a uno y otra indistintamente, siempre le quedaba de refresco algún Regimiento con que contraatacar a los españoles de Aguilar, hasta conseguir, por fin, apartarlos a un lado y separarlos igualmente de la infantería, donde continuaba la hecatombe.

Loco de desesperación el hijo de Frigiliana, al ver que con su inacción perdíase por momentos la batalla, y que ésta había cambiado totalmente de aspecto en una hora, enviaba mensaje tras mensaje al Generalísimo, exponiéndole la comprometida situación en que se encontraba, con sus tropas desbaratadas, y encareciendo la urgencia de mandarle inmediatamente socorro, a fin de intentar una tercera carga que aliviase la situación del centro borbónico, cada vez más apurado por las acertadísimas disposiciones del enemigo.

Pero el Duque de Vendôme, incansable a su vez, circulando por todas partes, atento a volver a formar la primera línea del cuerpo en peligro, ayudado en su tarea por el Marqués de Thouy, en tanto que el Conde de las Torres y otros españoles esforzábanse por reorganizar la segunda, demoraba el envío del ansiado auxilio y la situación iba agravándose hasta el punto de hacer temer por el éxito de una jornada tan gloriosamente comenzada.

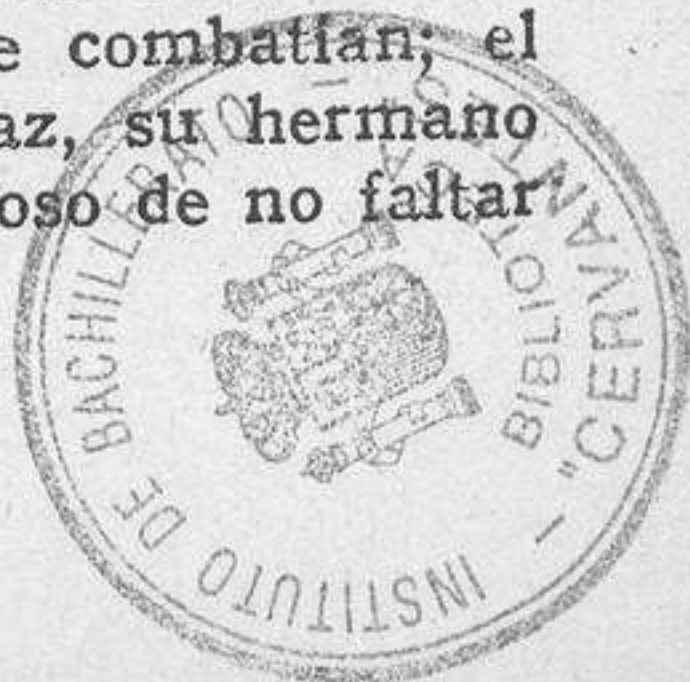
Al fin, las fuerzas de Bracamonte, que continuaban velando por la seguridad del Rey, siempre en su altura, recibían orden de abandonar su puesto para cooperar con el Conde de Aguilar, y, apareciendo de pronto en el revuelto campo, empren-

dían violento galope hasta sumarse con la izquierda borbónica para emprender juntas una tercera y violentísima ofensiva, que conseguía forzar el círculo de hierro con que Starhemberg tenía ahogada a la infantería española, generalizando la lucha entre unos y otros Regimientos.

A la vez que esto se lograba, el Teniente General Don José de Armendáriz volvía sus armas contra la artillería de Starhemberg, que obstaculizaba los pasos de los jinetes, y, poniendo en juego toda su intrepidez, apoderábase de ella, a costa de la vida, perfeccionando su obra el Coronel Don Juan de Velasco, su sucesor en el mando, e imponiendo silencio para siempre a aquellas bocas de muerte que impedían todos los avances.

Entonces, y libres ya los españoles de aquel embarazo, recrudeció el ardor de la refriega hasta un grado fantástico, tomando parte en ella cuantos se encontraban presentes.

Ya no se trataba de operaciones combinadas de acuerdo con las reglas militares, ni de ataques metódicos y regulares, sino de un cuerpo a cuerpo despiadado, en que se mezclaba todo el mundo, matando o muriendo, sin distinción de personas ni cargos. Los Oficiales españoles cuyos Regimientos se desbandaran en la feroz acometida, resultando inútiles todos los arbitrios de sus Jefes para tornar a reunirlos, incorporábanse como soldados de fila a los que aún se defendían, y llevaban a cabo proezas increíbles, resueltos a mantener la Corona de su Rey hasta el postrer momento. El Marqués de Thouy era hecho prisionero; el de Moya, segundogénito de la Casa de Villena, tomaba la bandera de uno de sus Tenientes y uníase a los que combatían; el Conde de San Esteban de Gormaz, su hermano mayor, acudía por otro lado, deseoso de no faltar



a la acción; Don Francisco de Eboüi imitaba su conducta; el Mariscal de Campo Don Rodrigo Conesa moría acribillado de heridas; los Coroneles Don Félix de Marimont, Don Juan de Vargas, Don Gonzalo Quintana y muchos más perecían asimismo de un modo glorioso; corría la sangre por todas partes y las enseñas mudaban de manos a cada minuto, como emblema de la suerte caprichosa, que flotaba indecisa entre los ciegos combatientes; hasta el propio Duque de Vendôme conseguía exponerse de suerte, que el Teniente General Don Juan Antonio de Amézaga, viendo el peligro que corría la vida del Generalísimo, enviaba desde lejos a dos Guardias de Corps para que le asistiesen en la defensa, temeroso de que su ardimiento privara al ejército de la principal cabeza.

La única persona que conservaba serenidad en aquella espantable confusión y se daba cuenta de las probabilidades de éxito que aún le quedaban, empleándolas con pasmosa flema germánica, era el Mariscal Starhemberg, el Jefe más entendido y más calculador con que contaran los ejércitos aliados en la Península.

Movidos por la furia de la arremetida de los borbónicos, viéronse obligados los alemanes a formar con todas sus tropas la figura del puercoespín, semejante al moderno cuadro, aunque de forma ovoide, la primera fila de rodillas, la segunda en posición de carga con bayoneta calada, la tercera y cuarta haciendo fuego por pares e impares; y, encerrándose en el centro de ella Guido de Starhemberg, teniendo en un extremo a Villarroel y en otro a Bel Castel, continuó la defensa magnífica de sus fuerzas, mientras la claridad del día comenzaba a declinar, acercándose la noche sin decidir la suerte de uno ni de otro ejército.

Caían en aquella horrorosa lucha centenares y centenares de víctimas; desaparecía el General holandés Bel Castel, muerto de un balazo; arruinábase todo; pero Starhemberg, sin descorazonarse por nada, rechazaba una y otra vez a los españoles, desplegando tal arte y fortaleza, que al fin conseguía apartarse de ellos, casi a tiro de fusil, y aunque sus pérdidas fueran muy grandes, ocupábase inmediatamente en reconstituír los escuadrones aliados, para volver a arrojarlos de nuevo contra sus obstinados contrarios, cuya retirada consideraba ya como próxima.

Felipe V, durante todo aquel tiempo, observaba cuanto sucedía, sin que su impasible semblante reflejara ninguno de los sentimientos que seguramente experimentaría el alma. Tranquilo, en apariencia, jinete en su caballo, cruzando apenas alguna palabra con las personas que le rodeaban, oyendo y enterándose de los partes que a cada momento se le remitían, extendida su vista perspicaz a cuanto abarcaban los ojos, aquella majestuosa tranquilidad, aquel empaque soberano, impresionaba a cuantos le contemplaban de cerca o de lejos, admirados por tal dominio de sí mismo en una ocasión tan crítica.

Almudena y su compañera, que habían conseguido adelantar hasta colocarse de modo que no perdían movimiento del Cuartel Real, y que, desvanecida ya toda idea respecto de si la batalla constituía un triunfo o una derrota para los suyos, contaban desalentadas los minutos que quedaban aún de luz, en espera siempre del acontecimiento providencial que decidiera la victoria, vieron poco después de ponerse el sol cómo adelantaba un grupo de caballeros hacia su Majestad, procedentes del centro, y adivinaron los gestos que hacían sus

Jefes, tratando de convencer al Monarca de algo que éste se resistía a admitir, moviendo repetidas veces la cabeza en signo de negativa.

Una sospecha terrible invadió entonces el ánimo de las mujeres. ¿Se habría perdido la batalla definitivamente y estarían aquellos hombres procurando llevarse al Rey a otro sitio más seguro para resguardo de la Real Persona? ¡No! ¡Semejante injusticia no era posible!

La conferencia prolongábase, sin embargo, haciendo protestar cada vez menos al Rey, que al fin, y como si se rindiera ante la evidencia, terminó por recorrer una última vez con la vista el campo donde continuaba la lucha, emprendiendo a continuación, y despacio, la marcha, delante de su séquito, que le acompañaba consternado y en penoso silencio.

Isabel Leyes y Almudena se consideraron aterroradas. ¿Era, pues, cierto que los borbónicos habían sido vencidos? ¿Cómo dudar, tras lo que acababan de ver? Y el Generalísimo, ¿dónde estaba? ¿Qué hacía? ¿Por qué no era venido a participar a Felipe V la funesta nueva? ¿Qué iba a suceder cuando la noche cerrara por completo? ¿Qué cuadro de desolación les esperaba allí abajo, donde todavía se adivinaba el hormigueo de tantos millares de hombres acabando de destrozarse y se escuchaba el tiroteo de los fusiles mensajeros de la muerte?

La comitiva del Monarca seguía alejándose poco a poco; ya no se oía el ruido de sus caballos hiriendo el duro suelo; apenas si se la distinguía como una mancha en el horizonte; y como si al abandonar el campo de sus defensores aquel grupo de gente, desgajáranse de pronto en el pecho de Almudena todos los sentimientos patrióticos y monárquicos que hasta entonces la mantuvieran heroica,

sin dejarle pensar en otra cosa que en la victoria borbónica y en el aniquilamiento enemigo, surgió irresistible en su sangre de mujer y de enamorada el miedo por su hombre, el afán de saber qué había sido de su persona en aquella catástrofe definitiva, la necesidad de buscarle por todos lados, de encontrarle, de estrecharle una vez más entre sus brazos, de convencerse de su existencia, de morir con él, si la fatalidad le había hecho perecer, privando para siempre de padre al hijo de sus entrañas.

Hosca y ceñuda, seguida por su impresionada compañera, que a veces se detenía para interrogar a los que pasaban al lado, inquiriendo detalles de lo ocurrido, comenzó su descenso la rugiente Almudena, decidida a llegar de cualquier modo hasta donde vivo o muerto se encontrase Nardo; y a medida que adelantaba, cual fiera perseguida, entre fugitivos y soldados rezagados, iban resultando más contradictorias y más alarmantes las noticias que Isabel Leyes recogía de unos y otros sobre la verdad de lo ocurrido.

Tan pronto se afirmaba que ya no cabía esperanza de ningún género, y que todos los cañones y buena parte de los Regimientos españoles estaban en poder del enemigo, como se sostenía que la Caballería austriaca acababa de ser vencida por el Conde de Aguilar a fuerza de trabajos, no quedando sino mil jinetes salvos que Starhemberg había puesto como muro de su centro para salvar a éste. El consuelo que tales nuevas proporcionaban a la hija de Madrid, trocábase al punto en desaliento, escuchando poco más adelante que el Mariscal de Vendôme, decidido a llevar al Rey hasta Torija por no ofrecerle seguridad ni siquiera Brihuega para refugio del Soberano, acababa de dejar el combate en compañía de un escuadrón de Guardias, dando por perdida la

acción y abandonando el campo a los vencedores. Hasta el aspecto de los parajes por que atravesaban Almudena y su amiga infundía dudas y temores, sin procurar un convencimiento total, pues por todas partes se veían grupos de soldados que seguían peleando, prisioneros de uno y otro bando, heridos que tiraban las armas, personas que vociferaban increpando a sus subordinados, o fugitivos que desaparecían temerosos en la obscuridad, cada vez mayor, que comenzaba a envolver los hombres y las cosas.

De repente, Almudena irguió soberbiamente su cabeza, deteniéndose en seco, prestando atención a un rumor creciente que venía acercándose, como si galoparan a la vez miles de caballos muy próximos al campo, y concluyendo por gritar con todas sus poderosas facultades, a fin de que se enterasen cuantos peleaban por Felipe V.

— ¡Son ellos! ¡Ellos! ¡Los nuestros, que vienen a salvaros!...

Y tenía razón la bordadora, porque apenas había terminado de vocear, percibíase más claro el impetuoso ruido de un Cuerpo de Caballería, que aprovechando la tenue claridad del crepúsculo arremetía contra la derecha de Starhemberg, llevándose por delante cuanto dificultaba su empuje, mientras otras fuerzas montadas, aun más numerosas, sorprendiendo por detrás el centro imperial, aniquilaban la resistencia de batallones y escuadrones en medio de un estruendo ensordecedor.

Correspondían los primeros a los dragones de Don Feliciano de Bracamonte, quien destacado poco antes, con encargo de recorrer el valle, y apreciando por el eco de los disparos que se prolongaba la lucha más de lo natural, había hecho desmontar a sus mil doscientos jinetes, obligándoles a subir por el barranco de Valdelamadera con los animales



del diestro, para hacerles volver a ocupar las sillas en cuanto coronaron la cima, a fin de precipitarlos a rienda suelta sobre el enemigo, sin contemplación de ninguna especie.

En cuanto a los segundos, reaparecidos milagrosamente cuando hacían más falta, eran nada menos que los Regimientos del Marqués de Valdecañas, el ala vencedora del principio de la batalla, que después de destrozar totalmente la izquierda de los Aliados, venía en ayuda de sus compañeros para consumir la ruina de los alemanes.

Don José de Amézaga y el Conde Mahoni, al presenciar aquello y verse en posesión de algunas compañías que habían podido volver a formarse, cayeron a su vez por un tercer lado contra el centro enemigo.

Accsado entonces por todas partes; considerándose al fin perdido; sin esperanza de ningún socorro, el conde Guido de Starhemberg, no perdió, sin embargo, su aplomo y dispúsose a coronar su carrera militar con una resistencia ejemplar, como modelo de táctica.

Primero sacrificó a los mil caballos que le hacían frente; después organizó un fuerte cuadrángulo de tropas, descargando tres veces consecutivas contra la Caballería española, que ciegamente empeñada en acabar con aquel centro y sacar del campo o tomar prisionero al Mariscal, arrojábase sobre las bayonetas imperiales, aun a riesgo de recibir heridas de consideración, como le ocurrió a Amézaga.

Pero decididos a terminar de una vez, Bracamonte formó sus dragones en una línea corta de nueve hombres, y Valdecañas la estrechó más aún, reduciendo las suyas a tres, aunque repartiéndolas por todas las caras del cuadrángulo austriaco.

Este combatía ya únicamente contra la Caballería española, porque la Infantería, considerando imposible y contraproducente el mezclarse con los jinetes, habíase retirado del combate, permaneciendo únicamente en él el Conde de San Esteban de Gormaz, el Marqués de Moya y los Jefes y Oficiales del Ejército, con trece soldados.

Las mismas Guardias del Rey, que no se encontraban lejos, veíanse asimismo impedidas de participar en la refriega, cada vez más intrincada y difícil por las sombras de la noche y el agua y la nieve, que comenzaba a caer en abundancia.

Sólo la pericia y el valor del Mariscal imperial eran capaces de conservar el orden en aquel conflicto tremendo, y de irse retirando poco a poco hacia el Carrascal de Yela, con los seis mil infantes que le quedaban, secundado admirablemente por el Conde de la Atalaya y, más que de todos, por Don Antonio de Villarreal.

Al fin, los Generales españoles despachaban al Sargento Mayor Don Juan Morfi para decir a Starhemberg que, puesto que se veía perdido y había hecho cuanto cumplía a un buen General por la gloria y el honor de sus armas, no diese lugar a que se derramase más sangre inútilmente. Y con este recado, después de oído su consejo de guerra, respondía el Mariscal austriaco estimando mucho el favor que le hacían y pidiendo una suspensión de armas por lo que restaba de noche, con la seguridad de que si al reconocer el campo por la mañana veía ser cierto que aun había en el borbónico treinta batallones y cincuenta escuadrones, como Morfi aseguraba, se rendiría, sin hacer más fuego, con lo que quedaba de su ejército.

.....

Hacía más de una hora que la obscuridad era completa cuando principiaron a enviarse mensajes al Rey noticiándole la victoria, y rogándole que volviese a su campo, de donde la desconfianza del Generalísimo Vendôme le retirara un poco precipitadamente, y en el que le aguardaban banderas, prisioneros y cañones conquistados a granel, sin contar con los restos de un ejército enemigo que serían exterminados o rendidos al despuntar la mañana.

La noche avanzaba, en efecto, horrible, aumentado su rigor por la lluvia que seguía cayendo incessante, la falta de pan, viandas, lumbre, abrigo y los lamentos de los millares de heridos que yacían por el suelo, privados de toda asistencia.

Unicamente la voluntad y el amor de una mujer eran capaces de vencer todos los obstáculos y encontrar al ser querido en medio de tanta lobre-guez.

Pero Almudena lo consiguió después de inenarrables torturas; y ya se acercaba la media noche, cuando entre un montón de gente, resguardados por los caballos, protegidos por amigos y camaradas que comentaban animadamente las ocurrencias del día, envueltos en capotes que les proporcionaban algún calor, halló a Nardo y a Trincas, rendidos de cansancio, medio muertos de inanición, junto a un cuerpo postrado en tierra, que de vez en cuando lanzaba quejas ahogadas y en quien la maja de Madrid reconoció al cabo de un rato a Jenaro de Pereda.

Por las explicaciones que inmediatamente siguieron pudo enterarse la bordadora de que el hermano de D.<sup>a</sup> Serafina, después de portarse bizarramente en cuantas ocasiones se expusiera el Regimiento de Santiago, hasta el punto de merecer las felicita-

ciones de sus Jefes, había tenido la desgracia de recibir un bayonetazo en la última embestida de Brahamonte, cayendo del caballo en tan mala forma, que el animal le llevó arrastrado por largo trecho, rompiéndole un brazo en la carrera, y exponiéndole a mayores riesgos, a no ser por la rápida intervención de otro Oficial español, que viéndole en aquel aprieto y deteniendo al espantado animal, le había salvado de una muerte segura, desapareciendo acto seguido para volver de nuevo a la pelea.

Preocupadísimos ambos servidores por el estado en que veían a su amo y por su evidente postración, no acertaban a discurrir nada, ni sabían cómo transportarle a Brihuega, dada la distancia que les separaba de la Villa y la imposibilidad de moverle, a causa de los intensos dolores que Jenaro sufría en cuanto le tocaban el cuerpo.

Mas la resolución de Almudena allanó todo en un instante, haciendo recobrar ánimos a los afligidos criados. Trincas y ella se dirigirían inmediatamente a la ciudad con objeto de avisar a la Señora Duquesa y arreglar en seguida cuanto fuese necesario para el cuidado del herido, a quien mientras tanto atendería Nardo y los muchachos del Regimiento que allí se encontraban y tan entrañablemente querían a su Jefe. Caballos había de sobra en Brihuega, porque los ingleses habían dejado cuantos les quedaban. Cama también se podía conseguir, igual que colchones, a fin de que el herido hiciese el viaje con mayor comodidad, pues para algo se encontraría de seguro despierta a aquellas horas Isabel Leyes, y quién sabía si hasta en el Convento de las Jerónimas, asustando a Su Excelencia con el relato de lo que acababa de ver. En cuanto a las lesiones, podrían ser importantes, pero Jenaro era joven y

sufrido, y una noche no equivalía a una eternidad. Sobre todo, después de una victoria como aquélla, en que Dios acababa de proteger de tan ostensible modo las armas de Felipe V, no iba a permitir que pereciese un hombre como el Capitán Pereda, dejando huérfanas de su cariño a la Niña de Plata y a Casilda de Solís. ¡En marcha, pues!, y si D. Jenaro se empeñaba en ponerse peor, la única manera de aliviar todos sus sufrimientos consistía en que Nardo le gritara al oído: ¡Señor, al fin hemos vencido en una gran batalla, y esta vez lo hemos conseguido nosotros solitos, con nuestras propias fuerzas, sin ayuda de nadie, ni siquiera del Generalísimo francés, que nos abandonó cuando vió turbias las cosas! ¡Tenemos un ejército y se acabaron las derrotas! ¡Somos un gran pueblo y lo seguiremos siendo siempre! ¡Viva España y el coraje de sus soldados!...

\*\*\*

El ansiado convoy no pudo llegar, sin embargo, hasta la mañana siguiente, en que apareció por el camino de Brihuega, al paso de sus mulas.

Durante las últimas horas de la noche y reemplazando al agua y la nieve que tanto incomodaran a los ejércitos, había caído una escarcha tan espesa, que campos, hombres, cadáveres, todo cuanto abarcaba la vista, dijérase envuelto en un sudario blanco que se extendía infinito por montes y valles.

Doña Serafina había pasado el día anterior tales horas de angustia escuchando los cañonazos de la batalla, y recibido tan gran conmoción al ver llegar solos a Trincas y Almudena con las noticias

de la herida de Jenaro, que no acababa de creer en la existencia de éste, figurándose que estaba siendo víctima de una comedia piadosa, y que el hermano de su vida había dejado de existir sin poder ella llegar a abrazarle una vez siquiera, por culpa de su mala suerte.

Viéndola en aquel estado la Duquesa de los Cameros, y agotados todos sus argumentos y razones para sosegarla, no quiso abandonarla entonces a los azares de una sorpresa cruel, decidiendo por ello acompañarla al campo, con el mejor médico que se encontraba en Brihuega y los fieles sirvientes, a quienes el camino antojábaseles interminable.

Isabel Leyes, que por su propia iniciativa y sin que nadie la invitase se incorporara también a la expedición, acababa de participarles, además, la sorprendente nueva, confirmada por cuantos transitaban por el camino, de que ya no se batallaría otra vez, porque el general Starhemberg, a quien se suponía refugiado todavía con las reliquias de su ejército en el bosque más próximo, dándose cuenta de que sólo tenía enfrente unos 2.000 caballos situados de manera que no podían molestar su infantería, había aprovechado la densa neblina y el amparo de los árboles para retirarse a las montañas y desaparecer antes de que amaneciera, rumbo a Aragón, dejando abandonados en el campo artillería, municiones, bagajes, insignias y hasta sus heridos, lo que hacía la victoria indiscutible y completa, aunque no comprendía la patriota briocense por qué había de empezarse a llamar ya a ésta «el triunfo de Villaviciosa», cuando Villaviciosa era un pueblo de mala muerte, sin término alguno, y el campo en que se había luchado correspondía a Brihuega, cuyo nombre

debía acompañar eternamente e inmortalizarse junto con el de la gran batalla.

A poco de salir, y cuando la impaciencia de Serafina comenzaba a alarmar a todos, tuvo, no obstante, que apartarse un rato el coche de Doña Blanca para dejar pasar al séquito de Felipe V, que regresaba al lugar de la acción, movido Su Majestad del deseo de recorrer el ya famoso campo y felicitar a Generales y soldados por el inquebrantable tesón que demostraran, gracias al cual quedaban destruídas todas las resistencias del enemigo.

Serafina y la de los Cameros vieron galopar al Monarca, juvenil, gallardo, sin mostrar fatiga alguna en el rostro, que transparentaba satisfacción y orgullo de reinar sobre vasallos tan leales como los españoles; contemplaron galopando a su lado, enorme, magnífico, hinchado de vanidad, al Generalísimo Duque de Vendôme, persuadido de que la maravillosa hazaña que aseguraba para siempre a los Borbones en España debía ser única y exclusivamente a su genio militar, superior al de cuantos Mariscales existían en el mundo, y presintieron, por los semblantes de los personajes que seguían a ambos, todas las futuras discusiones que se preparaban sobre la conducta que había de observarse en la persecución de los imperiales fugitivos, así como las polémicas y rivalidades nacientes para adjudicarse cada cual el mérito de haber conseguido salvar la Corona de Felipe V.

Aquello, sin embargo, no tenía tanta importancia a los ojos de la Duquesa de Sahagún como el espectáculo desolador que presentaba el horizonte blanco, con sus millares de muertos, helados por el frío; sus heridos sin fin, sus prisioneros innumerables, reconcentrados por todas partes en

lúgubres majadas; sus vencedores ateridos de frío y acosados por el hambre; sus cañones abandonados, sus caballos errantes y sus huellas infinitas de destrucción y de muerte.

El corazón de la Niña de Plata palpitaba, no obstante, con un último anhelo en que se unían el temor y la esperanza: ¡su hermano! ¿Viviría aún? ¿Habría perecido también después de aquella noche inenarrable?...

Y cuando se encontró cerca de él, cuando sus ojos le divisaron sostenido por las fuerzas de Nardo, cuando después de tantos años de suspirar por aquel instante reconoció el semblante de Jenaro de Pereda que le sonreía desde lejos, sólo acertó a lanzarse del coche como un torbellino, para correr a besarle, sin fijarse en nada ni en nadie, mientras sus labios repetían sollozando una palabra única, una sola, la que compendia todo su cariño:

—¡Hermano! ¡Hermano!...

Conmovidos hondamente los presentes por las lágrimas y las efusiones de Serafina, no se atrevían a interrumpir su coloquio con el herido, hasta que éste, incorporándose un poco y señalando a su derecha, manifestó con voz débil, dirigiéndose a la Niña de Plata:

—Mira, hermana..., aquí tienes a mi salvador. ¡Sin él no me hubieras encontrado vivo!

Serafina levantó los ojos rebosantes de agradecimiento y contempló delante de ella a Don Fadrique de Córdoba, siempre bizarro, siempre silencioso, cubierto aún de sangre, con la cabeza descubierta ante la mujer de sus sueños.

Obedeciendo entonces a un movimiento irresistible, mirándole con una expresión en que el interesado comprendió al punto que su amor era ple-



namente correspondido, la Duquesa de Sahagún alargó su diestra al Capitán de Dragones de Frisia, que la acercó tembloroso a los labios.

Y en la inmensa turbación de ambos al comprometer así, con un gesto, sin necesidad de palabras, todo su futuro para toda la vida, ni uno ni otro se dieron cuenta de otra escena rápida y muda que se desarrollaba junto a ellos, mientras Jenaro desviaba la vista de los enamorados para fijarla en una figura de mujer, totalmente cubierta por amplísimo manto, que disimulaba toda su figura, y que, descendiendo del coche en que viniera Serafina, avanzaba lentamente hacia él.

Aquella aparición, aquel andar majestuoso, trajeron inmediatamente al espíritu del caído otro recuerdo y otro encuentro que, a pesar de los años transcurridos, siempre conservaba presente.

Un momento creyó que soñaba, que la fiebre le hacía delirar evocando ante sus ojos fantasmas desvanecidos y visiones de su adolescencia.

Pero la tapada seguía acercándose, y, al llegar junto a él, descubrióse, mostrando un rostro anegado en llanto, como la otra vez. Jenaro la reconoció entonces sin vacilar.

Sí, era ella...; sus ojos no podían engañarle; era la desconocida, la pasión del Príncipe de Taurisano, la tapada de los sueños de su primer protector, la soberana hermosura que acudía de nuevo, como aparición celeste, a presentarse delante de él en aquella mañana triste y nebulosa de invierno, como la del fallecimiento de Carlos II, durante la cual acababa de sentir tantas veces el aleteo de la muerte rondando en torno suyo.

Sus labios iban a pronunciar ya una palabra, a formular una pregunta; pero D.<sup>a</sup> Blanca, que le observaba enternecida, como si su presencia y su

estado le trajeran a la memoria algo muy lejano y muy querido, llevó una mano a los labios, indicándole que guardase silencio, al mismo tiempo que rodaban por sus mejillas dos lágrimas, hasta perderse en las alburas de las tocas, que rodeaban el semblante de la Duquesa de los Cameros.

*San Sebastián, Septiembre de 1927.*



... el caso del caso otro re-  
 que otro encuentro que, a pesar de los años  
 tras los años siempre conservaba presente.  
 siempre creyó que soñaba, que la fiebre  
 hacia de evocando ante sus ojos tantas  
 y visiones su adolescencia. **FIN**  
 tapada seguía acortándose, y al llegar  
 junto a él, descubriéndose, mostrando un rostro ane-  
 gado en llanto, como la otra vez. Jenero la teo-  
 nació entonces sin vacilar.  
 Si, era ella...; sus ojos no podían engañarle; era  
 la desconocida, la pasión del Príncipe de Taurisano,  
 la tapada de los sueños de su primer protector, la  
 soberana hermosa que acudía de nuevo, como  
 aparición celeste, a presentarse delante de él en  
 aquella mañana triste y nebulosa de invierno,  
 de Carlos II, durante la

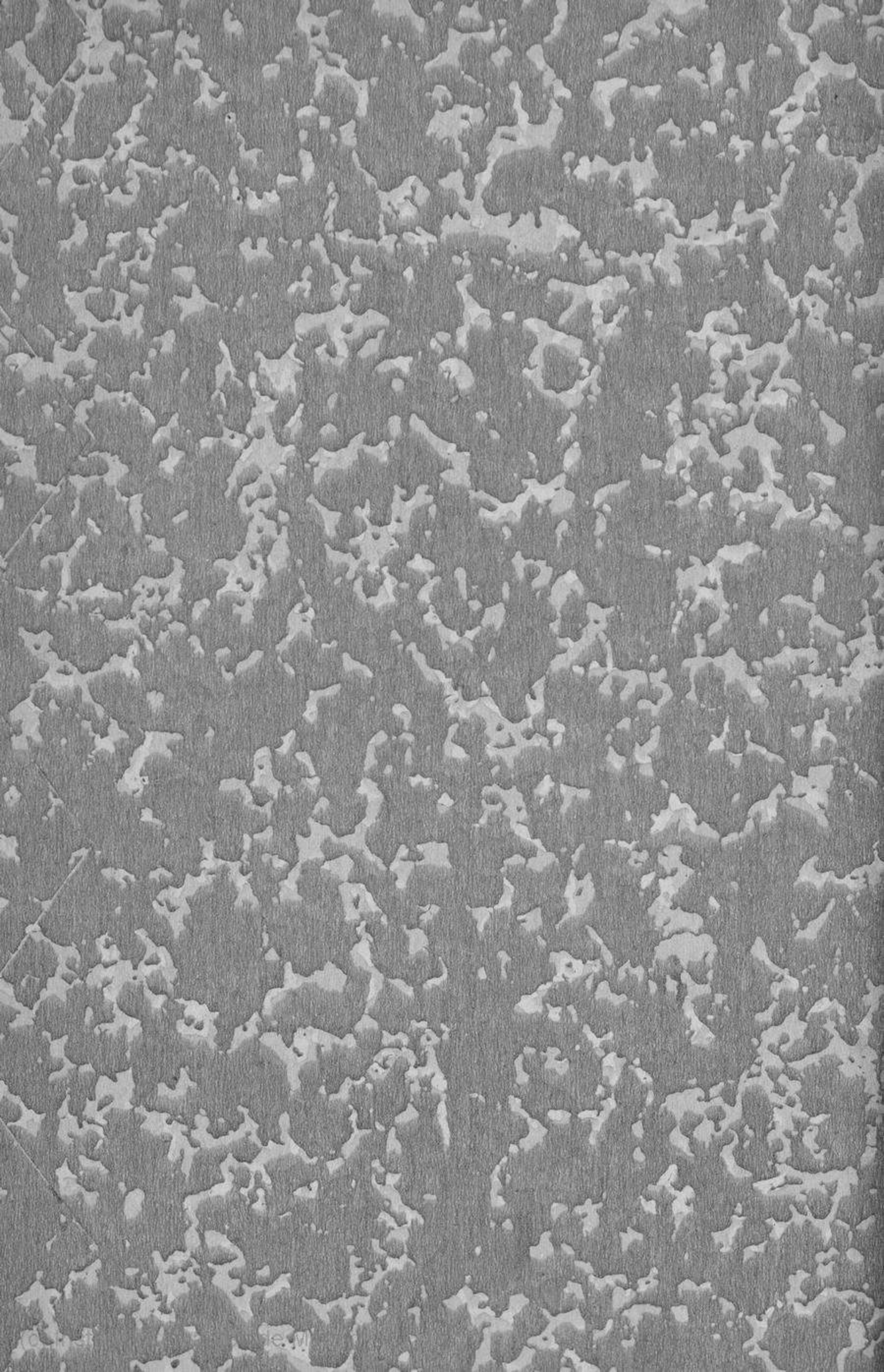




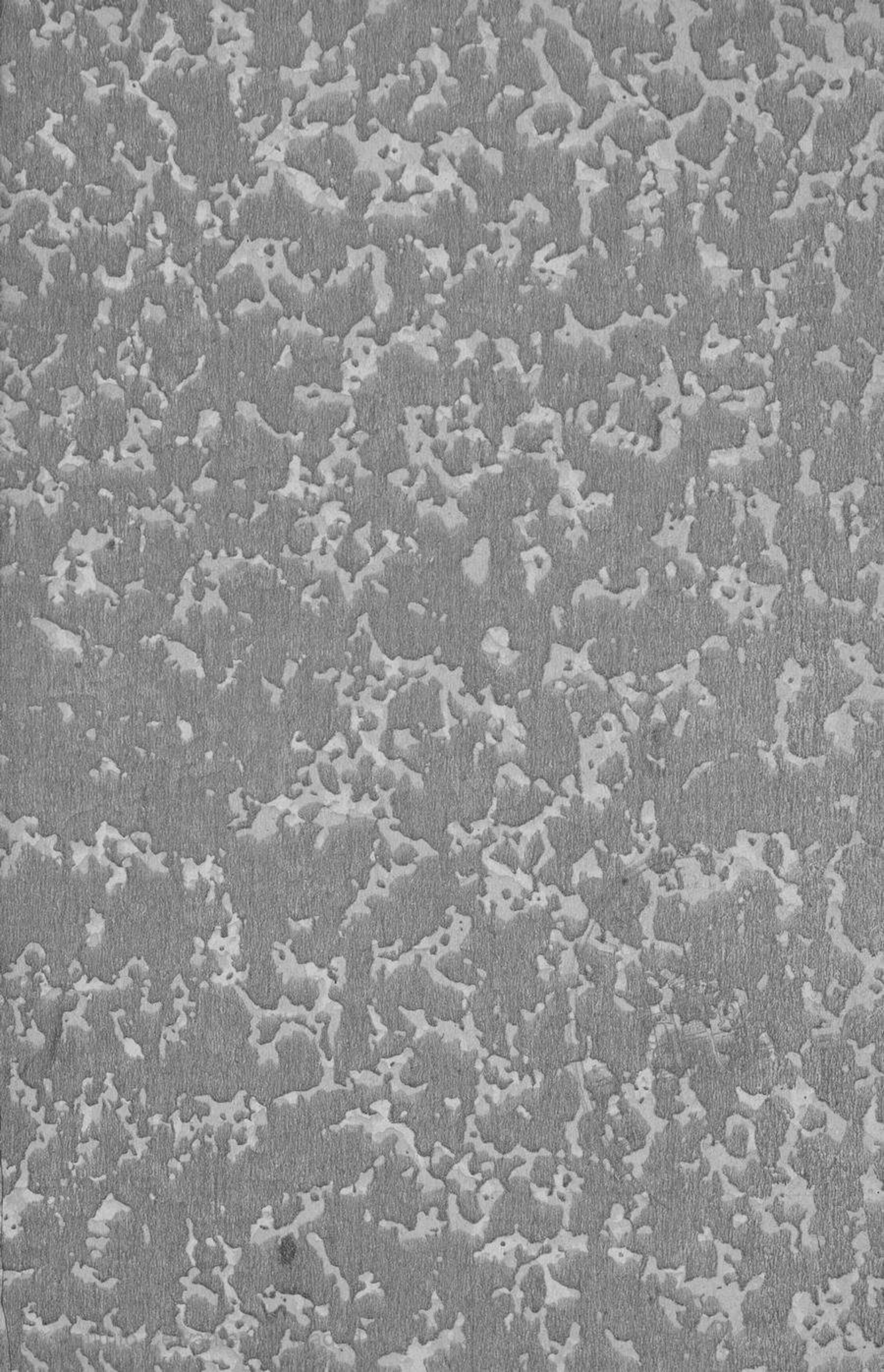














DANVILA

LAS LUCHAS  
PRATICIDAS  
DE ESPAÑA

EL ARCHIDUQUE  
EN MADRID  
II